CINCO MESES DE INVIERNO

JAMES KESTREL



black salamandra

James Kestrel

CINCO MESES DE INVIERNO

Traducción del inglés de
Jofre Homedes Beutnagel

black salamandra

PRIMERA PARTE

Cuchillos y cicatrices

Honolulú | Isla de Wake | Hong Kong

26 de noviembre de 1941-7 de diciembre de 1941

1

Joe McGrady estaba mirando su whisky entre las cacofónicas voces de una multitud de marineros. Se lo habían servido hacía tan poco que, pese al calor, el hielo aún no había empezado a derretirse. Los marineros pedían cervezas de diez en diez y competían para ofrecerles fuego a las chicas. Alguien metió una moneda de cinco céntimos en la gramola y la orquesta de Jimmy Dorsey empezó a sonar a todo volumen. Para compensar, los hombres empezaron a hablar a grito pelado con las chicas, que estaban en minoría. La noche acababa de empezar y aún no bebían nada más fuerte que cerveza. Hasta unas horas después no llegarían los primeros puñetazos, y entonces ya sería problema de otro poli, pensó McGrady. Así que cogió el vaso y olió su contenido: cuarenta y cinco centavos por chupito. Más de una hora de trabajo por tres dedos de líquido, pero lo valía.

En todo caso, no le dio tiempo ni de probarlo antes de que Tip, el barman, volviera. Cabeza rapada, ojos saltones, mejillas con cicatrices de la maquinilla de afeitar: una cara que daba ganas de beber deprisa, pero él dejó el vaso en la barra.

—Joe —dijo Tip.

—Dime.

—Teléfono. Me imagino que será el capitán Beamer. Cógelo arriba, si quieres.

Él conocía el camino, así que volvió a coger el vaso y se lo bebió de un trago. Hasta el final. Suave y algo ahumado. Le iba a hacer falta: una llamada de Beamer a esas horas anunciaba horas extras. Se fastidiaría el día siguiente, martes, para decepción de Molly. Lo bueno era que, con el sueldo extra, podría compensarle el chasco. Dejó en la barra tres monedas de cincuenta céntimos y, tras limpiarse la boca con la manga, subió a la planta de arriba.

—McGrady.

—Menos mal.

—¿Perdón?

—Menos mal que no estás borracho.

—He acabado de trabajar hace media hora. Si me hubiera dado una hora, algo se habría podido hacer.

—Otra noche será. Vuelve enseguida, que está aquí el jefe esperando.

—A la orden.

Dejó el auricular en el soporte de baquelita y bajó por la otra escalera, que llevaba directamente a la calle desde el despacho del Bowsprit. Llovía, pero no iba a durar mucho. Además, la mayoría de las tiendas de Chinatown tenían toldos y soportales. Todo el camino de vuelta a Merchant Street lo hizo a cubierto, menos el último minuto. Esperó en los escalones del Yokohama Specie Bank a que aparcaran en fila una docena de polis con chaquetas negras y motos estruendosas y luego cruzó la calle para entrar en la central.

El despacho del capitán Beamer estaba en la planta baja. Entró sin llamar, cerró la puerta a sus espaldas y se quitó el sombrero. Una vez sentado, se lo puso sobre una rodilla.

—Esto acaba de llegar no hace ni media hora —dijo Beamer.

—¿No ha dicho que estaba aquí el jefe?

—Ha salido un momento —repuso Beamer. Luego se subió las gafas y movió la pantalla de su lámpara hasta dejar la bombilla al descubierto. El resultado fue un despacho con más luz, pero igual de asfixiante.

Fumaba sin parar con la puerta cerrada y no había ventilación, pese a lo cual se filtraba un calor tropical, quizá por los cimientos. Se encendió otro cigarrillo con los restos del último, que aplastó en un cenicero tan lleno que ya no cabían más colillas. Nunca se arremangaba, ni siquiera en el despacho: era de ésos. Llevaba la chaqueta oscura del uniforme y corbata, y un ceñido cinturón de cuero de los que llaman Sam Browne, con una correa adicional que cruza el pecho. Era demasiado flaco para sudar.

—Vamos cortos de efectivos. Cada año pasa lo mismo en vísperas de Acción de Gracias. Iría yo, si el jefe tuviera a alguien de suficiente confianza para estar toda la noche en esta silla. Él te prefiere de servicio que atendiendo llamadas, aunque sea un riesgo enviarte. ¿Te va bien?

—Sí, señor.

—¿Eso te enseñaron en el ejército, a contestar «sí señor» a todo lo que se te diga? —preguntó Beamer.

—Sí, señor —respondió McGrady—. Así es como funciona.

—Aún no te tengo del todo calado.

—Sí, señor.

—¿Has trabajado en algún homicidio?

—En cinco, cuando era patrullero. Fui el primero en llegar...

—Pero ¿como inspector?

—No, señor; usted lo sabe.

—A eso voy. Y no eres de por aquí, ¿verdad?

Si Beamer hubiera visto el expediente personal de McGrady habría sabido que no era de ninguna parte. Antes de los seis años ya había vivido en Chicago, San Francisco, Norfolk y San Juan, y aquello sólo había sido un calentamiento para lo que quedaba por venir. Como la Marina la conocía de sobra a través de su padre, probó a ir a la universidad, y cuatro años después volvía a estar en la casilla de salida, con el añadido de un paso por el ejército. Su último destino fue Honolulú, y de ahí ya no se movió. En fin, que Beamer podría haber sabido mucho de él, aunque no al revés: McGrady desconocía hasta el nombre de pila de su nuevo capitán.

—Llevo aquí cinco años, desde que me licencié. Nunca había vivido tanto tiempo en un mismo sitio. Ésta es mi casa, señor.

—De aquí se es o no se es —respondió Beamer—, y tú no lo eres. ¿Has sacado alguna vez a pasear a un perro?

—Sí, señor.

—Si uno no sabe lo larga que es su correa, puede hacerse daño. La tuya es así. —Levantó las manos con unos quince centímetros de separación—. Como te me adelantes, te daré un estirón que te partirá el cuello.

—De acuerdo —respondió McGrady.

Prescindir del «señor» no era gran cosa, pero fue lo que le permitió no coger de la corbata al tal Beamer y estampar su cara de

estirado en la mesa. Beamer, por su parte, no se dio ni cuenta: en el ejército se ha estado o no se ha estado.

—¿Te ha quedado claro, al cien por cien?

—Por supuesto, capi.

—Pues entonces nos llevaremos de maravilla.

Justo entonces se abrió la puerta y entró el jefe Gabrielson. McGrady hizo ademán de levantarse, pero Gabrielson le indicó con gestos que se sentase y se quedó delante de la puerta cerrada a pesar de que quedaba una silla libre.

—¿Ya se lo ha dicho? —le preguntó a Beamer.

—Estaba a punto.

—Empiece por la llamada —indicó Gabrielson.

Beamer lanzó el humo hacia McGrady.

—¿Conoces a Reginald Faithful?

—¿El de los lácteos? Sólo de nombre.

—Vive cerca de Kahana Bay, pero el ganado, en su mayoría, lo tiene en el valle de Kaaawa. Ha llamado directo al jefe porque es amigo suyo. ¿Ves por dónde voy?

—No.

—Pues que no ha llamado a la centralita para que luego lo fueran pasando de teléfono en teléfono.

—Vale.

—O sea que ahora mismo conocen su situación exactamente tres personas en todo el departamento. Así que mañana, cuando abra el periódico, no habrá ningún artículo, ¿verdad?

—Ahora lo entiendo.

—Reggie tiene un chico, un tal Miguel... —empezó a explicar Gabrielson.

—Con «chico» se refiere a...

—A un empleado, no a un hijo.

—Vale.

—Bueno, pues resulta que esta noche Miguel ha llamado a su puerta. Estaba muy afectado y quería contarle algo. Reggie no sabe si creerle, pero si es verdad habrá que investigarlo. ¿Usted se ve capaz?

—Es la oportunidad que esperaba.

Beamer lanzó el humo del cigarrillo hacia el techo.

—Al fondo del valle hay un cobertizo para los aperos —le explicó Gabrielson—. Dentro, Miguel tiene un catre, una manta y seguramente una botella. Esta noche, al entrar y encender la lámpara, lo primero que ha visto ha sido a un hombre colgado de las vigas.

—¿Un suicidio?

—¿Sabes de alguien que se haya colgado cabeza abajo de un gancho para carne? —preguntó Beamer. Dio una larga calada al cigarrillo y sus siguientes palabras brotaron acompañadas por dos chorros de humo que arrojó por la comisura de los labios—. Para mí sería una novedad, dentro de lo que son los suicidios.

—¿Estaba colgado de un gancho?

—Lo mejor será que vayas tú mismo a comprobarlo —respondió Beamer—. Igual el tal Miguel no es más que un vaquero con *delirium tremens*. Pero, en cuanto sepas algo, sea lo que sea, ¿qué harás? —Volvió a levantar las manos para indicar la longitud de la correa.

—Informar.

—A mí personalmente.

—Eso.

—Llevas aquí cinco años y es tu primer asesinato. Yo, cuando tú aún no habías nacido, ya resolvía casos con Apana Chang. Mientras lo tengas presente, nos llevaremos bien.

McGrady subió a las montañas por la carretera de Pali, dejando atrás las luces de Honolulú. Más allá de los acantilados, la única señal de civilización era la propia carretera. Recorrió las curvas en una oscuridad completa. Iba por la zona más expuesta al viento. Sobre la carretera se cernía la selva, que se abría paso entre las grietas del firme. Las cascadas de los arroyos que bajaban aquí y allá salpicaban el pavimento.

En condiciones perfectas se tardaba casi una hora en llegar a Kahana Bay; de noche, el doble, y con lluvia, media hora más; de ahí que fueran más de las diez cuando se le pasó por alto la salida hacia la casa de imitación Tudor de Reggie Faithful. Encontró un apartadero, dio media vuelta y frenó en seco detrás de otros tres coches.

Apagó las luces y se bajó. Entonces se fijó en la casa. Sólo por sus dimensiones ya lo habría impresionado. Él vivía en un cuarto de alquiler sobre un garito de chop suey en King Street, e incluso con paredes de por medio olía todo el día a cebolla y cerdo aceitoso. Desde la cama sólo tenía que estirar los brazos para tocar los dos trajes que tenía colgados en la pared.

Cerró la puerta, subió los escalones de piedra de la casa y cruzó un patio. Al final de otra escalera, la del porche, se encontró a Reginald Faithful esperando.

—¿Es usted McGrady?

—El mismo. Ha vuelto a hablar con el jefe Gabrielson, ¿verdad?

—Sí, para saber cuándo llegaría. Que era hace una hora.

—Será que conoce otra manera de trepar las montañas. ¿Dónde está Miguel?

—Dentro. Lo está vigilando mi mujer.

—¿Se ha quedado en *shock*?

—Es una manera de decirlo.

—¿Usted cómo lo diría?

—Se le doblaban las piernas. O lo poníamos en el sofá o se habría quedado tirado por el suelo.

—¿Le ha dado una copa?

—No tenía sentido porque ya venía borracho.

—¿La camioneta que está en la carretera es de él?

—No, mía; bueno, de mi empresa, pero la conduce él.

—Su mujer conduce el LaSalle y usted, el Cadillac.

—Exacto.

—¿Hay alguien más en la casa?

El ganadero apoyó una mano en la baranda del porche y bajó la vista hacia el camino de entrada. Llevaba una camisa blanca gastada por muchos lavados y unos pantalones caqui con tirantes negros. Se había aflojado la corbata. Miró los cuatro coches en fila y luego otra vez a McGrady.

—¿Y usted, viene solo? ¿No ha traído refuerzos? —preguntó.

—No, a nadie.

Faithful dio unos golpecitos en la baranda con el puro.

—Pues nada, será cuestión de que usted vea a Miguel, ya que viene solo.

—Preferiría ir a ver el cadáver, si es que lo hay. ¿Miguel podrá caminar a estas alturas?

—Ése, sin un tío a cada lado, no baja por la escalera.

—Pues muy bien, porque usted también viene.

Miguel Silva, el peón de Reggie Faithful, debía de ser mayor que el padre de su jefe. Su piel, cuarteada y renegrida por el sol, parecía caoba chamuscada. Tenía el pelo negro, con canas plateadas, y muy corto. Estaba despatarrado boca arriba en el sofá con una toalla enrollada sobre los ojos.

—¿Os lo pensáis llevar, en serio? —dijo la señora Faithful, que estaba arrodillada en el suelo junto al empleado de su esposo. Llevaba una bata a cuadros con el primer botón desabrochado. Tenía el pelo ondulado y oscuro, como los ojos—. ¿No puede quedarse conmigo? —insistió—. Miradlo, pobre...

—No conviene que se quede a solas con él hasta que yo haya averiguado qué pasa.

—Ha estado toda la vida con nosotros, le tengo mucha confianza.

—Pues entonces tampoco me dará problemas a mí.

La ropa de Miguel estaba empapada de sudor, y su cuerpo desprendía un fuerte olor a alcohol. Fuera de eso, no le pasaba nada. No necesitaba los solícitos cuidados de la señora Faithful: podía dormir la mona en una celda de cemento, despertarse con un cubo de agua arrojado por encima y contar lo que había visto.

McGrady se agachó para apartar la toalla y darle una palmada en la mejilla izquierda. Podría haber sido más brusco, acelerando el

proceso de sacarlo de la casa, pero no podía descuidar a la señora Faithful. La quería de su lado. Convenía que alguien lo estuviese.

El viejo abrió un solo ojo.

—¿Es usted poli?

Lo decía por la cara de McGrady, angulosa y como inacabada; una de esas caras que parece que las haya hecho un escultor a martillazo vivo sobre un bloque de dureza imprevista.

McGrady asintió con la cabeza y el viejo hizo por incorporarse.

—Usted se viene con nosotros.

—Yo ahí no vuelvo.

—Ya verá que sí.

Lo agarró por la muñeca para levantarlo. A partir de ahí, avanzaron los tres juntos, con McGrady a un lado de Miguel y Reggie Faithful en el lado opuesto, ambos con los brazos del viejo sobre los hombros para que éste no perdiera el equilibrio, primero por el porche, luego por los escalones y por último al coche. Lo arrojaron de cualquier manera en el asiento trasero. Luego, McGrady cerró la puerta y se volvió para mirar la casa. En lo alto de los escalones estaba la señora Faithful, o mejor dicho su silueta, y detrás, la casa con todas las luces encendidas.

2

Al dejar la carretera de la costa para entrar en el valle de Kaaawa desaparecía el asfalto. Al principio, el valle era ancho, con campos a ambos lados de un arroyo. Olía a hierba mojada, a ganado y al agua que bajaba de las montañas atravesando la exuberante vegetación. Pero cuanto más se subía, más se juntaban las paredes de roca a los lados del arroyo y más se estrechaban esos campos. Tras cruzar un bosquecillo de mangos se encontraron en un prado encharcado donde sólo crecía jengibre.

—Está aquí mismo, a la vuelta del camino —dijo Faithful—. No falta ni medio kilómetro.

McGrady miró fugazmente hacia atrás. Miguel se había vuelto a dormir.

—¿Dónde vive cuando no duerme en el cobertizo?

—Tiene a toda su familia en Nanakuli.

—¿Tan lejos?

—Va a verlos una o dos veces al mes.

—O sea que vive en el cobertizo.

Faithful se encogió de hombros.

—Tiene todo lo que necesita.

Después de la siguiente curva, McGrady vio el cobertizo, casi adosado al precipicio y con una pequeña cascada, a la derecha, que

irrumpía desde el interior de las montañas. Era una construcción de madera dura sin pintar que estaba pudriéndose por fuera, aunque los tablones eran tan gruesos que probablemente le quedara todo un siglo por delante.

—Voy a entrar —dijo—. Usted quédese aquí con Silva y, si se despierta, me pega un grito. Y lo mismo si intenta escaparse o lo ataca.

Sacó las llaves del contacto, bajó del coche y cerró de un portazo. Faithful salió rápidamente y le dijo algo por encima del techo.

—¿Cómo que si me ataca?

—La mitad de las veces el que encuentra el cadáver es el que lo ha puesto, o sea que, si lo ataca, haga usted lo que tenga que hacer y deme un grito, que vendré enseguida.

Fue a la parte trasera del coche y abrió el maletero con las llaves. Dentro estaba su linterna de acero laminado con seis pilas de las grandes, que pesaba como una porra. Movió el interruptor: nada. La hizo chocar con fuerza en la palma de su mano izquierda y el maletero se inundó enseguida de luz amarilla. Dentro había también una bolsa de cuero negro con las herramientas de su oficio. Metió una mano y se abrió paso con los dedos entre esposas de repuesto, libretas de formularios en blanco y una porra de teca hasta sacar su pistola de repuesto, una Colt semiautomática calibre cuarenta y cinco. Se la había llevado sin permiso del ejército y prefería no dejarla en el coche donde estaba el amigo de su jefe y un posible sospechoso de asesinato. Cargó un cartucho en la recámara, se puso el arma en la espalda, por dentro del cinturón, y cerró el maletero.

Cuando levantó la cara, vio que Reginald Faithful estaba a poco más de un palmo, parpadeando por la luz y apartándose mosquitos

de la cara.

—¿Tiene otra para mí?

—No.

—¿Y otra lámpara?

—Tiene los faros del coche.

—¿Me va a dejar aquí?

—Son sus tierras.

McGrady echó a andar por el suelo lleno de marcas de pezuñas y empujó la puerta con el hombro para entrar. Ni siquiera le hizo falta un barrido con la linterna para saber que el viejo no mentía, o no del todo: se notaba la presencia de la muerte. Si no la hubiera delatado el olor, lo habrían hecho las moscas.

Durante el día casi se habían alcanzado los treinta grados. Las ráfagas de lluvia habían ido mitigando el calor, pero el cobertizo, cerrado a cal y canto, mantenía la temperatura. Le bastó con entreabrir la puerta para detectar el hedor. En el lado oeste de la isla había un matadero que él había visitado dos veces por trabajo en los últimos seis meses. Por tanto, ya estaba familiarizado con el aroma de los charcos de sangre y las vísceras amontonadas; así, al menos, lo que vio cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad no lo pilló desprevenido.

El muerto colgaba boca abajo de las vigas con los tobillos traspasados por los ganchos de una de esas perchas que se usan para destazar cerdos. Prácticamente lo habían cortado por la mitad. No cabía duda de que estaba muerto: sus tripas estaban desparramadas por el suelo de tierra.

McGrady se tapó la nariz y la boca con el interior del codo izquierdo y siguió hasta el fondo del cobertizo.

Una mosca se posó en el cristal de la linterna y él la espantó antes de ponerse en cuclillas para mirar la cara del muerto. Era joven: de unos dieciocho o veinte años. No resultaba fácil decirlo con exactitud porque no tenía ojos, y quizá tampoco lengua, aunque él no pensaba hurgar en su boca destrozada para cerciorarse.

Se levantó y dio una vuelta completa lentamente, apuntando con la linterna. Vio el hornillo y la cafetera de Miguel. Había un cubo de madera con agua, y un cucharón de bambú. También había palas, picos y aparejos varios colgados con ganchos de la pared. En la del fondo, sobre un catre, se elevaba un amasijo de sábanas, lonas viejas y ropa.

Al encender la luz vio las vigas y la parte inferior del tejado de chapa. La percha estaba colgada de una cuerda atada a su vez a una polea. Alguien había levantado a la víctima y aprovechado su propio peso para clavarle los tobillos en los ganchos de los extremos de la barra inferior.

Si en el momento de la maniobra aún estaba vivo, seguro que sus gritos se habían oído en un par de kilómetros a la redonda, y él suponía que lo había estado: tenía las piernas y la espalda mojadas por la sangre que se había derramado desde los tobillos, cosa imposible si hubiera estado muerto. En consecuencia, debía de haber gritado con fuerza durante un buen rato, pero sin que nadie pudiera oírlo: en esa parte tan recóndita del valle sólo había vacas.

Salió de espaldas limpiándose la boca con el dorso de la mano y volvió al coche. Miguel seguía en la parte trasera, sin moverse. Reginald Faithful salió de la oscuridad.

—¿Es verdad?

—Necesito su teléfono —le dijo—, a menos que haya otro más cerca.

—¿Vamos a dejarlo todo aquí?

—Cuando antes nos vayamos, antes podré volver, pero tengo que hablar con mi capitán y avisar al furgón de los fiambres.

Los Faithful lo dejaron solo en la mansión. Decidió llamar primero a Molly. Se puso una de sus compañeras de piso: la nueva, de California; no recordaba su nombre.

—Soy Joe. ¿Se puede poner Molly?

—Hace una hora que duerme, desde que ha vuelto de la biblioteca. ¿Quieres que la despierte?

—¿Puedes dejarle un mensaje?

—¿Qué pongo?

—Que estoy con un caso de los gordos y que, si puedo, se lo compensaré saliendo a cenar mañana por la noche. Y que, si no, lo siento mucho.

La californiana murmuró algo antes de colgar. McGrady volvió a hablar con la telefonista, que le pasó con el departamento de investigación de la comisaría del centro. En menos de un minuto ya estaba hablando con el capitán Beamer.

—¿McGrady?

—Sí.

—Empezaba a preguntarme si podía fiarme de ti. ¿Qué, cómo está la cosa?

—Pues como ha dicho el hombre, hay un cadáver colgado de las vigas. Lo que pasa es que está cortado por la mitad.

—¿Es un hombre?

—Sí.

—¿Seguro?

—Está desnudo. —Se quedó esperando a que el capitán dijera algo pero, como no decía nada, siguió—: Creo que ha muerto porque lo han destripado.

Beamer se estaba frotando el teléfono contra la barbilla y hacía bastante que no se afeitaba.

—¿Algo más?

A decir verdad, debía de haber inspeccionado el cadáver unos diez segundos a la luz temblorosa de una sola linterna. Aunque hubiera habido palabras escritas en la espalda, párrafos enteros, con nombres y direcciones, él no los habría visto: se había limitado a una sola perspectiva.

—Puede que averigüemos más cuando lo lave el forense —dijo.

—¿Sabemos de quién se trata?

—No sé decírselo —contestó—. Está lleno de sangre y tiene la cara destrozada. Me da que yo no lo conozco, pero no sé a quién conoce usted.

—¿Raza?

—Tiene piel blanca, pero como le sacaron los ojos es difícil descartar algunas posibilidades.

—¿Me estás diciendo que podría ser japonés? ¿De qué color tiene el pelo?

—Color sangre —repuso él visualizando otra vez el cadáver—. De todas formas, puestos a decir, yo diría que es caucásico. Es demasiado alto para no serlo. Y tiene los hombros más anchos que yo.

—Muy bien —dijo Beamer—. Vuelve y quédate esperando, que en cuanto tenga refuerzos te los mando. Ah, y que se ponga Reggie, que quiero hablar con él.

McGrady dejó el teléfono en la mesa y salió de la casa. Encontró a los Faithful en el porche. Reggie estaba apoyado en la baranda, mirando la carretera, y su mujer (sólo una sombra y la luz de un cigarrillo), en la otra punta, a unos diez metros, en una mecedora. Él no se habría imaginado que fumara. Tal vez hiciera una excepción las noches en que aparecían cadáveres en las tierras de la familia. No sería él quien se lo reprochara.

Reggie se volvió al oír la puerta.

—¿Qué pasa?

—Beamer, que quiere hablar con usted.

Después de ponerse el sombrero y saludar con la cabeza a la señora Faithful, McGrady bajó rápidamente los escalones. Miguel estaba dormido en la parte trasera del coche. Mejor: así podrían llevárselo cuando llegara la patrulla, o él mismo, al regresar a la ciudad.

3

Como ya iba por la última curva, la de antes del cobertizo, levantó el pie del acelerador dejando que los baches del camino fuesen frenando el coche. Le llegó un ruido del asiento de atrás: el roce de algo que se desliza seguido de un golpe seco y un gemido. Miró hacia atrás para ver a Miguel. Esa distracción por poco le cuesta la vida.

El viejo se había caído del asiento y estaba tirado sobre la protuberancia que escondía la transmisión de las ruedas traseras. Mucho daño no podía haberse hecho porque ni siquiera se había despertado. Él volvió a mirar hacia delante y esta vez sí pisó el freno a fondo.

El cobertizo estaba a quince metros, bañado por los focos, pero tres o cuatro metros más cerca había un Packard de dos puertas amarillo claro, y entre el coche y la barraca, un hombre con un mono verde de mecánico y un gorro de lana negro que le tapaba todo el pelo. Una cicatriz le recorría el lado izquierdo de la cara la oreja hasta la comisura de los labios. Él estaba muy moreno, pero la cicatriz era tan blanca que casi reflejaba la luz de los faros. Llevaba en la mano izquierda una sierra de arco con mango de madera y junto a su pie derecho podía verse un bidón de gasolina. Había levantado la mano libre para protegerse de la luz de los faros

mientras trataba de identificar el coche o a su conductor, pero de repente dejó caer la sierra e introdujo la mano en el mono.

McGrady quiso coger su pistola, pero el otro, que había empezado antes, sacó un gran revólver sin darle tiempo a desenfundar su arma reglamentaria. Con la pistola cogida con las dos manos, los pies bien plantados en el suelo y las rodillas flexionadas, empezó a apretar el gatillo.

McGrady vio salir los fogonazos del cañón (uno, dos, tres) pero no oyó los disparos, o al menos más tarde no recordaría haberlos oído. Un boquete del tamaño de un puño apareció en el parabrisas y sintió unos trozos de cristal afilados como cuchillos clavándosele en la frente y el antebrazo y una bala pasar silbando junto a su oreja derecha. Pisó a fondo el acelerador justo cuando el parabrisas se reventaba por completo y entraban varias balas en horizontal, conforme el otro hombre iba ajustando el tiro. La última le habría dado de lleno en la cabeza, pero a esas alturas ya había desenfundado su treinta y ocho, abierto la puerta y empezado a salir. Chocó con el hombro en el suelo sin que el coche hubiera dejado de moverse y se apartó para ponerse de rodillas y disparar dos veces.

Fueron disparos rápidos, a la buena de Dios, sin apuntar siquiera. Quizá uno de los dos diera en su propio coche, pero para entonces daba igual, porque ya era un coladero. Seguía moviéndose, pero casi sin impulso. El último resto de energía le alcanzó para embestir un lateral del cobertizo. Luego, el motor se apagó, aunque no los focos, bastante fuertes para iluminar al otro hombre, que, parapetado tras el dos puertas amarillo, apuntaba por encima del techo.

Disparó tres veces más, tres balas que pasaron cerca, pero sin dar en el blanco. A esas alturas, su cargador debería de estar vacío. Él se levantó para pegar dos tiros más a las ventanillas del dos puertas, esperando dejar seco a su rival a través de dos capas de cristal. Ya no lo veía, pero dudó de que hubiera tenido tanta suerte. Se arrodilló y, echándose hacia un lado, disparó otras dos veces por debajo del chasis. Luego se enfundó la treinta y ocho, se levantó y se sacó la pistola del ejército del cinturón, escondiéndola a medias en su espalda.

Dio unos pasos hacia el coche.

—¡Te has quedado sin balas, y yo también! —exclamó—. Seis cada uno, ¿no? —Silencio. Quizá el hombre ya no pudiera oírlo. Era uno de los efectos que podían tener seis balas de un revólver grande—. Sal y hablemos de hombre a hombre.

Siguió caminando hasta llegar al coche. En la ventanilla del conductor había dos agujeros separados por la anchura de una mano. El resto del cristal estaba opaco y sólo se aguantaba en su sitio por el laminado de seguridad. A saber si los disparos habían atravesado la otra ventanilla. Aparte de que le zumbaban los oídos, el silencio era total. Se desplazó hacia el capó y, justo cuando llegaba a la altura del parachoques delantero, vio que algo se movía a su izquierda. Se volvió. Del turismo en punto muerto estaba saliendo Miguel Silva, dando tumbos y tan desorientado que a duras penas se tenía en pie.

McGrady se volvió otra vez hacia el dos puertas, que era donde estaba el peligro, y tuvo tiempo de ver que el otro hombre se abalanzaba hacia él. Se había agazapado para saltar por encima del capó del Packard. Tenía el revólver en la mano: lo sujetaba por el

cañón como una porra. Al dar un paso atrás, resbaló en el barro de una rodada y se cayó, pero antes de tocar el suelo disparó cinco veces.

Los destellos de los disparos hicieron que la escena se viera como una de esas películas de animación fotograma a fotograma. El hombre abrió los brazos como si fueran alas y empezó a girar de manera espasmódica. El revólver descargado se le fue de las manos y se alejó dando vueltas por el suelo hacia el Packard.

McGrady quedó de espaldas en el barro, entre raíces de baniano, oyendo ya sólo el zumbido de sus propios oídos.

Se levantó. El otro no. Estaba frente al Packard, boca abajo, con los brazos extendidos. Él fue a sacar su linterna del coche, le dio unos golpes para que se encendiera y la enfocó en su rival. En un lado de la cabeza y entre los omoplatos tenía grandes orificios de salida. Su mono estaba desgarrado y manchado de negro. No tenía sentido agacharse para buscarle el pulso.

Detrás de McGrady pasaba algo. ¿Era una voz? No pudo distinguirlo. Los oídos le zumbaban tanto que se sentía mareado. Al dar media vuelta se encontró con Miguel, que movía la boca, aunque él seguía sin oírlo, así que se acercó.

—¿Qué? —Oía rara hasta su propia voz, como si surgiera de las profundidades—. Tendrás que hablar más fuerte.

Miguel se había apoyado en la puerta abierta del coche de McGrady. Parecía a punto de caerse de bruces, pero a base de esfuerzo consiguió levantar la cabeza y hablar.

—¿Es poli?

—Ya te lo había dicho.

—Lo de dentro... ¿es verdad?

McGrady no contestó. Tal como estaban las cosas, ya se veía otras cuarenta y ocho horas sin dormir, así que no tenía sentido malgastar sus fuerzas. Lo que hizo fue esposar a Miguel a la puerta del coche: mejor que no volviera a alejarse. Luego cogió la linterna y se acercó otra vez al hombre que le había disparado. La sierra y el bidón de gasolina estaban en el suelo, a pocos pasos. Debían de haberle entrado dudas después de destripar a su víctima y salir del cobertizo. Seguro que estaba preocupado por lo que quedaba, así que, pertrechado con la sierra y gasolina, había vuelto para rematar la faena. En líneas generales encajaba, aunque no del todo.

Se puso de rodillas al lado del muerto para cachearlo. No llevaba cartera, sólo una navaja plegable y un mechero Ronson. Llaves de coche, no. Le dio la vuelta. Tenía la cara hecha un desastre: donde no había sangre había barro y hojas secas. Por delante, el mono tenía muchos bolsillos, pero al registrarlos no encontró ni un triste envoltorio de chicle.

Se acercó al Packard. Al abrir la puerta se encendió la luz interior y las finas esquirlas de cristal dejadas por las balas brillaron en los asientos de cuero. No había llave en el contacto, ni tampoco en el resto del coche, al menos a simple vista, pero debajo del cambio de marchas colgaban los cables arrancados. Había tiras de goma aislante entre los pedales. Seguro que el tío había usado la navaja plegable para pelar los cables de encendido.

Se sentó al volante y se inclinó hacia un lado para abrir la guantera. Estaba vacía. Lo más seguro era que los papeles hubiesen ido a parar al asfalto, arrojados por la ventanilla poco después de arrancar. Bajó del coche y fue a la parte trasera para ver la matrícula. Tampoco estaba. Notó que los agujeros para los tornillos

se veían limpios. Habían quitado la matrícula ese mismo día; de lo contrario, el metal se habría ensuciado con el polvo de la carretera.

Después de echar otro vistazo a Miguel, caminó bajo la sombra de los mangos y salió al otro lado. El viento se había llevado la lluvia y, desde el borde de los pastos, bajo un cielo lleno de estrellas, vio las oscuras siluetas del ganado, que dormía de pie. Se apoyó en un tramo de la valla de madera para hacer inventario.

Tenía dos fiambres anónimos: uno joven, muerto como los animales en los mataderos, y el de las cicatrices en la cara, que había ido para borrar sus huellas. Lo de la limpieza no era mala idea, pero había tenido la desgracia de presentarse en un coche robado justo a tiempo para que él se lo cargara a tiro limpio. Qué poco sentido de la oportunidad. Claro que, en general, los muertos no destacan por su buena suerte. Y a decir verdad, él tampoco se sentía muy afortunado, porque si alguien hubiese podido explicar lo que había dentro del cobertizo era el hombre de las cicatrices, y eso ya se podía descartar.

Levantó la vista y miró a lo lejos: unos coches se acercaban alumbrando la boca del cañón.

Se apartó de la valla para ir al encuentro de la caballería, con la que se reunió en un puente de madera a medio kilómetro del cobertizo: tres coches patrulla y, cerrando la comitiva, el furgón de los fiambres. Se puso en medio del puente con la placa en alto y el primer coche se paró a tres metros iluminando insectos con los faros. El conductor bajó la ventanilla y abrió un poco la puerta para que se encendiera la luz del techo.

Era una cara conocida, de su primer año como patrullero: Kondo, se llamaba, y era un sargento entrado en años, experto en riñas callejeras, aunque no exclusivamente. Por suerte, los ladrillazos y las botellas que le habían partido en la cabeza no le habían dejado secuelas.

—¿Dónde está el muerto? —preguntó—. Beamer ha dicho que estaba en un cobertizo.

—Sí, un poco más allá.

—¿Quieres subir?

—Lo que quiero es que bajéis. Aparcad aquí, en el arcén, y dejad que pase el furgón de los fiambres, que es el único que tiene que acercarse. Los demás podéis quedaros aquí.

—¿Qué pasa?

—He tenido que dispararle a un tío.

—i¿Qué?!

—Estaba a punto de prenderle fuego al cobertizo y lo he pillado con las manos en la masa. Ha ido todo muy deprisa.

—«Te hemos pillado, so cabrón. ¡Policía de Hawái! ¡Manos arriba!»

—Más o menos. Ha intentado dispararme.

—¿Está muerto?

—Le ha dado un balazo en la cabeza. Fuera del cobertizo está todo hecho un desastre. Necesitaremos un par de grúas, para mi coche y el suyo. ¿Con quién vienes?

—Con todos los tíos de los que Beamer podía prescindir.

—¿Eres el de mayor rango?

—Sí.

McGrady se lo pensó un momento, pero no llegó a ninguna conclusión: o Beamer no había podido encontrar a otro inspector

que se encargara del caso, o había decidido darle un voto de confianza. De todas formas daba igual, porque el resultado era el mismo: sería él quien se encargara.

—Aparca y reúne a tus hombres. Todos bien juntitos: quiero que hagan las cosas como se debe.

4

Se juntaron todos frente al coche de Kondo: seis patrulleros, dos ayudantes del forense y McGrady, que no conocía a nadie más que al viejo sargento. Por él, mejor, porque así no pondrían en duda su experiencia, que era prácticamente nula en casos como ése. Dio las órdenes que le parecieron pertinentes. No pensaba arriesgarse ni precipitarse. Dos de los agentes soltarían a Miguel, que seguía esposado a la parte trasera del coche, y se lo llevarían a la ciudad para que durmiera la mona en una celda. Otros dos irían en coche hasta el final del valle, donde uno se quedaría montando guardia mientras el otro seguía hasta la residencia de los Faithful para usar su teléfono. Necesitarían camiones grúa. En el lugar de los hechos, por lo tanto, se quedarían él mismo, Kondo y los ayudantes del forense.

Por suerte, el furgón de los fiambres llevaba más de una bolsa para cadáveres, y lo mejor de todo era que también llevaba equipo fotográfico. Lo que no había era focos grandes con trípode, ni película adecuada para la oscuridad, así que habría que esperar a que se hiciera de día. Tampoco faltaba tanto.

Los ayudantes del forense podrían quedarse en el patio del cobertizo. Había que velar por la integridad del cadáver, no fuera a ser que una piara de cerdos silvestres saliera de entre la maleza

atraída por el olor de la sangre. Él y Kondo, por su parte, estarían dentro del cobertizo, donde quedaba mucho que mirar.

Se pararon justo detrás de la puerta, dejándola abierta para que corriera el aire mientras enfocaban las linternas en el cadáver colgado. La suya daba una luz cada vez más amarilla porque se le estaban acabando las pilas.

—¿Tú habías visto algo parecido? —preguntó.

Kondo emitió un gruñido y negó con la cabeza.

—Qué va, ni por asomo —dijo—. Ha debido de cabrear mucho a alguien.

—¿Tú crees?

—Sería distinto si fuera una chica. Entonces podría haber sido por diversión, en plan pervertido sexual, pero siendo un hombre... no es lo mismo. ¿Cuánto calculas que lleva aquí colgado?

—Se lo preguntaré al forense.

—Pero ¿tú cuánto dirías?

—Un día o dos.

—Más no —dijo Kondo—, porque la sangre no está del todo seca.

McGrady se acercó a la estantería del fondo y encontró una caja de cerillas con la que fue encendiendo los tres faroles que había en el cobertizo y bombeando hasta que las mangas incandescentes brillaran de un blanco intenso. Al cabo de un rato el lugar se inundó de una luz cálida que proyectaba extrañas sombras.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Kondo—. Podríamos bajarlo.

—No, mejor lo dejamos donde está. Limítate a mirarme.

—¿A mirarte?

—Si encuentro algo, podrás confirmar que no lo he puesto yo.

Kondo torció el gesto y su frente se llenó de pliegues: McGrady acababa de atentar contra su pundonor.

—Lo confirmaría aunque estuviera ahora mismo en mi casa, durmiendo. Con la mano sobre la Biblia.

—Contigo aquí le parecerá más creíble al jurado.

—¿Qué jurado? —dijo Kondo—. Le has pegado un tiro: caso cerrado.

—Yo creo que lo ayudó alguien.

—¿Por qué?

—Me lo dice la intuición.

—¿Y no te dice algo sobre ese catre?

McGrady miró hacia donde estaban enfocadas su linterna y la de Kondo: el catre sobre el que había amontonadas sábanas sucias y ropa vieja.

—¿Qué le pasa?

—Que sangra.

Kondo tenía razón: al pie del catre había un charco de sangre, la misma que empapaba el delgado colchón, y que al caer se había ido acumulando en la tierra prensada. En los bordes del charco se alineaban hormigas negras.

—Mierda.

—¿Aún no has mirado debajo?

—Se me ha pasado por alto.

Había tenido demasiada prisa por salir, llamar a Beamer por teléfono y conseguir refuerzos. Se acercó, cogió unos pantalones tejanos muy gastados, casi transparentes, y los apartó. Luego una

camisa de vaquero a cuadros, una camiseta amarillenta, una sábana vieja y una almohada con el relleno medio salido. La última capa era una sábana de algodón con sangre en varios sitios. Se había humedecido bastante como para tomar la forma de lo que había debajo. Desde entonces, había empezado a secarse y a adherirse. Ya se imaginaba qué era lo que cubría. Encontró una esquina seca y estiró.

—Madre de Dios —dijo Kondo—. Qué poco me gusta ver esto.

Quería decir que había sido guapa. Sí, probablemente lo hubiera sido, aunque ya no se podía saber a ciencia cierta. Tenía el pelo negro, largo, lacio y lustroso, eso se apreciaba a simple vista. Estaba desnuda, con las rodillas flexionadas y las muñecas atadas por detrás. El asesino, que debía de tener mucha afición a su cuchillo, había centrado sus energías en el cuello y la cara, dejando el cuerpo intacto.

—Los dos desnudos y hechos picadillo —dijo Kondo—. ¿Tú crees que era su novia? Igual el novio anterior no estaba muy de acuerdo.

—Puede ser.

—Una chica oriental y un chico blanco —dijo Kondo—. Si estaban liados, podían tener motivos para mantenerlo en secreto. Los pilla papá y...

—Esto no lo ha hecho ningún padre —aseguró McGrady—. Además, si eran pareja, la cosa no empezó aquí. Están desnudos, pero falta la ropa de ambos.

—El tío de fuera se ha marchado y ha vuelto como mínimo una vez. Igual es que ya había tirado la ropa.

—Lo tenían muy pensado —dijo McGrady—: robaron un coche y eligieron con antelación dónde matarlos.

—Estás hablando en plural.

—Esto no lo hizo solo el tío al que me he cargado. Alguien lo ayudaba. Ni siquiera creo que él mismo lo planeara: su socio se ha quedado al margen, sin correr grandes riesgos, y ha mandado al de aquí fuera... al de los agujeros... a poner un poco de orden.

Se agachó para mirar lo que quedaba de la cara de la joven. A ella no le habían arrancado los ojos: habían querido que lo viera todo. La habían puesto de cara al chico, obligándola a ver lo que le hacían, corte a corte. Podía haber durado horas. Y después le había tocado a ella.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Kondo.

—Vamos a mirar otra vez en el coche —contestó él—. No me irá mal tomar un poco de aire fresco.

Era un Packard cupé del treinta y siete o treinta y ocho, con un potente motor de ocho cilindros bajo el largo capó. Los neumáticos de repuesto iban en dos carcasas, una a cada lado, entre el guardabarros y la corta cabina. El maletero dibujaba una línea muy inclinada que acababa en la curva del parachoques. El interior se componía de un generoso banco de cuero delante y un asiento decididamente estrecho detrás. Era un cochazo de principio a fin, con muchos cromados y pintura de gama alta. McGrady sabía que debía de costar el triple que su Ford. Abrió la puerta. Se encendió la luz del techo. Su linterna se había quedado sin pilas, así que la cambió por la de Kondo y se puso de rodillas. No había nada debajo de los asientos. Y ya había mirado en la guantera.

—¿Y en el maletero? —preguntó Kondo.

No estaba cerrado con llave. Levantaron la tapa y enfocaron la linterna. El forro de fieltro era marrón, pero con zonas más oscuras.

—¿Será sangre? —preguntó Kondo.

McGrady tocó una de las manchas y al apartar el dedo lo tenía rojo.

—No puede ser otra cosa.

Se inclinó y metió un poco más la cabeza, enfocando la linterna. Al cabo de un momento volvió a salir, se irguió y dirigió la luz a lo que había encontrado al fondo, para que el sargento pudiera verlo. Era un pelo largo y negro.

—Venían de otro sitio —señaló—. Los cogieron y les quitaron toda la ropa.

—A menos que ya estuvieran desnudos.

—Bueno, vale, pero el caso es que los metieron en el maletero y los trajeron aquí.

—¿Cabrían los dos aquí dentro?

—La chica era bastante menuda —repuso McGrady.

—Estarían muy apretados, con poco aire.

—Eso al que lo hizo le daba igual.

—¿Y ahora qué?

Miró a su alrededor. Los ayudantes del forense esperaban debajo de los árboles, a sotavento del cobertizo. El hombre al que había matado a tiros seguía en el suelo, con la boca abierta, atrayendo a las moscas.

—Abre la capota —pidió McGrady sacando su libreta y su lápiz—, quiero apuntarme el número del motor.

5

Las diez. McGrady iba de pasajero en el coche patrulla de Kondo, volviendo por las curvas cerradas de Nuuanu Pali. Delante iba el furgón de los fiambres: tres cadáveres sin identificar. Llegaron al punto más alto, donde las laderas estaban cubiertas de helechos enredados. Alrededor todo eran cumbres escarpadas que desaparecían entre las nubes.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Kondo.

McGrady negó con la cabeza.

—A Beamer no le va a gustar. Antes le he dicho que había un cadáver y ahora ya son tres.

—El tercero probablemente sí: tú mismo lo has dejado seco.

—Se ha quedado sin balas, y yo no.

—Sí que te lo tomas con calma.

McGrady no contestó.

—Ya lo habías hecho antes —dijo Kondo.

—Un par de veces.

—Aquí no: me habría enterado.

—No, aquí no.

—Pero has estado en el ejército.

McGrady asintió con la cabeza.

—¿Filipinas?

—Cerca de Fuzhou, en 1934.

—Fuzhou... ¿Dónde queda eso?

—En China, al otro lado del estrecho de Formosa.

Se toparon con un tramo en mal estado y Kondo disminuyó la velocidad. Había una cascada que salpicaba el asfalto y que hizo lo mismo con el coche.

—¿En 1934 estábamos en China?

—Yo sí. Estaba en el ejército, pero me asignaron a una compañía de marines. Protegíamos un consulado.

—¿Te apetece contármelo?

—No vale la pena —respondió McGrady—. Además, ahí... tenía un Model 1903.

—No lo pillo.

—Con un rifle no es lo mismo. Estirado en el suelo debajo de un arbusto, apuntando con una mira de hierro y calculando los efectos del viento. Los tenía como a medio kilómetro, y no llegué a verles la cara.

Tenía la cara del capitán Beamer a un metro y medio. Aparte de la mesa no había nada entre los dos. El capitán tenía la piel amarillenta por el humo, y muy atirantada en los huesos. No se había afeitado. Llevaba toda la noche y la mitad de la mañana sin moverse de su mesa. Ya había pasado un minuto desde el final del parte, pero Beamer seguía sin abrir la boca. Finalmente, apartó la vista para dar la última calada a su cigarrillo y apagarlo en el cenicero. No encendió ningún otro. Hasta entonces, él nunca lo había visto sin un cigarrillo en la boca.

—Antes, llamando desde casa de los Faithful, me has dicho que sólo había uno: el hombre.

—Es que aún no había encontrado a la otra.

—Te he dicho que fueras a ver qué había pasado y me informases, ¿qué parte no has entendido?

—Iba con la correa muy corta —dijo McGrady levantando las manos con pocos centímetros de separación—. Al encontrarme con un asesinato he vuelto para dar el parte. No se me ha ocurrido que usted quisiera que lo registrase todo a fondo antes de llamarlo por teléfono.

Beamer miró su paquete de cigarrillos, pero no lo tocó.

—Esto lo cambia todo —dijo—. Te das cuenta, ¿no?

—¿Ah, sí?

El otro negó con la cabeza, cogió el paquete y lo agitó para hacer caer un cigarrillo.

—¿La mujer dónde estaba, por cierto?

—Encima de un catre, con sábanas y ropa sucia encima —dijo McGrady—. Tan atada que habría cabido dentro de una maleta.

—¿Las mismas heridas?

—Con el mismo cuchillo, pero a ella no la destriparon. Aunque le harían otras cosas que a él probablemente no.

—¿Y era japonesa?

—Me ha parecido que sí, y a Kondo también.

—Me fío más de Kondo que de ti.

—Claro, en esos temas, siendo de aquí...

—En ésos y en todos —aclaró Beamer—. Además, es medio japo, y entre ellos se reconocen mejor. ¿Y el mozo de Faithful, Miguel?

—Yo preferiría esperar. No lo interrogaría hasta después de las autopsias, sabiendo un poco más. De hecho, ahora mismo está tan borracho que no podría juntar ni tres palabras.

Beamer no tuvo más remedio que asentir. Era el procedimiento más lógico.

—¿Cuándo serán las autopsias?

—A las once —dijo McGrady—. Debería irme pronto porque tengo que buscar transporte.

—Queda aquí mismo, a la vuelta de la esquina. Podemos ir a pie.

—No, es en Fort Shafter. Es que al forense se le han saltado los plomos de la nevera y, al no tener donde ponerlos en frío, les ha dicho a sus chavales que se los llevaran a Tripler.

Beamer encendió un cigarrillo y lo chupó con tal fuerza que sólo le quedó un centímetro.

—¿Estás diciendo que mis autopsias las hará el ejército?

—El caso sigue siendo nuestro. Simplemente nos hacen un favor —repuso McGrady—. Kondo ya está allí, vigilando. Le correspondía al forense decidirlo, no a mí.

Beamer echó humo por la nariz y se quitó una hebra de tabaco de los dientes con el dedo.

—Ya te llevo yo en mi coche. —Miró su reloj—. Iremos primero a Pearl. El hombre de Kimmel quiere su parte diario y no se le puede hacer esperar.

—¿Ah, pero también está metida la Marina?

—No, y te aseguro que es mejor que no lo esté: lo último que te deseo es tener que dar cuentas a esos hijos de puta que van disfrazados de camareros y se dedican a mover barquitos de juguete por un mapa.

—O sea que sólo es por la lista de todas las mañanas.

—Sí, la de arrestos.

—¿Siempre se la hacen entregar personalmente?

Beamer negó con la cabeza.

—Por lo que me han dicho, al almirante se le ha despertado mucho el interés esta mañana, concretamente.

—¿Ayer por la noche detuvimos a alguien especial?

Ladeó la cabeza y juntó mucho las cejas. Tal vez McGrady tuviera un cerebro entre las orejas.

Si Beamer lo hubiera tenido también, se habría dado cuenta seis meses antes.

—Me he preguntado lo mismo. Hace una hora he recorrido las celdas y nadie me ha llamado la atención. He mirado la lista y tampoco me sonaba ningún nombre, a pesar de que conozco muchos. Además, todos eran reclutas.

—¿Y los de civil sin identificar?

Siempre había alguno: hombres que se escaqueaban, se quitaban el uniforme blanco de la Marina y recorrían Chinatown causando estragos como lo haría una enfermedad venérea.

—Eran simples civiles —dijo Beamer—: japos y vagabundos. Nadie como para que Kimmel se ponga tan nervioso.

Abrió el cajón de los lápices y sacó un tubo de metal: un inhalador de benzedrina, a diez centavos en la farmacia Benson Smith. Desenroscó el tapón, inhaló tres veces por cada fosa nasal y encendió otro cigarrillo. Así cualquiera se dejaba los dientes como muñones de color marrón.

Beamer conducía un coche pequeño, fumaba Lucky Strike, inhalaba benzedrina y se tomaba el café en un vaso de hojalata. Él sólo lo había visto comer algo una vez: un huevo duro. Hacía calor, así que giró el ala de la ventanilla y se acomodó para recibir el chorro de aire fresco en la cara.

Llegaron a Pearl Harbor por la carretera de Kamehameha, con sus bares, casas de empeño y puestos de comida. Los portaaviones estaban en el puerto. El *Lexington* y el *Enterprise* dominaban los muelles con su altura, superior a la de cualquier edificio del centro. Las plataformas estaban llenas de cazas Wildcat apretujados, todos de color azul oscuro. Al lado de la isla Ford se agolpaban los acorazados; gris acero, con sus largos cañones arañando el cielo.

Iba a ser una noche de locos en Chinatown. Como todas.

Los precios los fijaba la Marina, y la policía de Hawái los hacía cumplir. Los marineros, de dos en dos, hacían medio kilómetro de cola en Hotel Street para comprar una ficha y subir. Tres dólares por tres minutos. En cuanto la chica corría la cortina se ponía el reloj en marcha; sin excepciones, que había cola: todo un río represado de necesidad. A la salida, un desagüe de deseo desahogado y satisfecho. Y la policía de Hawái, cada mañana, le entregaba al mando del Pacífico una lista de detenidos. La de esa mañana la llevaba Beamer dentro de su maletín.

El capitán torció a la izquierda y se pegó a la fila de coches que esperaban para entrar por el acceso este de Pearl Harbor. McGrady miraba hacia delante, el perfil gris azulado de los montes Waianae entre la humareda de campos de caña. Por un hueco de la cordillera apareció un escuadrón de aviones que empezaron a virar todos a la

vez, con sus hélices reflejando la luz del sol y trazando círculos dorados.

Beamer se paró a enseñar su estrella dorada en la reja, que se levantó dejándolo seguir. Delante, con una altura equivalente a diez pisos y un tanque de agua rodeado hasta el tope de escaleras oxidadas, se erguía la torre donde se entrenaba a las tripulaciones de los submarinos para una posible evacuación. El cuartel general del COMSUBPAC era una larga «U» de hormigón separada del muelle por una extensión de césped verde al fondo de la cual McGrady pudo contar seis submarinos.

Beamer aparcó en doble fila detrás del Lincoln-Zephyr de un oficial de Marina.

—Espérame.

—Vale.

Cogió su maletín de cartón prensado. Se había puesto la gorra de gala y la chaqueta del uniforme. Estaba más flaco que un palo. Lo que más destacaba de él era su nuez, tan pronunciada como su nariz. Se había dejado los Lucky Strike y el inhalador en el asiento delantero.

McGrady extrajo un cigarrillo y se palpó los bolsillos hasta encontrar el mechero Ronson del muerto. Encendió el Lucky y bajó del coche. El último se lo había fumado a orillas del río Min, viendo pasar flotando perros muertos y vacas hinchadas. Se apoyó en el coche de Beamer y miró el cielo mientras fumaba y se desperezaba luchando contra el sueño. Luego se quedó apoyado en el coche.

Beamer tardó catorce minutos en volver. Una vez al volante, giró la llave de contacto y arrancó.

6

El Tripler Hospital estaba a algo menos de medio kilómetro del acceso de Fort Shafter. Más césped, macizos de flores, edificios bajos de madera encalados y brillantes. Subieron unos escalones también de madera y cruzaron un ancho porche donde estaba un hombre en silla de ruedas con un emplasto en el lado izquierdo de la cara y las dos piernas y el brazo izquierdo escayolados. Llevaba unas alas de piloto en la camisa. Lo único intacto era su brazo derecho, que usaba para mantener en equilibrio sobre el muslo una botella de Coca-Cola cubierta de condensación.

Entraron en el hospital. En el mostrador había una enfermera. Beamer se quedó al margen, dejando que McGrady enseñase la identificación.

—¿Es para una autopsia? —preguntó la joven.

—Sí.

—El depósito de cadáveres está en el edificio T-6. Hay que volver a salir y cruzar el patio.

—Vale.

Después de volver por donde habían entrado, rodearon el edificio y cortaron por el césped del patio. Beamer se paró a medio camino.

—¿Es tu primera autopsia?

McGrady negó con la cabeza.

—Vi una en la base del Presidio, en San Francisco.

—Cuéntamelo.

—Un día, un soldado raso de diecinueve años no se presentó al toque de diana y lo encontramos en su litera con la manta sobre la cabeza.

—¿Y por qué te mandaron a ti?

—Me mandé a mí mismo: yo era su superior y quería saber qué le pasaba.

—¿Y?

—Le habían clavado un picahielos en la oreja mientras dormía.

—¿Pillaron al culpable?

—No me llegué a enterar porque a los pocos días me mandaron para China.

Beamer se quedó pensativo.

—¿Qué rango tenías?

—¿Entonces o al licenciarme?

—Al licenciarte.

Salía en su expediente personal. Tal vez Beamer sólo lo hubiera leído por encima. Quizá se hubiera impacientado bajo los efectos de la benzedrina.

—Era capitán, como usted —respondió McGrady.

Siguieron caminando hasta el bloque T-6. Las ventanas, con persianas de listones, estaban abiertas. Los alisios soplaban con bastante fuerza para hacer correr el aire por el edificio, cosa que se agradecía, aunque lo mejor era que en todas las ventanas y en la propia puerta había mosquiteras: él ya había matado suficientes moscas durante la mañana.

El médico los superaba a los dos en rango: era coronel. En su placa de identificación ponía UNDERHILL. El suelo de la sala era de baldosas octogonales blancas y negras. Las instalaciones se ajustaban a lo previsto por McGrady: canaletas en el suelo, mesas de acero con desagües y una nevera con una docena de puertas cuadradas y bandejas extraíbles. Había tres mesas y tres cadáveres tapados. Entró un cabo de pelo moreno con un portapapeles, se puso unas gafas de lectura y se sacó una pluma del bolsillo. Era el asistente de Underhill.

Kondo, que estaba sentado en un rincón, se levantó para darle la mano a McGrady. Saludó a Beamer con la cabeza. También estaban los ayudantes del forense, que le habían puesto película nueva a la cámara y cambiado las pilas del flash.

—Empezaré por la chica —dijo el coronel Underhill.

Llevaba un delantal de carnicero y estaba sacando instrumentos cortantes de un cajón de madera.

—Por mí... —respondió Beamer encendiendo un Lucky Strike.

El coronel se acercó a la mesa del medio y cortó la funda a lo largo con un escalpelo. Luego estiró y el cadáver de la chica resbaló sobre la mesa. Aún estaba atada. McGrady les había pedido a los ayudantes del forense que la metieran en la bolsa tal como la habían encontrado.

—Mujer, oriental —dijo Underhill—. Edad aproximada: veinte años. Sana hasta antes de esto.

Caminó alrededor de la mesa. En un momento dado se agachó y miró las muñecas, atadas por detrás de las rodillas. Las manos estaban moradas, casi negras.

—Está atada con cuerda de cáñamo de doce milímetros. Nudo de bolina en el tobillo izquierdo, ballestrinque en las muñecas y otro nudo de bolina en el tobillo derecho.

Beamer cambió de postura.

—Vale —dijo—. Desátela, y así empezamos.

—Todo tiene su proceso.

Por toda respuesta, Beamer dio una calada a su Lucky Strike.

—Haced una foto de los nudos —pidió McGrady tocando con el codo a uno de los ayudantes del forense.

El coronel se apartó para dejarle hacer tres tomas. Luego volvió a acuclillarse y examinó la espalda de la chica. Le separó las nalgas con las palmas de las manos mientras Beamer apartaba la vista. Underhill constató la presencia de semen seco, así como de morados y hemorragias.

A continuación rodeó la mesa, miró atentamente la cara y empujó la barbilla para ver el cuello.

—¿Había mucha sangre donde la encontraron?

—Debajo de la cabeza, sobre todo —contestó McGrady—. Empapó un colchón de algodón y se encharcó en el suelo.

—Pues entonces lo más probable es que la muerte se debiera al corte en la garganta —dijo Underhill—. Ya veremos. Voy a limpiarla un poco. ¿Ya le han hecho una foto del rostro?

—Sí.

Fue a buscar un cuenco de agua y una esponja redonda que empezó a pasar suavemente por la cara. Después lavó el pelo deshaciendo los grumos de sangre con los dedos. El agua del cuenco se tiñó de rosa, pero fue oscureciéndose hasta ponerse de un marrón opaco.

Al acabar, Underhill, que no llevaba guantes, pasó un dedo por la mejilla de la joven. Tenía un morado oscuro y alargado por el que se sucedían cuatro pinchazos a distancia regular y, justo encima, un corte recto de cuchillo desde la sien hasta el cuero cabelludo. Hasta entonces no habían sido visibles.

—El sargento Kondo me ha dicho que estuvo usted en el ejército —señaló Underhill dirigiéndose a McGrady.

—Sí, señor.

—Pues entonces ya sabrá con qué están hechas estas heridas.

McGrady se acercó un poco más para mirar el morado alargado y los cuatro pinchazos. Estaban alineados con el corte. La conclusión era evidente: todo estaba hecho con la misma arma y al mismo tiempo. Consultó un catálogo mental de armas.

—Es un cuchillo de trinchera Mark I —repuso al fin, volviéndose hacia Beamer y Kondo—. Una especie de daga de doble filo con un puño americano con cuatro pinchos como empuñadura. Supuestamente iba bien para el combate cuerpo a cuerpo, pero yo jamás usé uno: en mi época ya sólo los usaban los oficiales, y como pisapapeles.

Underhill asintió.

—El asesino le estuvo dando golpes en la cara con la empuñadura. Quizá algunas de las heridas de cuchillo se las hiciera sin querer, por el efecto de arrastre de la hoja. Estoy seguro de que es un Mark I. Yo tenía uno.

—¿Eran comunes? —preguntó Kondo.

—Mucho. El mío me lo dieron en el barco a Francia. Nuestro sargento los iba sacando de una caja y nos los tiraba.

—¿Lo ha usado alguna vez para golpear a alguien en la cara? —preguntó Kondo.

—No tuve tiempo porque se acabó la guerra.

—¿Y aún circulan? —preguntó McGrady.

—Si llamase ahora mismo a intendencia conseguiría uno en diez minutos.

—Pues si me hace el favor... —pidió McGrady—. Deberíamos ponérselo en la cara para verificar que coincida. Luego podría quedármelo yo, en préstamo.

Underhill le hizo una señal con la cabeza al cabo, que salió y volvió en treinta segundos.

—Ya han mandado a un recadero, señor.

Underhill recogió su escalpelo del desagüe de la mesa y seccionó los nudos de las cuerdas con la fina cuchilla. El cadáver se quedó como estaba, hecho un ovillo, a causa del *rigor mortis*.

—Vamos a estirarla —pidió el coronel mirando a McGrady—. Ayúdeme. Cójala por las piernas, a ver si se deja sin que le rompamos ningún hueso.

McGrady se acercó y cogió los tobillos, finos y pálidos. Las plantas de los pies estaban limpias. Más allá de lo que le hubieran hecho, no había tenido que ir descalza al aire libre.

—Primero pongámosla boca arriba.

Underhill se había situado detrás de la cabeza, sujetando los hombros por debajo. La pusieron de espaldas. McGrady apretó la mandíbula, aunque no por el peso del cadáver, que era casi inexistente, como el de su hermano pequeño a los ocho años. El siguiente paso fue enderezarla: él la estiró por los tobillos y Underhill por las axilas en sentido contrario. Se puso recta con un crac a unos

centímetros por encima de la mesa. Algo debían de haberle roto o dislocado, a saber qué.

Justo cuando la dejaban otra vez en la mesa se oyó un golpe sordo. McGrady miró hacia atrás. Era Beamer, que acababa de caer desmayado como un peso muerto. El ruido había sido el impacto de un costado de su cabeza contra las baldosas del suelo.

7

Pusieron a Beamer en una silla de ruedas. Una enfermera le fijó una bolsa de hielo a la cabeza con tiras de gasa y se lo llevó al edificio principal cruzando el patio. Podía dejarlo en el porche, al lado del piloto convaleciente; así, cuando se despertara podría disfrutar de los alisios, mirar las flores y tomarse una Coca-Cola bien fría. Si es que bebía Coca-Cola. Igual le parecía demasiado floja.

Al dar media vuelta para volver al depósito de cadáveres, McGrady vio a un soldado corriendo por el estrecho camino de detrás del hospital. Llevaba en las manos una delgada caja de cartón. Subió a paso ligero por los escalones del depósito y entró sin dar señales de haberlo visto. Se oyó el portazo de la mosquitera.

—Ya lo tengo, señor —lo oyó decir McGrady.

—Gracias, ya te puedes ir —oyó que contestaba Underhill.

El soldado, un chico joven, salió y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Al entrar otra vez en el depósito, McGrady se encontró a Underhill con un cuchillo de trinchera Mark I en la mano. El coronel lo cogió por la cuchilla para dárselo y él lo empuñó tal como sugería el diseño: metiendo cuatro dedos por los agujeros de bronce. Pesaba mucho, porque era de metal macizo: bronce y acero alto en carbono. Era a la vez un puño americano, una maza con pinchos y una daga. Pasó el pulgar por la cuchilla. No cortaba

mucho. Llevaba desde 1918 en un almacén, pero era de buen acero y se dejaría sacar filo sin problemas. En pocos minutos, con una piedra de afilar y un cuero de navaja podría servir hasta para afeitarse.

También Underhill sabía apreciar una cuchilla bien afilada. Sus incisiones parecían fáciles y limpias, como abrir una bolsa con una cremallera. Sopesó órganos, señaló la hinchazón del cerebro y formuló una conclusión casi segura: la habían golpeado durante una o dos horas antes de rajarle el cuello.

Fue a lavarse las manos y dictó desde la pila, por encima del hombro. El cabo fue escribiendo en el portapapeles mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. McGrady también sacó su libreta para apuntar lo que decía el coronel.

—Causa de la muerte: pérdida de sangre. Arterias carótidas internas y externas seccionadas. Vena yugular también. Los cortes se efectuaron con un cuchillo de trinchera Mark I del ejército de Estados Unidos. Verificado por comparación. ¿Ya lo tiene?

El cabo contestó sin levantar la vista.

—Sí, señor.

—Violación *pre mortem* con eyaculación. Últimos alimentos ingeridos: arroz redondo y pescado, probablemente atún.

—¿Podría calcular la hora? —preguntó McGrady.

Eran sus primeras palabras desde que habían empezado con la autopsia, y sólo pudo decirlas relajando un poco la mandíbula, para gran alivio de sus muelas.

—Hace entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas.

—¿En qué se basa?

—En el grado de *rigor* y la extensión del *livor mortis*, y en el estado del contenido del estómago.

Luego, Underhill introdujo de nuevo los órganos en la cavidad abdominal de la chica y deslizó una bandeja por debajo. Con la ayuda de su cabo, metió el cadáver en un compartimento vacío de la nevera y echó el pasador.

Se secó la frente con un pañuelo mirando a McGrady.

—¿Quiere ir a ver cómo está su capitán o continuamos?

—Continuamos.

—Así me gusta —respondió Underhill—. ¿Por quién seguimos?

—Por la segunda víctima, el chico —se apresuró a responder Kondo—. El otro no corre prisa.

—¿Le parece bien, inspector?

—Sí, señor —contestó McGrady.

Underhill usó otro escalpelo para cortar a lo largo la segunda bolsa. Esta vez el cadáver era más pesado. El cabo se acercó para ayudar y, cuando lo pusieron en la mesa de autopsias, se le derramaron las vísceras entre las piernas tiesas. Todos dieron un paso atrás y luego volvieron a acercarse lentamente.

—Me han ahorrado la mitad del trabajo —aseguró Underhill.

—Los agujeros de los tobillos son de los ganchos de una de esas perchas que se usan para destazar cerdos —explicó McGrady.

—Se nota que el que lo hizo tenía experiencia: ésta no era su primera ni su segunda vez. Los cortes están hechos sin dudar. —Se acercó un paso más para tocar las heridas abiertas de los muslos y

la caja torácica—. Usó el mismo cuchillo. ¿Ve que los cortes apuntan hacia arriba, hacia los dedos de los pies?

—Sí.

—Es porque primero lo colgó cabeza abajo y luego empezó a darle con la empuñadura del cuchillo como si fuese un saco de boxeo —aseguró Underhill.

—Mierda —se le escapó a Kondo.

El coronel fue a llenar otro cuenco y a buscar la misma esponja que había usado con la chica. Luego se puso a limpiarle la cara al muerto. El agua del cuenco fue poniéndose oscura y poco a poco se fueron revelando las facciones ocultas bajo la máscara de sangre e insectos atrapados. McGrady no lo reconoció y Kondo tampoco, por lo visto. Quien sí lo hizo, evidentemente, fue el coronel Underhill, que estuvo a punto de volcar el cuenco al dejar caer la esponja.

—Ahora vuelvo —dijo—. Tengo que consultar algo.

Dio media vuelta y desapareció al otro lado de la doble puerta. McGrady oyó sus pasos en las baldosas de la sala contigua. Hubo un momento de silencio y luego se acercaron otra vez los pasos. Underhill cruzó la puerta y volvió a la mesa de autopsias. Luego se dirigió a su ayudante sin apartar la vista de la cara destrozada del chico:

—Llama al cuartel general de la flota. Que se ponga el almirante Kimmel.

—Pero, señor...

—Haz lo que te digo.

—Algo tendré que decirle a su secretario.

—Dile que el almirante ya puede cancelar la búsqueda, y que venga en cuanto pueda.

El cabo no se movió. Ya no miraba a Underhill, sino a McGrady, que, a decir verdad, tampoco entendía nada, así que poco podía ayudarlo. Al darse cuenta, el joven finalmente caminó hacia el fondo de la larga sala del depósito, donde había una mesa y un teléfono negro de baquelita. Lo descolgó, habló con la operadora de una centralita y pidió hacer una llamada interna.

—¿Qué pasa? —preguntó McGrady.

—Pues que su investigación se ha vuelto cien veces más complicada. ¿Le parece que su capitán lo tiene atado demasiado corto? Pues espere a que le echen el lazo los demás.

—¿Los demás? ¿A quién se refiere? ¿Quién es este chico?

—Es posible que me equivoque porque sólo he visto una foto —respondió Underhill—. El que puede identificarlo es Kimmel. Pero si tengo razón le habrá caído a usted el caso más gordo de todo el Territorio; y si no, mejor que no le diga el nombre que tengo en la cabeza.

—Sea quien sea, tendría que estar desaparecido, ¿no?

—Exacto.

—¿Cuánto tardará el almirante?

Underhill miró al cabo, que seguía al fondo de la sala con el auricular en la oreja y una mano en la boca. Se volvió, levantó un dedo y volvió a darles la espalda inclinándose sobre el teléfono. Estaba sudando: su uniforme se veía humedecido aquí y allá, incluso en los pantalones.

—Sí, señor —dijo—. Exacto, señor.

Escuchó un momento más, se volvió a mirar a Underhill, pero enseguida volvió a darles la espalda ahuecando la mano alrededor del teléfono y metiéndose un dedo en la otra oreja. McGrady lo

entendía: las telefonistas sólo te daban una buena línea cuando eran llamadas sin importancia.

—No, señor; ahí no, señor. Estamos en el depósito de cadáveres de Fort Shafter. —El cabo asintió y siguió escuchando—. Sí, señor, se lo diré, señor. —Colgó—. Ahora viene.

—¿Solo?

—Solo.

—Pues entonces disponemos de unos quince minutos. Vamos a poner un poco de orden.

Lanzó una mirada a la mesa de acero donde había estado trabajando con la chica. Había que limpiarla. Por la bolsa de cadáveres abierta y tirada en el suelo entraba y salía un ciempiés largo como un lápiz sin usar, pero el doble de grueso. Debía de haberse escondido en el pelo de la joven, o en su boca, cuando McGrady y los ayudantes del forense la habían bajado del catre y la habían metido en la bolsa.

El cabo, que había entendido la indirecta, puso manos a la obra. Underhill se volvió hacia McGrady:

—Mejor que vaya a ver cómo está su capitán. Si ha recuperado la conciencia, será mejor que esté aquí cuando llegue el almirante.

8

McGrady cruzó el patio. Había toda una bandada de pajarillos diminutos, quizá picos de coral, buscando comida sobre la hierba, pero al notar que se acercaba alzaron el vuelo con un ruido de alas que duró hasta que se posaron a tres metros. Si seguía en línea recta volvería a ahuyentarlos, lo que podría convertirse en una persecución hasta el final del patio. Optó por dar un rodeo y dejarlos en paz.

No tenía prisa alguna en ver a Beamer.

El piloto ya no estaba, alguna enfermera debía de habérselo llevado. No había nadie en el porche, aparte de Beamer. Ya estaba consciente, desenrollándose las gasas. En un momento dado la bolsa de hielo cayó al suelo de madera dejando a la vista un gran chichón entre morado y negro por encima de la sien. Al oír los pasos de McGrady se volvió.

—Llevaba dos noches sin dormir —aseguró—, y no había comido nada desde ayer por la mañana. Ha sido por eso.

—Me lo había imaginado.

—Ya sé cómo empiezan los rumores.

—No será por mí —prometió McGrady—. De todas formas, eso no es lo importante ahora mismo. Ha surgido un problema con el chico.

—Vaya, pues yo tenía la impresión de que se le habían acabado los problemas.

—El médico lo ha reconocido y ha interrumpido la autopsia para pedirle a su subordinado que llamara al almirante Kimmel. Está de camino.

—¿Que viene Kimmel?

McGrady asintió.

—No sé a quién buscan, pero creo que lo hemos encontrado.

Beamer tenía los ojos vidriosos y desenfocados, y el flaco pecho le temblaba al respirar.

—¿Se trata del chaval del cobertizo? —preguntó.

—Parece que sí.

Empezó a palparse los bolsillos sin encontrar el tabaco, pero sí su inhalador de benzedrina, que se metió por la nariz. Inhaló con fuerza y al momento siguiente se puso a parpadear y a toser en espera de que le hiciera efecto.

—¿Quiere que le empuje la silla? —preguntó McGrady—. Aún está temblando.

—No digas chorradas, McGrady. Ahora mismo me levanto.

Se levantó, pero no caminaba con seguridad. Tenía una pupila el doble de grande que la otra y el cuerpo se le vencía hacia la derecha. Si lo hubieran soltado por un campo habría empezado a dar vueltas. McGrady tenía que empujarlo un poco por el hombro cada diez pasos para que enderezara el rumbo (ni hablar de cogerlo

del brazo). Volvieron por el patio y subieron por los escalones del depósito.

Kimmel aún no había llegado. El cabo levantó la vista cuando los oyó acercarse a ellos dos. La brisa que corría por todo el edificio arrastraba hacia fuera el olor a muerto. Al detectarlo, Beamer se paró y volvió a hurgar en sus bolsillos tan infructuosamente como antes.

—¿Quién tiene mis cigarrillos?

El cabo apoyó la escoba en la pared y encontró el paquete en una estantería.

—Se le había caído —explicó.

Se lo tiró a McGrady, que lo atrapó con una sola mano. Al abrirlo, vio dentro el mechero. Le dio el paquete a Beamer, que enseguida se encendió un cigarrillo, dio una calada y sacó el humo. Entró en el depósito dentro de una nube protectora. Arrastraba los pies. Tenía una pupila dilatada y el resto del ojo enrojecido por la sangre. Al verlo, el cabo se apresuró a ir a traer una silla de ruedas. Era del mismo gris que los acorazados y mostraba la huella del culo de algún oficinista. La acercó.

—¿Quiere sentarse, señor?

—No.

La dejó y cogió de nuevo la escoba.

—¿Dónde está el coronel Underhill? —le preguntó McGrady.

—Detrás de usted.

El coronel acababa de salir de su despacho, justo al lado. Se había puesto una camisa menos arrugada y un delantal de carnicero muy blanco, sin usar. Daba la impresión de estar trabajando con ahínco en una sola cosa: no vomitar el desayuno. Del ejército no sale nadie

sin haberse metido en algún que otro apuro, pero de uno, en concreto, se había salvado McGrady: darle una mala noticia a un oficial de bandera. Conocía muy bien el mecanismo. Las culpas irían bajando hasta donde pudieran, como cuando viertes una lata de pintura por una montaña: al final acaba casi todo al pie de la ladera, pero de camino mancha todo lo que toca.

Sonó el teléfono del fondo. El cabo se puso, escuchó, colgó y miró a Underhill.

—El almirante acaba de cruzar el control.

—Cinco minutos, o menos, para que esté aquí —dijo Underhill.

McGrady se acercó a la mesa de autopsias. Underhill, o el cabo, habían tapado al chico con una sábana blanca. La levantó por una esquina para verle la cara. Le habían puesto un trapo enrollado encima de los ojos para que no se le vieran las órbitas vacías y le habían cerrado la mandíbula a la fuerza para disimular que no tenía lengua. Underhill pensaba levantar la sábana para enseñarle al almirante la cara del chico y tenía miedo de su reacción. McGrady soltó la sábana y se volvió hacia el coronel.

—Es familia de Kimmel, ¿verdad? —preguntó.

Underhill no contestó. De hecho, no movió un solo músculo, pero tampoco lo negó.

—¿Su hijo?

—No, por suerte no.

—¿Entonces?

—Un sobrino, hijo de su hermana favorita. Tenía veintiún años.

—¿Estaba en la Marina?

Negó con la cabeza.

—He oído que pensaba entrar, pero que primero quería acabar la carrera. Quiso estar cerca de su tío porque le tenía cariño.

—¿O sea que estaba aquí?

—En la universidad.

—¿Y vivía en la base, con el almirante?

—No, vivía solo. No sé dónde, cerca del campus. Me imagino que en Manoa.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace tres días. Había quedado para cenar con el almirante y no se presentó.

—Kimmel debió de mandar a alguien a su casa para ver si estaba; policías militares, o alguien de confianza, del estado mayor, ¿no cree?

—Seguramente. Es lo que habría hecho yo.

—¿Y qué encontraron?

—No lo sé.

—¿Y usted cómo se enteró?

—El estado mayor hizo correr la voz. Luego vino un alférez y me dio una foto.

—¿Se la enseñaron a usted en particular, por trabajar en un depósito de cadáveres?

—Lo que hago es dirigir el hospital, pero bueno, no acudieron sólo a mí: se la enseñaron a todos los oficiales que pudieron encontrar.

—Pero no la hicieron circular entre civiles. Fuera de las bases no lo buscaba nadie.

McGrady se volvió al oír carraspear a Beamer. Al final sí se había sentado en la silla.

—¿Usted lo sabía?

—En parte, sí.

—¿Qué parte?

—Sólo que buscaban a un chico. Me dieron su nombre, Henry K. Willard, y me lo describieron, pero no me enseñaron ninguna foto. Tampoco me dijeron de quién era sobrino.

—La K es de Kimmel —dijo Underhill—, ¿tampoco le explicaron eso?

—No.

Beamer se acabó el cigarrillo, se humedeció el pulgar y el índice, apagó la colilla y la dejó caer en el bolsillo de su camisa. A continuación encendió otro.

—¿Redactaron un informe oficial de desaparición? —le preguntó McGrady.

—A mí no me llegó ninguno.

—Señores... está llegando —dijo el cabo, que estaba al lado de la mosquitera. Todos se volvieron a mirarlo.

—Voy a recibirlo —dijo el coronel Underhill.

McGrady se alisó la camisa.

—Lo acompaño.

Salieron al porche y bajaron los escalones uno al lado del otro. Beamer y el cabo se quedaron donde estaban: Beamer en la silla y el cabo de pie junto al sobrino del almirante, tapado por la sábana.

El almirante fue a su encuentro. Pelo blanco y la gorra bajo el brazo. Chaqueta y pantalones blancos. En su charretera negra había cuatro estrellas. Se oyeron tres saludos militares simultáneos haciendo chocar los tacones con las espaldas muy erguidas.

Kimmel miró a McGrady.

—¿Quién es usted?

—El inspector Joe McGrady, de la policía de Hawái.

—¿Es el que lo ha encontrado?

—Sí, señor.

—¿Quiere ponerse en la sombra, señor? —preguntó Underhill.

El almirante no le hizo caso.

—¿Dónde lo encontró, Joe?

—A barlovento, cerca de Kahana Bay, en un cobertizo para los aperos que hay al fondo de la vaquería de Reggie Faithful.

—¿En qué estado?

McGrady lanzó una mirada a Underhill, que asintió con la cabeza, como diciendo: «Mejor que se lo cuentes tú que yo.»

—Estaba muerto, señor.

—¿Un accidente?

—Un asesinato, señor.

—¿Está seguro?

—Sin la menor duda, señor. Lo siento, señor.

El almirante Kimmel asintió con la cabeza y miró el césped, al que daban sombra varios samanes, cada uno del tamaño y el porte de un roble de Nueva Orleans. La hierba debería haber estado llena de semillas, pero se encontraban en una base militar y debajo de los árboles sólo había hierba cortada a la altura reglamentaria.

—¿Por qué lo han traído aquí?

—Nuestro forense pidió un favor a Fort Shafter. Es que en la ciudad hay problemas de equipamiento.

—¿Y la investigación la lleva usted?

—Sí, señor.

—Bueno, pues vamos a verlo, y si se confirma que es Henry convendrá que nos sentemos usted y yo, porque tendremos que

hablar.

9

El almirante Kimmel estaba de pie junto a la mesa de autopsias, esperando a que el coronel Underhill levantara la sábana.

—Está en muy mal estado, señor.

—Adelante.

El coronel la levantó por una esquina. Pareció que pasaba un minuto entero durante el cual Kimmel no apartó la vista. A continuación hizo algo que McGrady no se esperaba: acercar la mano a la mejilla del cadáver y acariciarla. Luego se apartó y Underhill bajó otra vez la sábana.

—Es él.

—Lo siento, señor.

—Sé que se esmerará usted al máximo, yo no me quedaré a mirar.

—Buena decisión, señor: no tiene por qué verlo. Pero descuide, lo trataremos bien.

Kimmel se volvió hacia McGrady. Tenía la espalda muy recta y el uniforme impecablemente planchado, lo único revelador eran sus ojos: se notaba que había querido mucho a su sobrino.

—Vamos a dar un paseo, inspector. Los dos solos.

A McGrady se le fue la vista hacia el cadáver tapado con la sábana. Kimmel le leyó las dudas en la cara.

—Su capitán y su sargento se encargarán de todo y harán un informe. Quiero hablar a solas con usted, que es quien lleva la investigación.

—Ve —dijo Beamer metiéndose la mano en el bolsillo y apretando el inhalador.

Kimmel lo miró, fijándose en la identificación del bolsillo del pecho.

—Con su permiso, capitán Beamer, me gustaría que McGrady me mantuviera al corriente sobre la investigación. Si es él quien dará seguimiento al caso, quiero que me dé directamente el parte.

Beamer asintió, aunque con cara de haberse llenado la boca de arena seca y estar haciendo el esfuerzo de tragársela. McGrady y Kondo se miraron. El primero señaló con la cabeza el cadáver tapado, moviendo la mano como si escribiera. Kondo se sacó una libreta de un bolsillo lateral de la chaqueta. Dentro había un lápiz muy gastado. Kimmel cogió a McGrady del brazo para llevarlo a la salida del depósito. Bajaron los escalones uno al lado del otro.

—No es un buen momento para esto, McGrady.

—¿Hay alguno bueno?

—También es verdad.

—El coronel ha dicho que tenían ustedes una relación muy estrecha.

—Efectivamente.

—¿Vino a estudiar?

—Habría empezado en enero. Sólo tuvo tiempo de instalarse.

—¿Dónde?

—En Manoa.

McGrady ya había sacado su libreta. Estaban cruzando el patio en dirección al edificio principal del hospital. Muy deprisa no andaban, la verdad; todavía menos que el capitán Beamer después de quedarse tocado por el coscorrón en la cabeza.

—Dígame la dirección.

—Pamoa Street. ¿La conoce?

—Sí: cerca de St. Francis School.

Quedaba detrás de la universidad, por la parte alta del valle de Manoa, un sitio donde nunca paraba de llover y había musgo en los tejados. Él conocía bien el barrio: un poco más arriba vivía Molly.

—St. Francis, exacto —respondió Kimmel—. En el número 2526. Un bungaló blanco.

—¿De quién es?

—Está alquilado.

—¿A nombre de quién?

—Al mío.

—¿Me dejará que lo registre?

—Por supuesto.

—¿Ha llegado a entrar después de la desaparición?

—Pensaba hacerlo.

—¿Pero?

—Ya se lo he dicho, es mal momento. Sólo hay que mirar la prensa. Tuve que delegarlo en otros.

—¿Policía militar?

—Se lo pedí a dos de mi estado mayor para que no se enterara más gente de la cuenta.

—Seguro que no se limitaron a llamar al timbre, ¿verdad? —preguntó McGrady—. Entrarían, supongo.

—Les di la llave.

—¿Hicieron una búsqueda exhaustiva o sólo comprobaron que su sobrino no estaba en casa?

—Fueron dos minutos, entrar y salir.

—¿Aún tiene la llave?

—Sí, en mi guantera —dijo Kimmel—. Vamos, así se la doy y nos sentamos un momento a hablar dentro del coche.

Fueron caminando hasta el Lincoln del almirante. McGrady se sentó en el asiento de copiloto, cerró la puerta y bajó la ventanilla. Kimmel se inclinó para abrir la guantera. La llave de la casa estaba dentro de un sobre en blanco que le dio a McGrady.

—Antes de ir al depósito —dijo— he pasado por el puesto de enfermería del edificio principal y me han comentado que otros dos cadáveres han llegado junto con el de Henry.

—Es verdad.

—Explíquemelo.

—Encontramos a Henry dentro de un cobertizo donde también había otro cuerpo, el de una mujer, muerta de un modo parecido.

—¿De qué modo exactamente? ¿Qué habría visto si el coronel hubiera bajado del todo la sábana?

—¿Me está pidiendo que se lo diga con toda crudeza, señor?

—Sí.

McGrady le explicó lo que había encontrado en el interior del cobertizo y el almirante lo escuchó sin inmutarse. Al final asintió con la cabeza.

—¿Y el tercer cadáver?

—Después de encontrar a su sobrino fui a casa de Reggie Faithful para hacer una llamada. Hubiera querido dejar vigilancia en el lugar

de los hechos, pero no me acompañaba nadie de confianza que pudiera quedarse, así que no tuve elección. El caso es que, al volver, me encontré con un hombre a punto de entrar. Quiso pegarme un tiro y se lo pegué yo.

—¿Quién era?

—No me sonaba de nada. Y le aseguro que me habría acordado. Era alto y corpulento, con cicatrices de cuchillo en la cara. Había vuelto para prenderle fuego al cobertizo.

—¿Era el asesino?

—Uno de ellos.

—¿Cree que fueron varios?

Un mayor del ejército aparcó al lado y, al ver las cuatro estrellas del uniforme del almirante, se lo quedó mirando un segundo y se cuadró. Kimmel lo saludó con la cabeza.

—Mi intuición me dice que menos de dos seguro que no.

—La intuición siempre se basa en algo.

—De momento es sólo eso, señor: una corazonada —explicó McGrady.

En realidad era algo más, y no le habría costado nada argumentarlo, pero aún no quería decírselo a nadie, así que procuró escurrir el bulto.

—Cuénteme cosas de Henry. ¿Salía con alguna chica?

—En Norfolk tuvo una novia, pero no sé hasta qué punto iban en serio. No se habían visto desde el instituto.

—¿Y aquí?

—Que yo sepa, no.

—Si hubiera salido con alguna chica, ¿qué probabilidades habría de que fuera japonesa?

Kimmel movió la cabeza hacia McGrady, pero se frenó y volvió a mirar el césped. Tenía las dos manos en el volante, pese a que no había encendido el motor ni quitado el freno de mano.

—¿La chica del cobertizo era japonesa?

—¿Le sorprende?

Hubo otra pausa mientras meditaba la respuesta.

—Supongo que no —dijo al fin—. Tal como están las cosas, queda mal decirlo, pero no van por ahí los tiros.

—¿En qué sentido?

—Henry estaba estudiando japonés; ya lo hablaba, y estaba aprendiendo a leerlo. Era lo que pensaba hacer en la universidad.

—¿Y luego, cuando entrase en la Marina, trabajaría en inteligencia naval?

—A los hombres como Henry se los rifan. Nunca habrá tantos como se necesitan.

—¿Quién más estaba al corriente de sus planes?

—No andaba por ahí contándolo. Para su edad, sabía valorar la discreción.

—¿Pero?

—Pero sabiendo lo bien que se le daban los idiomas y conociendo a su familia, tampoco habría costado tanto adivinarlo. Usted acaba de hacerlo.

—Es verdad.

—¿Cree que todo está relacionado?

—De momento no puedo descartar nada.

—¿Cree que estaban intentando sacarle algo, que era una especie de interrogatorio?

—Ahora mismo todas las posibilidades estás abiertas, ya le digo —contestó McGrady—. ¿Cuándo desapareció?

—Hace tres días.

—O sea, el domingo 23.

—Mi mujer y yo lo habíamos invitado a cenar a casa, pero no se presentó, y tampoco se ponía al teléfono. Hacia medianoche mandé a algunos de mis hombres a buscarlo.

—¿Cómo se habría desplazado hasta su casa?

—En coche.

—¿Tenía uno propio?

Kimmel asintió.

—Sí, un Ford. Se lo compró al llegar.

—¿Sabe el modelo y la matrícula?

—No.

—Pero ¿lo tenía a su nombre?

—Me imagino que sí, porque lo había usado para entrar en la base y siempre controlan esa clase de cosas en el punto de acceso.

—Muy bien, señor. —McGrady abrió la puerta—. ¿Algo más que quisiera decirme?

Kimmel negó con la cabeza.

—Ya iremos hablando, inspector. Quiero estar al corriente de todo. Si usted no me encuentra, lo encontraré yo.

Cuando McGrady volvió, el coronel casi había terminado la autopsia de Henry Kimmel Willard. No podía ser muy larga: la mayoría de las incisiones ya se las habían hecho en el cobertizo.

El siguiente en pasar por la mesa fue el hombre abatido por McGrady. La causa de la muerte no era ningún misterio. Él mismo se lo explicó todo al cabo, que lo puso por escrito. El muerto, en cambio, sí que era un misterio. Era un individuo alto y fuerte, de entre cuarenta y cincuenta años, según la estimación del coronel Underhill. Tenía los ojos entre azules y verdes y, pese a haber recibido el disparo de McGrady en la cabeza, no le faltaba ningún diente. La cicatriz de la cara era larga y sinuosa y no estaba especialmente bien cosida.

El coronel Underhill usó su escalpelo para cortar y apartar el mono y la ropa interior dejando caer las prendas al suelo. El cadáver presentaba cinco orificios de bala recientes: cuatro en el pecho y uno entre el ojo y la oreja izquierdos que había salido no muy limpiamente por detrás de la cabeza.

—¿Qué tipo de pistola usa? —preguntó el coronel.

—Una Colt del calibre cuarenta y cinco.

—Creía que la policía de Hawái las usaba del treinta y ocho.

—Sí, pero se me acabaron las balas sin haber acertado. Apenas me sirvieron para reventar las ventanillas de su coche. A él me lo cargué con la pistola de recambio.

—Es mejor que la otra, más precisa —intervino el cabo.

—No lo digo por eso. Al final, lo hice salir de su escondrijo y le disparé a bocajarro.

—Miren —dijo el coronel.

Todos se acercaron, excepto Beamer. El coronel estaba señalando la cadera, donde había una cicatriz irregular del tamaño de una moneda de diez centavos.

—Usted no ha sido el primero que le ha pegado un tiro —explicó.

Le dio la vuelta al cadáver usando las dos manos y examinó la espalda. Después de colocarlo como antes, cogió otra vez el escalpelo sin hacer ningún comentario.

—Vamos a mirar un poco por dentro.

—¿Para qué, qué busca? —preguntó Beamer.

—No hay orificio de salida: la bala no lo traspasó. Quizá se le quedara en la pelvis, pero la cicatriz de entrada no es muy grande. Para mí que los médicos se la dejaron dentro y no quisieron abrirlo para sacársela.

—Podría estar en cualquier sitio —apuntó McGrady—. Las balas se meten por todas partes. Puede que tenga que cortarlo a trozos muy pequeños.

—A él no le importará.

El coronel Underhill hizo dos cortes en forma de equis grande encima de la cicatriz y apartó los colgajos de piel para ir penetrando por el músculo. Para él era más fácil que para un cirujano porque no tenía que preocuparse por los efectos en el paciente. Fue a sacar unos guantes finos de goma de un cajón y, al volver, empezó a escarbar con los dedos. Se notaba que no era la primera vez: sabía lo que se hacía. Tardó menos de un minuto en extraer la bala.

Después de lavarla debajo del grifo, la puso sobre una tela blanca para que todos la vieran. Era una bala encamisada y estaba prácticamente intacta, más allá de tener la punta un poco roma. Se volvió hacia McGrady.

—Antes ha identificado correctamente el cuchillo —comentó—. Ahora dígame qué ve.

McGrady cogió la bala y la miró desde varios ángulos. No tuvo que pensar mucho: sabía bastante de armas cortas.

—Es una bala encamisada, de rifle. Lo raro es que se quedara dentro. Puede que ya hubiese atravesado otro cuerpo y que por eso viajara más despacio.

—¿De qué tipo de rifle?

—El calibre no puedo calcularlo a ojo.

—Pues lo mediremos.

El coronel se volvió hacia su cabo, que sacó un calibre metálico de un cajón. McGrady lo cogió y lo examinó. Era un buen instrumento, con una precisión de una décima de milímetro. Lo ajustó alrededor de la bala, justo delante del surco en la camisa, y se inclinó para leer las marcas.

—Redondeando, siete coma siete milímetros. Serían siete coma ocho antes de tener estrías.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que probablemente es una treinta cero seis.

—¿O sea?

—Tiene la base plana, y la camisa es de níquel...

—¿Dónde ha visto balas como ésta?

—Es munición de práctica: una M1906. Eran excedentes. Las usábamos en la galería de tiro y guardábamos las mejores para el combate.

—¿Excedentes de qué?

—De la Gran Guerra.

—En resumen —dijo el coronel—, que tenemos a un hombre de entre cuarenta y cincuenta años con una bala treinta cero seis de cuproníquel alojada en la cadera: la munición estándar del rifle Springfield por la época en que nuestros chicos estaban en Francia.

Y además tiene una cicatriz antigua de cuchillo en la cara. ¿Conclusiones?

—No se puede concluir nada —dijo McGrady—, sólo hacer suposiciones.

—Si no lo dice usted, lo diré yo —continuó el coronel—: dentro de este hombre hay una bala del ejército estadounidense. Si fuera de un Mauser no sería plateada y al medirla le habría dado más de ocho milímetros. Por lo tanto, a los veintipocos años recibió un disparo de uno de nuestros soldados de infantería. En cuanto a la cicatriz de la cara, probablemente lo hirieron con una bayoneta mientras estaba de pie en la trinchera intentando contener un ataque.

—Está diciendo que es alemán —dijo Kondo.

—Tiene toda la pinta —contestó el coronel—, aunque, como bien dice McGrady, son meras suposiciones. Esta cicatriz podría ser de hace veintitrés o veinticuatro años como podría ser de hace cinco: es imposible saberlo. Y, como también ha dicho McGrady, había mucho excedente de balas M1906, y circulaban mucho. Este hombre podría ser cualquiera y haber recibido un disparo de cualquiera.

—Ya, pero también tenemos el cuchillo antiguo —señaló Kondo—. Estuvo en la guerra, en uno u otro bando. Si era alemán, quizá se lo quedara como trofeo.

10

Durante el camino de vuelta a la comisaría, Beamer bajó la ventanilla para tirar la colilla de un Lucky que acabó rebotando en el parabrisas de un camión de hielo que venía en sentido contrario. El camionero se apartó de golpe, tocando la bocina, y Beamer se permitió una media sonrisa. El chichón se le había puesto violáceo.

—A partir de ahora quiero que trabajes en pareja con Fred Ball —ordenó—. Yo diría que está en una de las salas con aquel chaval de la licorería. No creo que tarde.

—De acuerdo.

—¿Cuál va a ser tu siguiente paso?

—Consultar expedientes, hacer algunas indagaciones y registrar la casa del chico. Kimmel me ha dado la dirección y la llave.

—No. —Beamer escupió por la ventanilla y se encendió otro Lucky —. Tu siguiente paso será ir a buscar a Fred Ball, ponerlo al corriente y preguntarle qué hay que hacer.

—Capitán...

—Así están las cosas —lo interrumpió Beamer—. Si Kimmel quiere ver tu carita, la verá, pero aquí mando yo, y después de mí, el inspector Ball.

McGrady asintió. Por lo visto, Beamer no tenía nada más que decirle, porque no volvió a abrir la boca. Él tampoco.

Empezó a desobedecer las órdenes de Beamer en cuanto éste cerró la puerta del despacho. Lo primero que hizo fue ir a buscar a Marcia Lee, una de las secretarias. La encontró ordenando alfabéticamente un montón de carpetas. Llevaba una falda marrón, una blusa blanca con manchas de tinta y un collar de perlas de agua dulce. Al verlo, se quitó las gafas de lectura.

—Inspector —saludó—, feliz Día de Acción de Gracias.

—Se me había olvidado. Igualmente.

—¿No tiene adonde ir?

—Sitio tengo, pero está por ver que llegue.

Marcia bajó la vista y él se dio cuenta de que, muy probablemente, acababa de perderse una invitación a cenar con la familia de la chica. En otras circunstancias, hasta habría aceptado y todo.

—¿Podría ayudarme con tres cosillas rápidas antes de irse? —preguntó.

—Por supuesto —repuso ella y sacó su libreta.

—Quiero que mande un telegrama a Packard Motors, en Detroit. Apunte. —Le leyó el número de serie que había copiado del motor del Packard y ella lo anotó—. Pregunte si en la fábrica tienen información sobre el destino de ese coche.

—Muy bien.

—También quiero que consulte el registro de coches robados. Me interesan todos los del último año que no se hayan recuperado.

—No serán más de uno o dos.

—Probablemente.

—¿Y por último?

—Buscar la matrícula de un coche. Está a nombre de Henry Kimmel Willard. Era un Ford no sé de qué modelo. Cuando tenga todos los detalles, déjemelos encima de mi silla y luego redacte una breve nota sobre el coche del tal Willard e inclúyala en el boletín de la reunión de mañana. Quiero que los patrulleros lo busquen.

—De acuerdo —dijo ella—. Feliz Día de Acción de Gracias.

—Ya me lo había dicho, pero bueno. Igualmente.

Se fue antes de que Marcia tuviera tiempo de sonrojarse, así se ahorraban la vergüenza. Bajó a los calabozos para ver cómo estaba Miguel y se lo encontró durmiendo en el suelo sin manta ni cojín. Aún tardaría un par de horas en poder construir una frase.

A partir de ese punto se ciñó a las órdenes de Beamer. Preguntó en varios sitios hasta que le dijeron dónde estaba Fred Ball, a quien encontró en una sala de interrogatorios del sótano. El inculpado ya estaba en el calabozo, curándose las heridas. Junto a la mesa de madera sólo quedaba Fred, dentro del cono de luz de la única bombilla del techo y con un vaso de agua con hielo delante. Había mojado su pañuelo y se había envuelto los nudillos de la mano izquierda con la tela húmeda. En la comisaría se contaba que Ball se había vuelto peor persona después de que lo abandonara su mujer.

Estaba escribiendo en un papel que aún estaba prácticamente en blanco, pero que ya estaba firmado. En el encabezado se veía en letras grandes la palabra «confesión».

El inspector Ball levantó la vista. Tenía la misma edad que McGrady, pero casi diez años más en las fuerzas del orden. Él no había perdido el tiempo yendo a la universidad y luego a China con

un grupo de marines. Había ingresado en la policía de Hawái directamente desde el instituto Roosevelt High y conservaba el mismo físico de cuando jugaba al fútbol americano. Digamos que era una montaña de músculos recubiertos de grasa.

—McGrady, ¿no? —preguntó. Llevaba el pelo a rape.

—El mismo.

—¿Necesitas algo?

—No, nada, he bajado a aprender.

—Y yo nací ayer. —Ball apretó la mano que le dolía exprimiendo agua del pañuelo—. ¿Qué quieres?

—Beamer nos ha emparejado.

—¿Ah, sí?

—Te invito a comer en el Royal y te lo cuento —propuso McGrady.

No había comido nada desde el almuerzo del día anterior. Por la noche se había pedido un whisky y, justo cuando pensaba en Molly y en la cena, había recibido la llamada.

—Vale, pues quedamos en el Royal. Tengo que acabar de escribir esto.

El Royal Saloon estaba cerrado. McGrady ya no se acordaba ni del día que era, a pesar de que Marcia Lee se lo había recordado dos veces. Se quedó esperando en la esquina de Merchant y Nuuanu. Ball no tardó mucho en llegar de la comisaría y notar que el local estaba a oscuras y tenía un letrero de CERRADO escrito a mano.

—¿Te gusta el chop suey? —le preguntó McGrady.

—¿Tengo alternativa?

—Creo que no.

Fueron andando a Chinatown. Hotel Street nunca estaba a oscuras. Todos los días del año, a cualquier hora, ofrecía lo mismo: edificios de ladrillo, persianas pintadas y oscuras tentaciones escritas con luz.

Acabaron en el primer piso del Wo Fat.

Estaba a reventar. Tuvieron que hacer cola para conseguir una mesa. Se oía hablar en mandarín y cantonés, lo que ponía nervioso a Ball. A McGrady, en cambio, no le molestaba en absoluto. China le traía buenos recuerdos. Fuera de alguna escaramuza, se lo había pasado en grande: buen alojamiento en el consulado, comida de sobra, lugareños simpáticos...

Un camarero los acompañó a una mesa al lado de una ventana desde donde se veía a los marineros haciendo cola para entrar en el Annie's, el Black Cat Lounge y el Hula Girl, con sus focos y su ninfa de neón con falda de hierba y los pechos al aire.

—Qué rabia debe de dar ser el último de la fila —opinó Ball.

—Avanza bastante deprisa.

—Lo más probable es que haya menos de cincuenta putas trabajando para mil hombres que esperan. Saca las cuentas y luego te lo imaginas.

—Paso.

Miraron por la ventana. Los marineros avanzaban con las fichas en la mano por una fila que recordaba el sinuoso cuerpo de una serpiente. El camarero, con un chaleco negro sobre una camisa blanca bien planchada, se acercó de nuevo y dejó en la mesa una tetera con hojas enteras antes de sacar su libreta y su lápiz. McGrady sirvió té para los dos y levantó su taza.

—¿Quieres que pida yo?

—Por mí perfecto.

Pidió en mandarín. Su acento era un desastre, pero se hizo entender: sopa agridulce, costillas de cerdo con sal y pimienta y una fuente grande de chow mein.

—¿Cuánto tiempo estuviste por allí?

—Menos de un año.

—¿Y te dio para aprender el idioma, en tan poco tiempo?

Negó con la cabeza.

—Aprendí más en San Francisco: me quedé más tiempo.

En cuanto les trajeron la comida, procedió a exponer el caso. Ball se había puesto de mejor humor con sólo ver las costillas de cerdo, pero no tanto como cuando le contó que por la mañana había matado a un hombre a balazos. Al parecer, eso compensaba el hecho de que supiera algo de mandarín. Hablaron de las autopsias y luego Ball planteó la pregunta que ya le habían hecho todos:

—¿Y por qué crees que no lo hizo él solo?

—Por dos cosas —respondió McGrady—. Para empezar, le habría costado hacerlo sin ayuda: los trajeron de otra parte, les quitaron la ropa...

—A menos que ya estuvieran desnudos.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, pero luego tendría que haberlos metido en el maletero de un coche que tendría que haber robado con antelación, llevarlos al cobertizo, que tendría que haber localizado previamente, sacarlos del coche y hacerlos entrar. Y después tendría que haber atado y colgado al chico sin dejar de controlarlos a él y a la chica en todo momento, a pesar de que a ratos habría tenido las dos manos ocupadas en uno solo.

—Para eso están las cuerdas y las pistolas —insistió Ball—. Además, era una mole de cuidado.

—Sí, era alto y corpulento, y no digo que no pudiera hacerlo él solo, pero con un cómplice era más fácil —repuso McGrady—. Y no olvidemos lo que hizo cuando lo pillé.

—¿Qué hizo?

—Cuando lo iluminé con los faros, se protegió de la luz con una mano para intentar ver quién era yo.

—¿Y qué?

—Pues que, si hubiera trabajado solo, habría empezado a disparar en cuanto viera que me detenía. Tenía dos cadáveres en un cobertizo y alguien, fuera quien fuese, acababa de pillarlo con una sierra y un bidón de gasolina. ¿Qué más daba quién fuera yo? Se habría contentado con matarme.

Fred Ball le hincó el diente a una costilla de cerdo mientras reflexionaba. Luego se sacó de la boca un trozo de cartílago y lo metió debajo del plato.

—Tiene su lógica —dijo al fin.

—Toda la del mundo. Vaciló porque no estaba seguro: pensaba que podía ser su cómplice.

—En fin. ¿Qué hay que hacer?

—Se supone que tienes que decírmelo tú.

Ball cogió el cuenco de sopa y, después del primer sorbo, lo miró con mala cara y lo dejó en la mesa.

—A Beamer no le caes nada bien.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Por qué ibas a caerle bien? Has ido a la universidad y has sido capitán en el ejército. Tenéis el mismo rango, pero es innegable que

el ejército tiene un plus. Juega en primera, y la policía de Hawái ni en regional. A la gente no le gusta lo que no entiende. Como esta sopa, por ejemplo: ¿qué narices lleva?

—Sangre de pato coagulada. Te vas acostumbrando y al final te gusta.

—Lo has dicho en serio.

—Para Beamer, encima... no soy de aquí —dijo McGrady—. Tenlo en cuenta. Es lo que le da más rabia. Pero volviendo a lo que hay que hacer...

—Hagamos lo que habías dicho: registrar la casa del chico, volver a la comisaría y trabajarnos a Miguel. Y luego, a casita. ¿Tienes familia aquí?

—He empezado a salir con una chica. Si consigo llegar a su casa a tiempo para la cena se pondrá contenta. ¿Y tú?

—Debes de ser el único que no se ha enterado. Mi mujer se embarcó en el *Lurline* con un hijo de puta al que había conocido en el Royal Hawaiian. Lo último que sé es que estaba con él en Utah. ¿Alguna vez has intentado divorciarte sin saber dónde está tu mujer?

—No he intentado ni casarme.

Volvieron caminando a la comisaría. Mientras Fred iba a buscar su coche, McGrady corrió a pedir una cámara a los de pruebas y comprobó que el carrete fuera nuevo. Luego fueron en coche a Manoa. Fred se metió por King Street, entre el Iolani Palace y el Tribunal Supremo. No había ni un alma en la calle, apenas algún coche aparcado frente a la delegación del gobierno, donde estaba el cuartel general del FBI. Ball lo señaló con la barbilla.

—¿Sabes de quién es?

—De alguien del FBI. ¿Por qué, conoces al dueño?

—Es el coche de Bob Shivers. Supongo que los del FBI son como todo el mundo: también los dejan sin Acción de Gracias.

—Están preocupados, y Kimmel también. Y no sólo por su sobrino. Me ha dicho que es «mal momento».

—No hace falta que él lo diga —contestó Ball, que acababa de frenar frente al Punchbowl para dejar pasar a una columna de camiones del ejército con cubiertas de lona—. Sólo hay que abrir los ojos.

No era ninguna broma. Los camiones distaban mucho de ser la única señal: cada día llegaban barcos para descargar hombres y material que luego otros barcos se llevaban más allá de Barber's Point, hacia el oeste, a islas con nombres como Midway y Wake, y atolones como Johnston y Palmyra, donde habían establecido puestos avanzados de vigilancia y patrullaje: fuertes de madera en las llanuras, con soldados de caballería de chaqueta azul oteando desde detrás de las murallas. De California llegaban bombarderos B-17 que transportaban combustible y que despegaban otra vez al alba, y así de isla en isla hasta llegar a Manila, donde se encontraba el general MacArthur.

—¿Y tú qué opinas, como antiguo militar? —preguntó Ball.

—Yo iba adonde me decían, igual que los chicos de ahora.

—Ya, pero eras oficial.

—Nunca tuve que negociar con Hirohito.

—Pues ya te digo que no vale la pena ni intentarlo —opinó Ball—. Sólo quieren tomarnos el pelo.

Los nudillos de Ball volvían a sangrar. Sacó su pañuelo mojado y se lo enrolló en el puño. Cuando los camiones terminaron de pasar, reanudaron su camino hacia Manoa. McGrady, mientras tanto, sacó su treinta y ocho, abrió el cilindro e hizo caer los seis cartuchos vacíos en la palma de su mano. Después de tirarlos por la ventana recargó la pistola con balas nuevas de una caja que había cogido de su mesa, en la comisaría.

11

Aparcaron enfrente de donde había vivido Henry Kimmel Willard. Era un bungaló de estilo American Craftsman adosado a una colina a espaldas de la Universidad de Hawái. Al nivel de la calle había un garaje de una sola plaza desde donde ascendía una larga escalera de cemento pintada de rojo que llevaba hasta la casa propiamente dicha. Fred Ball apagó el motor, bajó, dio un portazo y se acercó al garaje. Se asomó a un cristal lleno de polvo, haciendo pantalla con las manos.

—No se ve ningún coche.

McGrady se acercó, limpió el cristal con el canto de la mano y volvió a asomarse. Dentro no había nada más que estanterías vacías, un banco de trabajo y una tabla con ganchos, pero sin herramientas. El suelo de cemento estaba manchado de aceite. Allí solían guardar un coche, pero a saber cuándo. Subieron a la casa. La escalera estaba rodeada de plátanos, algunos con racimos que habría que coger muy pronto. Por los tallos verdes desfilaban hormigas. McGrady se sacó la llave del bolsillo, pero Bell se le adelantó y llamó al timbre, de dos tonos. Un perro empezó a ladrar en la casa de al lado. «Buen oído», pensó McGrady. Seguro que lo sabía todo, de principio a fin. Lástima que el inspector Ball no

pudiera esposarlo a una silla en la sala de interrogatorios y sacarle la verdad a puñetazos.

—¿Piensas abrir? —le preguntó Ball.

—Sí —repuso él.

Metió la llave y la giró en la cerradura. Entraron sin cerrar la puerta a sus espaldas. Había cartas en el suelo. McGrady las recogió: una factura de la Mutual Telephone Company con matasellos del 24 de noviembre y otra de la compañía de electricidad. Abrió la del teléfono. Tenía formato de postal, en cartulina gruesa. La miró por los dos lados: ni una sola llamada.

Recorrieron las habitaciones. Al otro lado del recibidor había un cuarto de baño con un cepillo de dientes Miracle Tuft, una maquinilla de afeitar y una pastilla de jabón al lado de la pila; dos toallas se amontonaban en el suelo. Él se puso de rodillas para pasar un dedo por el desagüe de la bañera y le enseñó a Ball un pelo largo y negro.

—¿El de ella era igual de largo? —preguntó Ball.

—Sí.

En la sala de estar no había casi nada, sólo dos sillas de madera y una radio de sobremesa Philco, hecha polvo, colocada directamente en el suelo. Por lo visto, Henry aún no se había comprado una mesa. En el dormitorio había un colchón, también en el suelo, con sábanas blancas limpias y dos almohadas. Ball se arrodilló a un lado.

—Aún se huele el perfume de la chica —aseguró.

—Henry se instaló hace unas dos semanas. Supongo que fue directo al grano.

Al pie de la ventana había una cómoda donde McGrady encontró la ropa de Henry bien doblada. Abrió el armario y estiró el cordón de

la lámpara del techo. Camisas en perchas, un terno comprado para otro clima y un sombrero de paja al revés sobre un estante.

Subieron al piso de arriba, donde había dos dormitorios y otro baño, todo completamente vacío.

Sólo faltaba echar un ojo a la cocina. Ball abrió la nevera y encontró una botella de leche destapada, medio kilo de carne picada envuelta con papel de estraza, una docena de huevos y un tarro de pepinillos. Sacó dos botellas de cerveza rubia Primo.

—¿Quieres una?

—¿Por qué no?

McGrady encontró un abridor en un cajón. Abrieron las cervezas y se apoyaron en la encimera.

—¿Sabes qué falta? —preguntó McGrady.

—¿Qué?

—Libros. Estaba aprendiendo japonés, ¿no es cierto? Y se supone que se lo tomaba en serio. Lo lógico sería que hubiera un montón de libros, aparte de revistas o lo que usara para practicar.

—¿Tú crees?

—Vamos a comprobarlo —contestó McGrady.

Dejó su cerveza en la encimera y buscó el teléfono, que estaba fijo en la pared.

Descolgó el auricular y, tras esperar la señal, marcó el número de la centralita. Pidió que lo comunicaran con la base de Pearl Harbor y, al oír la voz de la telefonista, solicitó hablar con el almirante Kimmel, dio su nombre y esperó. Kimmel tardó dos minutos en contestar:

—¿Inspector McGrady?

—Sí, señor. Estoy en casa de Henry. ¿Ha entrado alguna vez?

—Dos o tres veces, sí.

—¿El chico tenía libros?

—¿Qué clase de libros?

—Libros de cualquier tipo: manuales, diccionarios... novelas baratas... lo que fuera.

—Pues claro que tenía libros: dos baúles llenos.

—Baúles.

—Exacto.

—¿Los vieron sus hombres al entrar en la casa?

—No me lo dijeron.

—¿Puede ir a preguntárselo?

—¿Es urgente?

—Sí, señor.

Kimmel dejó el auricular. Se oyó ruido de estática. Él cogió su cerveza y se bebió el resto. Kimmel se puso otra vez al teléfono.

—¿Inspector?

—Sí, sigo aquí, señor. Dígame.

—Me han dicho que en el dormitorio había libros y papeles que tenía apoyados contra las paredes porque aún no había comprado estanterías.

—Gracias, señor.

—Deduzco que ya no están.

—No, señor.

—¿Qué pasa, que alguien ha forzado la puerta después de que mis hombres registrasen la casa?

—Forzado la puerta, no. Seguro que tenían la llave.

Kimmel se lo pensó un par de segundos antes de tapar el auricular con la mano para hablar con alguien.

—Tengo que irme —dijo poniéndose otra vez—. Infórmeme de lo que vaya averiguando.

—Descuide, señor.

Colgó. McGrady dejó su botella en el fregadero.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Ball.

—Quiero hablar con Miguel Silva, si está despierto.

—Siempre podemos despertarlo nosotros.

Se acabó la cerveza y dejó la botella en el fregadero, al lado de la de McGrady. Después abrió el grifo y se remojó los nudillos, en carne viva.

Cruzaron el sótano de la comisaría para ir al calabozo y, al llegar al final del pasillo, se quedaron mirando la celda de Silva: estaba vacía. Habían fregado el suelo, pero aún olía a vómito.

—¿Buscáis al borracho?

McGrady dio media vuelta. Era el del registro de entradas, que los había seguido.

—Sí, a Silva —dijo Ball—. Un tío viejo.

—Lo ha soltado el jefe Gabrielson.

—¿Cuándo? —preguntó McGrady.

—Hace una hora.

—¿El propio Gabrielson?

El agente asintió con la cabeza.

—Ha abierto él mismo la puerta, lo ha sacado y lo ha metido en un coche patrulla.

Ball miró a McGrady y luego la escalera.

—Mierda —dijo McGrady—. ¿A quién se le ocurre?

Subieron uno al lado del otro. El despacho del jefe ocupaba una esquina del último piso. Su secretaria debía proteger la puerta, pero ya se había ido.

McGrady abrió sin llamar y Ball entró detrás de él. El jefe hizo ademán de levantarse, pero al final no lo hizo.

—Siéntense —ofreció.

Ball se sentó, McGrady no.

—Señor... —empezó a decir.

—No se preocupe, McGrady —lo interrumpió el jefe—. Faithful lo necesitaba en el campo: las vacas lecheras no pueden esperar.

—Estamos hablando de un doble asesinato.

—He hablado personalmente con él y tiene una coartada perfecta —aseguró Gabrielson—. Una docena de personas lo vieron en Nanakuli el miércoles; de hecho, estaban de copas con él.

—Lo respaldan una docena de amigotes del bar —dijo McGrady—, ¿basta con eso?

—Reggie Faithful responde por él —dijo Gabrielson—. Con eso basta. Si quiere volver a hacerle alguna pregunta inténtelo la semana que viene, que es cuando tendrá tiempo.

Sonó el teléfono del jefe, que los miró, pero ni él ni Ball se movieron. Al final fue Gabrielson quien contestó:

—Sí, aquí el jefe Gabrielson.

Escuchó un momento, tapó el auricular y señaló la puerta.

—Cuando salgan, cierren, por favor.

El primero en salir fue McGrady, seguido por Ball, que cerró. No se dijeron nada hasta haber vuelto a la mesa del primero. Ball acercó una silla con ruedas y hablaron muy juntos, en voz baja. Había veinte polis lo bastante cerca para oírlos.

—¿Tú cómo lo ves? —preguntó McGrady—. Lo conoces más que yo.

—Tampoco mucho más. Lo que sé es que su relación con Faithful viene de lejos.

—O sea, que la tónica va a ser ésta —dijo McGrady—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No hace falta que lo mantengamos informado —contestó Ball—. A partir de ahora, digo.

—Por mí, perfecto.

12

Salieron de la comisaría por la puerta del sótano y subieron por la rampa hasta la acera de Bethel Street. Se les acercaron dos hombres; el primero de ellos llevaba un traje marrón arrugado.

—¿Joe McGrady?

Ball se volvió y, en cuanto le vio la cara, intentó retener a McGrady por el hombro, pero su compañero ya había empezado a contestar.

—¿Quién lo pregunta?

El segundo hombre salió de detrás del primero. Llevaba una cámara Clipper Special y disparó la bombilla de flash dos veces seguidas.

—¿Es verdad que el sobrino del almirante Kimmel ha sido asesinado con una japonesa en un picadero de North Shore? —preguntó el del traje marrón, hablando tan deprisa que sonó como una única palabra—. ¿Es verdad que ayer por la noche mató usted al asesino en un tiroteo?

—Sin comentarios.

—Yo sí quiero comentar un par de cosas —intervino Ball—. La primera, que no os habéis enterado de nada; la segunda...

Amagó con darle un puñetazo al fotógrafo y éste dio un paso atrás, tropezó y por poco fue a dar al suelo. Lo salvó su compañero.

—Marchaos —ordenó Ball.

Se apresuraron a ponerse fuera del alcance de su puño y el fotógrafo volvió a apuntar su cámara.

—Es el inspector Fred Ball, ¿verdad? —dijo el reportero—. Me acuerdo de usted: la policía portuaria lo detuvo en los muelles mientras intentaba bajar a un hombre a rastras de la pasarela de embarque del *Lurline*.

—¿Y a ti qué te importa?

—Casi nada —contestó—: lo que mida una columna de periódico.

Ball había empezado a enrojecer. De hecho, tenía la nuca y las orejas rojas como un tomate. Él solo pesaba lo mismo que el reportero y el fotógrafo juntos, y además iba armado con una treinta y ocho, y probablemente escondía una porra de plomo y una navaja en los bolsillos de la chaqueta.

—Vámonos —le dijo McGrady.

Ball se dejó llevar sin resistencia: sólo necesitaba un empujón. Bajaron por Merchant hacia el Royal Saloon (cerrado). Ball tenía el coche aparcado en la acera. McGrady abrió la puerta del conductor, lo hizo subir y cerró.

Ball se quedó un momento sentado y luego bajó la ventanilla.

—¿Necesitas que te deje en algún sitio?

—En Manoa, si te viene de paso.

—No voy a ningún lugar en especial —repuso Ball, que aún estaba rojo. Probablemente le viniera bien una copa—. No creo que haya nada abierto, aparte de garitos chinos.

—Pues vente conmigo —propuso McGrady—. A Molly le gustan las cenas por todo lo alto.

—¿Lo dices en serio?

—La semana pasada encargó un pavo en Kaimuki. Además, comparte casa con tres chicas de California y Nueva York, todas solteras.

—¿Me estás invitando?

—Trabajamos juntos.

—Porque lo dice Beamer.

—Da lo mismo.

—Sube, pues.

De nuevo iban por King Street. Había oscurecido antes de tiempo: el viento había arrastrado la lluvia desde el otro lado de los montes Koʻolau. Ball puso en marcha los limpiaparabrisas y tiró del botón para encender los faros.

—Lo que ha dicho el tío de antes, John Carroll... es verdad.

—¿El qué?

—Que me detuvieron mientras bajaba a un hombre de la pasarela del *Lurline*.

—Ah...

—Lo cogí del brazo y lo lancé por encima de la barandilla. Lo dejé para el arrastre. Creo que le rompí todos los dedos y puede que también el codo.

—¿Te denunció?

—¡Pero qué dices! Lo único que quería era subir al barco y marcharse. Seguro que habría desatado él mismo las amarras, pero tenía las manos hechas polvo.

—¿Y Carroll cómo se enteró?

—Siempre merodea por la comisaría. Es su trabajo. ¿Nunca te lo habías encontrado?

—Me enseñaron a no hacerme notar —dijo McGrady—. Cosas del ejército. ¿En qué periódico trabaja?

—En el *Advertiser*, pero tiene grandes planes y quiere que sus artículos corran por las agencias de noticias.

—A Beamer no le gustará.

—Pues tendrá que aguantarse. No lo has filtrado tú. Además, algo así es imposible mantenerlo en secreto. Tarde o temprano saldrá a la luz. Es demasiado gordo.

La casa de alquiler donde vivía Molly estaba en el lado oeste de Manoa, a diez minutos a pie de la de Henry Kimmel Willard. Era blanca, de estilo neogriego. Tenía cuatro dormitorios y un seto alrededor de la finca. Molly la compartía con tres chicas, todas estudiantes de posgrado. Según ella, acompañada estaba más segura. Lo decía como en broma, pero McGrady sabía que era verdad. Molly había pasado gran parte de su vida en sitios donde no era bienvenida. De hecho, se habían conocido así: ella se había presentado en la comisaría del centro preguntando por él, y se había camelado al agente de guardia y luego al mismísimo jefe para que aceptaran llevarla hasta su mesa.

Una vez allí, lo primero que hizo fue invitarlo a cenar y, antes de que él pudiera preguntárselo, le explicó por qué: había encontrado su nombre en un archivo del cuartel de Schofield, y quería un testimonio de primera mano sobre la rebelión de Fujian. Estaba escribiendo un artículo y él era un testigo presencial, una fuente

viva. Él aceptó, pero con la condición de elegir el restaurante y pagar la cuenta.

Su primera cita fue esa misma noche. La llevó al Wo Fat, pidió cinco platos y le contó todo lo que sabía sin saltarse la parte en la que se arrastraba por la orilla del río, tomaba posición entre unas zarzas secas y apuntaba por encima del agua a un grupo de hombres que la semana anterior había raptado a la mujer de un funcionario del consulado. Tres disparos, tres muertos. Acto seguido había recogido los casquillos del barro para guardárselos en el bolsillo. Durante la cena en el Wo Fat le enseñó uno a Molly, limpio y pulido, y se lo regaló.

Ella estaba encantada.

Tenía ganas de oír más y, por una vez, él tenía ganas de contarlo. Salieron los últimos del restaurante y caminaron hasta un bar de Smith Street que no cerraba nunca. Luego alargaron hasta el alba la conversación entre copas de brandy y cafés.

Cuando él y Ball llegaron a la casa de Molly ya casi era de noche y, como nadie respondía al timbre, él giró el pomo y se encontró la puerta abierta. Se asomó y llamó por el pasillo.

—¿Hola?

No le contestaron.

Dentro olía como si Molly hubiera trabajado mucho: pavo al horno relleno de salvia, boniatos y pasteles. Al fondo se oía música. Abrió del todo la puerta, entró y le hizo señas a Ball de que lo siguiera. Encontraron a las chicas en el jardín. Lo habían decorado en plan nativo, con antorchas de bambú clavadas en el césped y leis de

flores al cuello de la estatua tiki de madera dura que él mismo había traído desde la costa norte en el techo de su coche. Habían sacado la mesa al jardín, la habían adornado con velas y orquídeas frescas y la habían cubierto de un sinfín de platos.

La música salía de una radio, también procedente de la casa. Estaba sonando *Why Don't You Do It Right* en la voz de Lil Green. Molly y sus compañeras de casa bailaban sin inhibiciones sobre la hierba, descalzas, con vestidos de estampado de hibiscos y flores de *Plumeria* detrás de las orejas. Tenían casa propia y un seto alto, y no sabían que estuvieran espiándolas o les daba igual. Todas tenían en la mano una copa de pie largo que aguantaban en alto mientras movían sus caderas al compás del bajo y cantaban con Lil Green.

McGrady vio el bar que habían montado en una mesa lateral: una botella de ron Havana Club, una tabla de cortar con cuartos de limas, una caja de azúcar y un cuenco de hielo triturado. Molly se había aficionado a los daiquiris y había aprendido a prepararlos.

—¿Esto es cada noche? —preguntó Ball.

—No.

—Lo normal sería que hubiera veinte o treinta hombres aporreando la puerta y subiéndose a los setos.

—Bueno, es que casi no salen. Se pasan la mayoría del tiempo estudiando.

Cruzó la puerta trasera y bajó los escalones. Molly se volvió hacia él.

—¡Joe!

Se apartó el pelo oscuro de la cara soltándose sin querer la flor de *Plumeria*, pero la recogió y volvió a ponérsela antes de ir a su encuentro.

Él la abrazó y le dio un beso. Su pelo olía a perfume y sus labios eran tan dulces como la bebida que tenía en la mano.

—Perdón por el retraso.

—Hemos cenado sin ti y ahora estamos de fiesta.

—Te presento a mi nuevo compañero, Fred.

Molly soltó la cintura de McGrady y se apartó para mirarlos a los dos. Estaba un poquito achispada, se notaba en el arrebol de sus mejillas y su cuello.

—Hola, Fred —dijo—. Prepárate un plato y mientras Joe te sirve algo de beber. Y a mí también, de paso.

Se acabó su copa y, tras hacer ruido con el hielo picado, la dejó vacía en manos de McGrady.

En un rincón del jardín había una mesa baja, bastante deformada por la intemperie, rodeada de unas cuantas sillas de ratán. McGrady y Ball fueron a sentarse con sus platos. Molly se reunió con ellos mientras sus compañeras entraban en la casa llevándose la botella de Havana Club.

Ball se bebió la mitad del daiquiri antes de atacar el pavo, pese a que a mediodía había comido poco. Tragó y levantó la vista.

—Lo siento —le dijo a Molly—. Qué ocurrencia presentarme sin ser invitado a su cena de Acción de Gracias...

—No, si Joe ha llamado para avisarme —respondió Molly dándole a McGrady una patada por debajo de la mesa— y yo le he dicho que ningún problema, ¡faltaría más!

—Ah, pues muchas gracias.

—Así que es usted detective.

—Sí.

—¿Lo de que son compañeros iba en serio? Creía que Joe trabajaba solo.

—Ahora mismo no.

—Sólo para este caso —intervino McGrady—. Creo.

—¿Es importante?

—Demasiado para encargarme yo solo.

—Pero ¿juntos podréis resolverlo?

—No lo sé —contestó McGrady, y luego añadió mirando a Fred Ball —. ¿Tú cómo lo ves?

Las otras chicas salieron de nuevo al jardín y volvieron a ponerse a bailar mientras la botella de ron pasaba de mano en mano.

—Sospecho que esto no acabará bien —opinó Ball.

Molly miró por encima del hombro para ver a qué se refería y McGrady contempló su perfil. Era preciosa.

—Ahora lo arreglo, pero contadme algo más de la investigación.

—Yo creo que, para el domingo, nuestro amigo Bob Shivers ya habrá metido las narices para llevarse una parte del pastel —apostó Ball—, y que luego también querrá intervenir la Marina, con policía militar o lo que tengan. Suerte tendremos si para el lunes nos dejan mirar los informes.

—¿Podéis contarme algo? —preguntó Molly.

—La verdad es que no —respondió Fred Ball.

—Es un asesinato —dijo McGrady.

—Doble.

—¿Y el asesino aún está suelto?

Ball miró a McGrady, que negó con la cabeza, pero Ball no lo entendió o le dio igual.

—Joe se lo cargó ayer por la noche. Bueno, a uno de ellos.

—No pasa nada —dijo McGrady—. Cosas de la vida.

—¿Qué cosas?

—Salí bien librado.

—¿Seguro que estás bien?

Molly dejó la copa y se acercó a McGrady. En el jardín había poca luz, sólo la de las antorchas y la que salía por las ventanas de la cocina. Al tocarle la frente, sintió los cortecitos de los cristales del parabrisas. McGrady ya se los había sacado casi todos, pero Molly tenía unos dedos más delicados y no tardó en encontrar una esquirla fina como un pelo humano. La sacó y la acercó al fuego sobre la yema de su índice.

—Es un trozo del parabrisas —explicó Ball—. Necesita un coche nuevo.

—No, un coche nuevo no, sólo cambiarle el parabrisas al de siempre —aclaró McGrady—. De todas formas, desde aquí puedo ir caminando hasta mi casa.

Molly le tocó la mejilla. Él no pensaba explicarle la suerte que había tenido de que el muerto hubiera fallado por uno o dos centímetros, y no porque le diera miedo contarle que había matado a un hombre a tiros: ya había hablado de eso en su primera cita sin que eso la disuadiese en ningún sentido, sino porque no le apetecía hablarle de ese tipo de temas en presencia de Ball. A él no se lo había contado todo: se había guardado lo que no tenía relevancia para la investigación.

—Estoy algo cansado, nada más. Llevo despierto desde ayer por la mañana. Hablemos de otro tema, que es Día de Acción de Gracias.

Molly se apartó. En la radio pusieron un anuncio de Woolworth's y, como no se podía bailar sin música, las otras inquilinas de la casa se acercaron para saludar. Ya estaban bastante piripis. A McGrady le quedó bien claro al observar cómo tonteaban con Fred Ball, pidiendo ver su pistola y su placa. En cuanto sonó otra vez algo de música, lo invitaron a que bailara con las tres a la vez. Apenas se tenían en pie; de hecho, una se derrumbó en brazos de Fred. Ése fue el momento que eligió Molly para intervenir y hacerlas entrar en casa: era la mayor, la jefa de la pequeña manada. Tenía veintinueve años.

Ball volvió y se sentó. Molly tardó un buen rato en volver.

—Parece que hemos llegado un par de horas tarde; bueno, sobre todo tú —dijo Joe.

—La pelirroja casi me vomita encima.

—Señal de que le gustas.

Se acabaron la comida que se habían servido y fueron a buscar pastel. Luego quitaron la mesa, lo llevaron todo dentro y lavaron los platos. Más tarde bajó Molly, que encontró otra botella de Havana Club en un armario. Se la llevaron fuera. Sus compañeras habían desaparecido: debía de haberlas acostado en sus camitas.

Preparó otra ronda de daiquiris y brindaron. Luego acercó su silla a la de McGrady para apoyar la cabeza en su hombro y pasarle un brazo por detrás de la cintura. Él podía sentir el calor de su aliento en la oreja.

—¿Esta investigación te va a tener muy ocupado?

—Tiene pinta de que sí.

—¿Te veré antes de Navidad?

McGrady se volvió hacia ella, que se acercó para que le hablara al oído.

—Ni lo dudes —dijo él—. Me apetece mucho.
Molly contestó rozándole la oreja con los labios.
—Pues a mí me apetece más.
Sería una de sus últimas conversaciones en privado.

13

Se despidieron de Fred Ball en el porche y se quedaron mirando mientras él subía a su coche. Sacó una mano por la ventanilla para despedirse y arrancó marcha atrás volcando los cubos de la basura al otro lado de la calle. Luego enfiló valle abajo entre aullidos de perro.

McGrady tenía la intención de irse a pie hasta su casa de King Street, a unos tres kilómetros de ahí, pero, cuando se volvió para despedirse de Molly, ella le cogió la mano e hizo que entrara otra vez en la casa. Cerró con llave, echó la cadenilla y le puso un dedo en los labios mientras negaba con la cabeza y señalaba el techo.

Él asintió sin una idea muy clara de sus intenciones, pero entendiendo que quería evitar que las otras chicas los oyeran. De repente, ya no se sentía borracho en absoluto y el mundo entero había desaparecido, a excepción de Molly, descalza, que lo llevaba de la mano hacia el fondo del pasillo, y la cálida emoción de estar vivo, libre, lleno de vitalidad.

Los cuatro dormitorios estaban todos en el piso de arriba.

Molly lo llevó despacio por las escaleras, con una mano en la baranda y la otra en la suya. Se paró en el recodo, donde la anchura de los escalones les permitía ponerse al mismo nivel, atrajo la mano de él hacia su boca y le mordió un dedo.

Él no hizo ruido, y ella le dio un beso en los nudillos y siguió subiendo.

Se detuvo casi al final, mirando a todas partes. No había luz. Sus tres compañeras estaban en sus respectivos dormitorios con la puerta cerrada. Subió hasta el distribuidor y se metió por un pasillo. Él no había estado nunca en la planta alta, de manera que no sabía cuál era su dormitorio. Ella lo guió hasta el fondo, abrió la puerta, lo hizo entrar y cerró sin encender la luz.

La luz de la luna, que entraba por la ventana de la calle, bastaba para divisar la cama con dosel y sábanas blancas, una cómoda y un espejo de pie ovalado. Él sabía que ella recibía algo de dinero de su familia, que estaba becada por la universidad y que trabajaba en la biblioteca, pero independientemente de cómo se pagara el alojamiento, la casa de ella era mucho más agradable que la suya. De pronto se avergonzó de vivir donde vivía. Molly aún no había visto su habitación, pero si ya estaban en la fase en que ella lo metía a escondidas en la suya, no tardaría en conocerla.

Molly lo llevó hasta el fondo de la habitación y abrió otra puerta. Detrás había un cuarto de baño del que salió vapor con olor a jazmín. Tenía una bañera con patas de garra. Estaba llena. Metió los dedos en el agua y los movió. Él también: casi quemaba. Antes, en el jardín, Molly había entrado un momento: seguro que había subido a llenar la bañera. Lo tenía planeado desde que estaban fuera, emborrachando a Fred Ball y entreteniéndolo para que no pensara en su ex mujer.

Ella se volvió hacia él, le pasó los brazos por los hombros y entrelazó los dedos por detrás de su nuca. Después se acercó y le dio un beso. Lo siguiente que hizo fue quitarle la chaqueta,

deshacerle el nudo de la corbata, desabrocharle la camisa y pasarle los dedos por el pecho.

—Chist —dijo.

Retrocedió y, con un solo movimiento, se quitó el vestido y lo dejó caer al suelo. No llevaba nada debajo. En la penumbra, su piel era muy blanca. Él solamente la había visto una vez en bañador, durante un pícnic en la playa. Hasta esa noche le había dado cuatro besos. Ahora la tenía delante, de rodillas, desatándole los cordones. Le metió las manos en el pelo. Molly le quitó los zapatos y se levantó para desabrocharle el cinturón.

Cuando él hizo ademán de ayudarla, ella le apartó las manos: quería hacerlo sola, así que él se lo permitió.

Lo llevó a la bañera y entró después de él. En la jabonera había una toallita que le pasó por la espalda y después por el pecho. Luego la sumergió en el agua. Él volvió la cabeza y le dio un beso por encima del hombro derecho. Ella debió de intuir que estaba a punto de decirle algo en voz baja porque se apartó y le puso un dedo en los labios.

McGrady lo entendió, como antes: las reglas seguían siendo las mismas. Se lo hizo saber con un gesto de la cabeza. Nadie debía oír nada. Nadie debía saber que estaba en la casa y que estaban haciendo lo que estaban haciendo. Eran cómplices.

Lo hizo darse la vuelta y pasar las piernas por debajo de ella. Acto seguido se sentó sobre él rodeándolo con sus piernas desnudas. La bañera tenía la anchura justa para que cupieran en esa posición. Él no se esperaba nada de eso: era Molly quien lo había buscado y encontrado, no al revés. Esta vez le puso tres dedos en los labios y los apretó con fuerza. Sus ojos estaban a menos de diez centímetros

de los de él, abiertos. Él tenía ganas de moverse hacia arriba y entrar en ella, pero se quedó quieto, dejándole tomar la iniciativa. Molly lo guió y lo hizo frotarse varias veces contra ella antes de ponerse en posición.

Llegado el momento, abrió ligeramente la boca, lo justo para que él alcanzara a ver sus dientes, pero la cerró enseguida y apretó los labios antes de que pudiera brotar ningún sonido.

No cerró los ojos hasta muy poco antes del final. Llegado el momento se apoyó en él y le mordió el cuello. Fue la única manera que encontró para no gritar.

Se quedaron en la bañera hasta que el agua se enfrió. Molly no apartó la mano de la boca de McGrady hasta el momento de salir y ponerse la bata que tenía colgada detrás de la puerta. Él también salió de la bañera y se quedó de pie mojando las baldosas. Ella le dio una toalla que olía a jazmín y *Plumeria*, como ella. Él volvió a ponérselo todo excepto los zapatos.

Ninguno de los dos había pronunciado palabra desde que habían entrado en la casa.

Molly lo llevó otra vez hasta la puerta del dormitorio y le dio un beso largo y profundo. Él volvió a tener ganas de susurrarle algo; podría haber dicho muchas cosas, pero el silencio compartido no era menos valioso, y había durado tanto que habría sido una lástima romperlo: suponía infringir las reglas que ella había establecido y romper el encanto. Tenía preguntas que hacerle, pero tendrían que esperar. Tal vez fuera mejor así. Tal vez no hubiera nada que preguntar, porque todas las respuestas estaban contenidas en lo que habían hecho: Molly había puesto al desnudo lo que había entre los dos.

Se despertó antes del amanecer en su cuarto alquilado de King Street. Casi no se acordaba de haber vuelto caminando. Quizá lloviera, quizá se sentara a recuperar el aliento en el banco de una parada de autobús. No tenía importancia.

El puesto de chop suey de abajo ya estaba poniéndose en marcha: ruido de sartenes, de ajo friéndose... El personal de cocina ya estaba intercambiando gritos en cantonés.

Se levantó para ir al otro lado de la habitación, encender el hornillo y poner en marcha la cafetera eléctrica.

En la mesa, esperando la primera taza de café, sólo pensaba en Molly.

No pensó en otra cosa al afeitarse, ponerse su otro traje y verter el resto del café en un termo para llevárselo. Mientras bajaba la escalera y cruzaba la puerta de la calle, saliendo a una mañana gris para ir a la parada de Beretania Street y coger el tranvía para el centro, sólo pensaba en el dedo de Molly apoyado en sus labios.

Un repartidor de periódicos se fijó en él.

Diez años, pelo negro revuelto y pies descalzos. Al hombro, una bolsa del *Advertiser* con un grueso fajo de periódicos. No había nadie más en toda la calle. El chiquillo cruzó en rojo por McCully para interceptarlo y cortarle el paso con el periódico de la mañana en alto.

En la portada salían él y Ball.

14

Un vendedor de manapua iba saliendo de Chinatown con media docena de recipientes humeantes colgando de cada extremo del palo que llevaba sobre los hombros. McGrady le hizo señas y él los puso en el suelo y los destapó para enseñarle la mercancía. Después de elegir con el dedo, se sacó una moneda de cinco céntimos del bolsillo. El vendedor puso un puñado de dumplings y un bollo de cerdo char siu en un cucurucho de periódico, él le dio la moneda y desayunó de camino a la comisaría.

En cuanto llegó, se fue derecho a su mesa. Había un papel en el pincho de los mensajes. Lo sacó y lo leyó.

Ven a verme.

JHB

Debía de ser del capitán Beamer. Al menos ya sabía sus iniciales, aunque seguía ignorando a qué correspondían la jota y la hache. «Jefe Histérico» habría encajado. Tiró el mensaje a la papelera y apartó su silla, sobre la que Marcia Lee había dejado un fino fajo de papeles.

Había empezado por investigar el Ford de Henry Kimmel Willard.

Era un Ford 48 de 1935. Pintura marrón y motor V8 de culata plana. No hacía falta buscarlo porque ya lo habían encontrado sus colegas; incluía un duplicado del informe: durante la patrulla de la noche anterior, al pasar por la curva del faro de Makapuu, el agente John Kaiwi había visto un hueco en la valla de contención. Después de aparcar dejando puesta la luz de la sirena, cogió una linterna y estuvo un buen rato bajando por las rocas hasta ver el coche. Se había quedado colgado al revés casi al final del precipicio. Kaiwi se acercó bastante para apuntar la matrícula y enfocar la linterna en el interior del coche. No había nadie. Seguiría ahí si no se lo había llevado una ola.

A continuación, Marcia había revisado las denuncias de vehículos robados. Del año pasado sólo quedaban dos por encontrar, un Chevrolet y un Ford. McGrady se puso los expedientes debajo del brazo y salió en busca de su compañero de investigación.

Encontró a Ball en el sótano, escribiendo con dos dedos en una máquina Underwood. Entrecerraba los ojos y se mordía la lengua como si eso lo ayudara a concentrarse.

—Beamer nos está buscando—dijo sin levantar la vista.

McGrady se inclinó para ver lo que estaba escribiendo. Era un resumen del interrogatorio y posterior confesión del chico de la licorería.

—Ya lo sé. Tenía un mensaje en mi mesa. ¿Has visto el periódico?

—Sí, lo he visto. ¿Quieres que vayamos ahora mismo?

—Será lo mejor.

Ball acabó el resumen, arrancó la hoja de la máquina, firmó al pie y la dejó en la bandeja de entrada de una secretaria. Cruzaron el sótano para ir al despacho de Beamer.

Ball llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Brotó humo. Entraron, cerraron y se sentaron enfrente de Beamer. La lámpara de la mesa estaba enfocada en el cenicero, donde ya no cabían más colillas. Sobre la mesa había un paquete de Lucky Strike, un inhalador de benzedrina y un termo de café. También estaba la última edición del *Advertiser*. Beamer la orientó hacia ellos mientras se sentaban.

McGrady volvió a mirar la foto: salía con cara de sorpresa, como correspondía a una encerrona. Ball, por su parte, parecía a punto de partirle los dientes al fotógrafo.

—El miércoles por la noche, cuando viniste y te di las instrucciones, quedamos en que al abrir el periódico no me encontraría ningún artículo.

—No lo hemos filtrado nosotros —respondió Ball.

—No estoy hablando contigo.

Beamer dio una calada a su cigarrillo y se inclinó hacia la luz. Tenía un gran chichón de color púrpura en la frente.

—Ball tiene razón —dijo McGrady—. Los reporteros nos estaban esperando en la acera, pero lo único que consiguieron fue una foto.

—Se nota que no hemos sido nosotros —volvió a intervenir Ball—. Si le hubiéramos dado información a Carroll, no se habría equivocado en todo.

—Lo único que ha averiguado es el nombre del chico —añadió McGrady—. Bueno, y algunos detalles de la autopsia...

—Pero ya ve —dijo Ball—: asegura que usted se desmayó, y eso no hay quien se lo trague.

Beamer sacó humo por la nariz sin apartar la vista de McGrady.

—Sobre el lugar del crimen, etcétera, etcétera, no da una —señaló McGrady—. O sea que la información no ha salido de la policía, que estaba en el lugar de los hechos, sino del ejército o la Marina.

Beamer relajó la mandíbula, cogió el periódico y lo tiró a la papelera que tenía al lado de la mesa.

—No quería que se nos fuera de las manos, pero se nos ha ido. Ahora todos quieren subirse al carro. El jefe ha recibido una llamada de John Kincaid. Ya ha hablado con el gobernador Poindexter y con Kimmel: algo trama.

—¿Quién es John Kincaid? —preguntó McGrady.

Beamer negó con la cabeza.

—John Francis Kincaid, uno de los directivos de Alexander & Baldwin.

—Rico como Rockefeller —añadió Ball.

—Me alegro por él —dijo McGrady—. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Ha leído el artículo y ha visto una oportunidad.

—No lo pillo.

—Si fueras de aquí lo pillarías.

—Pues ilústreme.

—Alexander & Baldwin es una empresa dedicada a poseer cosas, sobre todo tierras. Cultivos de caña de azúcar y de piñas. También es accionaria principal de la Matson Navigation Company, que busca contratos para transportar material de la Marina. Suma todos los factores y dime por qué podría querer Kincaid gastar dinero y tirar de influencias para hacerle un favor al almirante Kimmel.

—Ya lo he pillado.

—Eso espero —dijo Beamer—. Y nosotros ahora mismo no podemos aportar ni un pijo a la negociación.

McGrady se levantó, se puso el sombrero y salió.

Iban otra vez en coche: el de Ball. King Street hacia Diamond Head y luego Waialae Avenue. Dejaron atrás las granjas de cerdos de Kahala y luego los viveros de peces de Kuapa, ya en la carretera de un solo carril por donde se iba a Makapuu Point y el faro que mantenía a los barcos lejos de los acantilados del este de la isla.

—Si Beamer no se desmayó, ¿por qué tiene en la frente un bulto del tamaño de un limón? —preguntó Ball.

—He jurado no decir nada.

—O sea que se desmayó. Madre de Dios... qué papelón.

—No pienso hablar.

—Ya sabes que quien calla otorga.

—¿Es lo que les dices a los sospechosos en la sala de interrogatorios?

—No hace falta, ya se ponen a hablar solos. No falla.

—Por algo será.

—Ya llegamos —dijo Ball señalando hacia delante—. Debe de ser allí, ¿no?

A unos cuatrocientos metros, coincidiendo con un giro brusco hacia la izquierda, donde la carretera rodeaba la punta hacia el pueblo de Waimanalo, faltaba un trozo de valla de contención. Ball se acercó disminuyendo la velocidad. Los tablones de la valla estaban partidos y astillados, con roturas bruscas y recientes.

Ball aparcó en el arcén, apagó el motor y echó el freno de mano. Ambos bajaron del coche y se acercaron. El mar quedaba muy abajo, a noventa o cien metros, aunque la caída no era del todo vertical. El Ford marrón de Henry Kimmel Willard aún colgaba de una roca, pero daba la impresión de que bastaría con tocarlo para que se soltase. El agua era del mismo azul oscuro que en mar abierto. En cuanto cayera al agua, el coche se hundiría y desaparecería sin remedio.

McGrady volvió al coche de Ball para abrir la puerta trasera y sacar una bolsa de lona. Dentro había una cámara y un kit de huellas dactilares. Se reunió otra vez con Ball.

Éste se miró los zapatos: de cordones, con suela de cuero. Luego miró las rocas de delante.

Bajaron con cuidado por la cuesta, donde había árboles a los que agarrarse: kiawes espinudos y torcidos por el viento (lo que McGrady conocía como «mezquites»). Iban uno al lado del otro para no tirarse piedras. En cinco minutos llegaron a la base del acantilado.

—¿Y ahora? —preguntó Ball.

—Ya voy yo —dijo McGrady—. Tú haz fotos.

—Si te despeñas, tranquilo: iré a buscar ayuda.

—Qué amable de tu parte.

Se quitó la chaqueta, la corbata y finalmente los zapatos. Se enrolló los pantalones sobre los tobillos. Las olas ya llegaban a las ruedas traseras. Sacó el kit de huellas de la bolsa y se arrastró hasta la roca que había frenado la caída del coche. Era enorme, plana por encima, con una inclinación de unos treinta grados hacia el agua. El coche había quedado con el morro hacia las rocas. La marea alta

debía de haber inundado la parte de atrás, que en esos momentos colgaba en el vacío.

La caída había hecho estragos: era una cuesta demasiado pedregosa para que el Ford hubiera bajado rodando. Debía de haber dado varias vueltas de campana. Ya no quedaba ni un trozo de cristal. Al bajar, McGrady y Ball habían pasado al lado del silenciador y de una de las puertas.

Se acercó al lado del conductor, donde la puerta estaba intacta. El tirador cromado seguía en su lugar. Seguro que al principio tenía huellas, pero el agua de las olas, secada luego por el sol, había dejado una capa de sal que haría imposible encontrarlas. Abrió la puerta y miró dentro: no había llave en el contacto. El cambio de marchas estaba en neutral, y el freno de mano, quitado.

Se levantó para mirar a Ball.

—No se saltó la valla por su propio impulso —aseguró—: falta la llave y la palanca está en neutral.

—¿Lo empujaron con el Packard?

—Es lo que he pensado.

—¿Dentro hay algo?

—A simple vista no.

Cerró la puerta del conductor y fue al otro lado. Quería mirar en la guantera, pero sin entrar, porque cualquier peso añadido podía hacer que se cayera el coche. En el lado del copiloto no había puerta: se había desprendido de cuajo con los tumbos del Ford. Abrió la guantera, pero estaba vacía.

El pomo del cambio de marchas era de madera pulida y estaba lo bastante limpio para sacarle algún partido. Puso el kit de huellas encima del asiento y lo abrió. Eligió un polvo de aluminio oscuro y

usó un cepillo de cerdas finas para esparcirlo sobre el pomo y revelar las huellas. Enseguida aparecieron las volutas de la huella de un pulgar. Las recogió con una tira de cinta especial que pegó a una tarjeta. Si resultaban no ser de Henry Kimmel Willard, ni del hombre de las cicatrices en la cara, su teoría del cómplice empezaría a tener cierto peso.

Fue a la parte trasera del coche, para lo que tuvo que bajar a un saliente de roca y dar la espalda al mar. El maletero estaba cerrado con llave. Ni loco iba a ponerse a tirar de él y arriesgarse a que el coche se precipitara al vacío llevándoselo por delante.

La siguiente ola le mojó los pies, salpicándole las pantorrillas. De vez en cuando llegaba una más grande. Como se quedara demasiado tiempo, se exponía a quedar empapado o a que lo arrastrase el agua.

—El maletero está cerrado con llave —le dijo a Ball, que había estado haciendo fotos.

Se le había acabado el carrete y estaba rebobinándolo para poner uno nuevo.

—¿Y entonces?

—Voy a pegarle un tiro —dijo McGrady—. Apártate un poco.

—Vale.

Ball siguió rebobinando mientras se apartaba. McGrady sacó su pistola del treinta y ocho y disparó a bocajarro contra la cerradura. La tapa ya no ofreció resistencia, pero cuando la abría llegó una ola de las grandes. La cerró justo a tiempo, aunque quedó empapado hasta los hombros. Aprovechó que el agua y la espuma aún se estaban retirando de las rocas para levantarla al máximo.

—Creo que ya tenemos la ropa —dijo—. Tanto la del chico como la de la chica.

—No la saques sin hacerle una foto.

McGrady cerró el maletero para que las olas no se llevaran lo que había dentro. Luego bajó de la repisa y se quedó un momento al sol mientras Ball acababa de cambiar el carrete. Cuando tuvo la cámara en sus manos, calculó el ritmo de las olas y volvió junto al coche. Levantó la tapa del maletero con una mano y con la otra tomó una foto de la ropa, toda mezclada: unos pantalones caquis, unos calzoncillos blancos, una camisa de cuadros, una falda de color violeta oscuro y ropa interior femenina. Casi todo estaba salpicado de sangre. Bajó la tapa, giró la rueda de avance de película, volvió a levantarla e hizo otra foto y luego otras tres con el mismo sistema. Finalmente, le devolvió la cámara a Ball, cogió la ropa del maletero, se la puso bajo el brazo y salió de detrás del coche.

Durante el camino de vuelta hasta la carretera se paró a mirar el Ford destrozado de Henry Kimmel Willard. Le habían hecho fotografías, habían recogido huellas y se habían llevado todo lo posible. Ojalá fuera bastante, porque estaba casi seguro de que al anochecer habría desaparecido en el mar.

15

Ball aparcó en doble fila delante del puesto de chop suey y esperó mientras McGrady subía corriendo a cambiarse. Se puso los pantalones del día anterior, que al menos estaban secos.

De camino a la puerta, cambió de dirección para sentarse en la cama y descolgar el teléfono. Ball podía esperar un poco más. Después de anoche, cuando Molly no le había dicho una sola palabra, le parecía posible mantener toda una conversación con sólo oírla respirar en el teléfono. No haría falta más. El timbre sonó varias veces sin que nadie se pusiera, ni siquiera alguna de las otras chicas, para dejarle un mensaje. Colgó y bajó. Nunca había vivido en un mismo sitio el tiempo suficiente como para añorarlo. Ahora se hacía una idea, y no era tan malo como se había imaginado. Echar de menos a Molly lo hacía sentir, por fin, como si fuese de algún sitio.

Al llegar a Fort Shafter pasaron el control y subieron hasta el Tripler Hospital. Ball aparcó en el mismo sitio que Beamer el día anterior. McGrady lo guió por el camino que rodeaba el edificio principal y cruzó con él el patio. El coronel Underhill no estaba, pero sí su cabo. Cuando le explicaron lo que necesitaban, se marchó corriendo y regresó con las tarjetas de huellas dactilares de los fiambres del día anterior.

McGrady las puso en la mesa de autopsias y sacó la tarjeta con la huella que había encontrado en el Ford. Había sido un acierto recogerla. Estaba borrosa arriba y abajo, pero las líneas del centro se veían muy claras.

—¿Tiene una lupa?

—Ahora mismo se la traigo.

El cabo fue a sacar una lupa pequeña de un cajón. McGrady la cogió y se inclinó para cotejar las huellas. Fue poniendo la tarjeta que había llevado al lado de las otras y descartándolas sin dificultad. La del coche era una espiral concéntrica, mientras que la de Henry y el tío de las cicatrices trazaban arcos, y la de la chica, curvas inclinadas hacia la derecha.

—¿No coinciden? —preguntó Ball.

McGrady negó con la cabeza y se apartó, tendiéndole la lupa.

—Compruébalo tú mismo.

No volvieron a la comisaría hasta poco antes de las dos. Había una sala de interrogatorio vacía, con suelo de cemento y paredes de ladrillo. Dentro olía a humo y sudor. Cerraron la puerta y extendieron la ropa de las víctimas sobre la mesa de madera. Los pantalones caquis y la blusa blanca tenían manchas de sangre, pero pequeñas: nada que ver con lo del cobertizo. La falda estaba desgarrada por detrás. McGrady se imaginó una mano grande a cada lado de la costura, un estirón y la tela rompiéndose. Las medias de seda estaban rotas. Encontró uno de los pelos largos y oscuros de la chica en la camisa del chico. Al ver que la ropa no daba más de sí, la dobló y la guardó en una caja de cartón.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Ball.

—Estaba pensando en el Packard del cobertizo. Como era robado, le pedí a Marcia Lee que consultara los partes.

—¿Y nada?

—Nada. Y no es mal coche, ¿eh? Pocos kilómetros, y tapicería de cuero del bueno.

—Me estás diciendo que, si fuera tuyo y te lo hubieran robado, lo denunciarías, ¿no? —preguntó Ball.

—A menos que estuviera muerto —respondió McGrady—. Puede que haya otra víctima en alguna parte.

—Quizá el coche fuera de la chica.

—¿Y por qué le habrían hecho un puente, si era de la chica? Teniéndola a ella, seguro que tenían la llave. He enviado un telegrama a Detroit con el número del motor, pero aún no han contestado. De todas formas, tampoco sé si lo que pueda contestar la Packard servirá de algo.

—Aquí no hay ningún concesionario Packard. Lo sabes, ¿no? —dijo Ball.

—No, no lo sabía.

—Los traen especialmente desde California en barco. —Se frotó las yemas de los dedos con el pulgar—. Sale muy caro. Aquí, entre todos los colores, no habrá más de diez. Consigue una lista y ve llamando puerta a puerta.

—Sería la manera, pero habría que tener la lista —dijo McGrady—. No es fácil comprobarlo. Se tendría que buscar a mano, porque no hacen índices por marca y modelo. Alguien debería consultar uno por uno los registros.

—Pues dile a Marcia Lee que baje —propuso Ball—. El coche del chico es del treinta y ocho, así que no pueden haberlo registrado antes de ese año. Dile que empiece por ahí y vaya avanzando hasta el cuarenta y uno.

—La lista podría ser larga.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Lo haré yo mismo. ¿Por qué no os enteráis tú y Marcia de si alguien ha denunciado la desaparición de una chica japonesa?

Estaba pensando en que lo del periódico, a pesar de todo, podía tener su lado bueno. Bastantes japonesas de las plantaciones y las islas exteriores iban a trabajar como criadas en las casas grandes de Manoa y Diamond Head. Ellas recibían alojamiento y manutención a cambio de cocinar, limpiar y cuidar bebés; y sus padres, dinero. Seguro que, desde la aparición del periódico de la mañana, muchas familias japonesas de todo el Territorio habían empezado a llamar para saber si sus hijas estaban bien.

Ball iba asintiendo.

—Es cierto: tenemos que identificarla de algún modo. Llamaré a todas las subcomisarías, por si saben algo y no lo han derivado hacia aquí.

—Más de un caso habrá. Podríamos ir mañana a ver a las familias para saber si lo que cuentan se ajusta al perfil de nuestra chica.

Cerraron la caja con la ropa ensangrentada y la dejaron en el depósito de pruebas. Ball subió a buscar a Marcia Lee mientras McGrady salía hacia el ayuntamiento. Anduvo hasta King Street, atravesó los jardines del palacio para aprovechar la sombra de los cocoteros y finalmente cruzó Punchbowl. El registro de vehículos a motor estaba en una sala del sótano. Los archivadores, medio

oxidados, estaban alineados como las estanterías de una biblioteca. Buscó al encargado, le enseñó su placa y le explicó lo que quería.

El otro soltó una risita.

—Serán como cien mil registros —dijo—. ¿Sabe dónde conseguir café?

—Sí.

—Pues que se divierta.

A él nunca le había preocupado especialmente mancharse los dedos de tinta. Le gustaba el trabajo de campo, pero la mayoría de las veces los casos se resolvían en salas así. Formaba parte de su trabajo. Cogió el primer cajón con registros de vehículos de 1938 y se lo llevó a la mesa de lectura. Sacó un fajo del grosor de un diccionario y consultó el primero: un Chevrolet; luego, un Ford.

—Asegúrese de no desordenarlos.

—No, no, tranquilo.

—Puede que con luz sea más fácil.

El encargado, que tenía su mesita al otro lado de la sala, encendió un interruptor haciendo que parpadeasen una tras otras varias bombillas que iluminaron toda la sala, menos la zona donde estaba McGrady: la bombilla que había sobre su cabeza estaba fundida.

A la hora de cenar ya había llegado a algunas conclusiones: en Honolulú gustaban mucho los Ford, los Chevrolet y los Buick, mientras que Packard había pocos. Había llegado hasta mediados de 1938 sin encontrar más de cinco, y ninguno de dos puertas. Tenía las manos negras de tanto tocar copias de papel carbón. Fue al cuarto de baño y se las lavó lo mejor que pudo. Luego buscó al

encargado y le pidió las llaves del edificio prometiendo cerrar bien cuando saliera... si es que salía. Se tomó un descanso y, al subir desde el sótano y salir del edificio, lo sorprendió que fuera de noche.

Fue caminando a la comisaría y llamó a Molly. En la sala había otros polis, por detrás y a su lado, escribiendo a máquina a porrazo limpio, hablando por teléfono o fichando a borrachos.

Molly respondió al tercer timbrazo.

—¿Molly?

—¡Joe! —respondió, pero en voz baja.

—No estás sola.

—Tú tampoco —repuso ella—. ¿Estás en el centro?

—Sí, y tendré que trabajar hasta muy tarde. Estaré toda la noche consultando expedientes. Me gustaría mucho verte.

—Y a mí que me vieras.

—En fin...

—Tengo una idea —susurró—. ¿Dónde estarás dentro de una hora?

—En el ayuntamiento.

—¿Has comido?

—No desde el desayuno.

—Pues no comas, te llevaré algo.

—Molly, ayer por la noche...

—Cállate —dijo—, que de eso ya hablaremos después. Llegaré a las siete. Nos vemos fuera, en la entrada.

—Vale.

Colgó y volvió al ayuntamiento. No estaba muy seguro de cómo pensaba Molly llegar en media hora desde Manoa, porque no tenía

coche, sino sólo una bicicleta que se había comprado en Woolworth's.

La campana de la iglesia de Kawaiahao dio las siete y él aprovechó para corregir su reloj y darle cuerda. Dos minutos después, en King Street, se detuvo un taxi y Molly bajó dejando abierta la puerta trasera. Llevaba una fiambrera esmaltada. Se la dio y se arrimó a su cuerpo. Llevaba un vestido de cuadros y se había recogido el pelo por encima de la oreja izquierda con una horquilla.

Se dieron un beso que ella alargó para hacerle saber que todo iba bien y que nada había cambiado, y él se dio cuenta por fin de por qué llevaba todo el día inquieto: dependía de algo que, a su vez, dependía del libre albedrío de otra persona a la que no podía acompañar a todos sitios para responder a cualquier duda que pudiese ocurrírsele. No tenían más remedio que fiarse el uno del otro. Era lo normal, pues, lo cual no quitaba que diera miedo.

—Al menos deja que te pague el taxi —dijo.

—Ni hablar —contestó ella antes de darle otro beso—. Empieza una dejando que le paguen el taxi y a saber adónde van a parar las cosas.

Le puso tres dedos en los labios.

—¿Nos vemos mañana?

Los apartó para dejarle contestar.

—Por supuesto.

Volvió a subir al taxi y él siguió el vehículo con la mirada antes de volver a entrar en el ayuntamiento, bajar al sótano y comer sobras de la comida del día de Acción de Gracias mientras avanzaba a trancas y barrancas por el resto de los expedientes de 1938.

16

Iba deprisa. Ya tenía un sistema. Hasta principios de 1941, cuando algún chupatintas había cambiado el formulario, las fichas eran todas idénticas, y él había aprendido a desplegarlas como una baraja fijándose sólo en las marcas y modelos. Incluso se permitió releer algunos para cerciorarse de que no se le pasaba nada por alto. Hasta entonces no había sido consciente de lo que representaban cientos de miles de unidades de algo, ni se le había pasado por la cabeza que pudiese haber tantos coches en la isla.

Entre las doce y las dos de la madrugada, iba ganando Ford.

A las tres, Chevrolet se puso en cabeza, pero sólo durante media hora, porque Ford volvió a adelantarse. Él mismo había tenido tres, y probablemente había conducido centenares. Se acordó del primero, en Virginia. Había que ponerlo en marcha con una manivela. «Como no tengas cuidado», lo avisó su padre, «dará un respingo y te partirá el brazo». En ese coche su hermano y él subieron a los montes Shenandoah. Tom tenía catorce años, y él, quince. Pescaron truchas de río e hicieron una fogata para asarlas. Pese a que era menor, Joe le enseñó qué madera era la mejor para encender fuego. En fin, que lo pasaron de maravilla. Fue la última vez. Tres semanas más tarde, ambos contrajeron la gri-pe española y fueron a parar a un hospital del que solamente uno volvió a casa.

Su hermano quería entrar en el ejército, y él, en la universidad, pero, como Tom había muerto, él hizo las dos cosas: tenía que vivir por los dos.

Levantó la vista de un fajo de formularios y la enfocó en la bombilla fundida que tenía sobre la cabeza. Nunca antes se había planteado esa explicación de sus propias decisiones. Había necesitado veintitrés años, y probablemente también estar en un sótano a las cuatro de la madrugada con polvillo negro en todo el cuerpo, para entender que era un semimuerto, un fantasma. Tendría que decírselo a Molly.

Encontró un Packard de dos puertas, amarillo claro. Copió todos los datos en su libreta y continuó.

Se despertó de golpe al oír una puerta y miró a su alrededor. Seguía en la sala del registro, tenía el último cajón delante. Se había quedado dormido con la libreta de almohada.

—Se ha dejado el edificio abierto.

Se volvió. Era el encargado, que acababa de entrar y estaba dejando sus cosas en la mesa.

—Podría haber entrado cualquiera. Incluso en el despacho del alcalde.

—¿Falta algo?

—A saber. Devuélvame las llaves.

McGrady se levantó y se desperezó antes de sacarse las llaves del bolsillo y tirárselas. Volvió a meter en el cajón el último expediente de 1941 y lo llevó al archivador respectivo. A continuación se guardó la libreta en el bolsillo y salió con la fiambrera de Molly cogida por el

asa. Eran las nueve de la mañana y hacía mucho calor. Cruzó King Street y esperó el tranvía.

Al llegar a su cuarto de alquiler se duchó y se afeitó. Le quedaba una camisa limpia y planchada. Planchó los pantalones y volvió a ponérselos. Mientras se abotonaba la camisa, sonó el teléfono.

Esperaba oír la voz de Molly, pero era Ball.

—¿Listo para ponerte en marcha?

—Sí, claro —repuso él—. ¿Adónde vamos?

—A Ewa, más precisamente a la aldea donde viven los okinawenses.

—¿Tienes alguna pista sobre la chica?

—Más que una pista: un dato. Te lo explicaré cuando llegue.

—¿Dónde estás?

—En mi casa, en Kaimuki. Dame veinte minutos.

Ball colgó y él se preparó un café. Cuando se lo acabó, Ball ya estaba delante de la casa, tocando la bocina.

Los okinawenses vivían en el extremo norte de Ewa, que a su vez está en la parte occidental de la isla de O'ahu, la más poblada de Hawái, donde también se asienta Honolulú. Para llegar hasta allí tendrían que rodear Pearl Harbor y subir atravesando los campos de caña que cubrían las laderas de las montañas de Waianae.

Ball puso al día a McGrady:

—Los padres de la chica se llaman Hideki y Aiko Yamashiro. Se presentaron ayer en la subcomisaría de Ewa a poner una denuncia. Ella se llamaba Harue y tenía dieciocho años.

—¿Vivía con ellos o sola?

—Lo que tú mismo dijiste: vivía con la familia para la que trabajaba como criada. Los padres llevaban como un mes sin saber nada de ella, pero no se les hizo raro porque no tienen teléfono. Sin embargo, el padre, que entiende inglés, leyó el periódico de ayer y él y su mujer se llevaron un susto, así que fueron a buscar un teléfono y llamaron al patrón de la chica, que les dijo hacía una semana que se había ido.

—¿Y el tal patrón, quién es?

—Escucha, porque ahora viene lo mejor: es el decano del Mid-Pac Institute; vaya, que vive en Manoa, en la misma calle donde vivía nuestro amigo Henry; de hecho, a cuatro casas.

—Venga ya.

—¿A que es alucinante?

—Tendremos que ir a verlo. ¿Cómo se llama?

—Elijah Reed o algo así.

Cada vez hacía más calor y empezaba a entrar arena por las ventanillas abiertas. Pararon en una gasolinera de Aiea para comprarse unas Coca-Colas frías que se apresuraron a destapar.

Subieron al coche y siguieron subiendo entre la tierra negra y la caña de azúcar que se tostaba al sol. Tras ellos se extendía Pearl Harbor: portaaviones, acorazados... tantas embarcaciones que la Marina tenía que ponerlas en paralelo, borda contra borda, para que toda la flota cupiera en un solo puerto. En un momento dado, Ball tuvo que frenar en seco para no atropellar a un perro callejero que se había metido corriendo por la carretera.

—¿Habías subido alguna vez? —preguntó.

—Sí, pero no había vuelto desde el treinta y seis: mi último año en la Marina, cuando vinimos de reconocimiento.

Tardaron tres cuartos de hora más en llegar. El último tramo no estaba asfaltado. La aldea se asentaba sobre unos terrenos que no podrían haber sido más pedregosos e irregulares, ni menos adecuados para el cultivo de la caña de azúcar. Estaba rodeada de mangos y papayos que lo protegían del viento, y se componía de unas cincuenta casas todas iguales: tejado de chapa a dos aguas, listones de madera en las paredes, pintadas de verde con perfiles blancos. Parecía como si sólo hubiera mujeres y niños. Ellas atendían el jardín mientras los chiquillos perseguían gallinas.

McGrady había visto pueblos diez veces peores en las montañas de Virginia.

Ball aparcó y bajaron del coche. Su llegada había paralizado la aldea. Todas las miradas convergían en ellos. McGrady se acercó a la mujer que estaba más cerca.

—¿Hideki Yamashiro? —preguntó.

La mujer señaló una cabaña al otro lado. Antes de que llegaran a los escalones, un hombre abrió la puerta y les hizo señas de que entraran. Subieron al pequeño porche. McGrady vio dos pares de zapatos en la entrada y se apoyó en la baranda para quitarse los suyos. Ball frunció el ceño, pero lo imitó. Era una casa de dos habitaciones. Dentro había una mesa baja con cojines en el suelo y, en un rincón, un hornillo. También estaba Aiko Yamashiro, que les hizo una reverencia. Llevaba un yukata blanco sin adornos. El de Hideki era gris oscuro.

—Siéntense, por favor —dijo ella.

Cruzaron las piernas en el suelo. Aiko llegó con unas tazas de té verde.

—Nos esperaban —dijo Ball.

—Sí.

—¿Su hija se llama Harue Yamashiro?

El hombre asintió. Se había sentado enfrente de ellos. Su mujer estaba de rodillas a su lado. Ball se quedó callado mientras se toqueteaba la solapa de la chaqueta. Se volvió para mirar a McGrady, pero éste negó con la cabeza: ninguno de los dos quería mostrarles la foto de la que podría ser su hija.

—¿Saben si Harue tenía novio, si salía con alguien? —preguntó Ball.

Los Yamashiro se miraron e intercambiaron unas palabras en japonés. Luego, Hideki se volvió otra vez hacia ellos mientras Aiko negaba con la cabeza.

—Novio no —dijo Hideki—. Harue es buena chica.

—Bien.

—¿Alguna vez comentó que quisiera irse? ¿Trabajar en otra casa o volver a Japón?

Hideki negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevaba con la familia Reed? —preguntó Ball.

—Dos años.

—¿Y había tenido algún problema?

Los Yamashiro volvieron a hablar entre ellos.

—Ningún problema —dijo Hideki—. Harue es buena chica, muy trabajadora.

—¿Al señor Reed le sorprendió que se marchara?

—No lo sé.

Ball volvió a tocarse el bolsillo de la chaqueta mirando a McGrady, que esta vez asintió: podían seguir así eternamente, pero tarde o

temprano, al margen de lo que contestase Hideki Yamashiro, tendrían que enseñarle la foto. No había alternativa.

—Tengo una foto de la chica a la que hemos encontrado —dijo Ball—. Se la voy a enseñar, pero es mejor que su mujer no la vea.

—¿No puede mirar?

—Sería preferible que no —dijo McGrady—. Quizá sea mejor que se vaya a la otra habitación.

El hombre se lo explicó a su mujer, que le dijo algo. Hideki volvió a mirar a McGrady.

—¿Es fea? —preguntó—. ¿Es fea la foto?

—Muy fea.

Se lo explicó a su esposa y estuvieron negociando hasta que él se volvió hacia los dos policías.

—Se queda —dijo—. Es la madre. Se queda.

—De acuerdo —dijo Ball—, ella decide.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó la foto, impresa en un papel mate de nueve por trece centímetros. La puso encima de la mesa. Era la mejor toma que tenían de su cara, con un encuadre que dejaba fuera el tajo en la garganta, pero el rostro estaba en muy malas condiciones. Lo habían reducido a pulpa con un puño de latón y eso no se podía esconder.

Aiko la vio y enseguida dio un grito y empezó a mesarse el pelo. Hideki tapó la foto con la mano. Después la deslizó hacia él y levantó un lado de la mano para poder volver a verla sin dejar de escondérsela a su mujer. Miró con más atención y negó con la cabeza.

Se volvió hacia Aiko, que estaba cada vez más pálida, con los ojos en blanco, y la agarró por los hombros mientras hablaba deprisa. En

un momento dado, cogió la foto y se la volvió a enseñar. Se la puso en las narices, obligándola a mirar.

Se volvió otra vez hacia McGrady y Ball.

—No es ella —dijo—. No es Harue, no es Harue.

Le devolvió la foto a Ball.

—¿Está seguro?

—No es Harue.

—¿Y ella, está segura? —preguntó Ball—. ¿Está segura, señora?

Aiko asintió secándose los ojos.

—Está bien.

Se levantaron para ir hacia la puerta y salir al porchecito. Se había juntado mucha gente al pie de los escalones. Hideki Yamashiro salió a decirles algo. No parecía más tranquilo que al principio: su situación seguía siendo igual de mala, o peor. Ya conocía todo el abanico de posibilidades.

McGrady y Ball se pusieron los zapatos y volvieron al coche.

17

—Supongo que podemos tachar de nuestra lista a Elijah Reed —dijo McGrady—. Ya no tiene sentido ir a verlo.

—¿Cuántos Packard has encontrado?

—Seis.

—¿Tantos? —preguntó Ball—. ¿Quieres que empecemos hoy mismo las visitas?

—No creo que haya tiempo para todos —dijo McGrady—. Había uno en Wahiawa y otro en la costa norte. Podríamos empezar por esos dos y dejar para mañana los de la ciudad.

—Me parece bien.

Se pasaron la tarde conduciendo. Los Packard estaban perfectamente a salvo en los garajes de sus dueños. Ball optó por volver a la ciudad por el camino largo, que pasaba por la costa y, dejando atrás la casa de Reggie Faithful y la carretera del cobertizo del asesinato, entroncaba con la carretera de Pali y volvía a bajar. Dejó a McGrady en la comisaría. Eran las cinco y Molly no salía de la biblioteca de estudiantes hasta las ocho. Se sentó a su mesa y puso por escrito las observaciones del día.

A las siete se subió al tranvía en King Street y bajó en University Avenue, desde donde caminó hasta la biblioteca. A las ocho y cinco, cuando Molly salió y cerró con llave, estaba fuera, esperándola.

Molly lo vio al dar media vuelta, mientras metía el manojo de llaves en su bolso. Tenían todo el campus para ellos. Se acercó y le cogió las manos.

—Cariño —dijo.

—Molly.

—Tengo buenas y malas noticias.

La cara que puso él la hizo sonreír.

—La buena es que no tienes nada de que preocuparte —dijo—. La mala es que no podremos volver a hacer lo mismo hasta dentro de una semana más o menos.

Le tocó la mejilla, pendiente de si lo había captado. Diez años antes, él no se habría enterado de nada.

—¿Lo has entendido?

—Sí, claro.

Lo cogió de las solapas para tirar de él y darle un beso.

—Estoy cansada, y no es que me encuentre muy bien, pero bueno, ¿me acompañas a casa caminando?

—¿No has venido en bici?

—Sí. ¿Me ayudas a empujarla?

—Vale.

Fueron hasta el aparcabicicletas al lado de la biblioteca y caminaron juntos, él empujando la bicicleta con una mano y tomándola de la mano con la otra. Hablaron de lo que habían hecho durante el día. Se desató un chubasco y tuvieron que refugiarse debajo de un tamarindo mientras escampaba. Cuando llegaron a la

casa de ella, él le dio un beso de despedida y siguió andando otros tres kilómetros hasta su propio alojamiento.

Se acostó contento.

A las nueve de la mañana encontró otra nota en el pincho de mensajes de su mesa: «Ven a verme.» Al dar media vuelta se encontró con Ball, que tenía un papel idéntico en la mano. Los arrugaron y encestaron las bolas en una papelera. Fueron hasta la puerta de Beamer. Ball llamó, pero luego se apresuró a abrir. El capitán estaba hablando por teléfono. Les hizo gestos de que salieran y se puso de espaldas, así que se sentaron a esperar en el pasillo.

Al final, Beamer abrió la puerta y, después de acomodarse los pantalones y apretarse el nudo de la corbata, les hizo señas de que lo siguieran y, mientras bajaban la escalera de camino a la salida de Bethel Street, les dijo por encima del hombro:

—Kincaid y Kimmel están que se suben por las paredes: nos han convocado a una reunión.

—¿A una reunión? ¿Dónde?

—En el despacho de Kincaid. Lo acompañará su pequeño club al completo.

Fueron hacia Bishop por Merchant Street y, cuando faltaba una calle para llegar a la sede de Alexander & Baldwin, Beamer se detuvo ante un pequeño patio y buscó una sombra.

—Explicadme lo que habéis averiguado. —Durante el parte tuvo tiempo de acabarse un cigarrillo. Tiró la colilla al suelo y la aplastó

con el tacón—. La huella no quiere decir nada —señaló—. Igual llevaba un año allí. Podría ser de cualquiera.

—Ya —respondió McGrady—, pero lo más probable es que la dejase la persona que arrancó el coche y lo tiró por el acantilado.

—Mira... como entremos y nos pongamos a hablar de un segundo culpable, Kincaid los va a poner aún más nerviosos de lo que están, que ya es decir.

—¿Y si lo hay? —preguntó Ball.

—Madre de Dios... ¿tú también?

—Lo que ha dicho McGrady tiene su lógica, señor.

—¿Estás convencido?

Ball se quedó pensando mientras veía pasar una furgoneta que llevaba botellas vacías de los bares de Chinatown a la cervecería de Queen Street, tras la cual iban varios policías en moto sin poder acelerar y haciendo un ruido como de ametralladora con los tubos de escape.

Finalmente, asintió con la cabeza.

—Estoy convencido —repuso.

Beamer echó a andar de nuevo.

—No abráis la boca, ninguno de los dos, y menos si os preguntan algo en concreto —ordenó—. No quiero ponérselo tan fácil a Kincaid. Con tal de quedar bien, nos tendría diez años persiguiendo sombras.

Siguieron hasta la sede de Alexander & Baldwin y subieron los escalones de la entrada de Bishop Street. Detrás de la puerta había un espacioso vestíbulo de travertino. Ball se quedó mirando los mosaicos de las paredes con el sombrero en la mano mientras una mujer se acercaba desde el fondo.

—¿El capitán Beamer y los inspectores McGrady y Ball?

—Sí —respondió Beamer—. ¿Somos los últimos?

—Ya los están esperando.

La mujer los guió hasta el ascensor y subió con ellos hasta la tercera planta. Luego los llevó por un pasillo hasta una sala grande que ocupaba todo el extremo sur del edificio. Abrió la doble puerta y los hizo entrar en el despacho de Kincaid.

De no ser porque tres de los cuatro lados de la sala daban a un balcón cuyas puertas estaban abiertas de par en par, el humo de puro habría llenado toda la estancia. Junto a una de esas ventanas, en un sillón, estaba Poindexter, el gobernador, que fue el primero a quien McGrady vio al entrar. Tenía un puro en una mano y un cenicero en la rodilla. Llevaba un traje oscuro y una cadena de oro para que no se le moviera la corbata. Cuando entraron, se pasó el costado de un dedo por el bigote y se levantó.

Bob Shivers y Gabrielson, el jefe de policía, estaban juntos al lado de otra ventana. El jefe se estaba encendiendo un puro con un palo de cedro. En cuanto a Kimmel, estaba sentado en un sofá con el puro delante, consumiéndose en un cenicero que reposaba sobre una mesa baja.

El último hombre, sentado de espaldas en un sillón de orejas, sólo podía ser Kincaid.

McGrady lo vio levantarse y volverse hacia ellos. Era más joven de lo que se esperaba. Debía de rondar los cuarenta años. No tenía una sola cana en el pelo, que le llegaba hasta el cuello de la camisa.

—Siéntense —dijo—. Así podremos ir al grano.

Los sillones estaban repartidos por toda la sala. McGrady acabó cerca de Poindexter, que se lo quedó mirando.

—Usted es McGrady, ¿no?

—Sí, señor. Supongo que vio el periódico.

—Se rumorea que es usted muy buen tirador.

—No bueno, espectacular —intervino Kincaid.

—La verdad es que... —empezó a decir McGrady, pero Beamer lo interrumpió:

—Hemos hecho bastantes progresos en el caso: encontramos y registramos el coche del chico y tenemos algunas otras pistas que podrían ser fructíferas, pero es verdad que McGrady se marcó un punto abatiendo al culpable. En fin, ya he recibido el parte de todos los que trabajan en la investigación, y puedo ponerlos ahora mismo al corriente de las últimas novedades.

El jefe Gabrielson carraspeó.

—No estamos aquí para que nos ponga al corriente de nada —señaló—. El objetivo de la reunión ha cambiado. ¿Almirante?

El almirante Kimmel asintió con la cabeza, abrió el botón del bolsillo frontal de su chaqueta y sacó una hoja escrita a máquina. Después de leerla en silencio, la dobló y se la guardó en el mismo sitio.

—Hace una hora y media he recibido un mensaje en clave desde la isla de Wake...

Beamer parecía a punto de hacer una pregunta, pero el jefe Gabrielson se lo impidió.

—En Wake hay una base aérea de avanzada con cuatrocientos o quinientos marines.

—¿Y eso tiene relación con el caso? —preguntó McGrady.

—Sí —contestó Kimmel.

—Probablemente —dijo el jefe.

—El 28 de noviembre se produjo un incidente —continuó Kimmel, pero Kincaid lo interrumpió:

—Fue el 29: Wake está en otro huso horario. Perdone, almirante —se disculpó—. Siga, por favor.

—Hay un marine muerto, y no tenemos sospechosos.

—Ya —dijo McGrady y miró a Ball, que negó con la cabeza.

Al menos sabían tan poco el uno como el otro.

—En la isla hay un cirujano, el teniente Kahn: fue él quien hizo la autopsia —explicó Kimmel.

Estaba mirando directamente a McGrady. Quizá sintiera que tenían algo en común; al fin y al cabo, habían estado juntos delante del cadáver mutilado de Henry.

—Según Kahn —siguió—, el joven fue torturado con un cuchillo y murió desangrado después de que lo destripasen.

—¿No dijo nada más? —preguntó McGrady.

—En el primer mensaje, no —contestó Kimmel—. Ya sabe lo escueta que es la radio en clave: así les damos menos margen a los criptógrafos japoneses. Lo que pasa es que contesté pidiendo más detalles y mis temores se han confirmado.

—¿Detalles? ¿Como cuáles?

—La forma de los morados —dijo Kimmel—, las perforaciones... lo previsible cuando se usa un cuchillo de trinchera Mark I.

—¿Y a ese batallón le repartieron cuchillos Mark I? —preguntó McGrady.

—No, inspector —contestó Kimmel—. Tienen cuchillos, pero no Mark I.

En ese momento intervino Kincaid. Estaba reclinado en el respaldo de su gran sillón con un tobillo apoyado en la rodilla contraria y envuelto en humo de puro.

—McGrady. Por lo que tenemos entendido, usted defiende la existencia de un segundo culpable, de un cómplice —soltó—. Su teoría ha generado cierto debate interno, pero los datos que acaba de aportar el almirante Kimmel deberían zanjar la cuestión.

Bob Shivers carraspeó. McGrady lo conocía de vista, pero nunca habían cruzado palabra. Era alto e iba tan bien afeitado que parecía un niño. Llevaba el pelo oscuro peinado con raya al medio y brillante de pomada.

—Aquí, el Buró no anda sobrado de efectivos, así que dispongo de pocos hombres, pero en cuanto el almirante me llamó empezamos a investigar y resulta que en esa franja horaria hubo un vuelo militar entre Honolulú y Wake. Partimos de la premisa de que el crimen no se produjo más tarde del lunes 24, y el martes salieron seis B-17 de Wheeler Field, repostaron en Midway, hicieron escala en Wake y por la mañana partieron a Guam. Es decir, que el asesino podría haber formado parte de la tripulación de un bombardero.

—No es muy probable —dijo Kimmel—: todo el mundo está muy ocupado en las paradas para repostar, sin tiempo para nada, y se van en cuanto acaban.

—¿Y aviones civiles? —preguntó McGrady.

—Están los Clippers, los hidroaviones de la Pan Am —dijo Shivers —. Hay un vuelo que encaja: hizo escala en Wake, llegó a Guam el martes... —Miró su reloj—... y aterrizó ayer en Manila.

—¿Y es su última parada?

—Sí —contestó Shivers—, aunque la Pan Am tiene más vuelos desde Manila, y una vez ahí puedes volar a un montón de destinos: Hong Kong, Macao, Singapur...

—¿Sabemos algo de los pasajeros? —preguntó McGrady.

—Las oficinas donde venden los billetes de la Pan Am aún no están abiertas —respondió Shivers.

—Ball y yo podemos ir. Cuando lleguemos, ya habrán abierto y podrán darnos la lista de pasajeros.

—Pues vayan a buscarla y tráiganla —dijo el gobernador Poindexter—. Nos vemos aquí a las doce para tomar una decisión.

—¿Sobre qué? —preguntó McGrady.

—Según lo que descubramos, quizá alguien tenga que ir a Manila —dijo Poindexter—. Y el caso es que Bob no tiene a nadie disponible y el almirante no puede mandar a uno de los hombres a un país extranjero. Son momentos delicados, y no nos conviene provocar un incidente.

Shivers volvió a carraspear tapándose la boca con su mano de tersura infantil.

—¿Tiene usted pasaporte, McGrady?

—Sí, señor.

—Yo no —dijo Ball, aunque nadie le hizo caso.

—McGrady es civil —dijo Kimmel—, pero sabe cómo funciona el ejército. Podría investigar en Wake y luego ir adonde haya ido el hombre a quien buscamos. Ha combatido en oriente y sabe cómo moverse por ahí.

—¿Y esto quién lo paga? —preguntó Beamer—. Porque la Pan Am no le dejará ir gratis en un Clipper.

—Esperemos a saber adónde va —dijo Kincaid—. A partir de ahí, yo me encargaré de todo.

18

Como la Pan Am no tenía despacho de billetes en Honolulú, usaba como agente a la Inter-Island Airways, cuyo nombre, escrito con letras de dos metros y medio de altura, ocupaba de lado a lado todo el frontal del hangar blanco de la aerolínea en el aeropuerto Rodgers. Sin embargo, cuando McGrady y Ball llegaron delante del edificio, unos obreros habían empezado a desmontarlas para sustituirlas por otras que formaban el nuevo nombre de la compañía: Hawaiian Airlines.

Bajaron del coche. La oficina de venta de billetes quedaba en el lado derecho, en un anexo bajo y cuadrado sobre cuyo techo se alzaba una antena de radio de treinta metros con una chasqueante manga de viento en la punta. Se oía un rumor de hélices y el cielo era tan luminoso que todo lo demás palidecía.

Se acercaron buscando la puerta y entraron. El despacho olía a linóleo recién instalado. Había una sala de espera y puertas al hangar y la pista. Caminaron hasta el mostrador y McGrady pulsó el botón de llamada. Un timbre sonó en el hangar, al otro lado de la pared.

Esperaron hasta que apareció una joven vestida de azafata, con falda y chaqueta grises a juego y un hibisco en el pelo oscuro.

—¿Sí?

McGrady le enseñó la placa.

—Necesitamos ver la lista de pasajeros del Clipper de la Pan Am que cubrió la ruta San Francisco-Manila el día 25. Queremos saber si alguien subió en Honolulú.

La joven tragó saliva.

—Se la puedo conseguir.

A continuación se puso de rodillas detrás del mostrador mientras McGrady y Ball esperaban. Unos momentos después volvió a ponerse de pie. Tenía en las manos un libro que llevaba grabado en relieve el logo de la Pan Am: un globo con alas. Dentro había varios duplicados de formularios. Los hojeó y por fin levantó la vista.

—Sí, en Honolulú subió un hombre.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—John Smith.

Ball tosió para disimular la risa.

—¿Antes de dejar subir a alguien que se llama John Smith en un vuelo para China le revisan el pasaporte? —preguntó McGrady.

—Aquí están sus datos —dijo ella.

Le enseñó el formulario. La letra que McGrady tenía delante debía de ser la de John Smith, que había dado como domicilio una dirección de San Francisco: el 713 de Kearny Street. El número de su pasaporte estadounidense, expedido en 1939, también figuraba en el impreso.

—¿Adónde iba? —preguntó Ball.

—A Hong Kong —respondió ella—. ¿Lo ven? —Les enseñó una copia del billete del tal Smith—. Sólo ida —añadió.

McGrady cogió el billete y el recibo: John Smith había pagado más de quinientos dólares en efectivo la misma mañana en que salía el

vuelo. También Ball lo estaba mirando. Cuando acabó de leer, le dio una palmada en la espalda a su compañero.

—Parece que vas a comer más de esa sopa de sangre coagulada —le dijo—, y no te envidio lo más mínimo.

A las doce habían vuelto al despacho de Kincaid. Ya no estaban el gobernador ni el jefe, pero Kimmel seguía en el sofá, y Beamer había ocupado el sillón que había dejado vacío el gobernador y miraba con mala cara un cigarrillo sin encenderlo. McGrady repartió los documentos por la mesa y todos se acercaron a mirarlos.

—Vaya, vaya —comentó Beamer—, su pasaporte, su dirección...

—Me apuesto un dólar a que ese pasaporte es falso —dijo Ball.

Shivers levantó el teléfono de Kincaid, marcó y habló en voz baja (McGrady sólo oyó «telegrama» y «Washington»), luego leyó la dirección y los datos del pasaporte. Cuando colgó, fue Kincaid quien cogió el teléfono.

—¿Ya está decidido? —preguntó.

—Sí —respondió Kimmel—: irá McGrady.

Kincaid empezó a marcar.

—El próximo vuelo es pasado mañana —aseguró Shivers—, o sea que John Smith le lleva una semana de ventaja.

—Si no nos contestan de Washington antes de que usted se vaya, le mandaremos un telegrama —prometió Kimmel—. Hay oficinas en Midway y en Guam; en Wake sólo hay radio, y ese canal procuramos no usarlo.

—Entiendo.

—Me gustaría hablar a solas con usted, capitán —pidió Kimmel. Beamer se acercó a él, pero lo detuvo—: perdone, me refería a McGrady.

El almirante se apartó de la mesa seguido por McGrady. Salieron al balcón que daba a Bishop Street. Kimmel cerró la puerta. Se quedaron mirando el tráfico.

—Cuando llegue allí, tendrá varias opciones.

—Sí, señor.

—Una es ir a la comisaría de la policía de Hong Kong, identificarse y pedir ayuda oficialmente.

McGrady nunca había ido como policía al extranjero, pero en líneas generales sabía cómo funcionaba, y nadie bajaba de un avión y se ponía a dar patadas en las puertas y a detener gente en otro país.

—Eso dice el manual, señor.

—Pero también podría optar por un enfoque más discreto.

—También.

—¿Hubo algún comandante que le diera total libertad operativa?

—Sí, señor.

—¿Y entendió por qué?

—Confiaba en que yo interpretaría bien la situación y cumpliría la misión del modo más conveniente.

—Yo también confío en usted, capitán McGrady.

—Gracias, señor.

Kimmel abrió la puerta y volvieron al despacho. Kincaid estaba hablando por teléfono, Beamer no apartaba la vista de su cigarrillo y Shivers seguía estudiando los documentos de la Pan Am.

—Bueno, ya está todo claro —dijo Kimmel—. A McGrady le espera un largo viaje y necesita tiempo para los preparativos.

Beamer se encogió de hombros.

—Por mí, ningún problema —dijo—. De lo que haya que hacer hasta que vuelva puede ocuparse el inspector Ball.

Kincaid, que había estado hablando en voz baja por el auricular, lo tapó con la mano y miró a McGrady.

—Me dicen que es más fácil ir que volver. Estoy reservando un vuelo de ida y vuelta con la vuelta abierta. En el trayecto de ida irá la mar de cómodo, pero los vuelos de vuelta están todos completos.

—A Manila y Hong Kong no va nadie ahora mismo —dijo Kimmel —, lo que hacen las personas sensatas es marcharse.

—Genial —comentó McGrady.

—Es posible que en el viaje de vuelta no se siente con el resto de los pasajeros —dijo Kincaid—, sino en la cubierta superior, con el piloto y el operador de radio. Ahora bien, subir, subirá.

—De acuerdo.

—¿Sabe dónde amarran los Clippers?

—En West Loch, Pearl City.

Kincaid cortó la punta de otro puro.

—Pues preséntese el martes a las cinco y media de la mañana. Una chica lo estará esperando con un sobre.

Se fue a casa y estudió la situación. Encontró su pasaporte, al que todavía le quedaban dos años de vigencia. Se lo había sacado cuando estaba en el ejército, para viajar durante los permisos. Por cierto, hablando de fechas: el día siguiente era 1 de diciembre.

Calculó que estaría fuera unas dos semanas: cinco días de viaje, otros cinco en Hong Kong, investigando, y cinco más para volver. Supuso que sería mejor pagar el alquiler antes de irse, para que a la vuelta no se encontrase con que habían sacado todas sus pertenencias de la habitación y se la habían alquilado a otra persona.

Extendió un cheque, lo metió en un sobre, bajó y se lo dio al viejo de la caja del puesto de chop suey. Quería ver a Molly, pero estaba ocupada hasta las ocho. Como no tenía nada que hacer, se puso a caminar por McCully Street hasta Waikiki, y desde ahí por Kalakaua Boulevard, con la playa a mano derecha y Diamond Head delante. Se descalzó para ir hasta el agua y vio ballenas lanzando chorros a dos o tres kilómetros de la costa.

Al cabo de un rato se sentó en un banco y se limpió los pies. Una vez con los zapatos puestos, entró en el hotel Royal Hawaiian, o el Palacio Rosa, como lo llamaba Molly. Habían ido un par de veces a tomar una copa en la veranda. Siguiendo un impulso, se acercó al mostrador. El recepcionista estaba consultando un libro de registro, pero al acercarse él se subió las gafas a la frente.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Les quedan habitaciones para Navidad? —le preguntó McGrady. Sabía que Molly no tenía planes para esas fechas. Sus padres vivían en Berkeley y ella no tenía más parientes—. Del 24 al 26, por ejemplo. Dos personas.

—Deme un segundo y lo miro. —El recepcionista sacó otro libro y volvió a ponerse las gafas delante de los ojos—. Sí, señor, puedo darle una suite.

—Perfecto.

—¿A nombre de quién?

—Joe McGrady y señora.

Pagó el veinte por ciento por la reserva y se fue al bar sin saber muy bien lo que había hecho. Era un atrevimiento. Claro que la otra noche Molly había sido igual de directa. En todo caso, serían discretos en el hotel. No tenían por qué encontrarse con ningún conocido, y si ella quería incluso podían llevar anillos. Quizá esperaba que le diera uno de verdad, o quizá no. También cabía la posibilidad de que él no se atreviera ni siquiera a proponerle lo del hotel, en cuyo caso acababa de tirar cinco dólares a la basura. Se pidió una cerveza y pensó en cómo lo había mirado Molly durante los dos o tres segundos anteriores al momento de quitarse el vestido.

Le parecía increíble que tuviera que irse al cabo de dos días.

19

McGrady bajó del Clipper y se quedó en el muelle bajo la sombra maternal del ala del avión. Había ido de Honolulú a Midway y de allí a la isla de Wake. Lo que Kincaid había dicho sobre el vuelo de ida no era ninguna broma: la palabra «cómodo» se quedaba muy corta. Le habían dado el equivalente a la suite nupcial: toda la parte trasera del avión, con cama, escritorio y butaca reclinable, y la azafata le había servido una comida de tres platos en vajilla de porcelana: crema de apio, solomillo Wellington y unos platitos de fruta y queso, todo regado con vino de Burdeos.

La isla de Wake era plana y arenosa, y por la tarde se convertía en una especie de horno enjalbegado. Se podía oír las olas romper contra el arrecife a casi dos kilómetros de distancia. Siguió al resto de los pasajeros por el camino que llevaba al hotel, un edificio bajo que a lo mejor había diseñado Frank Lloyd Wright, pero que había llegado hasta allí en piezas que los contratistas locales se habían limitado a descargar del barco y atornillar entre sí. Cruzó la veranda, donde hacía viento, e hizo cola para que le dieran su llave.

Al entrar en su habitación descorrió las cortinas y abrió la ventana. Como máximo, dormía allí un huésped por semana. Olía a flores y a perfume de mujer rica. Sobre el alféizar había un tapón de champán. Se les debía de haber pasado por alto a las limpiadoras. Abrió la

mosquitera, sacó la cabeza y vio la laguna color turquesa, con manchas más oscuras de coral. En medio había una larga franja de fondo de arena limpia. La Pan Am había dinamitado el coral para facilitar el amerizaje de sus Clippers. Lejos, al final de la laguna, vio los edificios color caqui y las tiendas blancas de la base de los marines.

Todo muy bonito. Tendría que sentirse emocionado de estarse codeando por fin con millonarios, pero a él no le interesaba. Con quien quería estar era con Molly. Había tantas cosas que aún no se habían dicho... y tantas que no necesitaban ni decirse...

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre la cama. Después se quitó la corbata, se lavó la cara y se secó con una toalla de Pan Am. Escondió debajo del colchón el sobre que le había dado la ayudante de Kincaid. Contenía quinientos dólares en efectivo para imprevistos, además de los billetes de vuelta a Honolulú, abiertos, y el nombre de su hotel en Kowloon. El efectivo sumado al valor de los billetes y demás equivalía más o menos a la mitad de lo que ganaba en un año.

Dejó la pistola dentro del maletín, pero cogió la cartera y el pasaporte. Después bajó al vestíbulo para encontrarse con sus anfitriones en la isla de Wake: el comandante Devereux, que era el oficial al mando, y el teniente Kahn, el forense.

—¿Se ha recuperado del viaje? —le preguntó Kahn.

—Sí, gracias.

—Vamos a llevarlo al lugar de los hechos y después le enseñaremos el cadáver —dijo Devereux.

—¿Aún lo tienen?

El otro asintió con la cabeza.

—En la residencia de civiles del campamento 2 hay una cámara frigorífica. Lo hemos puesto ahí.

—¿Les han contado por qué he venido?

—La verdad, no —repuso Devereux—. Nos han dicho que es un inspector de Honolulú, que lo recibamos y le prestemos toda la ayuda que nos parezca razonable.

—Muy bien.

Ya estaban fuera del hotel, bajando por los escalones. La camioneta de Kahn y Devereux estaba aparcada delante. Se sentaron los tres en el asiento corrido. El forense se puso al volante y el mayor en medio. Era un hombre menudo, puro nervio, con cara de tipo duro, como la mayoría de los marines que McGrady conocía.

—¿Qué puede contarnos? —preguntó.

—Oficialmente, casi nada.

—¿Y extraoficialmente?

—El lunes de la semana pasada encontramos los cadáveres de dos personas asesinadas en Honolulú. No puedo darles los nombres de las víctimas, pero digamos que una de ellas era familiar de alguien importante.

—¿Y qué relación tiene eso con la isla de Wake?

—A los de Honolulú los mataron con la misma arma que a la víctima de aquí: un cuchillo de trinchera Mark I. Y antes los torturaron a base de golpes y pequeños cortes, y a uno lo destriparon...

—Entiendo.

—A la mañana siguiente, un hombre fue a la oficina de venta de billetes de Inter-Island Airways y pagó en efectivo un viaje sólo de ida a Hong Kong, donde aterrizó el jueves por la tarde. Pero antes

pasó por aquí, y cuando despegó de nuevo había otro muerto, esta vez en Wake, destripado con un Mark I.

—Suena bastante concluyente —opinó Devereux.

Kahn detuvo el coche al salir de un bosquecillo de casuarinas. Delante había un puente de madera de unos cientos de metros que cruzaba un canal poco profundo. Kahn abrió su puerta y salió de la camioneta. Devereux y McGrady hicieron lo propio.

Desde el terraplén, bajaron de un salto a la playa, apenas digna de ese nombre. Kahn y Devereux tomaron la delantera y se alejaron del puente. Finalmente se pararon en una zona donde la arena mostraba infinidad de pisadas.

—Fue justo aquí —explicó Devereux—, si es que sirve de algo saberlo a estas alturas. Se llamaba Vincent Russo, soldado de primera clase, de Los Ángeles. Un chaval simpático, amigo de todos.

—¿Han peinado la zona?

—Todo lo que encontramos está dentro de una caja en mi puesto de mando.

—Menos mis zapatos buenos —dijo Kahn—. Ésos me los llevé.

—¿Cómo?

—Encontramos mis zapatos Oxford en la playa. Ese día, Russo había estado en la enfermería: le dieron un día de permiso porque alguien le había tirado un bloque de cemento en el pie sin querer. Suponemos que en algún momento se escabulló, forzó mi taquilla y me robó los zapatos; y no sólo eso, sino que, cuando lo mataron, llevaba unos pantalones y una camisa que eran míos.

—Qué raro —comentó McGrady.

—Rarísimo —contestó Devereux—. El barman del hotel donde usted se aloja nos contó que Russo pasó por allí esa noche, vestido

de civil, y que estuvo un rato bebiendo y charlando con uno de los pasajeros del Clipper.

—O sea, que primero se inventó una excusa para ir a la enfermería y luego se escapó para emborracharse —razonó McGrady —. Encontró el único bar de civiles en tres mil kilómetros a la redonda e hizo todo lo que pudo para no desentonar. Nada muy original, ¿verdad?

—Fue lo que pensamos.

—En un momento de la noche, sin embargo, se encontró con alguien que no le convenía. Me gustaría hablar con el barman.

—¿No quiere ver antes el cadáver y echar un vistazo a las cosas de la playa? —preguntó Devereux.

—Sí, claro.

El estado del cadáver era tan lamentable como él se esperaba. Llevaba toda una semana metido en una cámara frigorífica, pero no congelado, sino a unos cuatro o cinco grados, envuelto apenas con una lona y rodeado de solomillos de ternera y cajas de cerveza Lucky Lager. El resultado era que apenas cabía dentro de su piel. En cuanto abrieron la puerta corredera los asaltó la peste.

—Yo mismo le corté la ropa para hacer la autopsia, por eso estoy tan seguro de que era mía —explicó Kahn.

—¿Y aún la tiene?

—La quemamos.

—Yo habría hecho lo mismo —aseguró McGrady.

—¿Los de Honolulú estaban igual?

—Sí, más o menos. Bueno, ya he visto todo lo que necesitaba ver.

—Mejor.

Fueron en camioneta al puesto de mando de Devereux, una tienda de campaña reforzada llena de escritorios, teléfonos y archivadores. El comandante mandó a su único ayudante a por la caja. McGrady asumía que los marines debían de tener un búnker entre la maleza, un puesto de mando de verdad para tiempos de guerra. ¡A quién se le ocurría intentar rechazar una invasión japonesa desde una tienda! Y eso era justamente para lo que se estaban preparando, o al menos eso parecían indicar el aeródromo, la artillería en la costa, las minas negras que él mismo había visto en la entrada del puerto durante las maniobras de aproximación del Clipper.

Volvió el ayudante.

—Aquí tiene, señor.

Levantó la tapa de una caja de madera del tamaño de un cajón de leche. Dentro había un conjunto de chaqueta de vestir y pantalones.

—Si quemaron la ropa que llevaba puesta Russo, ¿de quién es ésta? —preguntó McGrady.

—No lo sabemos —respondió Devereux—. Suponemos que es de quien lo asesinó. Puede que la tirara porque estaba manchada de sangre.

—¿Sí? ¿Y a partir de ese momento, qué? ¿Se paseaba en calzoncillos?

—En una isla como ésta, en plena noche, puedes hacer lo que te dé la gana. Incluso matar a un marine.

McGrady levantó la chaqueta. Parecía una pequeña tienda de campaña.

—Qué tío más alto —dijo—. Debe de medir como dos palmos más que yo.

Devereux invitó a McGrady al comedor de oficiales. Probablemente no se cenara tan bien como en el hotel, pero era un tipo de comida al que él estaba acostumbrado. Eran de artillería: manejaban baterías antiaéreas y defensas costeras. De eso él sabía poco, pero le gustaba estar rodeado de oficiales. Algunos habían estado en China, y todos en Nicaragua. Intercambiaron anécdotas. Esperaban la inminente llegada de un escuadrón de cazas F4F Wildcat. Por su manera de decirlo, parecían preparados para entrar en combate, como si ya fuese algo seguro. No se trataba de si eso sucedería o no, sino de cuándo. McGrady los escuchó gustosamente sólo porque así no pensaba en otras cosas.

Cuando Devereux lo llevó al hotel ya se había puesto el sol.

Fue al bar y lo encontró casi vacío. Cogió un taburete, pidió un whisky y empezó a trabajarse al barman. Tenía un recuerdo muy claro de los hechos. Ya lo habían interrogado los marines, lo que suele consolidar los recuerdos.

—El italiano hablaba por los codos —aseguró. Daba la impresión de llevar toda su vida en la isla—. Russo, ¿no? Gastaba mucho. Llevaba un buen fajo de billetes.

—¿Y el pasajero con el que habló?

—Tengo su cuenta en algún sitio. Espere, que la busco.

Fue al almacén y volvió con un portapapeles.

—A los que no son pasajeros de Pan Am les cobro las bebidas. Entiende, ¿no? Por eso le cobré a Russo. Me dijo que era civil, contratista de Morrison-Knudsen.

—¿Y a los que sí son pasajeros?

—Me lo anoto de otra manera. Les pido el número de habitación y voy apuntando las consumiciones en esta hoja para que puedan

pagarlo todo al irse. Es lo que estoy haciendo con usted.

Le acercó el portapapeles por la barra y él le dio la vuelta para poder leerlo.

—¿Con quién de éstos habló Russo?

El barman señaló un nombre con un dedo gordo como un puro.

—Con éste. John Smith, habitación 109. Mire, se tomó un ron.

—¿Y de qué hablaron?

—Eso no se lo sé decir: sólo escucho lo justo.

—¿Smith habló con alguien más?

—Smith no, pero Russo sí.

—¿Con quién?

—No dejaba de mirar a una chica que viajaba con su padre. Yo me fijé en ellos cuando desembarcaron del avión, y él también.

—¿Fijarse en qué sentido?

—En el de quedársela mirando como un tonto. Seguro que a esa chica le pasa mucho.

—¿Vio que hablaran?

—Esa noche, cuando ya era tarde, Russo volvió a entrar y pidió una botella de champán, con lo que...

—¿Cree que pensaba compartirla con la chica?

—Pidió dos copas y salió con la botella.

—¿Me está hablando de champán del bueno?

—Brut, como a veinte la botella.

—¿Y?

—No lo sé. A partir de ese momento ya no lo vi más. Por la mañana me encontré las copas en los escalones.

—¿Y la chica, cómo se llamaba?

—Ni idea. No entró en el bar.

—Háblеme de ella.

—El padre era blanco, supongo que británico, pero ella, medio china. Guapa, de veintipocos años. Por la tarde se sentó en el muelle y estuvo un rato ahí, sola. Desde aquí, todo el mundo podía verla, y hubo muchas miradas de reojo, ya me entiende. Tenía un cuaderno de dibujo. Puede que estuviera dibujando el Clipper y la laguna.

—En esta lista están los nombres de todos los huéspedes, con su número de habitación.

—Exacto.

—¿Quién durmió esa noche en la 102?

McGrady estaba pensando en el tapón de champán que había encontrado en el alféizar de su habitación. El barman consultó la lista.

—Aquí pone «Emily Kam». Perfectamente podría ser ella. Lo digo por la combinación de nombre y apellido...

McGrady volvió a su habitación, pero se le resistía el sueño. Apagó la luz y miró por la ventana. Había luna llena. Veía el reflejo plateado del Boeing tensando sus amarras. Salió y recorrió descalzo el camino para poder sentarse cerca. Puede que la semana siguiente ese mismo avión lo llevara de vuelta a casa y tenía ganas de imaginárselo.

20

El sol tardó en salir. El cielo estaba despejado, pero lejos, al este, había nubes que fueron tiñéndose de rosa y de naranja. Justo antes del alba llegó al embarcadero la tripulación del Clipper, que empezó a preparar el avión. McGrady vio a los pilotos subir a la cabina y ponerse a probar las palancas y a verificar las lecturas de los instrumentos. Después de observarlos un rato regresó al hotel, juntó el poco equipaje que tenía y bajó con su maleta a la laguna. Un miembro de la tripulación lo llevó a su suite en la cola del Clipper. Él cerró la puerta, se metió en la cama y no se despertó hasta que ya iban en pleno vuelo.

Durante su estancia en Guam no paró de llover. Las maniobras de aproximación fueron accidentadas y el acuatizaje en las aguas revueltas del puerto, caótico. Entre el muelle y la costa había una pasarela cubierta, y luego coches que llevaban a los pasajeros al hotel. Él dejó pasar a todo el mundo delante y fue el último en registrarse.

Guam era distinto a Midway y Wake. Para empezar, era una isla habitada, con sus ciudades y sus pueblos. Y había mujeres

trabajando en el hotel, como la recepcionista que le tomó los datos: una chamorra de pelo oscuro a quien le mostró su placa.

—¿Le tocó estar aquí la última vez que pasó el Clipper?

—Sí.

—Estoy buscando información sobre un pasajero: John Smith.

—¿Smith? No lo recuerdo.

—Alto, corpulento.

—Sí, sí, había un hombre alto.

—¿Ah, sí?

—Tenía el brazo roto. Pidió que un médico subiera a su habitación y un botones tuvo que ir en coche a buscar al doctor.

—¿Dijo algo sobre cómo se lo había roto?

La recepcionista negó con la cabeza.

—¿Sabe si habló con alguien más del personal?

—No que yo viera.

McGrady dejó un dólar en el mostrador.

—Pues hágame el favor de preguntar.

Ella cogió el billete y se lo guardó en el escote. Fue a traer la llave de la habitación y, al volver, llevaba un sobre en las manos.

—Han dejado esto para usted.

McGrady fue a su habitación y lo abrió. Dentro había dos postales, ambas de la Commercial Pacific Cable Company. La primera se la enviaba el FBI. El mensaje estaba escrito con finas tiras de papel de teletipo recortadas a mano y pegadas a la postal:

> WASHINGTON CONFIRMA QUE LA INFORMACIÓN DEL PASAPORTE DE JOHN SMITH ES FALSA STOP SAN FRANCISCO INDICA QUE EL 713 DE KEARNY ES UN SOLAR STOP

R SHIVERS

Si alguien había apostado contra él, cosa poco probable, Ball cobraría su dólar. Pasó al segundo mensaje.

AL VOLVER TE ESPERA SORPRESA NO TE OLVIDES DE ECHARME DE MENOS

TE QUIERO M

El telegrama de Shivers lo metió en su maletín y el de Molly, en su cartera, perfectamente doblado. Sonó el teléfono. Ni se había fijado en que lo hubiera. Se acercó a la mesa y descolgó.

—¿Inspector McGrady?

—Sí.

—Soy Maria, la recepcionista. He hecho lo que me ha pedido.

—¿Y?

—No he encontrado a nadie que hablara con el hombre alto, pero otro huésped sí que habló sobre él.

—No la entiendo.

—Una señora llamó a la recepción y le dejó un mensaje al recepcionista de la noche.

—¿Qué decía ese mensaje?

—Que si John Smith pedía su número de habitación, no se lo dieran.

—¿Y ya está?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba la huésped?

—Emily Kam.

—¿Qué sabe de ella?

La recepcionista se quedó callada. Debía de estar consultando un libro de registro de la Pan Am. La compañía aérea estaba sembrando el Pacífico de duplicados.

—Tenía pasaporte de Hong Kong, que era adonde viajaba.

—¿Nada más?

—Se hizo llevar la cena a la habitación en vez de cenar abajo con los otros huéspedes.

—¿Puedo mandar un telegrama desde el hotel?

—Tiene los impresos en ese escritorio. Cuando haya acabado, tráigalos a recepción.

McGrady le dio las gracias, colgó y fue al escritorio. Encontró los impresos para telegramas en el cajón, cogió una pluma, se sentó y escribió:

SOLICITO AYUDA PARA OBTENER DIRECCIÓN EN HONG KONG DE EMILY KAM PASAJERA DEL CLIPPER LA NECESITO AL VOLVER PORQUE ES TESTIGO

MCGRADY

La respuesta para Molly le llevó mucho más tiempo. Con el dinero que le había dado Kincaid para gastos podía escribirle todo un libro; podía decirle cuántas veces había pensado en ella desde que se habían despedido en la puerta de su casa, pero al final fue breve.

NO ME HE OLVIDADO NI ME OLVIDARÉ NUNCA YO TAMBIÉN TENGO UNA SORPRESA PERO TENDRÁS QUE ESPERAR HASTA EL 24

TE QUIERO J

El avión llegó a Manila con retraso debido al mal tiempo, que lo obligó a sobrevolar en zigzag el mar de Filipinas añadiendo casi mil kilómetros al trayecto. Acuatizó a oscuras, lejos de la costa, y tardó bastante en llegar hasta el puerto. McGrady veía las olas por la ventanilla salpicada de espuma. Los pasajeros de los compartimentos de delante estaban a punto de vomitar.

En Manila había estado en el veintinueve y luego en el treinta y cuatro, volviendo de Fujian. Entonces era más pequeña. La llegada de las tropas la había hecho crecer. Había letreros luminosos, bares y chicas con vestidos escotados. Se registró en el hotel Manila y preguntó si tenía mensajes, pero no había llegado ninguno. Le dieron una habitación calurosa y con poca luz que apestaba a humo de pipa. Abrió la ventana y se entretuvo un buen rato en levantar el forro de cuero del zapato y escarbar en la suela con su navaja. Necesitaba esconder los quinientos dólares de Kincaid. No podía dejar una cantidad así en la habitación, y conocía lo suficiente a los carteristas de Manila para descartar de antemano llevarlos en la cartera.

Por la mañana volvió en taxi al puerto y abordó el avión para la última etapa del viaje. Hong Kong quedaba a unos mil cien kilómetros. El aparato era más pequeño que el que lo había llevado desde Honolulú, y esta vez no le dieron suite privada ni cama. Estuvo sentado cinco horas al lado de la ventanilla, contemplando el mar.

Antes de acuatizar en el puerto de Victoria, el piloto tuvo que dar dos vueltas en espera de que los juncos de velas rojas les dejaran sitio. Acostaron en Kowloon. Los trabajadores del puerto usaron bicheros para tirar de las amarras mientras gritaban en cantonés.

McGrady miró su reloj. Ya había puesto la hora local, pero tardó un poco en volver a orientarse. El viaje había sido tan largo que tuvo que rehacerlo mentalmente a la inversa para ubicarse de nuevo en el mundo. En Hong Kong era la una y media de la mañana del domingo 7 de diciembre de 1941, en Honolulú, todavía la tarde del sábado 6. Calculó que faltaba una hora y media para que Molly saliera de la biblioteca. Y el día siguiente era festivo, así podría dormir hasta tarde. Le gustó pensarlo: era una imagen que inspiraba tranquilidad, una buena manera de empezar su día.

Recogió sus cosas y esperó en el pasillo a que le llegara el turno de bajar lentamente del avión.

SEGUNDA PARTE

Chakken

Hong Kong | Tokio

7 de diciembre de 1941-6 de enero de 1942

21

El funicular atravesaba un largo túnel entre banianos cubiertos de lianas y árboles del incienso envueltos en plantas trepadoras que muy de vez en cuando permitía vislumbrar, cada vez más abajo, la ciudad y el puerto. La casa de Emily Kam estaba cerca del pico Victoria, así que él se bajó en la última de las cinco paradas. Se apeó con los pasajeros que quedaban y, como ellos, fue siguiendo las barandas hasta el exterior. Una vez fuera de la estación, se quedó un momento al sol, tratando de orientarse con el mapa que había comprado.

—¿El inspector McGrady?

Se volvió. Desde la estación se acercaba una joven que no venía en el funicular, de otro modo se habría fijado en ella. Llevaba un vestido azul hecho a medida con un lazo a juego en el pelo oscuro. Tenía acento británico.

—Señorita Kam.

—A mucha gente le cuesta encontrar la casa de mi padre, así que he venido a esperarlo.

—Perdone, no quería molestar.

—Hoy no tenía nada más que hacer. He salido de casa en cuanto colgamos y he venido hasta aquí a pie.

McGrady se puso el mapa debajo del brazo y se sacó del bolsillo la estrella de oro de inspector.

—No estoy para nada en mi jurisdicción, así que no está obligada a hablar conmigo, pero tenía la esperanza de que lo hiciera.

—¿Por qué?

—Necesito información sobre un hombre que viajaba en el mismo vuelo que usted la semana pasada.

—Hombres había muchos en ese vuelo.

—Creo que usted llegó a conocer al hombre al que me refiero, y que no le simpatizó demasiado, porque le pidió al personal del hotel de Guam que no lo dejaran acercarse.

—Veo que tiene el perfil adecuado para su trabajo.

—¿En qué sentido?

—Se le da bien.

—Muy amable —respondió McGrady—. También quería preguntarle por Vincent Russo, un marine estadounidense. Creo que estuvo bebiendo champán con él en la isla de Wake.

Después de mirarlo un momento, la joven volvió la cara hacia la estación. Enfrente había un pequeño café.

—Preferiría que no habláramos en casa de mi padre. Hagámoslo en otro sitio.

—De acuerdo.

Señaló el café, al que fueron juntos.

—Supongo que acaba de llegar de Manila —dijo—. Sólo lleva aquí dos horas y ya está trabajando.

—Sí, es que tengo prisa. No quiero que ese hombre se me escape, si es que aún está aquí.

—¿Quién?, ¿John Smith?

—Sí.

—¿Ha venido a hablar con alguien más o sólo conmigo?

—He venido a buscar a Smith. Nada más llegar al hotel me he puesto a tantear el terreno por si encontraba alguna pista, y lo siguiente ha sido llamarla y subir.

—¿Y cómo se tantea el terreno?

—Básicamente con dinero: cincuenta céntimos a cada uno de los mozos que esperan en el atracadero de los hidroaviones y un dólar para cada botones y recepcionista de los hoteles de la zona, sin olvidar a los conductores de *rickshaws* que rondan por las terminales de ferris.

—Le habrá costado su dinero.

—Bastante.

—Pero mi dirección no puede haberla encontrado así.

—Para eso envié un telegrama al FBI desde Guam. La delegación de San Francisco mandó a un agente a la oficina de venta de billetes de la Pan Am y luego me envió sus datos al Peninsula. Me los han dado al registrarme.

—El FBI... —comentó ella.

—La policía federal.

—Ya lo sé: J. Edgar Hoover y sus hombres de Washington. Por lo que veo, el tal John Smith es un tipo importante.

—Se podría decir así.

Entraron en el café y se dirigieron a una mesa protegida por un toldo en el jardín del fondo. McGrady le apartó la silla y, cuando estuvo sentada, fue al otro lado de la mesa y se sentó él también. Ambos pidieron sendas botellas de agua. Cuando se las trajeron, él echó un poco en el vaso y bebió.

—¿Se fijó en él desde que embarcaron en Honolulú?

—Exacto.

—¿Qué le llamó la atención?

—Todo en general. Era muy alto. Quizá una cabeza más alto que usted, y también era muy ancho de hombros.

—¿Cuándo hablaron por primera vez?

—Durante el vuelo de Wake a Guam, después de haber conocido a Vincent.

—¿Podríamos retroceder un poco? —preguntó McGrady.

—Sí, claro, ¿hasta dónde?

—¿Qué hacía usted en el Clipper, para empezar?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el día.

—Larga y sórdida.

—Soy inspector. No me escandalizará.

—La lista de personajes es muy variopinta.

—¿A qué personajes se refiere?

Emily tomó un poco más de agua, y McGrady entendió varias cosas a la vez: era rica, se aburría y pensaba alargar la historia porque él no podía impedírselo.

—Tenemos, por un lado, al prestigioso abogado, y luego juez, de Hong Kong que tuvo una aventura con la camarera de una tetería de la que nació una hija ilegítima. Por otro lado tenemos a la hija, que a los seis años entró a servir en la casa del mismo hombre.

—Ajá.

—La niña en cuestión hizo de criada para el señor de la casa y su mujer estéril hasta que un día, cuando ya tenía quince años, el

señor la llamó a su estudio; estando fuera su mujer, naturalmente; y, como quien no quiere la cosa, la informó de que era hija suya.

—¿Y después?

—Permítame que dé un salto hasta que se produce un giro afortunado de la historia y la sufrida esposa inglesa de su señoría contrae unas fiebres y fallece.

—¿Eso es un giro afortunado?

—Pues sí, mire, porque resulta que el señor, encantado de su suerte, se casa con la camarera de la tetería, adopta a su hija mestiza, se van todos a vivir a la mansión y son felices y comen perdices.

—Pero le he preguntado qué hacía en el avión.

—Ah, sí... bueno, pues pasaron unos años y al señor empezó a preocuparle la falta de complicidad con su hija. Ya sabe: la complicidad es importantísima. Así pues, como regalo para su vigésimo segundo cumpleaños, que fue la semana pasada, por cierto...

—Felicidades.

—... el señor se llevó a su hija de viaje por el oeste de Estados Unidos.

—O sea, que volvía usted de ese viaje.

—Podría contarle toda la historia, pero es muy larga —repuso Emily—. Pero mire qué curioso: estando en Wake, Vincent Russo me pidió que se la contara, igual que usted. Parece que a todo el mundo se le ocurre la misma pregunta. Siempre quieren saber...

—¿Qué hace una chica como usted en un sitio como ése?

—O alguna variante.

—¿Y cómo acabó hablando con Vincent Russo?

—Llamó a la ventana de mi hotel con una botella de champán francés y la esperanza de que lo invitase a entrar. Dijo que me había visto bajar del avión y que en ese momento había decidido conocerme. Fue enternecedor.

—¿Y usted lo invitó a entrar?

—Por supuesto que no. Nos quedamos cada uno en su lado, con la ventana de por medio, y estuvimos hablando y tomando champán.

—¿Nada más?

Ella se sonrojó y empezó a pasar el dedo por la capa de condensación del vaso.

—Le di un beso de buenas noches. Me lo pidió y no se lo negué. Estuvo encantador. Pero ¿qué tiene que ver Vincent con John Smith? ¿Y qué pinta John Smith en todo esto?

—¿Cuándo se separaron?

—No lo sé exactamente. Un par de horas después de que se hiciera de noche. Pero no ha contestado a mis preguntas. Permítame que reoriente la conversación: ¿Vincent se ha metido en algún lío?

—No, señorita Kam, no se ha metido en ningún lío.

—Pero algo me esconde.

—Lamento tener que decírselo, porque tengo la impresión de que le caía bien.

—¿Decirme qué?

—Que a Vincent Russo lo mató John Smith.

Emily se quedó mirando a McGrady con la boca abierta. Tardó un rato en recuperarse, pero él esperó pacientemente.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella.

—No lo sé.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la playa, entre Wake y Peale, al lado del puente.

—Cuando llegamos a Wake el personal del hotel nos dijo que no fuésemos por esa zona —explicó Emily—, que no se podía entrar en la base de los marines.

—Puede que al volver caminando a la base Vincent sorprendiera a Smith en alguna actividad ilícita, como hacer fotos o apuntarse las posiciones de las baterías, o algo por el estilo.

—¿Está insinuando que John Smith era un espía?

—Antes de ir a Wake mató a dos jóvenes en Honolulú —respondió McGrady—, uno de los cuales era sobrino del almirante. Y ahora dígame por qué le pidió al personal del hotel de Guam que no dejara acercarse a Smith.

Emily contestó en voz baja, mirando la mesa.

—La primera vez que hablé con John Smith fue en el vuelo de Wake a Guam. Ya habíamos desayunado, pero mi padre estaba durmiendo y, como me aburría, volví al bar y vi a Smith intentando atarse una revista al brazo; así, con un trozo de cuerda entre los dientes.

Lo imitó con gestos y McGrady asintió.

—Entonces me senté delante y él me explicó que se había hecho un esguince, pero saltaba a la vista que tenía el brazo roto.

—¿Tenía acento alemán?

—¿Cree que es alemán?

—Sólo es una pregunta.

—No tenía ningún acento.

—¿En Honolulú, al subir al avión, ya tenía el brazo roto?

—No, me habría fijado —respondió Emily—. El caso es que lo ayudé a atarse la revista y estuvimos hablando un par de minutos. Él se pidió un whisky con soda y le dijo al azafato que «le trajera a la señorita Kam lo que ella quisiese».

—Sabía su nombre.

—Me contó que lo había visto en las etiquetas de mi equipaje.

—O sea que la había estado observando.

—De vez en cuando me pasa con los hombres. Eso no me sorprendió en absoluto, pero sí su reacción cuando le pregunté por qué había vuelto tan tarde la noche anterior.

—¿Había vuelto tarde?

Emily asintió.

—Me despertaron unos ruidos y, al asomarme a la ventana, lo vi volviendo al hotel. Iba en bañador y sujetándose el brazo. Luego noté que estaba empapado.

—¿Y cómo reaccionó cuando le dijo que lo había visto?

—Con una mirada... muy vehemente. No, vehemente no; más bien rabiosa, aunque se controló enseguida. Luego volvió a preguntarme si quería tomar algo, pero yo había visto lo que había visto y me pareció peligroso.

—Lo es.

—Mi primer impulso fue alejarme de él, señor McGrady. Pero, como comprenderá, no era nada fácil, porque íbamos en el mismo avión. El caso es que salí del bar y volví al compartimento delantero.

McGrady se sirvió un poco más de agua, dio unas cuantas vueltas al vaso y se quedó mirando a Emily, que le hizo una pregunta:

—Vincent le había roto el brazo, ¿verdad?

—Vincent era marine. Sabría pelear.

—Y cuando vi a John Smith, volvía al hotel después de matarlo.

—Si la hubiese descubierto observándolo esa misma noche, a lo mejor yo estaría investigando cuatro asesinatos, y no tres. Habría acabado con usted en Guam.

—Me da frío sólo de pensarlo.

McGrady notó que se le había puesto la piel de gallina.

—Hizo bien en evitarlo —dijo—. Al llegar a Hong Kong, ¿por casualidad vio adónde iba?

Emily negó con la cabeza.

—Mi padre y yo fuimos los primeros en bajar: cogimos un *rickshaw* hasta el funicular del pico Victoria. Un mozo nos trajo el equipaje más tarde. De hecho, la última vez que vi a John Smith fue cuando subíamos al avión en Manila.

McGrady se limitó a asentir con la cabeza. No estaba decepcionado: en ningún momento se le había ocurrido que pudiera ser fácil.

—¿Podría esforzarse en describírmelo? Ya sé que es alto y corpulento, pero ¿de cara?

—¿No sería mejor que se lo dibujase?

—¿Dibuja usted?

Ya sabía que sí, pero quería que se lo dijese ella. Emily recogió el bolso del suelo, sacó un cuaderno de dibujo, se lo tendió y se quedó mirando cómo lo hojeaba. Había varios esbozos a lápiz de su viaje por el oeste estadounidense. Había dibujado el Gran Cañón, un hotel en el desierto y a un hombre sentado en un tren, seguramente su padre. Emily era rica, no tenía ocupaciones, y necesitaba entretenerse con algo cuando no estaba charlando con marines o

con inspectores. Se había decantado por el dibujo. Pero no era un simple pasatiempo.

—Caramba, se le da muy bien.

—Gracias.

McGrady saltó a una de las últimas páginas y descubrió el retrato de un joven guapo, de sonrisa tímida, apoyado en un alféizar mientras servía una copa de champán.

—¿Es Vincent Russo?

—Sí.

—¿Lo dibujó más tarde, de memoria? ¿No estuvo posando?

—Lo empecé en el hotel de Guam y lo acabé en Manila: quería acordarme de él.

—¿Cuánto tardaría en dibujar a John Smith?

—Ha dicho algo del Peninsula. ¿Es allí donde se aloja?

—Sí.

—Pues quedemos mañana a las ocho de la mañana —propuso Emily—. Tomaremos el té. Tienen un darjeeling muy bueno y un curry bastante decente. Y así le doy el dibujo.

—Gracias, señorita Kam —dijo McGrady—. Me será de gran ayuda.

—Ahora, cuando baje, verá si le ha servido de algo tantear el terreno.

—Exacto.

Él se sacó un puñado de monedas del bolsillo, las sostuvo sobre la palma de una mano y se puso a girarlas con el índice de la otra para ver de cuánto eran.

—Déjeme a mí —dijo ella, y se inclinó para cogerle la mano y sacar veinte céntimos de su palma: cuatro monedas que dejó sobre la mesa.

—¿Da para los dos y la propina?

Le hizo señas de que acercara de nuevo la mano, cogió otra moneda y la depositó en la mesa.

—Hasta mañana, Joe McGrady —dijo.

22

Bajó del funicular en Garden Street y se quitó de encima a los conductores de *rickshaw* que buscaban clientes en la entrada. Yendo hacia el embarcadero del ferri, pasó al lado de un pub: madera oscura, latones bruñidos y banderas británicas. Junto a los grifos de cerveza se apiñaban varios policías fuera de servicio. Los miró al pasar y, al cabo de unos pasos, se paró a consultar el mapa. Había marcado la comisaría central, que no quedaba lejos: diez minutos a pie hacia el oeste, en la esquina de Hollywood Road y Old Bailey. Kimmel le había dado carta blanca: podía adoptar un enfoque formal, oficial, o bien ir a su aire. Dependía de él.

Llegado al punto en que había que doblar hacia la izquierda para ir a la comisaría, siguió recto hacia el ferri. Después de tocar tierra en Manila había sobornado a mucha gente. Al día siguiente, después de ver a Emily, estaría en condiciones de mostrarles un retrato del tal John Smith. Y si esa estrategia no surtía efecto, iría a la comisaría y pediría ayuda oficialmente. Con la ayuda de la policía de Hong Kong, que podría difundir el retrato, seguro que llegaba a alguna parte.

Pagó el billete, subió al ferri y salió a proa a contemplar las vistas. El puerto era un hormiguero de embarcaciones de toda clase, desde juncos hasta yates de ricos. En el centro estaba anclado un destructor de la Royal Navy, y un montón de lanchas iban y venían

entre el barco y la costa. Vio un ave de presa lanzarse hacia el agua. «Un milano», pensó. Pintaba tan poco en la ciudad como él mismo, pero no dejaba de encontrarse en su elemento: estaba cazando.

Entró en el Peninsula. El hombre de detrás del mostrador le dijo que aún no había llegado ningún mensaje. Cogió un impreso para telegramas y una pluma y le escribió unas líneas a Molly. Había llegado, estaba bien y la echaba de menos. Buscó algo más que decir, pero no se le ocurría nada. Estaba demasiado cansado. Llevaba sin comer desde Manila. Le entregó el impreso al recepcionista y esperó a que contara las palabras para calcular el precio. Después de pagar, salió y deambuló sin rumbo fijo.

Detrás del hotel había un laberinto de callejuelas donde vendían de todo, y barato: comida, bebidas alcohólicas, burdeles de una sola habitación cuyas vigas podían oírse crujir. Las chicas que no tenían cliente esperaban al lado de sus respectivas escaleras o se adentraban en la oscuridad. Se compró unos dumplings con fideos y se los comió en una mesa baja de madera, entre el vapor y el ruido de un pasaje cubierto. La dueña del puesto le sirvió un vaso claro de licor baijiu que no había pedido, aun así lo pagó y se lo tomó.

Al acabar, volvió al hotel. Su suite daba a Salisbury Road y al puerto. Vio la isla de Hong Kong y el pico Victoria al fondo. Era donde había hablado con Emily Kam. Estaba cayendo la tarde y el cielo se había puesto rosa y púrpura. Sonó su teléfono. Él se volvió bruscamente y lo vio sobre una mesa. Pensó que podía ser Molly, pero no, por supuesto: no había manera de que ella averiguase ese número.

Levantó el auricular.

—¿Diga?

—Señor McGrady, soy Ian, el recepcionista.

—Dígame.

—Hay un hombre que pregunta por usted.

—¿Cómo se llama?

—Li.

—¿Y qué quiere?

El recepcionista tapó el auricular y habló en cantonés durante un momento. Luego volvió a ponerse:

—Perdone, señor. Dice que esta tarde usted le ha dado un dólar a su amigo y que su amigo no puede ayudarlo... Un momento... —Volvió a hablar con el hombre, aunque esta vez más brevemente—. Pero dice que él sí, a condición de que también le pague un dólar. Lo siento mucho, señor. He hecho mal en molestarlo. ¿Le digo que se vaya?

—No, que espere. Ahora mismo bajo.

El señor Li tenía sesenta o setenta años y era un hombre delgado y enjuto, puro hueso y músculo. Iba vestido como los campesinos, con ropa sencilla y oscura. Esperaba cruzado de brazos como si tuviera frío. McGrady supuso que no se encontraba a gusto en el hotel. Seguro que habían intentado echarlo nada más entrar.

—¿El señor McGrady?

El recepcionista era chino, pero tenía tan buen acento que, por teléfono, él había dado por supuesto que hablaba con un londinense de pura cepa.

—Sí, soy yo —contestó—. ¿El señor Li no habla inglés ni mandarín?

—No, señor, sólo cantonés.

—¿Usted podría hacer de traductor?

—Sí, señor.

—Pregúntele cómo puede ayudarme.

El recepcionista habló con el tal Li y se volvió otra vez hacia McGrady.

—Primero quiere el dólar, señor.

—No faltaba más.

McGrady se sacó una moneda del bolsillo y se la dio al viejo, que se la metió en la manga y empezó a hablar con el recepcionista. Éste estuvo muy atento y cada tanto asentía. Al acabar, miró a McGrady.

—Dice que usted está buscando a un americano alto que llegó el domingo pasado desde Manila con Pan American, y que él lo recogió con su *rickshaw* en la terminal de ferris de la Star media hora después de que llegara y lo llevó junto con dos maletas al hotel Empire.

—Pregúntele cómo es que se acuerda tan bien.

El recepcionista asintió e hizo la pregunta. El señor Li contestó gesticulando. Cuando el recepcionista tradujo la respuesta, McGrady ya se había hecho una idea bastante clara de lo que había dicho.

—Se acuerda porque el americano era una especie de gigante y sus maletas pesaban mucho. Al señor Li le costó mucho llevarlas.

—Muy bien —dijo McGrady. No podía descartar que el tal Li lo estuviese engañando: pagar a testigos era más o menos lo mismo que darles una paliza, porque a menudo estaban dispuestos a decir

lo que fuera—. Dígale que, si me explica qué le pasaba al hombre alto, le daré otros dos dólares.

—¿Qué le pasaba, señor?

—Estaba lesionado. Si es verdad que Li lo vio, se acordará de la lesión.

El recepcionista tradujo la pregunta y Li asintió de inmediato, se agarró el brazo izquierdo y se lo puso delante del pecho, como en cabestrillo. Luego le dijo algo al recepcionista, pero esta vez McGrady no necesitaba traducción.

—Tenía un brazo roto —dijo el recepcionista—. Lo llevaba enyesado.

—¿Dónde está el hotel Empire?

—¿Me lo pregunta a mí o a él?

—Da igual, al que lo sepa.

—Está en Sheung Wan, cerca del Mercado del Oeste, en Connaught Road. Se llega caminando desde el ferri, aunque está algo lejos.

—¿Qué tipo de establecimiento es?

—Muy diferente al Peninsula. Trabaja con otro tipo de clientela.

—¿Me podría escribir el nombre en chino?

—Por supuesto.

Li le dijo algo al recepcionista, y luego se lo tradujo a McGrady mientras ponía por escrito el nombre del Empire en caracteres chinos:

—Quiere sus otros dos dólares.

—Ahora mismo se los doy.

Habría querido salir de inmediato, pero antes volvió a su habitación, puso su maleta encima de la cama y la abrió. Al no estar seguro de si le registrarían el equipaje al llegar a Hong Kong, había bajado del avión con la treinta y ocho metida en la cintura del pantalón por la espalda, una precaución que se demostró innecesaria porque el británico de cara roja que le había sellado el pasaporte ni siquiera había mirado la maleta. El caso es que había ido y venido durante todo el día con la pistola a la espalda, pero en ese momento prefirió ponérsela en la funda, por debajo del brazo. Teniendo en cuenta a quién seguía, también se llevó el cuchillo de trinchera.

Fue caminando a la terminal del ferri y volvió a hacer la travesía entre Kowloon y Hong Kong. Al desembarcar, dobló a la derecha y siguió por la costa, parándose de vez en cuando en las entradas de las tiendas o bastante cerca de los faroles rojos de los vendedores ambulantes para consultar el mapa. Llegó a Sheung Wan y encontró el Mercado del Oeste, una enorme mole de ladrillo rojo. Justo cuando iba a entrar y preguntar por el hotel Empire, lo vio con sus propios ojos: estaba al otro lado de la calle. Encima de la puerta había un letrero de madera en inglés y chino, borroso por el tiempo pasado a la intemperie. Era un edificio estrecho, de cuatro plantas, situado en una manzana densamente poblada. Él, como buen policía, tenía ojo para reconocer los lugares de vicio, independientemente del país donde estuviera. Supuso que la mitad de los establecimientos de la manzana eran burdeles y que la otra mitad dependía de ellos.

Llovía y hacía más frío de lo que se había esperado. Estuvo diez minutos debajo de un toldo observando el hotel Empire con las manos en los bolsillos y finalmente cruzó la calle esquivando

rickshaws, autobuses y charcos, subió los escalones y cruzó la puerta. Al otro lado de un recibidor estrecho había un mostrador vacío; al fondo, un despacho, y a la derecha, una escalera de madera que subía a las plantas superiores. Se acercó al mostrador y tocó la campanilla.

Salió del despacho un hombre de rostro cetrino con una camisa de un rojo apagado y un chaleco de seda negra encima. Cuando puso las manos sobre el mostrador, McGrady contó nueve dedos y cuatro anillos.

—¿Sí?

—Iré al grano y le compensaré la molestia —le dijo él—. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Quince.

—¿Y cuántas están ocupadas?

—Quince.

—¿Tiene libro de registro?

El hombre lo observó un momento antes de contestar. McGrady metió una mano en el bolsillo, buscó a tientas su fajo de billetes y sacó unos cuantos.

—Libro de registro... sí.

—Si me deja mirarlo unos minutos, se puede quedar esto.

—¿Qué busca? —preguntó el hombre—. Puedo encontrárselo.

—No, quiero verlo yo mismo.

Separó los billetes y se los enseñó. En esa manzana, un solo dólar podía dar mucho de sí, y cinco eran como para volver loco a cualquiera. Ambos lo sabían.

—Está bien —dijo el hombre—, pero dese prisa.

Cogió el dinero y le dio a McGrady el libro de registro. Él se apartó para abrirlo. Le bastó un vistazo a las entradas más recientes para pillarle el truco. Estaba escrito en inglés y chino, pero lo entendía todo. Retrocedió una semana. 30 de noviembre de 1941, el día de llegada del vuelo de Pan Am desde Manila, con Emily Kam y John Smith a bordo.

Ahí estaba: John Smith, de San Francisco, habitación número 401. Había pagado por diez noches, es decir que seguía en el hotel, a menos que se hubiera ido antes.

Oyó que alguien bajaba la escalera. Pasos lentos, pesados: un hombre alto.

Cerró el libro y se lo devolvió al recepcionista por encima del mostrador. Después se desabrochó el abrigo y se apartó. Desde donde estaba veía al mismo tiempo al recepcionista y la escalera. Vio unos zapatos negros y unos pantalones marrones. Apareció el hombre al completo: era un sij con el correspondiente turbante.

McGrady saludó al recepcionista con la cabeza y salió detrás del sij.

Estaba otra vez en la acera de enfrente de Connaught Road, bajo el mismo toldo, observando de nuevo la fachada del hotel con las manos en los bolsillos. Por un lado no daba crédito a su buena suerte; por el otro, no sabía muy bien qué hacer con ella. Si estuviera en Honolulú llamaría a Fred Ball, al sargento Kondo y a todos los hombres disponibles y luego harían que el recepcionista subiera y llamara a la puerta de la 401 con la excusa de que las cañerías hacían mucho ruido. Si al volver les confirmaba con un

gesto que Smith estaba en su habitación, subirían deprisa desenfundando las pistolas, echarían abajo la puerta y, en caso de que Smith intentara algo más que levantar las manos, lo matarían a tiros.

Pero la situación no se prestaba a nada de eso: necesitaba a la policía de Hong Kong. Tenía que oficializar su visita, lo cual comportaba volver a su hotel, dejar la pistola y el cuchillo y coger el expediente que había llevado consigo: instantáneas de la autopsia, la declaración de Miguel, fotos de los billetes de Pan Am a nombre de John Smith y el telegrama en que el agente Shivers confirmaba que el pasaporte de Smith era falso. Con ese material no cabía un «no» como respuesta.

Tenía por delante otros dos viajes en ferri y una hora a pie. El mejor momento para sorprender a Smith sería a las cuatro o las cinco de la madrugada, cuando ya se hubieran acostado incluso los puteros más recalcitrantes. Si se daba prisa, tenía tiempo. Volvió corriendo por el mismo camino y saltó a bordo del ferri cuando ya estaban levantando la pasarela, entre los gritos de los que manejaban las amarras. Al llegar a Kowloon corrió al Peninsula y fue al ascensor sin pasar por el mostrador para preguntar si había mensajes.

Por eso no llegó a averiguar si Molly había contestado.

En cuanto el ascensor abrió sus puertas salió al pasillo y corrió a su habitación. Cerró por dentro y buscó a tientas el interruptor. Cuando se encendió la luz, lo rodeaban tres hombres con el uniforme azul oscuro de la policía de Hong Kong. Tenían caras redondas de

ingleses y olían a whisky. En sus manos había porras de madera, y sus brazos estaban listos para descargarlas.

Recibió el primer golpe sin haber tenido tiempo de decir ni una palabra. Lo tenían rodeado. Levantó las manos para protegerse la cara con los antebrazos como un boxeador contra las cuerdas. La única escapatoria posible pasaba por tirarse al suelo. Fue lo que hizo, deprisa y sin avisar. Acto seguido se lanzó contra las rodillas del hombre a quien tenía delante y lo empujó. Chocaron contra la consola del pasillo, derribando una lámpara que le cayó en la coronilla. Sacó la treinta y ocho y la amartilló. Su intención era hacer un disparo de advertencia al suelo, junto al oído del jefe del grupo, pero, al final, los dos polis que aún estaban de pie consiguieron darle sendos porrazos en el cráneo y todo se volvió confuso. La habitación brilló en un destello y luego se oscureció.

Se quitó de encima del jefe del grupo y soltó la pistola, pero no perdió la conciencia. Aún plantaba cara. Vio la pistola: estaba muy cerca de su cara, a un palmo, amartillada y lista para disparar, pero un poli le puso un pie en la espalda y pisó con fuerza mientras otro se arrodillaba a su lado para ponerle las esposas. Nunca lo habían esposado, ni tampoco lo habían levantado nunca del suelo tirando de las esposas. Sintió crujir los hombros y los codos. El dolor lo dejó sin aliento. Le dieron media vuelta y lo apoyaron de espaldas en la pared. Uno de los polis lo cacheó y encontró el cuchillo.

—¿Joe McGrady?

No contestó: tenía el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta, junto con la placa. Encontraron ambos.

—Es él.

—Anda, pero si es policía en Honolulú.

El jefe del grupo se estaba levantando. No se había roto las rodillas, pero no parecía muy seguro de ello.

—No quiere decir que no sea el que estamos buscando —dijo—. Ya habéis encontrado la pistola y el cuchillo. Vámonos. Pero coged sus cosas, que aquí no va a volver.

Lo sacaron a empujones al pasillo y, en vez de dirigirse al ascensor para huéspedes, lo llevaron a un cuarto donde había uno de servicio. Cuando llegó la cabina, lo empujaron dentro. Otro empujón para sacarlo a la planta baja. Estaba en una lavandería. Dos hombres con el torso desnudo levantaron la vista de una prensa para secar sábanas y se quedaron mirándolos.

Lo llevaron a la puerta trasera, donde esperaba un furgón policial. Tras hacerlo subir a la fuerza en la parte de atrás lo encerraron de un portazo. Apenas tuvo tiempo para encontrar la manera de sentarse antes de que pusieran el motor en marcha y arrancaran.

El furgón no estuvo ni un minuto en movimiento. Cuando se abrieron las puertas sólo estaban dos de los hombres, que lo hicieron bajar. Estaban en el muelle, delante de una lancha de la policía amarrada a los bolardos. Cerraron las puertas del furgón y golpearon con las palmas el metal negro para avisar de que ya habían bajado. El furgón se marchó.

—Venga —dijo uno de los hombres—, suba a bordo.

El motor diésel de la lancha ya estaba encendido: la tripulación lo tenía todo listo. Ayudaron a McGrady a abordar y lo hicieron sentarse en un banco de la cubierta de proa. Luego soltaron las amarras y él se vio de nuevo cruzando el puerto de Victoria, con el reflejo borroso de las luces de la isla de Hong Kong en el agua aceitosa de delante.

Pensó que, al fin y al cabo, sí que llegaría esa noche a la comisaría central.

23

Hacia las once de la noche se oyeron golpes en la puerta del calabozo: madera de porra contra hierro. Se levantó para ir a la pared del fondo y apoyarse en los ladrillos pintados de amarillo. Al meterlo en la celda le habían quitado las esposas. De eso hacía más de dos horas, pero aún se estaba frotando las muñecas.

Se abrió la puerta y aparecieron dos policías con las porras en las manos, uno chino y el otro británico. Era la primera vez que los veía, y no les guardaba rencor. Eso tendrían que ganárselo.

—¿Adónde vamos?

Era lo primero que decía desde que había saludado al portero del Peninsula.

—A un reconocimiento —dijo el poli chino.

—Ponte contra la pared con las manos en la espalda.

Hizo lo que le pedían. No tenía alternativa, a menos que quisiera otra fisura en el cráneo. Los polis entraron en la celda y lo esposaron. Estaba intentando averiguar qué era un reconocimiento. Lo llevaron por el pasillo, cambiando dos veces de dirección, y cruzaron una puerta donde sólo había un número. La abrieron y lo hicieron pasar. En cuanto vio el montaje lo entendió.

Dentro había ocho hombres más, dispares en su indumentaria, higiene y sobriedad. El máximo denominador común era que todos

eran blancos y tenían tarjetas numeradas en las manos. Había una cámara con trípode orientada hacia una pared en blanco.

Un reconocimiento era una rueda de identificación.

Se abrió otra puerta y entró un inspector chino de civil, seguido por una rubia. Sólo había dado dos pasos por la sala y ya era el centro de todas las miradas. No podía tener más de veinticinco años. Llevaba cinta blanca en la nariz, y se le estaban hinchando los ojos, aunque aún no se le habían puesto negros. Suerte tendría si por la mañana veía algo. Su vestido rojo estaba desgarrado en el escote, y tenía la marca de una mano en el cuello. Algún policía le había puesto su chaqueta de uniforme encima de los hombros, como una manta.

Al ver a McGrady, el inspector frunció el ceño e hizo una señal con la barbilla. Los polis le quitaron rápidamente las esposas y le pusieron una tarjeta numerada entre las manos. Aunque no lo supieran, acababan de poner en práctica una de las tácticas favoritas de Fred Ball: dejando que la rubia viera a McGrady esposado le habían indicado a quién querían que eligiera. Se podía dar casi por seguro que cumpliría sus expectativas.

—Bueno, venga —dijo el inspector—, en fila y de espaldas a la pared.

Los hombres con las tarjetas numeradas ocuparon sus puestos. No seguían ningún tipo de orden. El último en ponerse contra la pared fue McGrady, que se encajó en el centro de la fila, enseñando la tarjeta.

—Quietos —dijo el inspector—, que vamos a hacer la foto.

Se encendió el flash, y la cámara hizo clic. El poli de detrás del trípode enrolló la película e hizo otra toma.

—¿Está aquí dentro? —preguntó el inspector.

La mujer los miró a todos.

—El número cuatro —dijo.

—¿Está segura?

Asintió con la cabeza.

—Estoy segura —dijo. Su acento no era británico; ni británico ni de ningún otro tipo, para ser exactos—. Es él.

Se tocó el cuello y se volvió. McGrady bajó la vista hacia su tarjeta. Era la número cuatro, por supuesto.

No empezó a reflexionar sobre su situación hasta que lo llevaron de vuelta al calabozo de la comisaría y lo encerraron con llave, después de quitarle otra vez las esposas. Nadie le había dicho de qué se le acusaba, aunque después de la ronda de reconocimiento podía adivinarlo.

El responsable sólo podía ser John Smith. Seguro que también había pagado a la rubia, que se había dejado dar una paliza por el propio Smith. Sólo quedaba por saber cómo se había enterado él de la existencia de McGrady. Dicho de otra manera, ¿quién lo había delatado? Un botones, un recepcionista... McGrady había dado su tarjeta y medio dólar a veinte personas, como mínimo. Quizá una de ellas hubiera decidido negociar un precio más alto con John Smith.

Se sentó en el banco de ladrillo, dándose cuenta de que no iba por el buen camino. De momento daba igual por qué lo hubieran detenido; la cuestión era cómo salir del calabozo. Quizá por la mañana fuera más fácil. Al hacerse de día cambiaría el turno, y habría hombres de más alto rango en la comisaría. Si a alguien

podía convencer con argumentos de que lo soltaran sería a esos hombres, no a los de la noche, y menos cuando aún estaban en el edificio los mismos que lo habían detenido y falseado la ronda de identificación.

Faltaba poco para la medianoche. Hizo balance de su situación. Le habían quitado el pasaporte, pero aún tenía su reloj. Le habían quitado el cinturón, pero no los zapatos, ni los cordones, así que conservaba el fajo de billetes de Kincaid. Disponía de una pila y un retrete, así como del banco de ladrillo. En la pared del fondo, a sus buenos tres metros del punto más alto al que podía llegar, había una ventana con barrotes, del tamaño de una hoja de papel. La puerta era una plancha de hierro macizo.

Se acostó en el banco, intentando calcular la hora en Honolulú.

Se le resistían los números. Los chichones que tenía en la cabeza palpitaban con cada latido de su corazón. Era como si volviera a sufrir la paliza desde cero. Tuvo que contar las horas al revés en la esfera de su reloj hasta que lo logró: en casa eran casi las cinco. Molly aún estaría durmiendo. Para ella era domingo por la mañana. Cerró los ojos e intentó transportarse mentalmente junto a ella. Si no se lo permitía Dios, quizá pudiera mandarle un pensamiento, al menos... un solo pensamiento desde su cerebro hasta el de ella. No era mucho pedir. Con dos palabras se conformaría.

24

A las seis de la mañana, mientras dormía a duras penas en el banco, abrieron la ranura de la base de la puerta e introdujeron una bandeja metálica. Luego, la ranura se cerró y oyó unos pasos alejarse, acompañados por el traqueteo de las ruedas y el chirrido de ejes de algún tipo de carro de comida. Se levantó para ver qué había en la bandeja. Eran una taza de té y un cuenco de hojalata con congee, esa especie de arroz con gachas que se come en muchos países de Asia. Se tomó primero el té (flojo), y después se comió el congee (tibio). La ranura no se abría por dentro: tendría que quedarse el cuenco hasta que fueran a buscarlo. Lo lavó en la pila, para no dar incentivos a las cucarachas, y luego se acostó otra vez con su chaqueta como almohada.

Y esperó.

Se incorporó otra vez a las ocho y media. Había oído algo, pero no supo qué era hasta que lo oyó otra vez. Los muros de la prisión eran tan recios que los ruidos de fuera sólo se filtraban por un ventanuco en la parte alta de la pared. Pero gracias a esa única abertura pudo oír las explosiones. Se quedó sentado escuchándolas. De vez en cuando sonaba un ruido de hélices y ráfagas de ametralladora, que al cabo de un rato dieron paso a explosiones regulares y sordas de artillería pesada: debían de ser las baterías defensivas de la costa. El

ruido le reverberaba en el estómago, más aún si se apoyaba en la pared. Empezó a formarse una especie de niebla: un siglo de polvo acumulado en el techo y la parte superior de las paredes flotaba en el aire. Lo vio girar en el único rayo de sol que entraba por el ventanuco.

A partir de un momento también se oyeron voces. Venían de dentro. Desde la noche anterior sabía que su celda no era la única. Lo que no sabía era si había alguna otra ocupada. En toda la noche y la mañana no había oído a ningún otro prisionero. Desde hacía un momento, sin embargo, se oía todo un coro de reclusos gritando en cantonés.

No entendía una sola palabra, ni falta que le hacía: su imaginación no tenía nada que envidiar a la de nadie, y su visión de los hechos era más reciente que la de cualquier otro ocupante de los calabozos: había saltado de isla en isla desde Honolulú hasta Hong Kong, saliendo de una base militar estadounidense y pasando por otras cuatro, y en todas había visto aeródromos llenos de bombarderos. También había visto torpederos, y movimientos de tierra a gran escala alrededor de las baterías de la costa. Mucha construcción o traslado, mucho gasto, y todo en respuesta a la misma amenaza. La tormenta no iba a pillar desprevenido a nadie.

La guerra ya estaba allí, y lo único que podía hacer era esperar sentado.

No le llevaron nada de comer, ni lo arrastraron engrilletado a una lectura de cargos, ni fueron a decirle que se habían equivocado y que era libre. De hecho, nadie apareció, y él siguió oyendo retronar

la artillería. Los otros presos hacían lo mismo. Los disparos procedían de la ciudad, pero no se oían proyectiles explotando en tierra, ni disparos llegados desde fuera. Sacó sus conclusiones: los británicos debían de tener piezas de artillería más grandes que los japoneses y el enemigo al que estaban combatiendo estaba lejos, detrás del horizonte. Si los japoneses respondían dentro del alcance de su artillería móvil, empezarían a contraatacar. En consecuencia, los japoneses debían de estar a unos veinticinco kilómetros, y empezarían a disparar cuando hubieran reducido la distancia a menos de diez. Miró otra vez a su alrededor: muros gruesos y techo abovedado. Estaba en la planta baja, con varios pisos encima. No eran las peores condiciones en las que pasar un bombardeo dentro de un edificio.

A las seis y media ya no había luz, y menos dentro de la celda. La bombilla que la había iluminado toda la noche anterior seguía apagada: o bien los japoneses habían bombardeado la central eléctrica o bien se trataba de un apagón táctico. En el fondo, le daba lo mismo. Se alegró de haber lavado el cuenco, porque las cucarachas saldrían por miles. Llevarían unos diez millones de años esperando un momento así.

Ya no veía su reloj, y había perdido la noción del tiempo. Sentado a oscuras, lo único que hacía era divagar pensando en la investigación. Mejor eso que ponerse a pensar en otra cosa; como en Molly, por ejemplo. Pensó en John Smith y en lo cerca que habían estado en el hotel Empire. Al no haber podido acudir a la cita con Emily Kam, ni siquiera sabía qué cara ponerle al falso nombre. Lo había vencido

una sombra. Habría hecho mejor en subir, echar la puerta abajo y pegarle un tiro al tal Smith. En el peor de los casos lo habrían detenido ahí mismo y estaría sentado en el mismo calabozo, pero al menos sabría de qué se le acusaba y todo tendría algún sentido.

Se abrió una puerta y unos pasos avanzaron por el suelo de ladrillo. Luego, alguien golpeó la puerta de su celda con un objeto duro, probablemente una porra.

Se levantó para cercarse. Se había abierto una ranura del tamaño de una postal. Si se agachaba un poco la tenía a la altura de los ojos. Lo deslumbró la luz de una linterna.

—¿McGrady?

—Sí.

—Tienes visita.

Miró por la ranura justo cuando se apartaba un policía de uniforme que le entregó su linterna a otro tío que estaba a sus espaldas. No le sonaba de nada. Tenía el pelo castaño despeinado y un traje marrón bastante decente. Era más joven que él, pero no mucho. Se acercó.

—Me llamo Nathan De Vries —dijo con un acento de la Costa Este, tal vez de Boston—. Soy del consulado.

—¿De parte de quién viene?

—Nos llamaron la otra noche para decirnos que tenían encerrado a un estadounidense. Me han dicho que es usted inspector.

—Sí, de la policía de Honolulú —respondió McGrady—. ¿Y por qué los llamaron?

De Vries se palpó los bolsillos de la chaqueta y el pantalón.

—Es lo que tenemos pactado: que nos llamen siempre que metan en la cárcel a algún compatriota.

—¿Por eso me trajeron a la comisaría central y no a la de Kowloon?

—Puede ser —respondió De Vries. Había encontrado un paquete de cigarrillos y estaba buscando un encendedor—. Por eso, o por el delito del que se le acusa. Ahora está en Hong Kong, donde la violación con agravantes se castiga con la muerte, y es lógico que hayan querido traerlo al centro, con los peces gordos.

—¿Es de lo que me acusan, de violación con agravantes?

—¿No se había enterado?

—No sé nada de nada.

De Vries encontró una caja de cerillas y encendió su cigarrillo. Luego sacó otro de la caja y se lo ofreció a través de la ranura a McGrady, que lo rechazó con un gesto de la cabeza. Si la noche anterior hubiera matado a Smith, lo habría aceptado: se lo habría ganado.

—Hoy han pasado muchas cosas —dijo De Vries.

—Sí, ya lo he oído.

—¿El qué?

—Artillería, bombas aéreas, ametralladoras... Los japoneses han dado el paso.

—Todos creíamos saber lo que nos esperaba, pero esto no lo había previsto nadie —dijo De Vries.

—Tengo que mandar un telegrama a Honolulú.

—Es imposible.

—¿Qué dice?

—No hay servicio. La línea está cortada, aunque no sabemos dónde.

—Pues aquí, ¿no? ¿Dónde va a ser?

—No lo entiende. Los japoneses han atacado Pearl Harbor. Y mientras asediaban Hong Kong han ido tomando Wake, Guam y Manila. Es un frente de nueve mil kilómetros.

McGrady se aferró a la puerta y acercó la cara.

—¿Cómo que han atacado Pearl Harbor?

—Lo que oye. Igual que aquí, en Hong Kong y en todas partes.

—¿Con tropas? ¿Es una invasión?

De Vries le dio una larga calada al cigarrillo y, después de sacar el humo, negó con la cabeza.

—Por lo que hemos oído, sólo aviones, supongo que desde un portaviones. Dos oleadas por la mañana. Han hundido el *Arizona* y algunos barcos más, no me acuerdo ahora mismo de cuáles. Ha sido un día muy largo.

—¿Y usted cómo se ha ido enterando?

—Por radio.

—¿Han bombardeado la ciudad?

—¿Qué ciudad?

—¿Cuál va a ser? Honolulú.

—Lo único que sé es que han atacado Pearl Harbor.

Se fijó en la cara del tipo. Estaba pálido. Tenía pinta haber estudiado en la universidad y haber encontrado un trabajo de los de escribir a máquina.

—¿Tiene bastante influencia como para sacarme de aquí?

—¿Por una violación con agravantes? Imposible.

—Yo no he hecho nada. Es una encerrona. Pida favores.

—Esto es una colonia de la corona, no Nicaragua: tienen sus procedimientos.

—Llevo todo el día oyendo cómo se van a la mierda sus procedimientos.

—No puedo, McGrady. Si quiere le busco un abogado, pero no sé cuánto tardaré. Ni siquiera sé cuándo podrán leerle los cargos. Ahora mismo todo el cuerpo se dedica a patrullar la costa, incluidos los hombres que lo detuvieron.

—¿Puede ponerse en contacto por radio con Honolulú?

—En el consulado no tenemos transmisor. Siempre usábamos telegramas en clave —contestó De Vries—. ¿De qué le serviría hablar con Honolulú?

—El almirante Kimmel y el gobernador Poindexter también pueden responder por mí. Vengo por orden de ellos.

—Pero no por las vías oficiales.

—No he tenido tiempo. Llevaba unas ocho horas en tierra, todas muy ocupado.

—¿Ocupado en qué?

—En perseguir a un asesino.

—¿Qué asesino?

—Uno que se cargó al sobrino de Kimmel colgándolo del techo y luego a una chica japonesa después de haberla obligado a mirar. Llegó aquí en el Clipper de la Pan Am una semana antes que yo, y de camino dejó a un marine muerto en Wake.

—¿Me está diciendo que es el asesino quien le ha tendido la trampa?

La artillería de Hong Kong lanzó otra salva haciendo vibrar la puerta que los separaba.

—¿Quién si no?

—¿Y la mujer? ¿No la había visto nunca?

—Sólo en la rueda de identificación. ¿Sabe cómo se llama? Si la siguen, los llevará directamente hasta él.

—No puedo. Somos diplomáticos, no policías; y aunque tuviera autoridad, que no la tengo, ahora mismo no hay tiempo.

—Viaja con pasaporte falso de Estados Unidos. Está recibiendo mucha ayuda y tenemos motivos para sospechar que es alemán.

—¿Y?

—Junte los puntos, De Vries —dijo McGrady—: ya estamos en guerra y el hombre del que le hablo es un enemigo. Las reglas han cambiado.

De Vries fumó mirando el techo. Los ladrillos de la bóveda dejaban caer finas partículas de arena desprendidas por las últimas detonaciones.

—Puede que a usted no le vaya tan mal esta guerra —dijo De Vries—. Cambiará muchas prioridades. Si el fiscal de la corona no encuentra a la parte perjudicada, no tendrá más remedio que ponerlo en libertad.

—O sea, que lo único que debería preocuparme entre este momento y cuando pase lo que dice usted es lo que hagan los japoneses.

—No nos queda otra que esperar y estar pendientes de los japoneses.

—Para usted es muy fácil decirlo —contestó McGrady.

—Procuraré venir mañana a verlo.

—No se esfuerce demasiado.

A los diez minutos de que De Vries se marchara se abrió la ranura de la base de la puerta, la de la comida, y apareció una bandeja. Encima había una taza de té: el poder de Estados Unidos en todo su esplendor. De Vries había hecho valer sus influencias. Él se sentó en el banco y se la bebió sin atreverse a esperar gran cosa más. Por eso no se sintió decepcionado cuando el 8 de diciembre llegó a su fin sin que le hubieran llevado de cenar.

Con el alba llegaron tres horas de incursiones aéreas y otro cuenco de congee. El hombre que deslizó la bandeja por la ranura de la comida estaba tan nervioso que la empujó con demasiada fuerza, derramando el té. Se bebió todo el que pudo de la bandeja y lo poco que quedaba en la taza. La mayor parte estaba en el suelo. Se comió el congee y repitió la misma rutina de lavar el cuenco y ponerlo con el del desayuno del día anterior. Le inquietaba que no hubiera acudido nadie a sacarlo de allí. Todo se estaba viniendo abajo. La comisaría había empezado a sucumbir a la presión, pillándolo a él en medio.

La visita de De Vries coincidió más o menos con la puesta de sol, y empezó igual que la primera: unos golpes en la puerta y una voz llamándolo por su nombre. Una vez abierta la ranura, el policía se marchó, dejando a De Vries al otro lado de la puerta. Se palpó los bolsillos, encendió uno de sus cigarrillos y se los guardó sin ofrecerle uno.

—Me han dejado que le traiga algo —dijo.

Se puso de rodillas para abrir la ranura inferior y meter un paquete de papel seguido por una botella de cristal de litro.

—¿Qué es?

—Dumplings, cerveza y tabletas Halazone para purificar el agua —respondió.

—¿Podría abrir la puerta desde fuera?

—Necesitaría la llave.

—¿Si la tuviera la abriría?

—No lo sé. Los británicos son nuestros aliados.

—Y viceversa.

—Vamos a evacuar el consulado.

—¿Y cómo van a hacerlo?

—Con la Aviación Nacional China: pilotos estadounidenses que vuelan al servicio de los nacionalistas y que llegan y se van de noche desde el aeropuerto de Kai Tak.

—¿A qué hora es la salida?

—A las diez.

—¿Ha intercedido con alguien por mí?

—He hecho lo que he podido.

—¿Y ahora?

—Volaremos a Chungking, cruzaremos el Himalaya, llegaremos como buenamente podamos a Delhi y nos reagruparemos.

—¿Es tonto o qué? Me refiero a qué será de mí.

McGrady no pudo ver en la cara de De Vries si estaba escarmentado por el rapapolvo. Sus facciones no expresaban nada, y sus ojos estaban inyectados en sangre. Debía de haber estado bebiendo ginebra desde la comida.

—Cuando estemos en India escribiremos una carta en su defensa.

—¿Una carta? ¿Para enviarla adónde, si se puede saber?

—Podemos entregársela a los británicos en Delhi y presentar una queja oficial.

—Se me ocurre algo mejor —dijo McGrady—: vaya hasta el fondo del pasillo y busque al que lo ha dejado entrar.

—¿Y luego?

—Dele quinientos dólares a cambio de la llave y de que se vaya a tomar algo.

—¿Quién tiene quinientos dólares?

—¿Lo haría?

De Vries miró a su alrededor furtivamente. Aún no había hecho nada y ya parecía culpable. En la calle duraría un minuto como mucho.

—No. Ese tipo me detendría y me metería en la celda de aquí enfrente.

—Trescientos para usted y doscientos para él.

—No puedo, McGrady.

—Si se lo piensa mejor, estaré aquí, esperando a los japoneses.

—Los británicos no se rendirán.

—Lo que me preocupa no es que se rindan, sino que los japoneses los usen de fregona.

—Yo he hecho lo que he podido.

McGrady se apartó de la puerta. Acto seguido se volvió y dio un puñetazo con la mano derecha, con tal fuerza que se le peló la piel de los nudillos. Se cogió la mano y se la apretó para que no sangrara. Fred Ball no habría perdido el tiempo en lesionarse a sí mismo: habría metido la mano a través de la ranura para agarrar a De Vries por el pescuezo.

—Cuando caiga Hong Kong, acuérdese de mí —dijo—. Podría haber hecho algo, pero no lo hizo. Pues nada, váyase y embarque en su avión de los cojones.

Al apartarse de la ranura estuvo a punto de tropezar con el paquete de dumplings. Se aguantó las ganas de darle una patada y estamparlo contra la pared. Más tarde se habría arrepentido. Ya tenía bastante hambre para darse cuenta. Lo que hizo fue sentarse en el banco y escuchar los pasos de De Vries por el pasillo. Cuando estuvieron todas las puertas cerradas y los calabozos completamente a oscuras y en silencio, encontró algo más de lo que arrepentirse.

Si no hubiera perdido la calma podría haberle pedido a De Vries que se pusiera en contacto con Molly; eso casi seguro que tarde o temprano podría haberlo hecho, pero era una puerta que acababa de cerrarse, como todas las demás.

Las horas fueron pasando sin novedad y sin visitas. De Vries ya estaría a bordo de su avión, que habría alzado el vuelo en medio de la oscuridad rumbo al subcontinente y lejos del peligro. Fuera se sucedían sin descanso las salvas de artillería. De día, hacía calor en la celda, pero de noche la temperatura bajaba en picado. Supo que estaba a punto de amanecer por los escalofríos. De pronto, algo cambió. Encogido en el banco, oyó proyectiles enemigos. Se oían demasiado lejos para estar cayendo sobre la ciudad. Probablemente lo hicieran al norte de Kowloon. Los japoneses habían desplazado sus líneas y ya estaban bastante cerca para lanzar sus propias descargas.

Se comió los dumplings para no dejárselos a las cucarachas. Luego abrió la cerveza, quitándole el tapón con el borde de la puerta de hierro, y se sentó a bebérsela en el banco mientras el alba iluminaba la pequeña ventana. Pensó que sería la cerveza más triste de su vida.

Los años por venir demostrarían lo contrario.

25

Hong Kong llevaba seis días a tiro de la artillería japonesa, y desde entonces el fuego era constante. Constante e indiscriminado, por lo que podía oír. A veces se reducía un poco, tal vez en espera de que llegara más munición desde la retaguardia. En esos casos los japos sólo disparaban unos cuantos proyectiles por hora, casi siempre después de la medianoche. Era una estrategia muy bien pensada para desmoralizar a toda una ciudad: hay un límite a las horas pasadas sin dormir, como lo hay al tiempo que se está sin respirar.

Cuatro días antes, cuando en la comisaría aún reinaba algo vagamente parecido al orden, había logrado intercambiar unas palabras con el que le llevaba cada día el congee. Los británicos habían evacuado los Nuevos Territorios y Kowloon. Hong Kong era lo único que no habían cedido.

Desde hacía tres días las noticias brillaban por su ausencia, al igual que el congee de la mañana y el té. Al principio, los presos aporreaban las puertas de sus celdas, pero llegado un momento desistieron. No había electricidad. Agua sí, de momento. Él tenía su botella de cerveza, que llenaba con agua del grifo antes de tratarla con las tabletas de Halazone que le había dado De Vries. El resto del tiempo se quedaba sentado en su banco de ladrillo, contemplando la puerta y escuchando los bombardeos.

Dos días antes había oído los primeros combates en la calle: un estruendo de ametralladoras, rifles de cerrojo y granadas que no había dejado de aumentar en las siguientes cuarenta y ocho horas. Pese a defender con uñas y dientes cada manzana, los británicos tenían las de perder. No estaban empujando a los japoneses al mar, sino cediendo terreno. El 21 por la mañana los combates llegaron hasta la comisaría. Desde entonces, él los escuchaba acostado en el banco. Estaban justo al lado. Olía a cordita. Se oían los gritos de los oficiales de ambos bandos a sus hombres o los enemigos. Un estruendo de cristales rotos. Dentro del edificio abrió fuego una ametralladora. Alguno de los dos bandos había entrado y acababa de apostarse en las alturas.

Los combates se alargaron hasta que, por la tarde, empezaron a alejarse. El silencio, que duró una hora, se rompió de golpe al abrirse con ímpetu la puerta de acero de los calabozos. Lo siguieron risas, pasos y un susurro. Cuando ya estaban justo al lado de su puerta, se oyó la voz áspera de un hombre dando una orden:

—*Chakken!*

—*Hai!*

Él se levantó, desdobló y sacudió su chaqueta y se la puso. Oyó manos golpeando madera al otro lado de la puerta y ruidos de metal contra metal. Luego, una llave dentro de una cerradura. No la suya, ni su puerta.

Un chirrido de bisagras.

Un hombre empezó a hablar deprisa en cantonés. Después gritó y los soldados japoneses contestaron con más gritos. Hacían tanto ruido que no se oía nada más. De pronto guardaron silencio y cambiaron de celda.

La llave. Pestillos y bisagras oxidadas.

El siguiente preso no llegó a articular ninguna palabra, sólo un grito que se cortó en seco. Esta vez, él pudo oír los golpes, y comprendió qué orden había dado el comandante y cómo ahorraba balas.

También lo sabía el tercer preso. Él oyó la cerradura y los pestillos, pero esta vez la puerta no se abrió. Hubo un intercambio de gritos en dos idiomas: un tira y afloja por la puerta, que el ocupante de la celda intentaba mantener cerrada. Si era como la suya, dentro sólo había un tirador demasiado pequeño para poder asirlo bien. El preso debía de haber cambiado de plan, porque dejó de resistirse y empujó él mismo la puerta tomando por sorpresa a los japoneses. Se oyó cómo tropezaban los unos con los otros. Pasos de alguien corriendo, un disparo de rifle y el impacto de un cuerpo contra el suelo de piedra.

Más pasos.

Oyó una llave dentro de su cerradura.

Quedarse dentro de la celda era una muerte segura. Salir corriendo también. No había nada que hacer. Se abrochó la chaqueta y se plantó muy tieso en medio de la celda. La puerta de hierro giró sobre sus goznes. Detrás había tres soldados japoneses que lo apuntaban con sus rifles, cada uno con su bayoneta calada, cuchillas largas y finas de las que caían gotas de sangre.

Lo miraron, expectante, con los brazos pegados al cuerpo y los puños apretados; él miró más allá de sus caras y del muro de detrás. Su mirada llegaba hasta Molly, en Honolulú. Mantuvo los ojos abiertos. No pensaba cerrarlos por ellos. Vio a Molly y le dijo lo que debería haber dicho cien veces antes de irse.

Uno de los soldados se asomó al pasillo y gritó algo sin que él pudiera ver a quién.

—*Amerikajin!*

—*Nani?*

—*Amerikajin ka igirisujin da...*

—*Yamero!*

—*Hai!*

Los tres soldados bajaron las bayonetas. McGrady volvió a enfocar la vista. Los soldados se apartaron para dejar entrar en la celda a su comandante, un subteniente, por lo que él pudo ver. Llevaba en su cuello una solitaria estrella roja y amarilla, botas hasta las rodillas llenas de raspaduras, espada al cinto y pantalones militares empapados de sudor.

Se acercó a él.

—¿Estadounidense o británico?

—Estadounidense.

El subteniente levantó las manos. Tenía una pistola. Juntó las muñecas.

—Tú dar la vuelta —dijo.

Le mostró cómo poniendo las manos en la espalda y superponiendo las muñecas. No le importó darle la espalda: lo cubrían sus hombres. Él dio media vuelta situándose de cara a la pared del fondo y juntó las manos en la espalda. Uno de los soldados dejó su rifle en el suelo, a sus pies. Otro, al ver la mirada de McGrady, le puso en el cuello el filo de la bayoneta, caliente por la sangre de otro. Los demás soldados le ataron rápidamente las manos con una cuerda fina que se le clavó en las muñecas.

Un soldado lo sacó del calabozo. Vio muertos en dos celdas y un tercer cadáver en el suelo del pasillo, con un abanico de sangre delante: le habían disparado en la nuca. El oficial y los dos soldados restantes reanudaron su labor a sus espaldas, y oyó cómo moría otro hombre atrapado, acorralado y atravesado por las bayonetas. Fue una muerte silenciosa: ni la víctima ni los victimarios dijeron una sola palabra. Él siguió andando. Se oían pasos, jadeos. Una reja de hierro los condujo a la comisaría. Recorrieron un pasillo con trozos de cristal en el suelo y agujeros de bala en las paredes. Dejaron atrás a un policía con disparos en la cara. Bajaron una escalera y llegaron al vestíbulo y a los escalones de la calle. En Hollywood Road había un soldado sij muerto boca abajo, despojado de sus armas, a poca distancia del cráter de un proyectil.

—*Migi ni magare!*

El soldado aguijoneó a McGrady con su bayoneta, lo justo para que la punta se notara a través de la tela de la chaqueta. De un empujón, lo hizo girar hacia la derecha y encaminarse por Hollywood Road. La mitad de los edificios se habían quedado sin fachada a causa de los bombardeos. Las cocinas y los dormitorios podían verse desde fuera. La metralla había destruido muchos negocios. Había montones de ladrillos y cristales por todas partes. Los vehículos abandonados, acribillados o incluso en llamas, obstruían los cruces.

En la siguiente manzana, el soldado volvió a gritarle. La misma secuencia que antes: orden, pinchazo y empujón, aunque esta vez lo obligó a girar a la izquierda. Cruzaron la calle entre agujeros de bomba para entrar en un edificio medio demolido que hasta esa mañana era un banco. Los cubículos de madera de los cajeros estaban totalmente destrozados. No quedaba tejado ni techo, y en el

suelo de mármol se veía el cráter de un proyectil o una bomba aérea. Esquivaron vigas caídas y se encontraron delante de dos soldados japoneses que estaban sentados en el suelo, uno a cada lado de la puerta redonda de la caja fuerte. Se levantaron al verlos llegar, y uno de ellos empezó a accionar las ruedas para abrir la puerta.

Tiró de ella haciendo que se abriera lentamente. Seguro que pesaba más que un tanque. McGrady ya veía el interior: la habían vaciado, pero sólo para darle un nuevo uso. Los japoneses habían sacado todo el dinero y los objetos de valor y la habían llenado de civiles. Veinte o treinta parpadearon, deslumbrados por la luz. Hombres, mujeres y niños, todos británicos. No había nadie con rasgos chinos. Él ya había visto lo que hacían con los chinos. El soldado lo obligó a entrar y luego cerraron la puerta. Un giro lento, un ruido fuerte y todo quedó a oscuras.

Uno de los británicos tenía una linterna, la encendió para enfocarla en el techo.

—Bienvenido al Club de los Banqueros.

—Gracias.

—¿Es estadounidense?

—Sí, de Honolulú.

—También han atacado Pearl Harbor.

—Ya me he enterado.

—¿A usted dónde lo han encontrado?

—Cerca de la comisaría, intentando pasar desapercibido.

Echó un vistazo al interior de la caja fuerte. Todos los hombres tenían más de sesenta años y ninguno era un gigante. Vio algunas heridas, pero ningún brazo roto. Ahí no estaba John Smith, ni

tampoco la rubia de la ronda de identificación. El de la linterna debía de ser el más joven. Tenía un bigote entre castaño y gris, y una camisa a rayas manchada de sangre a la que le faltaba una manga. La vio atada en el brazo de una niña pequeña, justo al lado.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Desde esta mañana.

—¿Alguno habla japonés?

Vio que todos negaban con la cabeza.

—Uno de los soldados sabía un poco de inglés —dijo el de la linterna—. Ha dicho que nos trasladarán cuando la batalla haya terminado.

—¿Y dijo adónde?

—Más al sur, a la cárcel de Stanley —respondió el hombre—. ¿Está herido? Aquí hay una enfermera.

—Soy yo —dijo una voz de mujer. Él escrutó la oscuridad hasta localizarla. Llevaba un camisón y una chaqueta de hombre por encima de los hombros—. Si quiere, lo examino.

—Estoy bien.

—Pues entonces no gastaré la batería en balde —dijo el hombre de la linterna—. ¿Todos preparados?

Se oyeron sonidos de aquiescencia por todo el interior de la caja fuerte. McGrady encontró donde sentarse con la espalda contra la pared. Luego se apagó la luz, dejándolos completamente a oscuras y en un silencio casi absoluto que duró muy poco, hasta que lo rompió el llanto de un bebé. Su madre cantó algo para tranquilizarlo. Era un himno navideño. En la oscuridad tan sólo existía su voz, confiada, segura y muy bella. Él imaginó que era la de Molly, agachó la cabeza y esperó.

26

Los japoneses habían ido sacando a los hombres uno por uno de la cámara acorazada. El primero al que se llevaron fue el de la linterna, que al pasar al lado de la enfermera se las arregló para dársela con disimulo. Después, la puerta volvió a cerrarse, dejándolos de nuevo a oscuras. Puerta y paredes eran demasiado gruesas para que se filtrase algún sonido.

Se quedaron sentados esperando. Él contaba los segundos para hacerse una idea del tiempo que pasaba: tres cuartos de hora hasta que empezaron a rechinar los engranajes y la puerta se abrió otra vez. Vieron a un oficial japonés apoyando una bota en el umbral. Ni rastro del hombre de la linterna. El oficial señaló a otro de los que estaban en la cámara.

—Tú, venir —dijo.

El tipo miró a su alrededor. No había otras opciones, de modo que se levantó. Llevaba barba de tres o cuatro días y la camisa manchada de sangre. Parecía tan sediento como el resto.

—¿Dónde está Clive? —preguntó.

—Venir —dijo el oficial poniendo la mano en la empuñadura de su espada.

El tipo obedeció y se subió al umbral. El oficial lo agarró por el brazo y lo sacó de la cámara. La puerta giró sobre sus goznes. De

nuevo oscuridad, pero no silencio: la cámara se había llenado de susurros. Todo el mundo tenía preguntas y nadie respuestas. Los niños ya no lloraban: tenían demasiada sed para derramar lágrimas. Él cerró los ojos, así la oscuridad no mareaba tanto. Se puso a contar de nuevo. Se quitó un zapato y sacó la plantilla. Aún tenía los quinientos dólares de John Kincaid. El fajo estaba intacto. De momento, sólo se había gastado fondos propios. Sin embargo, para que el dinero de Kincaid le fuera de provecho necesitaría poder sacarlo deprisa. Volvió a ponerse los zapatos, dobló los billetes y los metió dentro del calcetín derecho.

Otro giro de engranajes y otra vez la puerta abierta. Era el mismo oficial de antes.

Él se levantó. La luz era tenue, inestable. Procedía de la lámpara de queroseno que llevaba un soldado.

—Ya voy yo —dijo él.

El oficial lo miró y asintió con la cabeza.

—Esta gente necesita agua. Comida y agua. Y poder hacer sus necesidades. No nos han dado nada en un día y medio.

—Venir.

—¿Va a darles agua?

El oficial dijo algo en japonés acompañándolo con gestos de la mano.

—Venir —añadió.

Por lo visto su inglés no daba más de sí. Él se llevó las manos a la boca e hizo como si bebiera, luego señaló la cámara. El oficial asintió con la cabeza: lo había entendido. Que le importase, y que pudiera remediarlo, ya era distinto. E incierto. Lo único que podía hacer él era acompañarlo.

En cuanto se cerró la puerta a sus espaldas lo agarraron dos soldados que lo empujaron sin contemplaciones a través del vestíbulo del banco. Se había hecho de noche. El oficial iba delante. Las calles estaban vacías y en los edificios no había luz. Los japoneses habían despejado los cruces, retirando los coches acribillados, y habían rellenado los cráteres de bombas con escombros.

Él veía a la perfección. Había estado varios días en una oscuridad impenetrable, como la de una mina, y si lo hubieran sacado a pleno sol quizá se hubiera quedado ciego, pero era de noche. Llegaron al centro de la calle. No se oían disparos, ni artillería lejana. Subieron los escalones de la comisaría central. A ambos lados de la puerta había banderas japonesas. No hacían falta titulares ni boletines radiofónicos: los británicos ya no eran los dueños de Hong Kong.

El suministro eléctrico seguía cortado. La comisaría estaba iluminada con velas y faroles. En el mostrador había un oficial japonés frente a diez civiles británicos apretujados en un banco de madera. Los grilletes de sus piernas los habían convertido en una cadena humana. Lo vieron pasar sin decir nada, sin hacerle ni siquiera un gesto.

El oficial lo hizo cruzar el edificio. Al pasar, vio una sala de reuniones patas arriba, con el suelo lleno de papeles y los archivadores volcados. Habían buscado información... o *souvenirs*.

Se lo llevaron hasta el fondo y lo metieron en una pequeña habitación con paredes de piedra. Dentro había una mesa con heridas de guerra y dos sillas que se tambaleaban. En la parte

superior de la pared había una bombilla, pero no estaba encendida. Él ya sabía a qué atenerse. Se sentó en la silla orientada hacia la puerta y puso las manos en la mesa esperando que lo esposaran o como mínimo lo cacheasen, pero lo que hicieron los dos soldados y el oficial fue salir dejándolo de nuevo a oscuras.

Esperó un buen rato hasta que, dejándose llevar por la apatía, apoyó la cara en la mesa y se durmió. Poco después abrieron la puerta y entró otro oficial, que puso un farol sobre la mesa. La luz blanca que irradiaba, entre siseos y crepitaciones, acentuaba aún más el calor de la sala. McGrady parpadeó e hizo el esfuerzo de concentrarse. Era un oficial de cierta edad; coronel, quizá, o general de brigada. Tomó asiento frente a él y se quedó callado. A continuación entró un oficial de menor rango con una libreta y una pluma.

—¿Tiene algún documento? —preguntó el probable coronel.

—No.

—¿No lleva cartera?

—No.

—¿Por qué no?

—Pregúnteselo a los hombres que me cogieron: se la llevaron ellos, y no me la han devuelto.

—¿Está acusando de robo a un soldado japonés?

Si el oficial había llegado a la sala por el mismo camino que él, habría visto a veinte o treinta ladrones de uniforme dedicados a lo suyo; y, si lo que les habían hecho a los presos chinos en la cárcel era una práctica generalizada, habría visto cosas mucho peores que el robo desde la caída de la ciudad.

—Seguro que fue un malentendido —dijo.

—Levántese y dele vuelta a sus bolsillos.

Lo hizo: estaban vacíos.

—Quítese la chaqueta y démela.

Se la quitó con un movimiento de los hombros y la tendió al otro lado de la mesa. El oficial hizo una mueca: esa chaqueta llevaba casi dos semanas fungiendo como almohada, manta y toalla. El oficial registró los bolsillos y luego la tiró sobre la mesa. Él volvió a ponérsela y se sentó. Apareció un tercer soldado, un hombre sudoroso con los ojos enrojecidos y el cuerpo como una boca de incendios que rodeó la mesa sin mediar palabra y se apostó detrás de él.

El oficial sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Joe McGrady.

—No es británico.

—No, soy estadounidense.

—¿En qué parte de Hong Kong vive?

—No vivo en Hong Kong. Llegué hace dos semanas, menos de un día antes de que se presentaran ustedes.

—¿En qué vino?

—En avión.

—¿Desde dónde?

—Desde Honolulú.

Si el coronel hizo alguna señal, a McGrady le pasó por alto, pero el hombre de detrás entró en acción de todas formas. Primero le dio un puñetazo en el cogote y después le hizo una llave en el cuello con el brazo derecho y le apretó la garganta con una flexión de su bíceps. Él trató de levantarse, pero estaba totalmente dominado y lo único

que pudo hacer fue mover los pies con fuerza y clavar los dedos en el brazo que oprimía su cuello.

El hombre lo soltó justo antes de que perdiera el conocimiento. Se cayó de bruces entre jadeos y arcadas, aferrándose a los bordes de la mesa.

—Como iba diciendo... miente usted: no llegó desde Honolulú.

El oficial esperó a que contestara. Lo hizo con un susurro:

—Si es lo que piensa, poco puedo hacer yo.

—Yo estudié inglés en Honolulú, en 1934 —dijo el oficial—. ¿De qué color es el hotel Royal Hawaiian?

—Rosa.

—¿En qué calle está?

—Kalakaua —dijo McGrady mientras se incorporaba tocándose el cuello y estirándose la chaqueta—. ¿Le gustó Hawái?

—No mucho. Demasiado calor y demasiados chinos.

—Si es de esa opinión, no sé yo si han hecho bien en invadir Hong Kong.

—La política la marca Tokio, y el ejército la aplica. ¿En qué trabaja?

—En el sector hotelero.

—¿Pues entonces qué hace aquí?

—Mirar hoteles.

—Otra mentira.

—Lo de antes no lo era.

Esta vez estaba prevenido. El hombre de detrás lo agarró por el cuello. Tenía las manos como de hierro y hacía bien su trabajo. Lo llevó al borde del desmayo y sólo entonces lo soltó. El oficial volvió a

esperar, como antes, con los brazos cruzados, apoyado en el respaldo, relajado y paciente.

—¿Qué parte del sector hotelero?

Él tardó casi un minuto en recuperar el aliento necesario para responder.

—Trabajo para Alexander & Baldwin, una compañía que tiene muchas tierras y quiere construir hoteles en algunas. Como el Peninsula Hotel de Kowloon.

—¿Es donde se alojaba?

—Sí, para estudiarlo.

—¿Qué le pareció?

—Pues muy bien, la verdad.

—¿Qué departamento del gobierno de Estados Unidos lo ha mandado como espía a Hong Kong?

—No soy espía.

—Desde que se ha sentado no ha hecho más que mentir.

—Si no me cree es problema suyo.

Se puso en tensión, esperando que lo asfixiasen o cualquier otra cosa, pero no pasó nada.

—En realidad, el problema es de usted —dijo el oficial—. Si yo pensara que es un civil podría quedarse aquí, en un campo de prisioneros, con otros civiles, pero sabe tan bien como yo que no es donde le corresponde estar.

—Soy un civil.

—Mañana será trasladado.

—¿Trasladado? ¿Adónde?

—¿Abriga su chaqueta?

Estuvo solo en la sala de interrogatorios durante una hora, hasta que entró un soldado y se sentó delante de él. Su aspecto y actitud eran de administrativo. Deslizó un papel por la mesa. McGrady lo miró. Lo único que entendía era su nombre escrito a máquina. El resto estaba escrito a mano en japonés. Al final había un sello con un nombre en tinta roja.

—No pienso firmar nada —dijo.

—Quedar —dijo el administrativo—. Si perder, morir.

McGrady lo cogió, lo dobló y se lo guardó.

Pasó la noche en un banco con un grillete que unía una de sus piernas a una argolla en la pared. No paraba de tocarse el cuello para intentar determinar el tamaño del morado que se le estaba formando. Tenía delante el mostrador de ingreso. Los diez hombres que habían ocupado el mismo banco al entrar él en la comisaría ya no estaban. Casi deliraba de sed y hambre. El soldado del mostrador bebía té de un termo, sirviéndoselo en una taza pequeña, y él lo miraba todo el rato sin poder evitarlo. Se sentía como un perro.

El soldado se dio cuenta y, apiadándose de él, le dio té muy caliente en un vaso de hojalata. Se lo rellenó dos veces y luego compartió con él media bola de arroz. En la bola había trozos de pescado seco y algas. Era su cena. El primer mordisco lo hizo sentir arcadas, no por el sabor, sino porque le dolía tragar. El soldado lo observaba. Él se tocó la garganta. Sólo sabía una frase en japonés. La pronunció:

—*Domo arigato.*

El soldado asintió con la cabeza.

27

Por la mañana, los japoneses lo incorporaron a una columna formada por otro centenar de prisioneros, todos hombres y blancos, británicos y australianos que se pusieron en marcha al toque de pito de un oficial. Saliendo de Hollywood Road por los estrechos escalones de Pottinger Street, penetraron en un laberinto de calles que los llevó hasta el puerto. Los japoneses habían levantado una cerca, un redil donde los presos estuvieron toda la mañana en pie bajo la lluvia mientras sus vigilantes descansaban debajo de un toldo al otro lado del muelle.

Por la calle había unos cuantos chinos evidentemente nerviosos que debieron de hacer correr la voz de que había hombres dentro de una jaula. Empezaron a llegar curiosos, así como esposas y novias chinas que metían los brazos por las alambradas para tocar por última vez a sus hombres. Lloraban y les daban cosas, sin que a los soldados les importara lo más mínimo.

Él se quedó sentado solo, sin mirar a los de fuera.

—¿Joe?

Levantó la vista y vio a una mujer arrimada a la cerca de alambre. Tardó un poco en reconocerla. Ya no era una rica heredera: llevaba ropa de campesina y un sombrero cónico de paja, y tenía manchas

de barro en la cara y las manos, como si se hubiera pasado toda la noche cavando. Él se levantó para acercarse.

—Señorita Kam...

—Los soldados han matado a mi padre.

—¡¿Qué?!

—Lo he visto desde el bosque —susurró ella—. John Smith iba con ellos.

—¿Lo ha visto?

Ella asintió con la cabeza.

—Habla japonés. Me ha parecido que tenía que decírselo.

—Emily...

—Y a usted lo van a subir en un barco.

—Ya lo sé.

—¿Puedo hacer algo?

—No perder el dibujo.

—Está en casa de mi padre. —Se había echado a llorar—. No puedo ir porque han puesto soldados. Mi padre no... no quiso... y le...

McGrady metió una mano entre los alambres para coger la mano izquierda de Emily, que se la apretó.

—¿Dónde se aloja? —preguntó.

—En el apartamento de mi abuela —respondió ella en voz baja—, aunque no sé cuánto tiempo podremos seguir ahí.

McGrady le miró el dorso de la mano. Tenía las uñas y rotas y ensangrentadas, y la piel cubierta de mugre. Podía imaginar por lo que había pasado. Y era sólo el principio, porque iría a peor.

—Necesita dinero —dijo.

—¿Qué? Joe...

McGrady aún tenía el fajo que le había dado Kincaid: quinientos dólares. Soltó la mano de Emily para sacarlos y ponérselos en la palma. No sabía si a ella le servirían de algo, pero en el sitio al que lo llevarían a él su valor sería nulo.

—No, Joe, no puede...

—Ya he podido.

Ella se puso a llorar con más fuerza mientras se escondía el dinero en la manga. Se secó las lágrimas con el antebrazo.

—Conseguiré el dibujo. Lo... de alguna manera lo conseguiré.

—No hace falta. Vuelva a hacerlo.

Emily, que hasta entonces había mantenido la mano derecha pegada al cuerpo, la levantó para enseñar que tenía los nudillos rotos.

—No puedo.

—Pues entonces quíteselo de la cabeza. Si hay soldados en la casa no vale la pena.

—Lo conseguiré. Pero ¿cómo podré localizarlo?

—Siga viva y, si puede, intente ir a Macao. Los portugueses son neutrales. A partir de ahí ya encontraremos alguna solución. Bueno, mejor que se vaya.

Volvió a cogerle la mano y ella bajó la cabeza y se dio la vuelta. Por la inclinación de sus hombros, era obvio que estaba llorando.

Al anochecer llegó un barco, un carguero herrumbroso como los había a miles en el puerto de Hong Kong. La diferencia estaba en su bandera japonesa. Los soldados del muelle salieron de su ociosidad para abrir el redil y azuzar a los presos por la pasarela con sus

bayonetas. Arriba, en la cubierta, la tripulación había formado un pasillo. Todos llevaban palos para darles una paliza de bienvenida a bordo. Él se protegió la cara con las manos, pero le pegaron en el pecho y las piernas. Una vez cruzada la cubierta, entró en el barco, como el resto de la fila.

28

Navegaron ocho días hacia el norte. No tenía dudas sobre el rumbo (cada día hacía más frío que el anterior), ni sobre la duración del trayecto, aunque uno de los marineros le había quitado el reloj de pulsera. Lo habían hacinado con el resto de los prisioneros en una bodega que olía a petróleo, pero a través de un conducto de ventilación se filtraba la luz, lo que le permitía distinguir entre el día y la noche.

Cada jornada les daban de comer dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, siempre lo mismo: sopa de arroz y pescado. Era más de lo que había comido en mucho tiempo.

Eran ciento cuarenta hombres, contándolo a él. Suponía que todos hablaban inglés, pero nadie había dicho una palabra desde que el capitán del barco les había leído las reglas, apenas abordaron: quedaba rigurosamente prohibido hablar, y las infracciones se castigarían severamente.

Pocas horas después, los vigilantes pillaron a dos hombres susurrando, los arrastraron a la parte delantera de la bodega y empezaron a pegarles con las culatas de sus rifles. Nadie salió en su defensa. Se limitaron a mirar, incluido él mismo. Cuando los vigilantes se cansaron de pegarles, los sacaron al pasillo y cerraron la puerta.

Ya no volvieron. Lección aprendida.

Se quedaban sentados en silencio, comían en silencio. Al baño sólo podía ir uno a la vez, siempre acompañado. Sentados en jergones de paja, se curaban las heridas infligidas desde que los habían apresado. Al tercer día, en mar cruzado, cada uno se aferró a su colchón mientras sentían inclinarse la cubierta a merced del oleaje. Los únicos que hacían ruido eran los que vomitaban.

Él pensaba en negros submarinos estadounidenses acechando como lobos casi a ras de las olas, o en aviones lanzándose en picado desde las alturas: quería que su país contraatacase, quería venganza y victoria, pero sólo después de que su barco llegase a su destino.

En medio de tanto silencio humano se oía el ruido incesante del motor, girando bajo sus pies y produciendo una continua sensación de movimiento. Él dependía de ese sonido, de ese movimiento, tanto como de las dos comidas al día y del viaje al baño, pero en un momento dado cesó de golpe. Volvió a rugir durante un instante, en reversa, y luego se paró definitivamente.

Le habría gustado que ese silencio absoluto durara un poco más, pero de pronto, arriba, todo era actividad: ires y venires por la cubierta, gritos... Cerró los ojos. Cada vez le costaba más ver la cara de Molly, pero si cerraba los ojos podía entreverla y sentirla cerca.

Unos soldados los llevaron a cubierta y los alinearon contra la popa del barco. Soplaba un viento gélido. Frente a él se extendía una ciudad compuesta casi enteramente de construcciones bajas de ladrillo y madera. Sólo aquí o allá se veía algún hito: edificios gubernamentales, probablemente, o bancos. Detrás del barco se

abría una bahía inmensa. Las gaviotas blancas se arremolinaban encima de un pesquero. El cielo era gris, y el aire, neblinoso. Olía a algas y humo.

No tenía ni idea de dónde estaban. Como nadie los vigilaba de cerca, el prisionero de al lado, que se había fijado en cómo miraba, se atrevió a murmurar algo:

—Es Yokohama. Estuve aquí en el treinta y dos. —Era irlandés. Señaló a estribor con la cabeza—. Tokio queda para allá.

Él miró hacia donde el otro señalaba. Le creía, cómo no, pero él sólo veía una bruma gris.

Estaba de pie, con la espalda apoyada en la barandilla, y sentía cómo el viento se le colaba por debajo de la ropa. Los vigilantes estaban ante ellos, con sus correspondientes palos. Apareció el capitán del carguero. Llevaba el cuaderno de bitácora en las manos. Se acercó al primer prisionero y estiró la mano, urgiéndolo a darle algo.

—Papel —dijo.

El preso sacó algo. Era una tarjeta como la que le habían dado a él mismo. El capitán la inspeccionó, consultó algo en el cuaderno, se la devolvió y pasó al siguiente cautivo. Se estaba haciendo de noche. Un periodista vestido de civil y un fotógrafo que lo acompañaba subieron por la pasarela y, tras hablar con el capitán, se pasearon por la cubierta haciéndoles fotos mientras ellos tiritaban: los uniformes de lana que les habían dado al partir eran para un clima tropical. Había empezado a llover. La gente de la tripulación y los

reporteros llevaban impermeables de hule negro y buenos sombreros.

Cuando el capitán acabó de revisar los papeles, subieron a bordo tres escuadras de soldados. Llevaban brazaletes blancos en el uniforme. Policía militar, supuso él. Tenían prisa: su superior no quería exponerse a la lluvia más tiempo de lo estrictamente necesario. Los hicieron bajar por la pasarela dando órdenes a grito pelado en japonés. El muelle era largo y muy concurrido, con embarcaciones amarradas a ambos lados. Al final había una puerta cerrada con hombres que la custodiaban. Después de cruzarla, atravesaron el frente marítimo de Yokohama. La gente, al verlos, se paraba de golpe. Hombres en bicicleta, conductores de *rickshaw*, mujeres con bebés y niños pequeños envueltos con tela y atados a la espalda... En general, se contentaban con mirar, aunque algunos los abucheaban. Un niño arrojó un trozo de carbón de asar que rebotó en la cabeza de uno de los prisioneros, pero el agredido siguió caminando como si tal cosa.

En las inmediaciones del puerto pasaron junto a varios almacenes. Vieron redes de carga izando material bélico y luego depositándolo en las cubiertas de los barcos de transporte. Munición y piezas de maquinaria, motores de bombarderos... Vieron camiones pequeños cargados con sacos de arroz y barricas de vino de arroz envueltas en tela. Llegaron a un complejo de almacenes de ladrillo erigidos sobre una lengua de tierra ganada a la bahía. Había una cerca con cinco niveles de alambradas por encima. Los soldados se apretujaban en las garitas para resguardarse de la lluvia. Llevaban carabinas y armas cortas.

La fila de hombres ateridos fue cruzando la puerta. Encima había un cartel, pero él no pudo leerlo porque estaba en japonés. Después de atravesar una explanada de asfalto, cruzaron otra puerta que en un edificio tan grande parecía minúscula.

Dentro había centenares de literas, pero no prisioneros. Quizá sólo pasaran una noche antes de ser trasladados en tren a campos de trabajo. Al menos había una estufa de carbón. Dentro harían unos cinco grados más que fuera; es decir, que debían estar a cinco grados, más o menos. En todo caso, mejor eso que helarse debajo de la lluvia.

En el centro de aquel espacio inmenso los esperaba un oficial rodeado de policías militares. El oficial debía de hacer las veces de alcaide, o comandante del campo. Llevaba un uniforme caqui, una chaqueta de cuero negro y una bufanda blanca suelta alrededor del cuello. Los formaron para la inspección. Él esperaba un discurso o una lista de normas, pero no.

El oficial señaló a uno de sus hombres, que se acercó al principio de la fila y habló con el primer prisionero.

—Papel.

Todos ellos se sabían ese procedimiento de memoria. Se metieron la mano en el bolsillo, sacaron sus tarjetas y se quedaron esperando. El soldado fue avanzando por la fila. No se apuntaba nada, ni tomaba notas en ningún registro. Buscaba algo en concreto y cuando lo encontrase lo sabría.

Al llegar delante de él se entretuvo un poco mirando alternativamente su cara sin afeitar y la fotografía de la tarjeta. Al cabo de un rato dio media vuelta, se acercó a su comandante y ambos estudiaron la tarjeta.

El comandante asintió señalando el fondo del edificio, donde había una especie de altillo y un despacho al que se subía por una escalera de metal. El soldado se acercó otra vez a él, le devolvió la tarjeta y lo separó de la fila. Cruzaron juntos el almacén. Nadie decía nada. Sus pasos y los del soldado resonaron en el acero de los escalones. Al final había una puerta cerrada.

Cuando llegaron, el soldado la abrió y lo hizo entrar de un empujón en la base de la espalda, pero sin exagerada brusquedad. Entró y cerró la puerta.

En medio de la sala había una mesa y, detrás, un hombre. Llevaba un abrigo negro sobre un traje cruzado. Su sombrero, de copa, estaba sobre la mesa. Tenía gafas redondas y un fino bigote negro, y lo miraba con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Se levantó y cruzó la sala mientras se sacaba del bolsillo una bolsa de tela negra. Se la dio al soldado, que se la guardó en el bolsillo. Después, intercambiaron reverencias y el soldado se marchó.

El hombre esperó a que los pasos llegaran hasta el final de la escalera.

—Sentémonos, por favor —dijo—. Vamos a hablar usted y yo solos.

—Está bien.

Él se sentó en una de las dos sillas de respaldo recto orientadas a la mesa. Había estado sentado en cien iguales frente a otras tantas mesas idénticas, pero intuyó que la conversación no se parecería a ninguna otra de su vida.

—Usted es Joe McGrady, de Honolulú.

No era una pregunta, pero él no vio problema en admitirlo: seguro que estaba escrito en su tarjeta. Asintió.

—Viajó en avión de Honolulú a Hong Kong, donde se quedó atrapado al estallar la guerra. Le dijo a un oficial del ejército imperial japonés que trabajaba para Alexander & Baldwin y que se encontraba en Hong Kong evaluando hoteles de lujo. —Su inglés era perfecto. Si él lo hubiese oído por teléfono habría supuesto que hablaba con un yanqui de Connecticut—. Pero no era verdad —continuó el hombre—. Es usted inspector de la policía de Honolulú y fue a Hong Kong para investigar un asesinato.

Él se lo quedó mirando. Estaba demasiado cansado para haber previsto un cara a cara como ése, y no tenía respuesta.

—No pasa nada —afirmó el hombre—. Estoy de su lado.

A veces él mismo decía cosas así, por si la persona a quien tenía delante estaba tan cansada como para creérselo y hablar.

—No sirve de nada negarlo, hágame caso —dijo el hombre—. Confío plenamente en mis datos. Usted y un compañero de la policía, Fred Ball, estaban investigando las muertes de Henry Kimmel Willard y una joven japonesa. El 26 de noviembre mató usted a tiros a un tipo, pero no cree que fuera el único culpable.

McGrady asintió sin poder evitarlo. El hombre tenía razón: negarlo era inútil.

—¿Cómo lo sabe?

El otro se agachó para coger un maletín, lo abrió, sacó un periódico y lo puso encima de la mesa.

Era el *Honolulu Advertiser* del 28 de noviembre de 1941. Arriba, en la primera página, aparecían él y Fred Ball. Él lo miró fijamente, intentando imaginarse cómo había acabado ese periódico encima de esa mesa. En realidad, sólo había una opción: dentro de una saca de correo en el mismo vuelo que él.

—¿Y usted por qué lo tiene?

—Les mandé un telegrama a unos amigos de Honolulú pidiendo que me enviaran los periódicos por correo aéreo.

—¿Qué amigos?

—No tiene importancia.

—¿Quién es?

—Me llamo Takahashi Kansei —contestó el hombre—. Takahashi es el apellido y...

—Sí, ya sé cómo funcionan los nombres japoneses.

—Trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Soy el principal ayudante de Togo Shigenori. ¿Lo conoce?

—Sé quién es Tojo, sí.

—No, Tojo no. Ése es el primer ministro. Yo me refiero al ministro de Asuntos Exteriores, Togo, que sería el equivalente de Cordell Hull para el señor Roosevelt, o de Viacheslav Mólotov para el señor Stalin. ¿Lo entiende?

—Trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Y yo qué tengo que ver?

—No se trata de nada oficial —dijo Takahashi—, sino de algo personal. Se trata de mi familia.

—Ahora ya me he perdido del todo.

—Verá... yo conocía a la chica asesinada. Era pariente mía, sobrina mía. Y sé por qué la mataron.

—Pero...

—Para mi gusto ya hemos dicho demasiado.

—¿Y qué propone? —preguntó McGrady—. Porque no podemos irnos por las buenas.

—He pagado al soldado y también a su superior —reveló Takahashi—. Si accede a venir conmigo, puedo sacarlo de aquí esta misma noche.

—¿Por qué?

—Preferiría que sobreviviese a esta guerra porque así podría terminar lo que empezó y atrapar al asesino de mi sobrina. ¿Puedo serle sincero?

—Puede decir lo que le dé la gana.

—Si se queda, no estoy nada seguro de poder protegerlo.

—¿Qué me está ofreciendo, entonces?

—Seguridad.

—Pero ¿no es nada oficial?

—En absoluto. Se trata de algo enteramente personal —aseguró Takahashi—. Y le garantizo que estará más a salvo conmigo que quedándose aquí. ¿Lleva algo encima? ¿Equipaje o efectos personales?

—¿Lo dice en serio?

—Pues entonces podemos irnos de inmediato. —Señaló una puerta al fondo de la sala—. Sólo tiene que seguirme. Saldremos, bajaremos por una escalera y ahí mismo encontraremos mi coche.

Él se levantó para acercarse a la ventana que daba al almacén y mirar a través de la persiana. La policía militar había despojado a los prisioneros de su ropa. Estaban desnudos, tiritando, mientras varios hombres con batas blancas los rociaban con líquido desinfectante. El comandante daba gritos con ayuda de un megáfono de metal.

Él dio media vuelta.

—Me va a pegar un tiro, ¿verdad?

—No, Joe McGrady —dijo Takahashi—; lo mantendré con vida, y me lo pagará al volver a su país.

29

El coche de Takahashi podía pasar perfectamente por una antigüedad. Era una berlina negra de capó cuadrado y faros sobresalientes cromados. Parecía un Ford modelo T, pero un poco más pequeño en general, y no se podía descartar que hubiera salido de la cadena de montaje el día anterior, y no en 1925. Takahashi lo acompañó al lado izquierdo del vehículo. Durante un instante pensó que le tocaría conducir, pero al mirar por la ventanilla vio que el volante estaba a la derecha. Subió y cerró la puerta.

Takahashi entró por el otro lado y, tras ponerse el sombrero de copa en el regazo, encendió el motor y manipuló los botones de la calefacción. Acto seguido arrancó y condujo hacia la puerta del recinto, donde tocó dos veces la bocina. Un vigilante salió de la garita con su carabina al hombro. Él pensó que, si se acercaba al coche y miraba por la ventanilla, tendría que tomar una decisión en un instante, pero el soldado abrió la verja sin mirar. Quizá Takahashi también lo hubiera sobornado.

—A la izquierda tiene una cortinilla —dijo el japonés—. Ciérrela, por favor.

Él buscó con la mirada. Detrás de él había una cortina de fieltro descorrida. La cerró, tapando la ventanilla lateral. Aún veía por el parabrisas. La lluvia se había convertido en nieve, copos que

salpicaban el cristal y que se convertían en rayas medio derretidas bajo el limpiaparabrisas.

—Mejor hacerlo así, de noche —dijo Takahashi.

—¿Porque soy extranjero?

—Exacto —contestó—. ¿Le han entregado una tarjeta de identidad?

—Sí.

—Pues démela.

McGrady se la pasó y el otro la rompió en trocitos sin dejar de sostener el volante con la palma de las manos. Luego bajó la ventanilla y dejó que el viento se llevara los trozos.

—El hombre de Hong Kong me dijo que si la perdía, moriría.

—En cierto sentido ya ha muerto, porque le tengo reservada otra mejor.

—¿Ah, sí?

—Se llama Hans Schmidt y es alemán: pastor luterano.

—No hablo alemán.

—La mayoría de los japoneses tampoco. Diga algo en alemán, algunas palabras seguro que sabe.

—*Mein Führer.*

—¿Y ya está?

—No sé más.

—*Das ist nicht gut.*

—¿Sabe alemán?

Takahashi asintió con la cabeza y se subió las gafas redondas.

—Antes de ser ministro de Asuntos Exteriores, Togo Shigenori fue embajador en Alemania, y yo estuve con él en Berlín. Tuve que

hablar muchas veces con Ribbentrop e incluso con Hitler, y le aseguro que eso hace que uno se ponga a estudiar de verdad.

—Debió de pasárselo en grande en esas reuniones.

—Digamos que, en las cenas de Estado, un diplomático debe comerse cualquier plato sin atragantarse.

—Me lo imagino. ¿El ministro Togo está al corriente de sus planes?

—De éste en concreto no —respondió Takahashi—; bastantes preocupaciones tiene ya. Pero le ruego que comprenda que... Digamos que estamos de acuerdo en varios temas, como el de lo acertado de esta guerra, por ejemplo, pero no necesariamente en todos.

—¿A qué se refiere?

—Por un lado está lo acertado que pueda haber sido iniciar la guerra, lo cual se traduce en una reflexión sobre si podremos ganarla, pero por otro está el asunto moral de si teníamos derecho a hacer algo así.

—¿Es usted pacifista?

—¿Le sorprendería?

—Un poco.

—Somos muchos, aunque no se nos haya escuchado. Nosotros hablábamos con sensatez, mientras ellos blandían espadas y daban voces. Al final, ni siquiera hubo discusión.

—Errar es humano. La próxima vez lo harán mejor.

—No habrá más oportunidades, y ahora hasta un simple susurro es peligroso.

Se estaban alejando lentamente del puerto. Las calles eran estrechas y apenas había transeúntes: todo el mundo parecía querer quedarse en casa, pero simplemente por la nieve y el frío. El hecho

mismo de que las luces estuvieran encendidas demostraba que no había miedo a un ataque. Se veían bombillas eléctricas, extrañas caligrafías de neón y luz de velas tras las mamparas de papel de arroz. Había *rickshaws* aparcados debajo de los toldos y carritos casi vacíos que dejaban nuevos surcos en la nieve reciente.

Takahashi había encendido la calefacción. Él bajó las manos para ponérselas entre los pies, delante de la rejilla por la que entraba el aire caliente. Entró ligeramente en calor, pero no por eso se le pasaron los escalofríos. Sólo logró controlarse mordiéndose los labios y tensando los músculos.

—¿Cómo sabía que yo llegaría hoy?

—Siempre que el ejército manda a algún sospechoso de espionaje recibimos el nombre con antelación. Hay una lista que pasa por todos los departamentos.

—Porque, si yo fuera un espía de verdad, alguien como usted podría haberme conocido en otro sitio. Berlín, sin ir más lejos.

—Exacto —respondió Takahashi—, y así podría aportar la información de la que dispusiera. A partir de ahí, abrirían un expediente. Es útil, ¿no?

—¿El qué?

—Tener un expediente antes de proceder a un interrogatorio.

—Sí.

—Al ver su nombre, sin embargo, me sonó de otro sitio.

—Del *Advertiser* —dijo McGrady—. ¿Quién era su sobrina?

—Se llamaba Miyako, Takahashi Miyako, y era la única hija de mi hermano. Él y su mujer murieron en el terremoto de 1923 y mi sobrina se fue a vivir con nosotros y acabó siendo una hija más para mi esposa y para mí, y una hermana para mi hija.

—¿Por qué está tan seguro de que el diario hablaba de ella? —preguntó McGrady—. No se publicó ningún nombre, ni siquiera una foto.

—La noticia salió el 28 de noviembre —respondió Takahashi—, y yo no recibí el periódico hasta el 9 de diciembre, pero estaba preocupado por ella desde mucho antes.

—¿Por qué?

—Unos amigos míos habían quedado de encontrarse con ella el 24, pero no apareció y me mandaron un telegrama. Habían ido a su casa y habían descubierto que su habitación estaba vacía. Me preguntaron si la habían mandado a casa.

—¿A casa?

—Es que trabajaba en el consulado japonés de Honolulú: era traductora.

—El inglés lo había aprendido de usted.

—Por supuesto.

—O sea, que desapareció pocos días antes de que la noticia saliera en el periódico. Pero no fue la única chica japonesa que desapareció en esos días: yo mismo hablé con varios padres. La chica de quien se hablaba en el periódico podría haber sido otra.

—Cuénteme del hombre a quien mató. *Er war deutsch, ja?*

—¿Me está preguntando si era alemán?

—Sí.

—Es posible.

—Explíquese.

—Tenía una bala metida en la cadera: una M1906 del ejército estadounidense, las que usamos durante la Gran Guerra, y él y su cómplice usaban un cuchillo de trinchera de la misma época.

—¿Lo emplearon con Miyako?

—Sí —contestó él.

Observó a Takahashi para ver cómo reaccionaba y observó cierto desánimo, un encorvamiento de los hombros y el cuello. Le pareció sincero. Lo normal habría sido darle el pésame.

—Pensamos que quizá se lo quitaran a uno de nuestros hombres durante la guerra, como un trofeo.

—No habrían sido los primeros.

—No, qué va.

—Con los alemanes tenemos ciertos pactos.

—Lo sabe todo el mundo.

—No se limitan a los que conoce todo el mundo.

—¿Por ejemplo?

—Cuando los alemanes necesitan que se haga algo dentro de nuestro ámbito de influencia, les proporcionamos recursos humanos, y viceversa: las operaciones son más fáciles cuando quien las hace no desentona.

—Se refiere a asesinatos.

—Me refiero a toda suerte de actividades relacionadas con el espionaje.

—Incluido matar a alguien.

—Por supuesto.

Iban por una carretera algo más ancha y paralela a unas vías de ferrocarril. Había pocos coches, pero los trenes pasaban casi sin parar dejando tras de sí grandes nubes de humo. Mientras que la carretera discurría siempre a ras de tierra, unos arcos de ladrillo y argamasa mantenía las vías del tren siempre al mismo nivel. Debajo de éstos había casas y otras construcciones con grandes carteles

para entender los cuales no era necesario saber leer los caracteres chinos: eran anuncios de pequeños restaurantes donde se vendían fideos, o de puestos de pinchos de pollo y cerdo asados al carbón. También se veían faroles y hogueras, y gente que caminaba por la nieve hacia la luz, el cobijo y la compañía debajo de las vías.

—¿Qué sentido tiene que alguien del gobierno japonés quisiera que dos alemanes eliminasen a su sobrina?

—¿Le suena de algo el nombre de Yamamoto Isoroku?

—No.

—Me refiero al almirante Yamamoto.

—No me suena de nada.

—A estas alturas, a la mayoría de sus compatriotas sí.

—¿Es un pez gordo?

—Es quien planeó el ataque a Pearl Harbor.

—Desde entonces no estoy nada informado.

—Antes de ir a Honolulú, Miyako fue una de las secretarias del almirante Yamamoto.

—Ya.

—Pasaba a máquina notas manuscritas. ¿Ve por dónde voy?

No, no lo veía, o no quería verlo. Observó la nieve a la luz de los faros. De pronto se sentía mareado. Se le ocurrió que podía abrir la puerta y saltar. Que él supiera, Takahashi no iba armado y no intentaría detenerlo. Pero no tenía adónde ir: todo Japón era una cárcel. Si Takahashi no era quien decía ser, o no podía cumplir su promesa, irse con él habría sido un grave error. Al menos en los campos de prisioneros podía ceñirse al reglamento, pasar desapercibido y someterse al sistema. En ese momento no había regla alguna que lo protegiese.

—Estoy cansado, señor Takahashi, y encima me muero de hambre —dijo—. Tengo el cráneo medio partido y un hueso de la muñeca fracturado. Me preocupan mil cosas aparte de este caso. Primero que nada que soy un estadounidense en Japón y que es probable que me corten la cabeza.

—Vayamos paso por paso —respondió Takahashi—. Si tiene hambre, podemos comer algo.

Acercó el coche a un lado de la carretera, se subió con dos ruedas al bordillo de piedra y apagó el motor y las luces. Tenían delante las vías elevadas del tren, y a unos treinta metros, tras la nieve que seguía cayendo, la luz de un arco.

—Quédese aquí —dijo Takahashi.

—Espere un mo...

—No tardaré.

Takahashi bajó del coche. Un chorro de aire frío y un portazo. Él se arrellanó en el asiento. Vio que Takahashi se ponía el sombrero de copa y se alejaba trabajosamente hacia el arco de luz. Pasaron familias y parejas. Se puso una mano delante de los ojos y volvió la cara hacia la cortinilla.

Esperó. Dentro del coche empezaba a hacer más frío. En las vías elevadas se oían retumbar los trenes, que emitían silbidos estridentes. Empezó a preguntarse si lo de Takahashi era una broma, complicada y mortal. Se abrió la puerta. Era Takahashi, que le dio un cono de papel de periódico y luego una botella de cristal verde. El papel de periódico envolvía unas cuantas sardinas a la brasa y un grueso pincho de pollo. Acercó la nariz a la botella abierta y luego de olerla la probó. Era un líquido dulce y con sabor a cítricos: algún tipo de refresco.

La comida le pareció un festín. En todo caso, era más de lo que había comido durante cinco días en el barco. Miró a Takahashi, que había puesto el motor en marcha para mantener la calefacción, pero sin arrancar.

—Coma —dijo—. No se dé prisa, que no hay necesidad. Nos espera un largo camino.

Se comió primero el pescado, cabezas, colas y raspas incluidas, y luego el pollo, que estaba hecho a las brasas de carbón y bañado en una salsa salada. Al acabárselo, se limpió los dedos con el papel de periódico.

—Gracias, señor Takahashi —dijo.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí.

Ya estaban otra vez en movimiento. Seguía nevando, pero los copos se fundían al tocar la carretera, que brillaba húmeda a la luz de los faros. Estaban pasando al lado de edificios oscuros, que podían ser tanto fábricas como graneros o cervecerías.

—Si su sobrina había asistido a las reuniones de planificación del almirante, alguien sospechó que conocía los detalles del ataque.

—Es lo que me temo.

—¿Los conocía?

—No tengo la menor idea —dijo Takahashi—, pero a principios de septiembre empezó a reclamar urgentemente un traslado, y me pidió que usara mis influencias para acelerar su nombramiento como traductora en el extranjero. Por desgracia le hice caso.

—¿Qué pasó a principios de septiembre?

—No lo sé.

—¿El puesto lo quería en Honolulú, concretamente?

—En cualquier parte de Estados Unidos, aunque preferiblemente en Honolulú.

—¿Cuándo llegó?

—La primera semana de noviembre. Hizo el viaje de Yokohama a San Francisco en un barco japonés y luego abordó un transatlántico estadounidense rumbo a Honolulú.

—¿Y por qué cree que alguien estaba preocupado por lo que pudiera saber?

—El Kenpeitai vino a mi casa cuando yo no estaba y la registró.

—¿El qué?

—El Kenpeitai —repitió Takahashi pronunciando cada sílaba—: la policía militar, los que lo han hecho bajar hoy del barco. Pero el Kenpeitai también tiene una rama secreta, el Tokko.

—¿Cómo sabe que le registraron la casa, si no estaba?

—Dio la casualidad de que mi hija llegó temprano a casa y los vio desde el fondo de la calle. Salieron por la puerta principal con las cosas de Miyako.

—¿Es normal que la policía secreta registre una casa?

—Bueno, se mantienen ocupados. Lo que quizá no sea tan normal es que le pase a alguien como yo.

—Un alto funcionario del gobierno.

—Bastante alto, sí —respondió Takahashi—. El caso es que pocos días después, cuando yo sí estaba en casa, volvieron. Querían saber si Miyako había hablado sobre su trabajo para la Marina, si era leal a Japón y si tenía amigos extranjeros.

—Se me ocurre otra pregunta —dijo McGrady—: si era pacifista.

—En mi familia somos todos pacifistas.

—¿Y ellos lo sabían?

—Claro que no.

—Deben de pensar que es usted leal.

—Deberían, porque he sido funcionario durante mucho tiempo.

—O sea que, si Miyako pensaba pasarles secretos a los estadounidenses, es posible que no se lo dijera.

—Tiene razón, es posible.

—¿Cuándo lo visitó la policía secreta?

—El 22 de noviembre.

—Que era el 21 en Honolulú —reflexionó McGrady en voz alta—: pocos días antes de que ella y Henry desaparecieran. ¿Mandó usted un telegrama para intentar avisarla?

—Por supuesto —contestó Takahashi—, pero dos días después: tenía miedo de que me siguieran.

—¿Y qué decía ese telegrama? Puede que en el consulado le leyeran los telegramas.

—El mensaje estaba disimulado.

—En clave, como si dijéramos.

—Eso, en clave —contestó Takahashi—. Además, no se lo mandé directamente, sino a través de mi amiga.

—¿De quién se trata? —preguntó McGrady—. ¿Cómo sabe que no delató a Miyako?

—Eso es imposible.

—¿Cómo lo sabe?

—Siento tener que hablar tanto sobre mi familia.

—Ya me ha avisado: ha dicho que era una cuestión enteramente familiar.

—Llevo un tiempo separado de mi mujer —reveló Takahashi—. Lo decidimos de mutuo acuerdo, sin hostilidad. Ella se volvió a casar

con un empresario estadounidense y ahora se llama Kumi Henderson y es estadounidense a todos los efectos. No guarda ninguna lealtad hacia Japón: desprecia a los militaristas.

—¿Por eso lo dejó?

—Entre otras muchas razones.

—¿Y ella es su «amiga» de Honolulú?

—Sí.

—¿Miyako sabía que su tía estaba en Hawái?

—El paradero de Kumi no lo sabe nadie —respondió Takahashi—. Ni Miyako lo sabía, ni tampoco el Kenpeitai. Ni siquiera nuestra hija, Sachi.

—Si Kumi hubiera encontrado a Miyako, ¿cuál habría sido el plan?

—Esconderla en casa de ella y su marido.

—Pero Kumi no llegó a encontrarla.

—No.

—¿Tiene alguna foto de Miyako?

—Sí —respondió Takahashi—, en mi casa.

—¿Es adonde estamos yendo?

—Es el único sitio donde estará usted seguro.

Tokio se extendía y se desperdigaba como si alguien hubiera construido un pueblo medieval a escala neoyorquina. Cruzaron grandes barrios de casas bajas de madera. McGrady vio a varias mujeres sacando agua con cubos de los pozos públicos, y a varios hombres empujando carros con ruedas de madera con el viento de cara. Así durante kilómetros. A partir de determinado momento entraron en zonas más acomodadas, con influencias occidentales.

Edificios de varios pisos construidos con piedra y ladrillo, y una estación de tren que con sus adornos de ladrillo, y sus cúpulas de bronce, parecía trasplantada desde el centro de Londres. El hotel de la estación era una explosión de luz eléctrica. Más allá había un castillo rodeado por un foso. El recinto externo estaba hecho con sillares del tamaño de auténticas rocas, rodeadas por antiguos sauces que inclinaban sus ramas sin hojas hacia el agua helada.

El motor ronroneaba generando calor. Su traje, húmedo de lluvia y de nieve, empezó a oler mal a medida que se secaba, pero a él no le importaba, ni siquiera cuando Takahashi entreabrió con discreción su ventanilla y orientó la cara hacia el chorro de aire gélido. No le importaba porque tenía llena la barriga por primera vez en más de un mes. No tenía sed, ni estaba sentado sobre ladrillos, ni en la oscuridad de una cámara acorazada, ni en la bodega de un barco.

Se apoyó otra vez en el respaldo y miró hacia fuera e intentando pensar cómo se lo explicaría a Molly. Era como estar en el cine viendo una película oscura, como dejarse llevar, a merced del inconsciente, por un sueño en blanco y negro. No controlaba absolutamente nada: podía mirar o cerrar los ojos, eso era todo. Y si cerraba los ojos, todo pasaría igualmente.

Takahashi seguía conduciendo y cambiando de dirección de un modo que parecía aleatorio. Vio pequeñísimos bares iluminados con faroles de papel y varios burdeles consecutivos con soldados haciendo cola. Estaba perdido, o mejor dicho perdidísimo. Llegaron a una zona más oscura de la ciudad, con parques forestales y, al fondo, entre los árboles, farolas que al agitarse con el viento proyectaban sombras inestables.

Apareció ante ellos una pagoda de muchos pisos cuya silueta negra se recortaba contra el gris del cielo y él se sintió lejísimos de casa. Sólo un cielo con dos lunas le habría producido un efecto comparable. Cerró los ojos: era el único truco de eficacia comprobada para encontrar a Molly. Takahashi le dio unos golpecitos en el hombro.

—Ueno —dijo señalando la pagoda—, el jardín zoológico... Ya estamos cerca. Cuando estamos en Tokio vivimos en Yanaka, detrás de la universidad.

—¿Piensa alojarme en su casa?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo que dure la guerra.

—¿Tiene idea de cuánto puede ser?

—Si pudiera haber una solución diplomática, terminaría más pronto.

—¿Lo ve factible? —preguntó McGrady—. Yo he visto los preparativos en Honolulú, y le aseguro que no tenían previsto zanjar sus diferencias con un papel. Aquí tampoco lo veo, pero quizá usted sepa más que yo.

—Veo lo mismo que usted, pero no puedo renunciar a la esperanza porque una guerra de larga duración sería catastrófica. Si llegara a Tokio, mandaría a Sachi a la casa de mi familia, cerca de Nozawaonsen, en las montañas, pero usted y yo tendríamos que quedarnos.

—Espero que no se harte de mí, porque es posible que me tenga mucho tiempo en su sofá.

30

Takahashi fue metiéndose por calles cada vez más estrechas. La que estaban recorriendo a duras penas era más ancha que el coche. Había paredes a ambos lados, de entre dos y tres metros, rematadas con tejas curvilíneas. McGrady supuso que al otro lado se extenderían pequeñas propiedades, templos y cementerios. Veía cipreses y pagodas. Takahashi llegó al final de la calle. Delante había un muro de piedra y tierra. Los faros iluminaban una doble puerta de madera maciza. Takahashi puso el coche en punto muerto y echó el freno de mano. Luego salió y fue a abrir la puerta con sus manos, antes de volver al coche y pasar al otro lado. Por último, apagó el motor y se apeó de nuevo.

McGrady esperó a que estuviera cerrada la puerta para descorrer la cortinilla y mirar hacia fuera. Lo único que veía era un jardín, bambú y árboles sin hojas. Abrió su puerta y salió.

—Vamos —susurró Takahashi—, que ya estamos en casa.

—Está bien.

McGrady la miró. Era un edificio de dos plantas de madera sin pintar, con una fuerte inclinación en el tejado y el alero un poco en punta. Las tejas eran grandes, del mismo tipo que había visto en los muros. En San Francisco habría confundido una casa así con un templo.

—Puede que Sachi esté durmiendo —dijo Takahashi—. Voy a despertarla.

—¿Sabe que vengo?

—Lo estuvimos hablando ayer por la noche. Ya hace unos días que llegó la lista con su nombre.

—¿Sabe qué le pasó a su prima?

—Lo mismo que yo, por el periódico.

—¿Por haberlo leído o por habérselo leído usted?

—Si la pregunta es si habla inglés, lo habla muy bien. De hecho, nació en San Francisco, donde estuve destinado durante una temporada. Habla tan bien el inglés como el japonés, y un poco mejor que el alemán y el francés.

—¿Cuántos años tiene?

—Los mismos que Miyako, veinticinco.

—¿Y vive aquí?

—Sí. —Takahashi lo miró con atención y frunció el ceño—. ¿Le preocupa algo?

—Si sale de casa y habla de mí...

—No hay nada que temer —dijo Takahashi—. Sachi ha salido a sus padres. Totalmente.

—¿En qué sentido?

—Es pacifista, una mujer de mundo, fruto de una educación cosmopolita, pero lo que quiero decir, principalmente, es que no es tonta.

En una de las habitaciones del piso de arriba se encendió la luz. La ventana estaba dividida en pequeños recuadros de cristal ahumado. McGrady vislumbró piel blanca y pelo negro, largo. Apartó enseguida la vista, pero no con suficiente rapidez. Supo muy bien lo que había

visto: a una mujer joven que se levantaba desnuda de la cama y se ponía una bata. Takahashi levantó la vista y sólo vio la luz.

—Bueno —dijo—, debe de habernos oído. Deprisa, por favor, entremos antes de que se congele. Como se ponga enfermo, será complicado hacer que venga un médico.

A McGrady ni se le había ocurrido. Era otro motivo de preocupación, completamente nuevo. Siguió a Takahashi por los anchos escalones de madera de la casa. Al llegar a la puerta se quitó los zapatos y entró con ellos en la mano. Takahashi señaló una estantería situada justo al otro lado de la puerta, donde McGrady añadió sus zapatos a otros pares. Recorrieron un pasillo con gruesos postes de madera a ambos lados. Las paredes eran mamparas correderas de papel de arroz, y en el suelo había esteras de bambú.

Llegaron a la sala principal. En el centro había un hueco cuadrado rodeado de piedras. El hogar. Era donde estaba de rodillas Sachi Takahashi, de espaldas a la puerta. Llevaba una bata estampada, y se había recogido el pelo con dos palillos detrás de la cabeza. Estaba aventando las brasas del fondo del hogar.

Takahashi le dijo algo en japonés. Ella contestó, pero sin levantarse. Aún no había acabado de avivar el fuego. McGrady no veía las llamas, pero la brusca desaparición de las cintas de humo le indicó que se habían encendido. Sachi Takahashi se irguió y dio media vuelta sin levantar las rodillas del suelo.

—Inspector McGrady —dijo.

Él se inclinó por la cintura sin dejar de mirarla, como había visto saludarse a Takahashi y el soldado en el despacho del comandante de Yokohama. Una y otra reverencia enmarcaban una noche que aún no le parecía del todo real.

—Qué bien que haya reavivado Sachi el fuego —dijo Takahashi—. Así podremos tomar té, y de paso, mientras lo bebemos, calentar un cubo grande de agua. Seguro que le gustaría bañarse.

—Sí que me gustaría, sí —dijo McGrady—, y mucho.

—Sachi ha estado pensando en qué necesitaríamos para un huésped de Estados Unidos, por si lo convencíamos de que se viniera a vivir con nosotros. En los últimos días ha salido varias veces a comprarle cosas.

—Gracias.

Takahashi asintió y le dijo algo en japonés a Sachi, que se levantó, fue al pasillo y abrió una de las puertas correderas. Volvió poco después trayendo una bandeja de bambú, que le tendió a McGrady con una reverencia. Había una pastilla de jabón blanco, una maquinilla de afeitar americana, una caja de hojas de afeitar y una brocha de cerdas de jabalí. También había un cepillo de dientes de nailon, un tubo de dentífrico británico, un peine y un frasco de *aftershave*. Estaba todo nuevo y sin abrir sobre un kimono azul oscuro doblado, una bata para llevar por dentro y unas zapatillas.

McGrady cogió la bandeja. Después de un mes de hambre, oscuridad y asesinatos, no estaba preparado para tanta amabilidad, y no sabía cómo reaccionar.

—¿Dónde ha encontrado todo esto?

Sachi miró a su padre, que contestó por ella.

—Conocemos a varios diplomáticos. Sachi ha ido a Roppongi. Viene casi todo de los suizos.

Mientras Sachi preparaba el té, Takahashi le enseñó a McGrady su habitación, que daba al pasillo. Se entraba por una mampara corredera, y tenía un futón un poco en alto sobre el suelo, con gruesas mantas, y sobre ellas una almohada redonda y de apariencia firme. También había una lámpara eléctrica empotrada en la pared, así como un pequeño armario ropero donde podría colgar su traje sucio y guardar su pequeña bandeja de nuevas pertenencias.

—¿Baño hay?

—Está fuera. En este barrio la mayoría de las casas aún lo tienen así, como lo que llamarían ustedes un anexo.

—Me va perfecto.

—En general, como comprenderá, no me gustó gran cosa de lo que vi en Berlín.

—Sí, ya me lo había comentado.

—Pero sí me aficioné a los cuartos de baño alemanes —dijo Takahashi—. Aquí es difícil reproducirlos, aunque me he esforzado al máximo. Venga, que se lo enseño.

Volvieron a cruzar la casa.

Al fondo había más puertas correderas, algunas de las cuales daban directamente al jardín. Takahashi fue el primero en salir. Iba descalzo por el suelo helado, siguiendo un caminito de piedras. Llegaron a una especie de cobertizo grande de jardinería rodeado de bambú. El viento hacía crujir las cañas huecas.

—Esto nunca lo pise —dijo Takahashi, señalando una tapa redonda de madera en el suelo—. Es el agujero de la antigua letrina, y no le gustaría nada caerse dentro.

Abrió la puerta del cobertizo y encendió una luz. En un rincón había una reja de hierro, con brasas que daban un poco de calor. También había un váter de porcelana con un depósito elevado, y una bañera profunda de cedro con una bomba de hierro colado para llenarla.

Volvieron a la casa. Takahashi se sentó en el suelo, en la cabecera de una mesa baja, y le hizo señas a McGrady de que lo hiciera enfrente. Esperaron a que los sirviera Sachi, que se desplazó desde el hogar hasta la mesa de rodillas, y mientras bebían ellos dos se quedó al lado del fuego, también de rodillas.

El té estaba muy caliente. Tenía un color verde oscuro, y buen sabor. Sachi le rellenó la taza a McGrady. Luego se alejó de rodillas y volvió con una pequeña bandeja de dulces. McGrady no reconoció ninguno. Se comió uno y tampoco supo qué era.

Takahashi volvió a hablar en japonés con su hija, que contestó, se levantó y se fue. Esta vez, cuando volvió, traía una foto enmarcada. La dejó sobre la mesa en vertical, hacia McGrady.

Éste dejó el té, cogió la foto y la estudió. Tenía delante el retrato de cintura para arriba de una mujer joven. Era guapa al estilo de Sachi, con los rasgos delicados, la nariz fina y estrecha y un hoyuelo en el mentón. Había girado un poco la cabeza para salir de perfil. En el nacimiento del pelo tenía un pequeño y oscuro lunar. McGrady se imaginó cómo habría quedado tras la intervención de John Smith y su amigo.

—Sí —dijo—, la mujer que encontramos era Miyako.

Takahashi bajó la cabeza y asintió. Sachi, que había juntado las manos, se apretó la frente con los dos pulgares.

—Lo sabíamos —dijo Takahashi—. Lo supimos desde que llegó el Kenpeitai y se llevó sus cosas.

Más tarde, McGrady cruzó descalzo el jardín con sus regalos sobre la bandeja de bambú. En la otra mano llevaba un calentador de hierro con agua casi hirviendo. Se bañó encogido en la bañera de cedro, intentando hacer durar al máximo el agua caliente. Usó el jabón, la maquinilla, y se afeitó. Era su primer afeitado en más de un mes, y destrozó la maquinilla. En la caja había cincuenta. No se hacía ilusiones. Tendría que racionarlas. Se puso las dos batas y volvió a la casa antes de quedarse helado.

Sachi había subido a acostarse. Su padre estaba junto al fuego, casi consumido ya. Quedaban pocas luces encendidas. La sala olía a té y bambú fresco. La casa estaba silenciosa y fría, con la única excepción de un pequeño anillo de calor cerca del fuego. Era como estar dentro de un bosque. Takahashi cogió una botella marrón de la mesa y la inclinó por el cuello hacia la taza vacía de McGrady.

—¿Qué es?

—Sake —contestó—. Muy buen sake.

—Muy bien.

Sirvió para los dos. McGrady volvió a sentarse.

Levantó su taza hacia Takahashi. Representaba a un gobierno que era el causante de todos sus problemas, pero era muy posible que su intervención le hubiera salvado la vida. Por eso McGrady no sabía hasta qué punto expresar su gratitud. Al final se decidió por un gesto de la cabeza.

—Señor Takahashi...

—Inspector McGrady...

Bebieron. Takahashi lo había dicho en serio: era un sake muy bueno. Estaba casi helado, por haberlo guardado fuera de la casa, y tenía un gusto seco y pronunciado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó McGrady.

—Lo he estado pensando y lo he hablado con Sachi.

—¿Y?

—Yo, evidentemente, pasaré mucho tiempo en el ministerio, y usted no puede arriesgarse a salir.

—Ya, ya lo había pensado.

—Cruzado de brazos tampoco puede quedarse —dijo Takahashi—. Propongo un régimen.

—¿De qué?

—De estudio —dijo—. Sachi le enseñará japonés.

—¿Está dispuesto a dejarme solo con su hija?

Takahashi lo miró y asintió con la cabeza.

—Sí —contestó—. Creo que, al igual que Sachi, usted no es tonto, y habrá pensado que si la deshonrase yo lo echaría de mi casa. Lo cual supondría su muerte.

—Bien pensado.

—Además, a ella también le irá bien el estudio. Así perfeccionará su inglés. Uno de los dos saldrá con ventaja de la guerra, y el otro habrá aprendido algo para quedar bien en las fiestas.

—¿Tiene alguna idea de por qué lado se decantará la balanza?

—Lo mejor que puede esperar Japón son tablas en el Pacífico y una tregua.

Takahashi rellenó las tazas y bebieron.

—Tiene miedo por Sachi —dijo McGrady—. La está escondiendo, como a mí.

Takahashi había estado a punto de beber, pero dejó la taza.

—No es sólo porque nos dejara mi mujer, ni por lo que pasó al irse Miyako, aunque son dos factores que pesan, por supuesto.

—Lo entiendo.

—Me quedaría más tranquilo si encontrara usted al hombre que mató a Miyako.

—¿Y luego?

—Me doy cuenta de que en el momento en que lo encuentre lo más probable es que esté fuera de su jurisdicción. ¿Está de acuerdo?

—Me parece probable.

—En tal caso, deberá estar preparado para lo que haga falta.

—Es usted el segundo tío que me pide que lo mate.

—El otro era el almirante Kimmel.

—Efectivamente.

—Tiene su ironía —dijo Takahashi, que sirvió más sake en las dos tazas—. Estoy hermanado con él por una causa común.

—Ahora mismo, en lo único que piensa el almirante es en hundir sus barcos antes de que le hundan más de los propios. Hasta dudo que se acuerde de que me envió.

Se preguntó quién más pensaba en él, y durante cuánto tiempo lo haría. Dejó la taza en la mesa y, al jugar con ella, la hizo rodar por la mesa hasta caer al suelo de bambú. Cuando se agachó para recogerla se mareó y estuvo a punto de caerse. El sake no había sido buena idea. Apoyó las dos palmas en la mesa para levantarse despacio.

—Me voy a la cama, señor Takahashi.

31

Empezó su primera mañana de cautividad en casa de Takahashi despertándose y fijando la vista en la puerta corredera de papel. Tardó un poco en acordarse de todos los tramos del viaje que lo había traído a ese lugar. Los visualizó a la inversa: el trayecto nocturno en coche, el barco, la cámara acorazada negra y el calabozo de Hong Kong, el vuelo en Clipper... Al final de todo estaba Molly. Cada momento lo alejaba un poco más de ella. Se iba haciendo pequeña, cada vez más oscura. Era como ver morir la llama de una vela dentro de un vaso al revés.

Se quedó otra vez vacío y frío. Sólo se oía la lluvia. Salió de la cama y se puso la bata.

Fue por el pasillo hasta la puerta principal y la abrió un poco para asomarse a la rendija. No vio el coche de Takahashi. La verja de la calle estaba cerrada. El cielo y las casas de enfrente tenían un color de ceniza mojada. Volvió a la sala principal. En el hogar quedaba algo de fuego. Se sentó al lado, en el suelo, escuchando llover.

Sachi tenía su dormitorio en algún lugar del primer piso. No debía de estar en casa. Ya era muy tarde, y el silencio de la casa era excesivo. De todas formas, McGrady no pensaba subir a averiguarlo, así que volvió a su habitación. Había un escritorio bajo, como a treinta centímetros del suelo. Supuso que la idea era ponerse

delante de rodillas. Sachi le había dejado hojas en blanco y una pluma estilográfica. Cogió las dos cosas y volvió a la sala, junto al fuego, donde hacía un poco más de calor.

En algo tenía razón Takahashi: en que necesitaba un régimen. Necesitaba trabajar. Así tendría una identidad, un objetivo, y al volver seguiría siendo alguien.

Empezó a poner por escrito todo lo que sabía. Había perdido el expediente en Hong Kong, con todas sus notas, sus ideas sobre nuevas indagaciones, las fotos y los informes de la autopsia. En el barco se había pasado varios días intentando mantenerlo todo vivo en su cabeza para poder anotarlo de nuevo.

Desde entonces había recibido nueva información. La chica ya no era un misterio. Tenía un nombre. Había dejado de ser tan sólo una testigo para convertirse en el blanco principal. La mala suerte la había tenido Henry Kimmel Willard, que era como los que entran en un banco durante un atraco y reciben un balazo en la cara. Se preguntó qué le parecería al almirante.

Visualizó la escena, bosquejándola en su mente. Él colgado boca abajo, torturado y destripado, y ella atada. Se acordó de que había pensado: «La hicieron mirar.» Ya lo entendía. No se trataba de una simple venganza, sino de algo al servicio de una finalidad más práctica. Lo que intentaban era encubrir algo más gordo. Tal vez ella ya se lo hubiera contado a más personas, o no; en ambos casos, tenían que saberlo. ¿Hasta dónde se había propagado el secreto? ¿Aún podía contenerse, o era mejor cancelar toda la operación?

No podían limitarse a preguntar. Querían cerciorarse de que les dijera la verdad, así que colgaron al chico y empezaron a usar el cuchillo. Luego le hicieron a ella las preguntas.

Oyó pasos fuera de la casa, y el ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse.

Se metió sus nuevas notas en la bata para levantarse, justo cuando entraba Sachi. Llevaba un kimono más formal que el de la noche anterior, anudado en la espalda con una ancha faja decorada. Tenía el pelo mojado por la lluvia, y venía roja de exponerse en la calle al viento helado, armada de un paraguas.

Dejó sobre la mesa una fiambrera de hojalata esmaltada. Después guardó el paraguas dentro de un armario y saludó a McGrady con una reverencia.

—*Ohayou gozaimasu* —dijo—. Buenos días, Joe-san.

—Buenos días.

Añadió algo más, una frase mucho más larga que tradujo a continuación.

—¿Cómo está usted hoy?

—Mejor, gracias.

—¿Está preparado para empezar?

—De acuerdo.

—*O suwari ni natte* —dijo señalando el cojín sobre el que había estado sentado McGrady, que volvió a sentarse. Sachi asintió y se arrodilló delante de él.

—¿No le molesta el plan de su padre? —preguntó él.

—No, no me molesta.

—Me había imaginado que tendría algo mejor que hacer que darme clases.

Sachi negó con la cabeza.

—Hasta diciembre era administrativa, como Miyako, pero desde que llegó el periódico estadounidense mi padre me ha pedido que

me quede en casa. Ahora tengo algo que hacer.

—¿Dónde trabajaba?

—En el Ministerio de Asuntos Exteriores, en la sala de encriptar telegramas.

—¿Trabajaba con claves?

—No era nada secreto —dijo—, sólo *Wabun*, el código morse japonés: puntos y rayas.

—En realidad no le hacen falta clases de inglés, ¿verdad?

—Siempre va bien practicar.

La noche anterior no había dicho nada salvo el nombre de McGrady. Había dejado que hablara su padre por ella, cosa que tampoco tenía nada extraño: McGrady había visto a mucha gente que fuera de casa era de una manera, y con su familia, de otra. Interpretar distintos papeles era consustancial al ser humano. Sachi podía ser la hija obediente que servía té de rodillas y ser muchas otras cosas en otros momentos, sin que lo primero tuviera por qué dejar de responder a su auténtico yo.

—¿Qué haremos si llama a la puerta el Kenpeitai estando aquí sentados usted y yo?

Sachi se volvió hacia la entrada como si ya hubiera irrumpido la policía secreta, y negó con la cabeza.

—Habrá que esperar que no venga.

—Ya ha venido dos veces.

—Pues los distraeré.

—¿Cómo?

—Poniéndome detrás de la puerta y... puedo decirles que voy sin vestir, y que esperen a que me ponga una bata. Usted, mientras tanto, puede esconderse en el jardín.

—No parece un mal plan.

La noche anterior, McGrady había visto que Sachi sacaba carbón de una caja de madera, cerca de la puerta. Se levantó para ir a buscarlo.

—¿Puedo?

—Sí, por favor —contestó ella—. Yo haré el té.

—Lo tomaré con mucho gusto.

McGrady volvió con unos puñados de carbón. Eran ramas de roble partidas, pasadas por el horno y carbonizadas. Quemaban sin desprender humo, ni apenas olor.

—¿De verdad que le gustaría aprender japonés? Esta mañana, por la calle, he estado pensando en algunas lecciones. Será difícil, porque no podremos salir. Será usted más doméstico que un ama de casa. Tendré que buscar maneras de traerle aquí el mundo.

—Es usted muy amable —dijo McGrady—. Su padre también.

Sachi apartó la cara y dijo algo en japonés que él no entendió. Luego dijo otra cosa en inglés.

—¿Quiere empezar?

—Dentro de un rato —contestó él—. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Sobre Miyako?

—¿Tenían una relación muy estrecha?

—Crecimos como hermanas —dijo Sachi—. Sus padres murieron en el terremoto de Kanto, siendo las dos muy pequeñas.

—O sea, que es posible que la conociese mejor que nadie.

—Naturalmente que sí.

—¿Tuvo ocasión de hablar con ella a solas antes de que se fuera a San Francisco?

—Sí —contestó—, aquí mismo.

—¿Y le dijo qué pensaba hacer?

Se miró las manos, juntas en las rodillas. Estaba llorando, pero no se secó las lágrimas. Las dejó correr por sus mejillas, silenciosa e inmóvil, antes de levantar de nuevo la vista hacia McGrady.

—¿Le ha contado mi padre sus sospechas?

—Sí.

—Tiene razón, por descontado.

—¿Qué le dijo Miyako?

—Todo.

—¿Qué pasó a principios de septiembre?

—El primer ministro dio su aprobación a los planes de guerra del almirante Yamamoto, el cual obtuvo el beneplácito del emperador. Desde entonces quedó fijado el rumbo. Como al Ministerio de Asuntos Exteriores no le dijeron nada, los esfuerzos de mi padre por evitar una guerra fueron en balde. Los diplomáticos que enviaron a Washington ganaban tiempo para que se preparase la flota.

—¿Y todo eso lo sabía Miyako? ¿Incluido a qué daba su beneplácito el emperador?

—Sí.

—Creía que era una simple administrativa que pasaba notas a máquina.

—Las notas contenían mucha información.

—Explíqueme lo que se está callando.

Sachi volvió a bajar la vista.

—Se había hecho amiga de un adjunto del almirante.

—Con amiga se refiere a...

—Ya me entiende. Al hombre en cuestión, cuando estaba más cómodo... le gustaba fanfarronear.

—¿Alguna de las dos le contó lo que sabían a su padre?

—¿Cómo íbamos a contárselo? —contestó Sachi—. Y no lo digo sólo por cómo se había enterado Miyako. ¿De qué habría servido? Mi padre no podía actuar basándose en información de la que en principio carecía. Habría sido demasiado peligroso.

—O sea, que Miyako recurrió a la ayuda de su padre para conseguir trabajo, pero no le explicó por qué.

Asintió. A McGrady se le ocurrió algo más.

—Si Miyako quería pasar información a los estadounidenses, ¿por qué no fue a la embajada en Tokio, que habría sido más fácil? Aún estaba abierta.

—Porque habría tenido que volver a salir —dijo Sachi—, y la embajada estaba vigilada. No éramos conscientes de que en Honolulú también vigilarían a Miyako. En eso nos equivocamos.

—¿Los del Kenpeitai hablaron con usted cuando vinieron?

—No, sólo con mi padre.

—Que no sabe tanto como usted.

—No.

—Vaya, que también se equivocaron ellos.

—¿Cree que volverán?

—No sé cómo trabajan —dijo McGrady—. Es posible que estén demasiado ocupados y hayan llegado a la conclusión de que ya no tiene importancia.

—Pero podrían volver.

—Poder siempre podrían. Si llevara yo la investigación, es lo que haría.

Sachi no tenía respuesta. Expuesta a la mirada inquisitiva de McGrady, apartó la cara y se secó los ojos con el dorso de la mano. Ya no se oía la lluvia en el tejado. Pasó una moto por la calle, y el ruido del tubo de escape rebotó entre las paredes. Sachi se movió de rodillas para situarse en el mismo lado de la mesa que McGrady, no para estar más cerca de él, sino para tener vigilada la puerta de la casa.

TERCERA PARTE

Casa franca

Tokio | Honolulú | Hong Kong

23 de noviembre de 1944-31 de diciembre de 1945

32

Vio cómo se difundía la luz gris del alba por la puerta de papel de arroz, y oyó cómo se despertaba fuera el mundo: timbres de bicicleta, pájaros cantando... Estaba atento a un sonido en concreto. Desde hacía una semana lo oía todas las mañanas, y había deducido qué era. Salió de la cama haciendo el menor ruido posible y se puso la bata. La ropa de Honolulú la tenía en el ropero, colgada de una percha. El traje se lo había llevado Takahashi a la tintorería hacía dos años, y McGrady no había vuelto a ponérselo. Sacó la chaqueta y se la colgó del brazo.

Repitió los cálculos en su cabeza. Había estado viviendo en casa de Takahashi mil cincuenta y tres días. Con Molly no había hablado desde el 2 de diciembre de 1941. Sus últimas noticias de ella habían sido un telegrama en Guam, recibido el 5 de diciembre de 1941. Le costaba mantenerla viva en su interior. Cada noche se ponía de rodillas frente a su escritorio y le escribía.

Se estaba quedando sin cosas que decirle. Pasaba ocho o más horas al día con Sachi Takahashi. De día se sentaban en la mesa, y de noche, en las horas de menor peligro, salían al jardín. Había un cerezo que florecía en primavera, y un arce enano que en otoño se volvía rojo como la sangre. En invierno, las ramas desnudas de los caquis estaban cubiertas de unos frutos muy naranjas que como

mejor sabían era después de haberse helado y deshelado en la rama. El hielo las convertía en algo tierno y delicado. Sachi le enseñó a abrirlos con un cuchillo y comérselos con una cuchara.

Ellos dos no habían agotado los temas de conversación, ni siquiera en mil días. Si McGrady no sabía decir algo en japonés, Sachi le enseñaba las palabras. Como él no podía salir lo hacía ella, y le traía cosas, objetos que atizaran la conversación: mapas y libros de fotos, una bolsa de semillas y una pala para plantar un huerto juntos, un jarrón pequeño para poder poner flores en casa, un trozo de chocolate para repartírselo...

Oyó el sonido que había estado esperando.

Venía de fuera, de la tapia del jardín: un suave cacareo y un aleteo seco y polvoriento. Un gallo había tomado por costumbre buscar comida cada mañana en el jardín. Se paseaba un poco sobre el canto de la pared y después saltaba al suelo. McGrady no sabía de dónde venía, ni adónde tenía pensado volver. Sólo sabía que aquel día ya no regresaría más.

Salió de puntillas de su habitación y fue hasta el final del pasillo, abrió con cuidado la puerta principal y se quedó mirando las casas adyacentes. Había una ventana que daba a esa parte del jardín. Tenía cerradas las cortinas. El coche de Takahashi no estaba. Su estatus en el ministerio había disminuido un poco desde la desesperada dimisión de Togo Shigenori, y lo compensaba yendo a trabajar horas antes del alba. Tenía que demostrar su lealtad, su entrega a una causa que en su fuero interno detestaba, y a causa de ello se estaba quedando en los huesos. Se le había puesto gris el bigote y sólo le quedaban dos placeres: hablar con Sachi y beber con McGrady hasta que uno de los dos se quedaba dormido.

Salió. Aún tenía la chaqueta en el brazo. Se la puso extendida en las manos al bajar los escalones y asomarse a la esquina. Ahí estaba el ave, rascando el suelo al pie de la pared de la casa. Era un gallo grande. McGrady se preguntó cómo había sobrevivido tanto tiempo. En un radio de menos de diez kilómetros había seis millones de personas que habrían estado encantadas de comérselo entero, a excepción del pico y las uñas, y una de esas personas era él mismo.

Se acercó sigilosamente con la chaqueta a punto. El gallo, concentrado en el suelo, no notó su presencia hasta que ya se le estaba echando encima. Lo tapó con la chaqueta, inmovilizándolo, luego metió la mano por debajo y lo agarró por el cuello; primero una mano y luego la otra. Le retorció con rapidez y fuerza el pescuezo, como quien escurre un trapo. Oyó el ruido de un hueso partido, y notó un poco de sangre en la palma de la mano. El gallo no se movía.

Recogió su chaqueta, rodeó la casa y dejó el gallo en la entrada.

Luego entró. Cuando Sachi llegó, lo encontró lavándose las manos y él le habló en japonés:

—Buenos días, Sachi.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Está sangrando?

—Estoy perfectamente. He matado un gallo.

—¡¿Qué?!

—Había un gallo en el jardín, lo he cogido y le he partido el cuello. Si hubiera sido una gallina nos la habríamos quedado para los huevos.

—¿No era de nadie?

—Me ha parecido que no.

—¿Me lo enseña?

—Sí, claro —dijo McGrady—. Está fuera.

Salieron, y Sachi contempló el gallo. A todas luces, estaba mejor alimentado que la mayoría de los tokiotas. El padre de Sachi podía llevar cosas del ministerio saltándose el sistema de racionamiento. Al volver de sus viajes podía meter de contrabando todo lo que cupiera en su maleta, pero costaba encontrar carne, fuera del tipo que fuera, y un gallo entero era algo inaudito.

—¿Cómo lo cocinamos? —preguntó.

—Voy a quitarle las plumas y luego lo colgaré para desangrarlo. Cuando llegue su padre a casa lo asaré entero. ¿Sabe qué día es?

—Jueves.

—Es Día de Acción de Gracias —dijo McGrady—. Normalmente haríamos un pavo, pero con esto basta y sobra.

Sachi volvió a hablar en japonés. A estas alturas, McGrady casi no se daba cuenta de la transición. Cambiaban de idioma sin parar, por capricho o conveniencia.

—¿Qué más hacen para celebrar?

—Nada, comer todos juntos.

—¿Sabe desplumar aves?

—No lo he entendido.

—Voy a explicarle unas cuantas palabras nuevas.

—De acuerdo.

—¿Entramos? Hace frío.

—Mejor que lo hagamos fuera, porque ensuciaríamos la casa.

—Hai, Joe-san —dijo Sachi.

McGrady asó el gallo en el hogar. Le embadurnó la piel con sal marina y shoyu y lo metió en una olla de hierro colado, amontonando brasas a su alrededor y encima de la tapa. Se lo comieron con arroz y rábanos encurtidos. Cuando sólo quedaban los huesos, Takahashi fue la bodega a buscar otra botella de sake.

Una vez llenas las tazas, McGrady levantó la suya.

—Nunca les he dado las gracias como era debido, y lo lamento.

—McGrady-san...

—Quiero darles las gracias por lo bien que me han tratado. Hace casi tres años que vivo como huésped en su casa, y sé cuánto les ha costado tenerme aquí.

—Ha sido un honor para nosotros.

—Se lo pagaré. Encontraré a ese hombre.

—Es posible que la oportunidad se presente antes de lo que cree.

—¿Hay noticias?

—Para usted, buenas; para nosotros, no tanto: los estadounidenses han tomado Tinián y Saipán, y están construyendo bases aéreas.

—Es la primera vez que oigo el nombre de Tinián.

—Está bastante cerca para sus bombarderos más pesados, que es lo único que importa.

—Lo siento... Bueno, no. No sé qué decir.

—Pues beba, que es lo único que se puede hacer. Sin sake nunca nos quedaremos. Ya me encargo yo.

Él bebió, y Takahashi también. Sachi cogió la botella y les rellenó las tazas. Ella tomaba té.

—Estuve a punto de no irme con usted —dijo él—. Me refiero a la noche en que nos conocimos. Pensé que era un engaño.

—En realidad lo era, pero a quienes engañé fue a ellos. Estaba preocupado. Si hubieran venido a buscarlo habría sido difícil mantenerlo oculto. La alternativa era asegurarse de que no lo buscasen.

—¿Y cómo lo hizo?

—Pagando al comandante a cambio de que modificara sus archivos.

Takahashi se rió y negó con la cabeza. Se alegraba de haber divulgado finalmente su secreto. Derramó más sake en sus tazas, y bebieron.

—La primera noche, después de llegar a Yokohama, usted golpeó a un agente del Kenpeitai y, como es lógico, fue ejecutado *in situ* con espada, como suele ser el caso. Sirvió de ejemplo para el resto.

—¿Qué quiere decir con que me ejecutaron?

—Está usted muerto, McGrady-san. ¿No se da cuenta? En todos los archivos, en todos los informes que reciben el ejército, la Marina, el ministerio, la Sociedad Internacional de la Cruz Roja...

—¿La Cruz Roja me da por muerto?

—Era la única manera de que no corriera peligro: un muerto no le importaba a nadie.

—Comprendo.

Se quedó mirando su taza de sake. Takahashi se la había llenado más allá del borde, creando un menisco transparente que temblaba cada vez que corría un poco de brisa por la casa. Volvió a mirar a su anfitrión y cambió al japonés, no por capricho, sino por una razón muy clara. En el idioma de sus anfitriones le resultaba más fácil disimular lo que sentía. La formalidad del japonés podía con cualquier exceso.

—Gracias, Takahashi-san. Ha cuidado de mí con tanta consideración... estoy en deuda con usted.

—Era lo más práctico. Y no me dé las gracias, que no lo merezco.

Él se bebió su sake, cogió la botella y rellenó las tazas. Cuando acabó de cenar ayudó a Sachi a fregar los platos. Luego esperó a que sus anfitriones se fueran a dormir y les dio las buenas noches. A continuación se fue a su cuarto con la botella de sake medio vacía y se puso de rodillas frente al escritorio para sacar el rollo de papeles que guardaba debajo. Era lo único que les escondía a Takahashi y Sachi. Cada noche, a lo largo de mil días, le había escrito algo a Molly; a veces sólo unas frases, y otras, páginas enteras. Era un manuscrito de su anhelo, largo como todo un libro.

Acababa de descubrir que todo era en balde. Desde el principio, mientras le escribía a Molly, ella lo daba por muerto. Seguro que alguien de la policía de Hawái había recibido la lista de la Cruz Roja y se lo había comentado a Fred Ball, quien había ido a decírselo a Molly.

Así de sencillo.

Molly no lo estaba esperando. No se había construido un mirador en el tejado de su casa, ni oteaba sin descanso el horizonte en busca del barco que lo llevaría de vuelta. Takahashi estaba en lo cierto: los muertos no le importan a nadie, y menos después de tres años. Volvió a la sala principal, llevándose el rollo, y abrió la puerta corredera que comunicaba con el exterior, dejando entrar un poco de aire frío. No quería llenar la casa de humo cuando se sentara al lado del hogar para arrojar sus cartas al fuego.

Por la mañana llegaron los estadounidenses.

No los vio. Estaban encima de las nubes. Había tantos bombarderos que, a pesar de las sirenas antiaéreas, se oía el zumbido de las hélices.

Estaba en el jardín, mirando el cielo. Vino Sachi. Iba descalza, con el pelo suelto. Su padre se había ido. Las bombas empezaron a caer. Estaban muy lejos, a unos diez kilómetros. Había muchas. Más que una lluvia, era un diluvio. Caían tan seguidas que antes de que se acabara una explosión ya había empezado la siguiente. Un trueno constante, cada vez más fuerte.

El que estaba mucho más cerca era el fuego antiaéreo. Debía de haber baterías por toda la ciudad, y disparaban simultáneamente. A McGrady no le pareció que sirviera de nada disparar contra aviones invisibles, pero los artilleros no paraban. Los proyectiles de fragmentación subían dejando una estela, y desaparecían en la capa gris. Dentro de las nubes se veían destellos, chispazos como de tormenta eléctrica. Estaba todo lleno de bandadas de pájaros que volaban sin ton ni son, víctimas del pánico, y a los que las detonaciones hacían cambiar bruscamente de rumbo.

Sachi se volvió hacia McGrady, le cogió una mano y se la puso en el pecho, contra el esternón. Estaban el uno frente al otro, más cerca que nunca. De hecho, hasta ese momento no se habían tocado. Nunca habían estado así, pegados. Sin embargo, no se miraban. Cada uno estaba atento a una franja distinta del cielo.

33

El dogal estadounidense no dejaba de estrecharse. El ministerio de Takahashi buscaba a toda costa algún respiro, y él llevaba semanas advirtiendo a su hija y a McGrady que tendría que salir de viaje. Debían prepararse para su ausencia. El 8 de marzo, al regresar a casa por la noche, se lo anunció como algo seguro: saldría por la mañana. Era peligroso, por supuesto. La situación no se prestaba a ningún viaje. Iría en tren hasta Aomori, al norte de Honshu, y desde ahí con ferri hasta Hakodate, en el extremo sur de Hokkaido. El siguiente tramo, hasta la base aérea de Sapporo, lo haría en un coche del ejército. Por último, un transporte aéreo no identificado lo depositaría en Jabárovsk, cerca de la frontera entre la Unión Soviética y China. Mientras su avión no hubiera entrado en territorio soviético, Takahashi sería vulnerable.

Esperó a que Sachi hubiera salido a tomar un baño para hacerle señas a McGrady de que se sentara con él en la mesa.

—Por la radio no lo dicen, pero ya se lo digo yo: sus submarinos torpedean cualquier barco que encuentren, y se acercan bastante para minar los puertos. Sus portaviones pueden aparecer en cualquier sitio. El único capaz de predecirlo es el señor Roosevelt. Todo ello significa que soy presa fácil.

—Comprendo.

—Entonces ya sabe lo que voy a decir.

—Es probable, pero dígalo igualmente.

—En caso de que no regresara será Sachi quien se ocupe de usted, pero me gustaría que también usted se ocupara de ella. No tiene a nadie más.

—Le doy mi palabra, pero tenga cuidado, se lo ruego, Takahashi-san.

—Hay cosas que no puedo controlar. ¿Me ha entendido? He estado hablando muy deprisa.

—Lo he entendido. Sachi es muy buena profesora.

—Es una persona excepcional.

—El ministerio quiere que les pida garantías a los rusos.

Takahashi había asentido. Tenía los ojos rojos, por el sake y el agotamiento.

—Los aliados ya se están planteando cómo repartirse los despojos. Sería preferible que los soviéticos se concentrasen en Alemania.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Cinco días.

—Lo estaremos esperando.

Por la mañana, al despertarse, vio que Takahashi ya no estaba. Acababan de dar las siete. Repasó los números y calculó sus días. Ya se había convertido en un hábito. No había ninguna razón para contar. No tenía nada a que volver. Lo que tenía estaba todo ahí.

Fue a la sala principal. Sachi lo esperaba junto al fuego. Le sirvió una taza de té y se sentó enfrente de él.

—¿Qué le apetece hacer hoy? —preguntó.

—Fuera hace buen día.

—Es primavera.

—Pues finjamos que damos un paseo —dijo McGrady—. ¿Todavía hay parques?

—Muchos.

—¿Y cines?

—Por supuesto.

—Si pudiera cruzar la verja iría a un parque, caminaría al sol y la llevaría a ver una película.

Ella le tocó la muñeca y apartó la mano. Lo siguiente lo dijo sin mirarlo:

—Si pudiera salir también podría irse a su país.

—Entonces podría llevarla adonde usted quisiera.

—Me resulta insoportable, Joe-san. Usted habla de lo que podría ser y yo pienso en lo que no es.

Él le puso una mano en el hombro para que se volviera. Sachi levantó la vista.

—Pues voy a decirle qué me apetece hacer hoy, Sachi.

—De acuerdo.

—¿Tiene algún parque favorito?

—Sí, el de Yoyogi, que rodea el santuario Meiji. Es un bosque.

—Pues vaya a dar un paseo y luego a ver una película.

—¿Y de qué le serviría a usted?

—Podrá contármela al volver. Quiero que me la cuente de principio a fin, sin saltarse ni una escena.

—¿Qué tipo de película?

—Elija usted: la que le parezca interesante.

Pasó el resto del día en un rincón del jardín. Llevaba un sombrero, y no levantaba la cabeza. En la única casa con vistas a la tapia del jardín de Takahashi habían instalado unas cortinas muy tupidas, para que no se filtrase la luz desde dentro. El resto de las tierras que rodeaban la casa pertenecían a un templo y se usaban como cementerio, así que McGrady estaba razonablemente seguro de que no avisaría nadie al Kenpeitai por haber detectado su presencia.

Valía la pena arriesgarse a salir. Estaba cavando su refugio antiaéreo. El plan era sencillo: cavaría un agujero cuadrado de unos dos metros de profundidad. Takahashi había encontrado unas maderas gruesas, que se podrían apoyar encima. Cuando estuvieran firmemente colocadas, su intención era volver a amontonar la tierra. Luego abriría una zanja para entrar y salir. La última fase sería revestir las paredes y el suelo con tablones de madera y esteras de bambú.

McGrady se había mantenido en forma. Hacía flexiones en su habitación y sentadillas encima del futón. En el baño exterior había una viga baja que le servía para las dominadas. Cavar el agujero, sin embargo, era otra cosa. El suelo, muy duro, estaba lleno de raíces y piedras. De todas formas, le sentó de maravilla trabajar hasta que le dolía todo el cuerpo. Lo hizo todo el día sin descansos.

Sólo paró al temer que pudiera volver Sachi. El agujero estaba terminado. El día siguiente podría techarlo y taparlo con tierra. Entró y avivó el fuego para calentarse el agua del baño.

34

Fue un día que se le quedó grabado hasta en sus más ínfimos detalles. Con el paso del tiempo, cotejando sus recuerdos con lo que se contaba en los libros y la prensa, deduciría la secuencia exacta. Entendería que mientras él salía de la bañera, preguntándose a qué hora volvería Sachi, los bombarderos se estaban poniendo en posición a dos mil quinientos kilómetros de donde estaba él, y enfrentándose con toda su potencia al viento en las pistas de despegue. Tenían las alas tan pulidas que parecían de plata, y en sus morros, pintados a mano, burlas, insultos y chicas opulentas de esas de las revistas. Había tantos que hasta tres horas y media después no habría despegado el último, poniendo rumbo al norte.

Trescientas treinta y cuatro tripulaciones. Trescientos treinta y cuatro aviones. Entre todos, transportaban cerca de un millón y medio de kilos de napalm.

35

Sachi no se había limitado a dar un paseo por el parque Yoyogi e ir al cine. También había estado en varios mercados, defendiendo con uñas y dientes su puesto en las colas. Al volver traía unos pocos calamares, cada uno largo como un dedo, envueltos en una hoja de periódico. También traía una cebolla y unas cuantas setas muy pequeñas. Salió al jardín y volvió con dos piedras de pizarra gris de las que rodeaban los cerezos, dos discos del tamaño de sus manos. Los metió entre las brasas y cogió un cuchillo para empezar a cortar la cebolla.

—¿Qué quiere que le cuente de lo que he hecho hoy?

—Todo.

—He caminado por el bosque. A la sombra de los árboles se estaba fresca y tranquila. Luego he visitado el santuario Meiji.

—¿Cómo es?

—Se nota que muy antiguo. Ya le buscaré una foto en algún momento. Es de cedro y cobre. Las columnas de la puerta torii están hechas con troncos de casi dos metros de grosor. Se llega por un camino de arena entre los árboles. Aún es muy pronto para que haya flores, claro, pero pájaros sí había.

—¿Y qué ha hecho al llegar?

—Comprar una ema, un trozo de madera para escribir un deseo. Después de escribirlo lo he colgado en el santuario, y me he quedado leyendo las emas de otra gente.

Dibujó la nueva palabra en la mesa con un dedo. McGrady, que había estado muy atento, reprodujo el signo.

—¿Qué deseos tenía la otra gente?

—Que vuelvan a casa sus hijos, o que mueran con honor.

—¿Y usted, qué ha deseado?

—Que el mundo sea como debería ser para pudiéramos dar un paseo usted y yo juntos.

Sachi abrió el sake y sirvió para los dos.

—Después he ido a Asakusa y he visto una película.

—Cuéntemela, por favor.

—La verdad es que no era muy buena.

—Cuéntemela igualmente.

Asintió con la cabeza.

—Es la historia de unas mujeres que trabajan en una fábrica de material óptico. Hacen lentes, y compiten entre ellas para ver quién hace más.

—¿Más lentes?

—Sí, lentes ópticas.

—¿Por qué?

—Para contentar a su supervisor y ganar a los estadounidenses. ¿Para qué si no?

—¿Y era una película, en un cine? ¿Ha tenido que pagar para verla?

—Antes eran mejores —dijo Sachi—. Ahora los censores del gobierno reescriben los guiones.

—Ya no vale la pena salir, ¿verdad?

—Se está mejor aquí.

Levantó su taza hacia la de McGrady y las hizo chocar por el borde. Bebieron sake frío. A él se le ocurrían cinco o seis cosas que decirle, pero no dijo ninguna. Le miró la cara. Sachi estaba pensando en las respuestas a todo lo que podría haber dicho él.

Tardó bastante en romper el silencio.

—Voy a enseñarle algo —dijo—. Se llama *ishiyaki*.

—Plancha de piedra.

—Muy bien.

—Tengo una profesora excepcional.

Apartó la cara, que quedó escondida por su pelo suelto, y usó dos palos para sacar las piedras de río de las brasas y meterlas en unas cajas de madera destapadas que había llenado a medias con sal gruesa. Una de las cajas la puso delante de McGrady, que notó cómo subía el calor de la piedra. Luego Sachi sacó la mitad de un calamar del cuenco, con palillos, y lo depositó en la piedra de McGrady. Empezó a chisporrotear. Lo siguiente que añadió fueron cebolla y setas. A continuación le rellenó la taza.

—Mi profesora es excepcional en todos los aspectos. Su padre está de acuerdo.

Se rió, y esta vez, al dirigirse a él, lo hizo mirándolo.

—Si fabricara lentes ópticas para ganar la guerra, haría muchas; montones altísimos, más que los tejados. Por cierto, estoy disfrutando mucho de nuestra cita. Debería usted beber un poco más, pero no demasiado.

—No estoy seguro de ver por dónde va.

—Entiéndalo como prefiera.

Se hizo un moño detrás de la cabeza, se arremangó el kimono y se aflojó la faja.

—Pruebe el *ishiyaki*, Joseph McGrady.

—Llámame Joe.

—A veces Joe es demasiado simple. A veces me gusta oír tu nombre completo.

—Es que yo soy simple.

Sachi le cogió la mano izquierda por debajo de la mesa.

—No, no eres simple. Nada es simple ni lo será nunca.

—Ahora ya no te sigo para nada.

—Mírame.

—Te estoy mirando.

—No me estás mirando. Mírame a los ojos. Te he dado diez mil horas. A cambio puedes mirarme a los ojos. Ahora que por fin vamos al grano.

McGrady la miró. Sachi aún le sujetaba la mano por debajo de la mesa. Levantó la otra y se la puso en la nuca.

—Dime que lo entiendes. Dime que sabes qué hemos estado haciendo todo este tiempo.

—Sé qué hemos estado haciendo.

—Dímelo.

—Sachi...

—Pues entonces dímelo. Tienes que saber las palabras.

—No me las has enseñado.

—Te he enseñado todo lo que necesitas saber.

—Watashi wa...

McGrady se quedó callado. No servía de nada hacerlo mal. Tomó aliento y probó otra vez. La miró a los ojos y se lo dijo.

—*Aishiteimasu.*

Sachi lo soltó, se alisó el kimono y se irguió.

—Joe... yo también —dijo—. Por supuesto. Desde hace mucho tiempo.

Al ponerse el sol, arreció el viento y la casa se enfrió. Sachi acercó los cojines al hogar y estuvieron sentados junto al fuego, mirando un libro de fotografías que Takahashi había llevado consigo de Berlín. La mitad del libro estaba en el regazo de él y la otra mitad en el de ella y, conforme los hojeaban, ella iba describiendo lo que tenían delante: iglesias góticas y edificios de piedra, estaciones de metro, clubs nocturnos de relumbrón... Le contó muchas cosas de cuando había vivido en Alemania con su padre.

Él supuso que la mayor parte de lo que estaban mirando ya no existía, que el Berlín que ella conoció había desaparecido. Los británicos y los estadounidenses se habían encargado de ello.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y él se volvió, rozándole el pelo con los labios. Olía a crisantemos. Siempre había olido así. Él había tardado bastante más de un año en identificar el olor, hasta el día en que Sachi había llevado un ramo de crisantemos para ponerlo en su jarrón. Desde entonces lo sabía.

Sachi le daba golpecitos en las muñecas con la yema del índice, mirándole la mano. Golpecitos y caricias. Puntos y rayas. Llevaba haciéndolo unos meses, desde que se había quedado prácticamente sin nada que enseñar. Había dicho la verdad: él sabía qué habían estado haciendo. Sachi no intentaba sólo darle clases. Quería una razón para tocarlo. McGrady intentó seguir la clave, pero era

incapaz. No podía con Sachi. Era más fácil cuando estaban sentados frente a frente, con la mesa de por medio. Sachi se volvió hacia él, levantando la vista.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Mil ciento cincuenta y nueve días.

—¿Lo cuentas por días?

—Y tú por horas.

—Pero no todas, sólo las que importaban —dijo Sachi, poniéndole una mano en el pecho—. Desde que llegaste no has subido ni una sola vez.

—No, es verdad.

—¿Si te invitara, subirías?

—Sí.

—Pero tenemos que apagar las luces.

McGrady asintió con la cabeza. A las diez en punto era obligatorio apagarlas en toda la ciudad.

Se levantaron a la vez, y Sachi lo llevó por el pasillo. La escalera era estrecha y empinada. Al final había una puerta corredera. Sachi la abrió y penetró en la oscuridad. McGrady la siguió. Una vez que estuvieron los dos dentro, Sachi cerró la puerta y le cogió la mano.

—Por aquí —dijo—. Yo te guío.

Lo llevó por un pasillo mucho más estrecho. McGrady vio que delante había otra puerta de papel de arroz. Seguro que detrás había una ventana por la que entraba la luz de la luna, porque se desprendía un suave brillo blanco del papel. Sachi abrió la puerta y lo hizo entrar. Tenía todo un extremo de la casa a su disposición. En el cuarto había tres ventanas, cada una con una orientación distinta. Se acercaron a la del oeste para ver la luna. Le faltaba un cuarto

para estar llena, y ya se acercaba al horizonte. Detrás de la tapia del jardín había un cementerio de varias hectáreas, que tendía hacia la casa las sombras de sus lápidas.

Desde que había cruzado la verja, el primer día, McGrady no había vuelto a posar la vista al otro lado de la tapia. Se acordó de su llegada, medio muerto de frío, sucio y sin ninguna pertenencia. Miró hacia atrás y vio la cama de Sachi, como se esperaba. Era un futón sobre una plataforma de madera maciza.

—La primera vez que te vi fue desde allá abajo. Levanté la vista y estabas saliendo de esta cama.

—¿Me viste?

—Sí.

—Duermo desnuda.

—Ya lo sé.

—¿Por qué hemos tardado tanto?

—Para que fuera como tenía que ser.

—Y lo es, ¿verdad?

—Sí —contestó—, lo es.

Sachi se volvió hacia él y le puso las manos en la cintura. Ambos llevaban kimono y bata interior. La tela, de tanto lavarla, se había quedado muy suave. Se palpaban a la perfección.

—¿Lo has hecho alguna vez? —susurró ella.

Él asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—No —dijo Sachi, apartándose para mirarlo a los ojos—, pero, ya que nos estamos sincerando, la respuesta casi podría haber sido que sí.

Esperó a ver si McGrady había mordido el anzuelo. Sí, lo había mordido.

—¿Casi?

—Tenía dieciocho años.

—Entonces fue en Berlín.

—Efectivamente —contestó—. Él era el hijo del embajador ruso.

—¿Sabes ruso?

—No, y él tampoco sabía alemán, inglés, francés ni japonés.

—¿Entonces en qué idioma hablabais?

Se le iluminaron los ojos como a su padre cuando disfrutaba contando un secreto.

—En ninguno.

—¿Qué te frenó?

—Llegó su padre a casa, y tuve que salir por la ventana. —Volvió a acercarse y se abrazó con fuerza a él—. Aún debe de tener varias de mis cosas.

Se apoyó en McGrady, silenciando su risa con los labios. Al cabo de un rato él se apartó, tomando su cara entre las manos. Quería mirarla. Quería grabarse el momento en la memoria.

—No puede existir ninguna otra mujer como tú, Sachi.

—Lo dudo. Mujeres hay muchas. De algo, sin embargo, podemos estar seguros.

—¿De qué?

—De que en todo Japón no hay ningún otro estadounidense que esté pasando la noche así.

—Pues entonces mejor que nos apartemos de las ventanas.

—Está la cama.

—¿Es adonde quieres ir?

—¿Me enseñarás lo que hay que hacer?

—Sí, si me enseñas las palabras.

—Quizá no las haya.

Llegaron al futón de Sachi y se arrodillaron encima, frente a frente. Estaban acostumbrados a enseñarse mutuamente. Sabían ser pacientes, y empezar por lo más básico. Sabían poner los cimientos, y construir después sobre ellos algo duradero.

36

Aunque hubiera tenido un reloj de pulsera, no lo habría mirado. Por eso mucho después, a solas en su casa, detrás de Diamond Head, con un vaso de whisky de Tennessee en la mano y los informes delante, tuvo que limitarse a conjeturas. Sabía por los almanaques que la luna se había puesto casi a medianoche, y por su memoria, que al quedar los dos saciados por primera vez la oscuridad era total. Por sus conversaciones con los oficiales del XXI Comando de Bombarderos sabía que los primeros B-29 de observación habían aparecido sobre la ciudad a las 12.03 del 10 de marzo, y que la habían sobrevolado en círculos. A bordo iban cartógrafos cuya finalidad era una sola: levantar el mapa de la inminente destrucción.

Los siguieron dos bombarderos de reconocimiento a cinco mil pies de altura. Sus incursiones sobre Asakusa empezaron a las 12.08, siguiendo trayectorias en ángulo recto. En su base de Tinián habían programado los intervalómetros para soltar bombas incendiarias cada cincuenta pies. A su paso, en tierra, quedaba un rastro de llamas. Sus trayectorias se cruzaron a media incursión. Cuando ganaron altura y viraron hacia el sur habían dejado una cruz de fuego, una diana para señalar el centro del barrio de Taito. Los demás bombarderos se orientarían por las llamas.

No recordaba con exactitud qué hacían a esa hora Sachi y él. Era posible que hubieran encendido una vela muy pequeña para poder leer juntos en la cama el diario de ella. También era posible que ya hubieran pasado a otra cosa.

No estaba seguro. Lo único que tenía muy claro era que por alguna razón ninguno de los dos oyó las sirenas antiaéreas, las cuales, por otro lado, no empezaron a sonar en Yanaka hasta que ya estaba todo muy avanzado.

37

Sachi estaba a su lado, boca abajo, acodada en el futón con la barbilla en el vértice de la uve formada por sus palmas, para poder verle la cara. McGrady seguía con un dedo el contorno de su oreja. En la habitación hacía frío, aunque ellos no lo tenían. Estaban encima de las mantas, sin necesitarlas.

—Espera —dijo ella—, no te muevas.

Rodó hasta el borde del futón y bajó al suelo. Al llegar al otro lado de la habitación se puso de rodillas delante de su mesa. Él la distinguía a duras penas. La oscuridad, ya sin luna, era total. Oyó un cajón. Sachi estaba sacando cosas y dejándolas sobre la mesa. Encendió una cerilla, con la que McGrady pudo ver su silueta desnuda. Se le había deshecho el moño.

Con los ojos cerrados, McGrady se sintió flotar, sin cuerpo ni vínculos con nada. Un año antes había empezado a soñar en japonés. La tapia del jardín no la cruzaba ni en sus sueños. Era peligroso en todos los sentidos. Ya no se acordaba de la cara de su hermano, ni de la de Molly. Su vida había desaparecido. Y también acababa de empezar. Estaba saciado. Y quería tener de nuevo a Sachi.

Sus contradicciones lo mantenían de una sola pieza, a la vez que lo desintegraban.

—Ahora mismo, si fueras una chica mínimamente normal, me estarías preguntando: «¿Qué piensas, Joe?»

—Ya sé qué piensas.

Sachi seguía de rodillas, dándole la espalda. Leía o escribía. McGrady no sabía cuál de las dos cosas.

—¿En serio?

—Si te lo demostrase tendrías miedo de mí. —Sachi se levantó y dio media vuelta. Tenía en una mano una pequeña vela, y en la otra un libro negro y una pluma estilográfica—. Pensarías que tengo algún don extraño.

—Eso ya lo pienso.

—Muy bien. —Dejó la vela en la estantería de encima de la cama. Luego se tumbó otra vez al lado de él, boca abajo, como antes—. ¿Tú sabes lo que pienso yo?

Él negó con la cabeza.

—Yo no tengo talentos especiales —dijo.

—Sí, varios.

—Lo que sé es lo que espero que pienses.

—¿Qué es?

Volvió a tocarle la mejilla. Ella se apoyó en sus dedos mientras lo escuchaba.

—Si me comprase una ema y escribiera mi deseo para colgarlo en el santuario Meiji, escribiría: «Que viva en un mundo donde Takahashi Sachi no se arrepienta de nada.»

—En ese mundo ya vives.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Sachi—. Compruébalo tú mismo.

Abrió el libro negro.

Él conocía bien su letra. La estudiaba desde hacía años. Sachi lo hojeó a la inversa hasta encontrar la página que buscaba.

—Mira —dijo, dándole el libro—, esto lo escribí tres días después de que llegaras.

Él se apoyó en un codo para poder acercar las páginas a la luz de la vela, y leyó lo que había escrito Sachi. Luego cerró el libro y se lo devolvió.

—¿Lo ves?

—Te creo.

—Sabía que esto pasaría, y quería que pasara. Sólo me arrepentiría si no hubiera pasado.

McGrady cogió otra vez el libro y lo hojeó. Sachi no debía de haber escrito cada día, porque no le habría durado tanto. Lo que estaba claro era que lo había empezado mucho antes de llegar él.

—¿En este diario hay algo que te preocupase que viera el Kenpeitai? —preguntó él—. Si registraron la casa debieron de encontrarlo.

—No, no lo encontraron.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo llevaba encima, como casi siempre.

—¿Las cosas de Miyako se las llevaron todas?

—Sólo nos queda la foto.

—La echas de menos —dijo—. Tu padre también.

Sachi le puso una mano en el pecho y fue bajando hasta su barriga.

—A veces os pasáis toda la noche hablando y, por la mañana, cuando veo a mi padre, sé que ha estado hablando de Miyako.

—Le he hecho una serie de promesas.

—Ya sé lo que quiere. ¿Piensas hacerlo? ¿De verdad?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Tú qué quieres que haga?

—Si me lo hubieras preguntado hace tres años me habría puesto del lado de mi padre, pero ahora ya no. No nos beneficiaría en nada, y llevaríamos el peso de un asesinato. Si aspiramos a un mundo mejor, deberíamos empezar siendo mejores nosotros.

—Está bien.

—No podría pedírtelo nunca. No soportaría presenciarlo.

—Pues entonces no lo haré.

Sachi le puso los labios en el cuello.

—Pero ¿si te lo hubiera pedido, lo habrías hecho?

—Haría cualquier cosa que me pidieras.

—¿De verdad?

Se había levantado un poco hasta quedar con su cara encima de la de McGrady. Él le puso un mechón de pelo por detrás de la oreja. Estaba toda ella expuesta.

—Pues entonces déjame que pida algunas cosas. Déjame que te enseñe lo que quiero.

Sachi cogió el libro y lo tiró al suelo. Acto seguido hizo tumbarse de espaldas a McGrady, se puso de rodillas y se montó sobre él. Tenía las palmas de las manos apoyadas en el futón, una a cada lado de la cabeza de él, y la cara a poco más de un palmo de la suya. McGrady la veía perfectamente, no sólo por la luz de la vela, sino por el resplandor anaranjado que entraba por la ventana este, suavizándolo todo. Nunca la había visto a una luz tan hermosa. Le puso las manos en la cintura y se incorporó para besarla.

Le llamó la atención un movimiento, captado con un solo ojo. Se quedó muy quieto, orientando la cabeza en esa dirección. La puerta del dormitorio había empezado a abrirse. Vio una mano en el marco. Dedos largos y blancos.

—*Sachi...*

Ojalá hubiera sido su padre, pero sabía que no. El intruso se puso a gritar antes de que él pudiera terminar la frase.

—*¡Apague esta luz, no puede haber nada encendido! Los americanos...*

Era un hombre con el uniforme caqui del Kenpeitai, botas negras y gorra de visera. Llevaba una espada de bambú y una pistola. Se había interrumpido a media frase, sin cerrar la boca. Sachi seguía encima de él, completamente inmóvil. Se miraron los tres hasta que ella gritó y se tapó con la manta.

El soldado del Kenpeitai gritó una sola frase, de las primeras que él había aprendido en su nuevo idioma:

—*Amerikajin desu!*

Buscó con la mano algo que colgaba de su cuello, un silbato de la policía. Se lo metió en la boca y empezó a emitir largos pitidos estridentes. Él bajó rápidamente al suelo. Necesitó tres saltos para llegar al otro lado de la habitación. El soldado se quedó boquiabierto y el silbato se le cayó de los labios. Acto seguido intentó abrir la funda de su pistola. El segundo que tardó le costó la vida: McGrady fue más rápido. Lo golpeó en la mandíbula y después le dio un puñetazo en el cuello y un rodillazo en la entrepierna. El soldado se inclinó y él lo hizo dar media vuelta y lo derribó. Una vez en el suelo le clavó una rodilla entre los omoplatos para que no se moviera.

El soldado del Kenpeitai se puso a chillar. Seguro que lo oiría alguien. Por otra parte, si tenía amigos estarían al caer. Él no podía permitirlo, tenía que hacerlo parar.

Levantando los brazos, le metió los dedos en los ojos, cuatro en cada uno. Luego le clavó la rodilla en la columna mientras tiraba de su cabeza hacia atrás, arqueándole la espalda. Estuvo haciendo fuerza hasta partirle el cuello. El soldado dejó de resistirse y se quedó completamente quieto. Le había seccionado los nervios dejándolo paralítico. No estaba muerto, su cabeza seguía con vida. Él aún percibía el movimiento de su mandíbula y el de sus ojos. Lo soltó y su frente chocó con el tatami.

Sacó la pistola del soldado de la funda y se levantó para ir a la ventana oeste. Sachi estaba al pie de la cama, deshecha en lágrimas. Él pasó a su lado sin detenerse y se pegó a la pared, desde donde podría asomarse a la ventana sin ser visto. En la calle no había nadie. La verja del jardín estaba abierta, con una bicicleta apoyada en ella. Fue a la ventana norte, desde donde se veía la mitad trasera del jardín. El cielo se había teñido de naranja. Estaba lleno de bombarderos, iluminados desde abajo por los incendios que habían provocado. Llegaban en grupos de tres y cuatro, entre intensos destellos plateados.

Debajo de los bombarderos ascendían nubes de humo, y los focos se clavaban en la bruma.

La casa no estaba rodeada por ningún escuadrón del Kenpeitai: el soldado había subido sin refuerzos. Durante una ronda en bicicleta por el barrio había visto luz en una ventana y había subido para hacer cumplir las normas.

Él se acercó a Sachi y se puso de rodillas.

—Era lo único que podía hacer.

—No sigas.

—Si no, ¿qué nos habría pasado?

—No me toques.

Ella se quitó las manos de él de los hombros y se apartó.

—Te habrían matado, y a mí lo mismo, y cuando tu padre volviera lo habrían matado también.

—No.

—No he tenido más remedio.

Sachi lloraba como si le hubiera dado un bofetón, clavándose los puños en los ojos. En ese momento, finalmente, empezó a sonar la sirena antiaérea de Yanaka, con un alarido ensordecedor, y abrieron fuego las baterías más cercanas. Fue un alivio. Necesitaban que se sobrepusiera algo a sus gritos.

—Sachi...

—Yo lo conocía.

—¿Qué?

—Era un crío, vivía en esta misma calle.

—Era del Kenpeitai y nos habría disparado. Tienes que hablar más bajo.

—Se lo cuidé muchas veces a su madre antes de que nos fuéramos a...

—Sachi...

—No.

—Tenía que hacerlo, no he tenido más...

—No habría dicho nada, lo habría entendido. Sólo era un crío, yo misma se lo podría haber explicado.

—Sachi...

—No, no. Lo has matado. Has matado a un crío en mi casa. Has...

—Estamos en guerra. Ya no hay bien ni mal. Se trata de sobrevivir como se pueda.

—Lo odio: odio todo esto.

—Necesito que me ayudes.

—Te o...

Una explosión hizo temblar toda la casa. Él se acercó corriendo a la ventana. A unos trescientos metros de altura había un bombardero cayendo en barrena. Se le habían incendiado los dos motores, que dibujaban en el cielo una espiral de llamas. Vio cómo perdía un ala que salía disparada hacia atrás, siguiendo su propia trayectoria. El resto del fuselaje iba derecho al suelo, derecho a la ventana. Corrió a coger a Sachi y sacarla de la habitación. La arrastró por el pasillo hasta llegar a la escalera. No había tiempo, lo sabía, pero tenía que intentarlo.

La siguiente explosión los pilló por la mitad de la escalera. La casa se estremeció. Por la ventana entraban destellos de luz. El avión se había estrellado en otro sitio. Llegaron al final de la escalera. Hizo dar media vuelta a Sachi y acercó mucho su cara a la de ella.

—Tienes que escucharme.

—No.

—Sachi, por favor.

Ella se lo quedó mirando y él notó que estaba a punto de desmayarse. Si fuera una película, la habría sacado del trance con una bofetada. La soltó y se apartó un poco.

—Voy a subir a por tu ropa. Tienes que quedarte cerca de la puerta. Si empiezan a caer aquí las bombas... si el fuego alcanza Yanaka... corre.

Sachi se limitó a mirarlo. Un minuto antes, él sólo había visto horror y asco en su cara. La luz de las llamas le había permitido verlos en sus ojos, pero en ese momento su expresión era neutral: no conocía al hombre al que tenía delante.

Subió corriendo y pasó por encima del soldado al que acababa de matar. Una vez recogidos el kimono y la bata interior de Sachi volvió a la planta baja. Sachi seguía donde la había dejado, esperando. Aceptó su kimono y se lo puso. Luego caminó por el pasillo hasta la entrada de la casa.

Él volvió a subir y puso boca arriba el cuerpo del soldado muerto. Antes solamente había visto el uniforme, el brazalete blanco y la pistola. Un soldado, una fuerza letal. Sachi tenía razón: era sólo un crío. Su padre no era ningún alto funcionario. Estaba desnutrido, tenía la cara enjuta y el pecho hundido. No podía tener más de diecisiete años. Se entendía que no hubiera podido desenfundar a tiempo. No había recibido instrucción propiamente dicha. Matarlo había sido tan fácil como partir un lápiz.

La mueca de su boca, con los dientes al desnudo y sus ojos inyectados en sangre lo decían todo: su muerte había estado llena de miedo y de sufrimiento. Lo sacó del cuarto arrastrándolo por los tobillos y lo bajó por la escalera. La espada de bambú del muchacho se soltó del cinturón y bajó rebotando hasta el recibidor. Su cabeza iba chocando con los peldaños. Sachi lo oiría y sabría lo que estaba haciendo.

Pasó al lado del hogar y salió por la puerta trasera arrastrando el cadáver. El cielo era naranja y negro. Seguían llegando bombarderos. Oía los motores y las descargas antiaéreas, pero no explosiones. Se trataba de algo nuevo, de alguna horrible

innovación. Los estadounidenses habían descubierto cómo prenderle fuego a una ciudad entera. Ya olía a quemado, un hedor nauseabundo a gasolina y carne. Del este llegaba una especie de rugido: llamas impulsadas por el viento, sirenas, gritos...

Llevó al chico muerto hasta el cuarto de baño arrastrándolo por el jardín. Takahashi lo había construido justo al lado de la antigua letrina. La pesada tapa de madera que cubría el agujero seguía en su lugar. Él estaba avisado: «No se ponga encima, que podría caerse.» Quitó la tapa dejando escapar una peste terrosa, fecunda. El agujero apenas tenía medio metro de diámetro y a saber cuántos de profundidad.

Metió al niño de cabeza y fue empujándolo hasta que ya no se le vieron los pies. Luego tiró la pistola. Volvió a la casa en busca de la espada y la arrojó al mismo sitio. Como entierro no tenía nada de honorable, pero no había tiempo para nada más. Llevó tierra de cuando había excavado el refugio y llenó el agujero por encima. Luego puso la tapa en su sitio.

Una vez que hubo escondido la bicicleta debajo de la casa y cerrado la verja, se lavó las manos y fue a buscar a Sachi. Se había refugiado otra vez en su cuarto. Estaba de pie ante la ventana este, contemplando el resplandor de la tormenta de fuego. Él recogió su bata del suelo y se la puso. Sachi se volvió para mirarlo. Ya había vuelto en sí y la cara le brillaba por las lágrimas. Él se quedó de pie a su lado. Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Míralos. ¿En algún momento pararán de venir?

—No lo sé. El chico...

—Sobre eso no hace falta que digas nada.

—Tenías razón.

—Teníamos razón los dos. Era un crío, y tú no has tenido más remedio. Odio que no nos hayan dejado elegir.

Él miró hacia la cama. La vela que Sachi había encendido no se había apagado. Tal como estaban las cosas, ya no debía de importar. Toda la mitad este de Tokio estaba siendo devorada por las llamas. A pesar de todo se acercó, se inclinó hacia la vela y la apagó con un soplido. Después, volvió con Sachi.

Se quedó de pie a su lado. Ella le rodeó la cintura con un brazo, pero ya no era lo mismo.

—¿Te he dicho que te odiaba?

—No lo sé —contestó él—. Puede ser.

—Pues no te odio. Lo que odio es todo esto, y lo que hemos hecho, pero no a ti.

Siguieron mirando los aviones. Ya no se oían baterías antiaéreas. Seguro que el fuego había arrasado con todas las que tenían los aviones a su alcance. Tampoco se veían focos. Seguían llegando bombarderos, que entraban y salían del humo y, al toparse con corrientes de aire ardiente que subía, eran zarandeados como simples juguetes. McGrady vio que uno daba una vuelta completa y se precipitaba hacia el suelo, pero a medio camino volvió a ascender por el impulso del aire expulsado por las llamas. El piloto se recuperó, cambió de dirección y continuó volando.

Acudieron los bomberos, que estuvieron dos horas y media trabajando. El fuego ya no era fuego, era un infierno. No, algo peor: no había palabras capaces de describirlo porque nadie había visto nunca nada igual. Al chocar entre ellos, los remolinos de llamas se

convertían en columnas de fuego giratorias de una altura de trescientos metros. El viento hacía temblar la casa. El fuego, absorbiendo cada vez más aire, arrasaba con todo. El viento se convirtió en un auténtico huracán. Él y Sachi, mientras tanto, miraban y escuchaban, pendientes de si había que salir corriendo. No estaba claro que sirviera de nada.

A las siete de la mañana estaba todo igual que a las doce y media de la noche. El cielo era una tapadera negra de humo. Encima de él quizá estuviera el sol, pero no había luz que valiera. Era un día perdido, una página arrancada, un relato que omitir.

Se quedaron junto a la ventana hasta que se vio con claridad que no los alcanzaría el fuego. Entonces fueron a la planta baja, donde no apestaba tanto a humo. Entraron en el cuarto de McGrady, cerraron la puerta, se quitaron las batas, se taparon con la manta y durmieron muy juntos. Sachi quiso que la abrazase, para ayudarla a superar sus pesadillas, y a cambio hizo lo mismo.

McGrady soñó con fuego y humo, con arrastrar por la escalera a un muchacho desnutrido por la guerra y enterrarlo en la fosa de una letrina. Soñó que al meterlo bajo tierra el chico aún estaba vivo. Cada vez que se despertaba de golpe se abrazaba a Sachi, sabiendo, sin embargo, que no servía de nada, que en adelante la había perdido.

Cuando se despertó, al final de la tarde, Sachi ya no estaba.

38

Sachi había dejado dos mensajes encima de la mesa. Uno era sólo para McGrady, y el otro, para su padre. McGrady leyó el suyo. El del padre lo dejó sin abrir.

Se reafirmaba en sus palabras de antes de la tormenta de fuego, y en las de después también. Lo que tenían lo era todo. Lo que tenían ya no se podía salvar. Estaba reducido a cenizas, como el resto. Durante tres años y medio habían dado vueltas por un jardín tapiado, cada vez más cerca el uno del otro. El mundo, fuera, se quemaba, y al final el fuego había llegado hasta ellos. ¿Dónde habían pensado que desembocaría ese camino al adentrarse en él? ¿Habían llegado tan poco preparados a ese punto por simple tontería, o por algo peor? En todo caso, ahí estaban, y Sachi tenía tan pocas alternativas como McGrady en el momento de partirle el cuello al chico.

Tenía que irse, lo quisiera o no.

En las montañas esperaba el viejo hogar de la familia. McGrady lo había visto en fotos. Sachi le había contado que las fuentes termales desprendían vapor a través de la nieve, que en primavera el bosque se llenaba de niebla, y que los árboles estaban recubiertos de hielo sulfuroso.

No huía de las bombas, sino de él. No podía quedarse en la casa con McGrady. No podía dormir sabiendo que él estaba en el piso de abajo, y el chico al que había matado, bajo tierra en el jardín. Enloquecería por lo uno o por lo otro.

Le rogaba que no le explicase lo del chico a su padre. También le rogaba que no le contase lo que habían hecho antes de su aparición. Le rogaba, en suma, que no explicase nada, y que a ella la olvidase. Por su parte, prometía no olvidarlo nunca. Sería el precio que pagaría. Por el crío. Por el fuego.

McGrady quemó el mensaje en el hogar. No hacía falta abrir las puertas, porque ya apestaba todo a humo. El mundo entero era una pira funeraria. Le escocían los ojos, y le dolía el cuello. Sujetó el papel hasta que las llamas llegaron a sus dedos, y entonces lo dejó caer en la ceniza. Se dijo que tenía que trabajar. Tenía que salir y terminar el refugio. Tenía que cavar y construir hasta que no pudiera levantar los brazos. Tal vez así no se desmoronara.

En vez de eso, lo que hizo fue caer de rodillas en el suelo y llorar hasta que se hizo de noche. Lloró por Sachi, por el chico al que había matado, por la ciudad que había muerto y por todo lo que habría podido ser y no sería. Lloró hasta atragantarse. Luego salió y cogió la pala.

Takahashi volvió a medianoche, dos días después. McGrady oyó la verja desde el cuarto de Sachi, y se levantó a mirar por la ventana. Había una luna muy delgada, pero suficiente. No tenía ninguna otra luz con la que competir. Vio entrar el coche. Ya no era negro. Estaba recubierto de ceniza gris. Takahashi había entrado con los faros

apagados, pero cuando abrió la puerta se encendió la luz de dentro del vehículo. Takahashi cogió su maleta del asiento de al lado y bajó. Parecía mareado, como si a duras penas pudiera con el peso de una maleta tan fina. Examinó la casa: el tejado, las ventanas del piso de arriba, las tapias del jardín... McGrady había barrido la ceniza y limpiado las ventanas. Lo que vio Takahashi debió de tranquilizarlo, porque se rehízo un poco y cerró el coche de un portazo.

McGrady llegó antes que él a la puerta principal y se la abrió.

—Takahashi-san.

—Inspector McGrady.

Se hicieron reverencias. Takahashi miró detrás de McGrady. Esperaba ver a su hija de rodillas al lado del hogar, como había esperado que aún existiera su ciudad al regresar.

—A Sachi no le pasó nada. Estaba aquí, conmigo, y quedó ilesa.

—¿Dónde está?

—Cogió el tren de Nagano. La noche siguiente. Me pidió que le diera esto.

Le entregó a Takahashi el mensaje que había dejado Sachi. Seguía sin saber qué ponía. Entraron juntos en la sala principal. Takahashi se arrodilló junto al hogar. McGrady encendió una vela. En el piso de abajo había cortinas para los apagones. Qué distintas podrían haber sido las cosas si Sachi le hubiera permitido instalarlas también en el de arriba...

Takahashi leyó el mensaje, lo guardó doblado en el bolsillo de su pechera y se levantó.

—Le pediría que me acompañase, McGrady-san.

—¿Adónde?

—A dar un paseo en coche.

—De acuerdo.

—¿Qué pasó entre usted y Sachi?

—No pasó nada.

—Está enamorada de usted.

—¿Se lo ha dicho ella?

—No hace falta. He podido observarlos juntos durante tres años.

—Pues entonces debería saber que yo también la quiero.

—Eso tampoco hace falta que me lo diga. ¿Qué pasó?

—No sé qué le cuenta en el mensaje.

—Yo tampoco sé qué le dijo antes de irse.

—Me dijo que no teníamos camino por delante.

Takahashi asintió, cogió su sombrero de copa y se lo puso. Luego se abrochó el abrigo y sacó de su bolsillo las llaves del coche.

—Vamos a dar un paseo en coche, McGrady-san —propuso—. Quiero que lo vea.

McGrady no estaba en situación de negarse, y si hubiera podido le habría dado vergüenza. Habría quedado como un ser despreciable. Así pues, siguió a Takahashi por la puerta y hasta el coche. Esta vez no se molestó en correr la cortinilla. No había nadie por las calles. Dieron vueltas por el sur de Ueno. Vio la pagoda del zoo, que recordaba de la noche en que había llegado. Luego cruzaron las vías, y no había nada que ver. Estaban en un yermo. La carretera recorría en línea recta un campo de cenizas.

Takahashi conducía con las luces apagadas, a menos de diez kilómetros por hora. En la línea del horizonte se veían bultos, coches derretidos. Grandes extensiones de desechos salpicadas de paredes de ladrillo en ruinas. Era como ir en coche por una colada de lava. Takahashi frenó.

—Le voy a enseñar algo.

Bajó, seguido por McGrady, que rodeó el capó para reunirse con él. Se abrieron paso juntos entre la ceniza, que el fuego había endurecido, convirtiéndola en una costra que aún desprendía calor. Sus pies la hacían crujir con un ruido como el de la nieve cuando empieza a helarse. Pasaron al lado de un coche derretido. Dentro había cuatro personas, todas negras, chamuscadas. Bastaría sin duda algo de viento para reducirlos a polvo. McGrady comprendió qué había estado barriendo del porche y limpiando de las ventanas. Se dio cuenta de qué había estado respirando.

Siguieron adelante, pasando al lado de un edificio de ladrillo y piedra cuyas paredes aún se mantenían en pie. Lo de dentro, y lo de alrededor, en cambio, estaba todo incinerado.

—Mire —dijo Takahashi, señalando hacia delante—, allá hay uno.

McGrady no veía a qué se estaban acercando, ni lo preguntó. Ya lo vería pronto con sus propios ojos. El crujido de sus pasos se detuvo al borde de un hoyo. Podía haber sido una bodega o un refugio. En todo caso, se había convertido en una simple fosa al aire libre. Tres metros de profundidad y seis de longitud. Dentro, unos cien cadáveres. Estaban carbonizados, sin caras. McGrady no supo distinguir si eran hombres o mujeres. Supuso que los que tenían niños pequeños en brazos serían mujeres.

—No se acaba nunca —dijo Takahashi—. Podríamos seguir a pie en la misma dirección durante una hora y media y no llegaríamos al final.

—Takahashi-san...

—No me diga que lo siente —dijo Takahashi—. ¿Sabe cuánta gente vivía aquí?

—No.

—No lo sabrá nadie nunca —contestó—. Nadie contará nunca los muertos. ¿Cuántos se han achicharrado en un refugio subterráneo por cada uno de los que vemos? ¿Cuántos se han deshecho en polvo?

A lo lejos, McGrady vio una luz, una linterna con un filtro rojo. Alguien rebuscaba entre los escombros. No había nada de provecho que encontrar. No había absolutamente nada.

—¿Cree que estoy enfadado con usted, McGrady?

—Tendría todo el derecho.

—Pues no estoy enfadado, pero ¿sabe qué pregunta me hago constantemente?

—No.

—Si no hubiera muerto Miyako, si les hubiera transmitido a los estadounidenses lo que sabía, ¿estaríamos ahora aquí?

—Yo no.

—Yo tampoco. Al zarpar, nuestra flota se habría topado con sus submarinos. De los barcos rezagados podrían haberse ocupado sus bombarderos. Miyako podría haber mandado a diez mil hombres a una muerte segura. Habría sido un gesto de bondad para con su país.

—Tiene razón.

—¿Sabe qué quiero que haga?

—Sachi me hizo prometer que no lo haría.

Takahashi metió una mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pistola, la misma que llevaba el chico del Kenpeitai.

—Eso fue antes de que lo dejara.

—Es verdad.

—Lo abandonó, McGrady.

—Efectivamente.

Estaba mirando la pistola. Takahashi no lo apuntaba con ella. La tenía colgando de su mano.

—¿Y yo, lo he abandonado?

—No.

—¿Lo he echado de casa?

—No.

—Si lo echase, usted me rogaría que le pegase un tiro. Sería mejor que ser encontrado por la muchedumbre.

—No me cabe la menor duda.

—Sin embargo, no voy a abandonarlo a causa de todo esto.

—Si lo hiciera no se lo reprocharía.

—Mátelo o no lo mate; me da igual, pero encuéntrelo. Mire bien todo esto y acuérdese. Hubo una posibilidad de evitarlo, y él mató a Miyako. Hágaselo pagar.

—Lo haré, Takahashi-sensei.

—Bueno, ¿le parece que volvamos?

—Sí, por favor.

—Estaremos los dos solos hasta que se acabe.

—Está bien.

—¿Sabe en qué somos iguales?

—No.

—En que estamos enamorados de mujeres que no nos soportan. Las ahuyentamos demostrándoles qué estábamos dispuestos a hacer.

—Tiene razón.

—Lo único que espero es el final, McGrady-san.

—No creo que falte mucho.

—Tampoco será fácil.

39

El 15 de agosto de 1945, Takahashi llegó a casa en pleno día. Dejó la verja abierta y no cerró el coche. Encontró a McGrady sentado ante la mesa. McGrady dejó el libro que estaba leyendo y levantó la vista.

—¿Qué pasa?

No supo interpretar su expresión, aunque sintió una punzada de miedo al ver que temblaba. Las incursiones de los bombarderos se habían producido de noche. De día siempre se había estado a salvo, por lo general, pero lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki había sucedido a plena luz del sol.

—Espéreme aquí —dijo Takahashi—. Tenemos un par de minutos. Necesito ir a buscar la radio al piso de arriba.

Dejó el sombrero en la mesa y subió. Era donde tenía él su dormitorio, en la otra punta del pasillo respecto al de Sachi. McGrady se quedó esperando. Miró el jardín. No se había molestado en terminar el refugio. Era evidente que no habría servido de nada. No quería cavar su propia tumba y quedarse esperando dentro de ella. Al cabo de un rato apareció Takahashi en la escalera, bajando deprisa con una radio. La depositó en la mesa y la encendió. Acto seguido la sintonizó y ajustó el volumen. Sólo se oía algún que otro chisporroteo. Se volvió hacia McGrady.

—Está a punto de hablar el emperador.

—¿Y qué dirá?

—¿Usted qué cree?

El principio de la transmisión se adelantó a la respuesta de McGrady. La voz del emperador era tenue, infantil. No estaba hablando en directo a través de un micrófono. Era un fonograma pregrabado, y no de muy buena calidad. Estaba tan rayado que costaba descifrarlo. McGrady casi no entendía una sola palabra. Miró a Takahashi.

—Está hablando en japonés clásico —dijo éste.

—¿Usted lo entiende?

Asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Escuchó un poco con los ojos cerrados y los dedos apoyados en la mesa, planos. A partir de un momento empezó a traducir—. Ha reflexionado muy a fondo sobre las tendencias generales del mundo. Se da cuenta de las condiciones que rigen actualmente en el imperio, y ha decidido incidir en la presente situación mediante el recurso a una medida extraordinaria.

Escucharon al emperador treinta segundos más. McGrady sólo entendía una de cada cinco palabras, pero no le hacía falta más para saber que Hirohito no se estaba dando prisa en ir al grano.

Takahashi carraspeó.

—Ha ordenado a su gobierno que les comunique a los aliados que Japón acepta lo que estipularon en su última declaración.

—¿Qué última declaración?

—Rendición sin condiciones —dijo Takahashi—. Habida cuenta de lo acontecido el 6 y el 9 de agosto.

McGrady no contestó. Tampoco escuchó el resto el programa. Se levantó, salió y se quedó debajo del cerezo. Se puso de rodillas y cerró los ojos.

A falta de otro sitio adonde ir, se quedó con Takahashi dos semanas más. Takahashi acudía al ministerio, y a veces no volvía en varios días. McGrady daba vueltas por la casa, esperando noticias de Sachi, o que volviera, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Se enteró por la radio de que en la bahía de Tokio se estaban congregando barcos estadounidenses. Iba a salir una delegación de japoneses para firmar un documento de rendición. Aun así esperó. Ya se había convertido en una costumbre. El tercer día después de la ceremonia de rendición, Takahashi se brindó a llevarlo al puerto en coche, pero McGrady rechazó su oferta. No lo beneficiaría en nada que lo vieran haciéndolo. Suscitaría preguntas en uno y otro bando. Así pues, McGrady fue a su habitación, sacó su traje del armario y se lo puso. Los zapatos no se los había puesto ni una vez desde su llegada.

Salieron juntos a los escalones de entrada.

McGrady no sabía qué decir. Se dieron la mano, y luego se abrazaron. Ambos sabían que no volverían a verse. El primero en hablar fue McGrady:

—Cuando la vea, dígale que la quiero. Dígale que esperaré.

—De acuerdo.

—Yo, cuando lo atrape, le diré que me envía usted. Ya recibirá noticias mías.

Intercambiaron reverencias. Luego McGrady bajó los escalones y cruzó la verja. Se iba sin nada en los bolsillos salvo las escasas

páginas que había escrito acerca de Miyako Takahashi. No llevaba ningún mapa. No le preocupaba perderse. Ya estaba perdido antes de empezar. Volver a casa era la gran incógnita.

Caminó entre las tapias del camino, con cementerios y templos a ambos lados. Cruzó el campus de la universidad y pasó por delante del Museo Nacional de Tokio. Nunca lo había visto con sus propios ojos, pero podría haberse movido por sus salas con los ojos vendados. Sachi se lo había hecho visitar con su voz.

La gente se paraba a mirarlo, y él los saludaba con la cabeza. Le hizo una reverencia a un hombre que se la había hecho a él. No había ninguna turba con ganas de arrancarle los brazos y las piernas. No había niños tirándole trozos de carbón. Al atravesar los terrenos dejados baldíos por el fuego se paró a ayudar a una mujer a sacar agua de un pozo. Tenía quemaduras en la cara y las manos. Le preguntó dónde podía encontrar a los estadounidenses y ella le señaló el camino.

Al final de la tarde se encontró con un destacamento de desembarco norteamericano. Al principio no sabían qué hacer con él, un estadounidense de traje y corbata saliendo de entre los escombros con las manos en alto... Poco antes de que se pusiera el sol lo subieron a una lancha para que lo llevaran a su buque insignia. El cielo estaba lleno de cazas que volaban bajo. Seguro que la bahía acababa de convertirse en la mayor base naval estadounidense del mundo. Nunca había visto tantos barcos de guerra. Perdió la cuenta al llegar a ciento cincuenta. A lo lejos se erguía el monte Fuji, tras una larga extensión de aguas grises y picadas. La lancha llegó a un

barco. Subieron a McGrady por la pasarela. El último peldaño llevaba escrito con plantilla el nombre del acorazado: acababa de embarcarse en el *Missouri*.

Por la mañana del día siguiente, 6 de septiembre, vio desde la borda cómo levaba anclas el *Missouri*. Luego se sentó en la popa, cerca de los pocos estadounidenses perdidos en Japón que habían conseguido embarcar. Estaban todos peor que él. A uno le faltaba un ojo, y otro tenía quemaduras en todo el cuerpo de cintura para arriba. Los cinco estaban esqueléticos. Miraban la costa. El barco estaba atravesando la bahía de Tokio para salir a mar abierto. Yokohama estaba arrasada y la costa era una sucesión de cráteres. Durante las primeras veinte millas los escoltaron dragaminas estadounidenses que estaban quitando las que los propios estadounidenses habían puesto.

El *Missouri* era rápido y, cuando dieron media vuelta los dragaminas, se destapó en toda su potencia, próxima a los treinta nudos. En menos de dos horas ya no se veía Japón.

En el horizonte había una sola nube larga y gris, que también acabó por desaparecer.

Le asignaron un catre en un pasillo, cerca del comedor para los alistados.

Habló con la tripulación, poniéndose al día de la guerra. Estaban todos muy impresionados con la bomba atómica, y no disimulaban su entusiasmo. En Japón habían desaparecido ciudades enteras y se

habían evaporado mujeres y niños japoneses, pero no dejaba de ser un precio módico, una verdadera ganga. ¿Quién no la aprovecharía? Ya podían irse a casa y cancelar la invasión de las islas principales. Vivirían todos para celebrar los veintiún años.

McGrady escuchaba sin hablar. No les dijo cómo se veía desde tierra, ni lo que le había enseñado Takahashi dentro de los socavones y los campos de ceniza. En una mujer, en un bebé quemados, no quedaban detalles para hacer distingos. Podían ser de cualquier país.

No hacía falta que lo oyeran. Habían recibido más noticias que él, y habían visto más. Le hablaron de Berlín y Stalingrado, de los campos de exterminio y de las campañas en las islas. Habían salido victoriosos de una dura batalla. Eso McGrady no pensaba quitárselo.

El barco hacía escala en Guam.

Subieron pasajeros, soldados que volvían a sus casas y prisioneros de guerra liberados. McGrady los oía contar sus historias. Iba por todo el barco, de grupo en grupo, para no tener que decir nunca nada. Había latas de cerveza, dispensadores de café inagotables y mucha ternera en los congeladores. Le dieron calcetines y ropa interior nueva. Pantalones militares, camisetas blancas y una bolsa para la ropa sucia con su nombre.

El pasillo donde dormía se había llenado de gente, y habían puesto otro catre muy pegado al suyo. Se mudó al exterior e instaló su ropa de cama al pie de una torreta. Cuando no dormía estaba en la popa, contemplando la estela del barco, que de día era como espuma blanca, y de noche como una luz verdosa. El barco devoraba millas, llevándolo de vuelta.

Nadie estaba al corriente de su regreso.

Lo vio por la mañana del 20 de septiembre, sentado en la borda de estribor. Lo primero en aparecer fueron las montañas, agrestes, de un verde esmeralda. El barco navegaba contra el viento. Se llenó los pulmones. La isla estaba a veinte millas, pero ya reconocía su olor. Flores, hierba segada y tierra roja. Habían cruzado el océano sin que los escoltara nadie. A pocas millas de la costa llegó a su encuentro toda una flota para acompañarlos hasta el puerto. Barcas de pesca, yates de teca... Los capitanes tocaban la sirena, y las chicas les lanzaban flores y leis.

El color del agua pasó del azul marino al turquesa. Estaban en la entrada de Pearl Harbor. En la boya de medio canal esperaban dos barcos de bomberos, arrojando chorros de agua al aire.

En el muelle había una banda de música esperando, y fotógrafos en busca de la mejor foto. Todos querían ver el *Missouri*, el barco al que habían subido los japoneses, con esos sombreros de copa tan graciosos, para firmar la rendición mientras se cernía MacArthur sobre ellos como un rascacielos con ropa militar. Ya estaban en casa los muchachos. Ya estaba el barco en el puerto donde había empezado todo.

Fue a la torrecilla y se sentó en su manta. Esperó a que se aplacara el griterío, y a que se fuera la banda, para bajar a tierra por la pasarela. Las dimensiones de la base se habían multiplicado por diez. Los nuevos edificios eran de hormigón y acero, con antenas de radio y de radar. El cielo estaba surcado por aviones que se disponían a aterrizar en el aeropuerto Rogers y la base Hickam. Había más de todo. Era todo más grande y más nuevo.

Atravesó la base y salió por el acceso principal. Luego subió por la colina hasta la carretera de Kamehameha y levantó el pulgar. Se

paró el primer coche que pasaba, un vehículo descubierto conducido por un teniente del ejército que parecía eufórico por estar vivo.

—¿Para dónde vas? —preguntó.

—A la comisaría del centro. ¿Aún está en Merchant?

—Creo que sí —dijo el teniente—. Sube.

Iba deprisa, adelantando sin parar. Las carreteras estaban llenas de coches de todos los colores. No había *rickshaws*, ni hombres que empujaran carros de madera. La señalización estaba toda en inglés. En los bares servían cerveza estadounidense y bourbon. Por cinco centavos te daban una hamburguesa. Él no tenía ni uno.

—A la comisaría, ¿no?

—Exacto.

—Tienes pinta de poli. ¿Lo eres?

—He estado faltando al trabajo. Puede que vuelvan a cogerme o puede que no.

—¿Cuánto has faltado?

—Unos mil cuatrocientos días más o menos.

Empezó a mover mucho los ojos, mientras lo calculaba en años y meses. Frenó para no chocar con un camión de reparto.

—Coño, pero si es toda la guerra.

—Sí.

—¿Y eso?

—Fui a Hong Kong por un caso. Llegué el 8 de diciembre de 1941. Ya te puedes imaginar el resto.

—¿Y qué tal?

—Si tuviera que repetirlo haría algunas cosas de otra manera.

El teniente no contestó. Hacía viento y sol. Él miró el vehículo en el que tan deprisa iban. Nunca se había montado en nada parecido.

—¿Esto qué es, un coche o una furgoneta?

—No sé, un Jeep —dijo el teniente—. ¿Y si no vuelven a cogerte?

—Pues ni idea.

—¿Qué más sabes hacer?

—Estuve en el ejército.

—Ahora no buscamos hombres: recortamos.

Siguió conduciendo. Sacó un cigarrillo, lo encendió y le ofreció otro, que él rechazó: bastante humo había respirado ya.

—A mí me parece que la policía de Hawái está obligada a cogerte.

—¿Por qué?

—Has estado todo este tiempo trabajando. Si va un soldado a Japón y lo pillan los japos no tiene sentido que se pregunte si aún tiene trabajo. Ya tiene bastantes preocupaciones para pensar en eso.

—Tiene su lógica.

—Y a tu jefe deberías pedirle que te pague el sueldo acumulado.

—El sueldo acumulado.

—El sueldo acumulado —dijo el teniente—. ¿Casa tienes?

—Lo que tengo es lo que ves.

Se había puesto su traje y llevaba su bolsa de la ropa sucia más un cepillo de dientes, una maquinilla de afeitar y una manta de la Marina estadounidense.

—Si te pagan de golpe mil cuatrocientos días atrasados podrás comprarte muchas cosas.

El teniente lo dejó en la esquina de Merchant y Nuuanu, despidiéndose con un apretón de manos. Él pasó al lado del Royal Saloon. La comisaría seguía donde siempre. Al otro lado de la calle,

el Yokohama Specie Bank había sido requisado por la policía militar. Fuera había vigilantes de uniforme con fusiles M1 Garand al hombro. Debían de tener la misma edad que el chico del Kenpeitai, pero parecían bien alimentados y entrenados.

Entró en la comisaría. En el mostrador había un agente de guardia. Circulaban varios hombres más, entre los que no vio a nadie conocido. Se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarlo?

Se había distraído: se había puesto a mirar el vestíbulo, sin más (la luz polvorienta de las ventanas altas), y a recordar los viejos olores: sudor, café, amoniaco...

—Tengo que ver a alguien —respondió al fin.

—¿A quién?

—¿Está Fred Ball?

—Voy a comprobarlo.

De pronto reconoció una cara.

—Eh, Kondo...

Kondo dio media vuelta y se lo quedó mirando diez largos segundos.

—Me cago en la leche...

El del mostrador levantó la vista.

—¿Qué pasa?

—Este tío... este tío es Joe McGrady.

—¿El inspector?

—¿Qué, cómo va la vida? —preguntó McGrady.

—¿Que cómo va la vida? ¡Cómo te va a ti, dirás! Se suponía que estabas muerto.

—Ya.

Kondo se acercó para darle un buen apretón de manos y una palmada en la espalda. Se habían ido acercando otros policías, pero él no conocía a ninguno. Se imaginaba que los había atraído. Seguro que se había hecho famoso por toda la comisaría: Joe McGrady, el inspector que fue a Hong Kong y no volvió. Iba a perder mucho prestigio. Quedaba mejor que la historia acabara en Yokohama, con una espada, en vez de cualquier cosa que él pudiera contarles.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado?

—¿A ti qué te parece?

—Nos dijeron que te habían matado; que se te llevaron a Japón y te mataron.

—En Japón sí que estuve —dijo McGrady—. Y hasta he hecho algún progreso...

—¿Cómo que «algún progreso»?

—En la investigación.

—Pero ¿aún estás pensando en eso? ¡Madre mía...!

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó McGrady—. ¿Beamer sigue por aquí? ¿Y Fred Ball, por dónde anda?

—El jefe está siempre demasiado enfadado para morirse, y es demasiado tonto para retirarse —respondió Kondo; luego, se puso serio—. En cuanto a Fred...

—¿Qué?

—Deberíamos sentarnos los tres juntos.

—¿Está por aquí?

—Voy a buscarlo. No te muevas. ¿Quieres comer algo?

—Si me invitas...

—Te invito. O te invita Fred —contestó Kondo. Se miró los pies y le dio otra palmada en la espalda, seguida por un abrazo de oso.

Luego se apartó—. Joder, Joe... Espera, ya vengo.

Se fue y volvió a subir en diez minutos. Detrás iba Fred Ball. Estaba más o menos igual, con unos kilos de menos en el abdomen, compensados en los hombros. Se le veía capaz de atravesar una pared de ladrillo. Kondo lo había puesto al día. Fue directamente hacia él y le dio la mano.

—Joe.

—Hola.

—¿Te va bien el Royal?

—Si está abierto... La última vez que quisimos ir lo encontramos cerrado.

—Perfecto, pues vamos —repuso Fred.

—¿Y Beamer?

—Ya lo veremos luego —dijo Ball—. Tengo que hablar contigo.

Kondo se unió a ellos. Fueron al Royal, donde les dieron un reservado. Kondo se sentó junto a la pared, con Ball al lado. Ambos lo miraban incesantemente. Llegó la camarera, la misma que había trabajado siempre allí, y le sonrió como si se hubieran visto el día antes.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó Ball.

—Venga.

—Yo necesito una.

—Pues que sean tres —dijo Kondo.

La camarera se fue.

—¿Qué te pasó en el viaje? —preguntó Ball.

—Estuve a esto —repuso él levantando la mano y separando un par de centímetros el pulgar y el índice—. Le seguí la pista a John Smith hasta su hotel y luego me arrestaron...

—¿Que te qué?

—Me arrestaron. Fue un montaje de Smith, una acusación falsa de violación. Convenció a una mujer de que me identificara en una ronda. Te habría encantado la técnica que usaban. Me metieron en un calabozo donde me pilló el ataque japonés.

—El mismo día en que pasó lo de aquí... —comentó Kondo.

—Luego acabé en Japón.

—¿Y?

—Encontré la pista de la chica muerta. Me dieron su nombre y averigüé qué hacía aquí.

—¿Cómo coño llegaste a saberlo?

—Me encontró su tío, que había estado pendiente de la prensa de Honolulú —respondió él—. ¿Y vosotros? ¿Localizasteis el Packard?

—¿Qué Packard?

—¿No te acuerdas? El hombre al que maté tenía un Packard del treinta y ocho, un dos plazas trucado, y estábamos investigando de dónde lo había sacado.

—Ah, vale, ya me acuerdo —dijo Ball—. Sí, sí que lo localizamos. El tío se llamaba Daniel O'Brian.

—Más conocido como Danny Boy —dijo Kondo—. ¿Te suena de algo?

—¿Os referís al chulo?

—Ex chulo. Lo mataron de un navajazo en el cuarenta y tres.

—¿Llegasteis a interrogarlo? ¿Tomasteis notas?

Kondo estaba sacudiendo el tarro de cristal de los palillos para sacar uno.

—El caso está cerrado, Joe —contestó Ball—. Ya no lo investiga nadie.

—Hemos estado entretenidos con mil otras cosas —añadió Kondo.

La camarera volvió con tres cervezas en pesadas jarras de cristal. Las dejó en la mesa y se retiró de nuevo.

—Pues voy a reabrirlo.

—Si Beamer te deja—dijo Ball.

—¿Por qué no iba a dejarme?

—Desde el principio no quería que tú lo investigases—contestó—. Si no se salió con la suya fue porque Kincaid quería hacerle la pelota a un almirante.

—Kimmel ya es historia —dijo Kondo—, lo cual cambia las cosas.

—Le dieron la patada —dijo Ball—. Lo degradaron y lo echaron del ejército por lo de Pearl Harbor.

Se quedaron mirando sus cervezas sin hablar durante un rato. Al final, Kondo levantó la suya y la acercó al centro de la mesa.

—Hay que encajar las cosas como vienen, Joe —dijo—. Ahora mismo, la buena noticia es que has vuelto.

Ball y él cogieron sus jarras y las hicieron chocar con la de Kondo. Ball y Kondo bebieron, pero él dejó la suya en la mesa sin tocarla.

—Oísteis que estaba muerto.

—Salías en la lista —dijo Ball.

—Ya me lo imaginaba.

Kondo miró a Ball. Estaban comunicándose en algún tipo de lenguaje de signos.

—Tengo que hablar contigo de ese tema —dijo Ball.

—Se lo contaste a Molly.

—Sí, se lo conté.

—¿Y cómo fue?

—Se lo tomó fatal —respondió Ball haciendo girar la cerveza en la jarra—. Yo también, para que lo sepas.

—Es verdad —dijo Kondo—. Estuvimos hablándolo la tira de veces, aquí mismo.

—Vale.

Ball cogió su cerveza y se bebió la mitad.

—Explícaselo —dijo Kondo—, o lo hago yo si quieres.

—Que sí, joder, que ya se lo explico —dijo Ball y se volvió a mirarlo—. Al principio sólo... a ver si me explico. A mí me sabía todo fatal y ella necesitaba compañía, así que me pidió que pasara alguna vez...

—Lo entiendo.

—Yo no creía que fuera su tipo —dijo Ball—. No soy como tú, pero bueno, le hice compañía.

Ball puso las manos en la mesa y él vio el anillo.

—Vaya, que...

—¿Cuándo fue?

—En enero de 1944.

—Supongo que de la otra te divorciarías.

—Sí, sí.

—Enhorabuena —dijo él. Miró su cerveza y después la calle a través de la ventana.

—¿Y ya está? —preguntó Fred Ball.

—Coño, Fred, ¿qué más quieres?

—Bueno, es que... tú estabas muerto. Tampoco es que te hubieras ido un par de días y yo hubiera aprovechado para irme a vivir con Molly. ¡Que estabas muerto, joder!

—Ya lo sé.

—Tenemos un hijo. Acaba de cumplir un año.

McGrady ya no miraba nada. Estaba calculando, haciendo sumas y comparando. Por un lado, la vida de Molly, por otro, la de él. Cuando ella se casó, él aún le escribía una carta cada noche, cuando dio a luz aún se aferraba a su recuerdo y se esforzaba al máximo porque no se borrase su cara...

No era culpa de Molly ni tampoco de Fred Ball. Era un desastre absoluto, y nadie había hecho nada malo.

Empujó su jarra de cerveza hacia Ball.

—Genial —dijo—. Me alegro mucho por vosotros, de verdad. Pagáis vosotros, ¿no? Es que yo no tengo nada.

—¿Adónde vas?

—A ver a Beamer, a que me devuelva mi trabajo.

Salió del reservado y se fue. Ball no lo siguió.

Volvió a la comisaría por la entrada del sótano, la de Bethel Street. Fue al despacho de Beamer y llamó a la puerta. Nadie contestó. Probó a abrir, pero estaba cerrada con llave. Subió otra vez a la planta baja. Seguía sin reconocer a nadie. Fue al despacho de Gabrielson, el jefe. Quizá fuera más lógico empezar por lo más alto. Gabrielson había estado desde el principio, incluso en la sala de la sede de Alexander & Baldwin donde Kincaid y Kimmel habían fraguado el plan de mandarlo a Hong Kong.

Viendo que iba hacia la puerta, la secretaria del jefe trató de detenerlo.

—Perdone...

—No pasa nada, me está esperando.

Abrió la puerta, entró y la cerró antes de que la secretaria pudiera alcanzarlo. Gabrielson estaba detrás de su mesa. Iba de uniforme, pero se había quitado la gorra. Estaba reclinado en su silla leyendo un informe escrito a máquina.

Lo dejó en la mesa y lo miró por encima de sus gafas de lectura.

—¿Sí?

—¿Qué tal, jefe?

—¿Lo conozco?

—Soy McGrady, señor. Me envió a Hong Kong en el cuarenta y uno. Por el caso de Henry Kimmel Willard.

—¿McGrady, ha dicho? ¿Joe McGrady?

—He vuelto esta mañana y he pensado que querría recibir el parte.

La secretaria abrió la puerta y asomó la cabeza. El jefe le hizo un gesto para que se fuera.

—No pasa nada.

Ella cerró la puerta, el jefe se quitó las gafas de lectura y apartó el informe.

—¿Qué sucedió?

Acabó el día sentado en el rompeolas cerca de la Aloha Tower, viendo cómo entraban y salían los barcos del puerto. Estaba bebiendo bourbon de Kentucky de una botella que le cabía en el bolsillo del pecho. Gabrielson le había prestado diez dólares y le había dado instrucciones de volver a presentarse en la comisaría a las once de la mañana. Tendría placa y pistola nuevas esperando y algo para moverse por la ciudad.

No le había preguntado dónde se alojaba. Diez dólares daban para eso y mucho más. Estaba el hotel Alexander Young de Bishop Street, la YMCA y la iglesia de Kawaiahao, donde se dejarían convencer y le permitirían dormir en el suelo, encima de una manta.

Esa noche no lo preocupaba. Estaba pensando a largo plazo. El cuarto de encima del puesto de chop suey ya no existía, y seguro que hacía años que el casero había tirado sus cosas. Ya no se acordaba ni de lo que tenía; nada por lo que valiera la pena llorar, en cualquier caso, nada que en esos momentos no hubiera tirado él mismo en caso de tenerlo.

Bebía el bourbon a sorbitos, dejándoselo en la lengua.

Le había preguntado a Gabrielson por el sueldo acumulado y el pobre hombre, tomado por sorpresa, no había sabido qué contestar. Tendría que pronunciarse el letrado municipal, y se necesitaría la autorización del alcalde. Él también se informaría por su cuenta. Había encontrado un listín telefónico y algunas direcciones de abogados en Bishop Street, iría a visitarlos al día siguiente por la mañana, una vez afeitado y desayunado, para ver qué opinaban.

Tomó un buen trago a morro y miró el mar, viendo el sol acercarse al horizonte. Sus pensamientos fueron más allá, hasta Sachi, en sus montañas. En Japón era mediodía. Tal vez estuviera paseando por el bosque, o de rodillas al lado del hogar, reavivando trozos de carbón amontonados. Cerró los ojos. Ella le había prometido no olvidar. Si le hubiera dado la oportunidad, él habría dicho lo mismo.

Se acabó la botella y se preguntó qué narices debería hacer después.

40

Era el 7 de diciembre de 1945. Se despertó al alba para conmemorar el aniversario del ataque.

Cuatro años antes, a esas horas, estaba en un calabozo de Hong Kong. Era su quinto diciembre desde que había subido al Clipper en West Loch. Cuatro años antes y el día anterior. Intentó ver todos los días a la vez, en fila. Cuántos de ellos no habían sido negros...

Salió. Su jardín estaba bien cuidado. Caminó descalzo por la hierba cortada casi a ras de suelo y abrió la puerta de madera del muro alto de piedra. Tenía la playa delante: quince metros de arena y, al final de la cuesta, el Pacífico.

Escuchó las olas, y el traqueteo de los tallos de bambú zarandeados por el viento. Cinco diciembres. Tenía una casa y una hipoteca llevadera. Tenía trabajo, y coche, y un Jeep sobrante del ejército. Tenía miles de dólares en su cuenta bancaria.

Cada vez que salía tenía la impresión de no llevar nada en los bolsillos. No se sentía más cerca de casa. Tantos días de supervivencia y no le habían dejado nada. Había perdido a Molly. Había perdido a Sachi. La investigación, desde que se había interpuesto Beamer para apartarla de él, tampoco la tenía. Lo único que tenía eran unas cuantas promesas que no sabía cómo cumplir. Al menos otros hombres tenían cicatrices, algo que enseñar; habían

estado en batallas con nombres, y podían reunirse en bares, o echar una partida de pelota en algún parque y contarse anécdotas.

Volvió a salir después del té. Se había hecho construir el baño externo al mismo tiempo que el muro y el jardín. Se duchó, se vistió y se puso la chaqueta sobre la pistola, con la placa en el bolsillo de delante. Salió al garaje descubierto con las llaves del coche y se dirigió a la comisaría a través de la larga sombra matinal de Diamond Head.

Mientras aparcaba en Merchant vio salir de Chinatown al viejo de los manapua, encorvado por el peso de las fiambreras. Compró unos cuantos dumplings y se fue a comérselos en la comisaría, sentado a su mesa.

Había poca actividad, hasta para una mañana de viernes. Abrió una carpeta y se puso a mirar las fotos de una autopsia. Era un caso sencillo: un exsoldado que había matado a su hijo de tres años a golpes de cinturón. Él lo había detenido, y el hombre le había dado explicaciones de camino al centro. El crío se había meado encima. No debería haberlo hecho. Antes de matarlo, le había dicho a su hijo, que pesaba quince kilos: «Levanta los puños y pelea.»

Fue hasta una mesa donde había una máquina de escribir y empezó a poner por escrito lo que había visto en la autopsia. La comisaría estaba muy tranquila. Se oía cómo los martillos chocaban con la cinta, y cómo la platina hacía clic y reculaba un espacio a la izquierda después de cada letra. Se paró a escuchar. Oyó un golpe en el piso de abajo y un gemido.

Escribió otra frase y volvió a detenerse. Esta vez oyó un grito, o más bien un gruñido, y también un roce de suelas de goma sobre cemento resbaladizo.

Se levantó, arrancó la hoja de la máquina de escribir y volvió a su mesa para dejar el informe. Luego fue al piso de abajo. Pasó al lado del despacho de Beamer, de la celda para los borrachos y de los calabozos individuales. Había polis; no muchos, pero alguno sí, y nadie parecía oír lo mismo que él.

Las salas de interrogatorio estaban al fondo del sótano. Dos estaban a oscuras. Por la ventana de la última salía luz. Era la preferida de Ball, la más pequeña y con más moho en las paredes. También la más calurosa. Dentro se oía mucho ruido.

Miró por la ventana.

Fred Ball tenía a un chaval esposado a la silla. Había tirado la mesa al suelo y estaba de pie detrás de él. El chico tenía los ojos cerrados y lloraba en silencio, encogido, en espera de lo que pudiera pasar. Ball bajó las manos y se las puso alrededor del cuello.

Él abrió la puerta.

—Fred.

Ball levantó la vista y se secó el sudor de la frente y del labio superior.

—¿Qué, has bajado a ver cómo se hace?

—Quiero hablar contigo.

—Ahora estoy ocupado.

—Podemos hablar aquí dentro o fuera. Tú eliges.

—¿Sobre qué?

—Sólo será un momento.

Ball se inclinó hacia la oreja del muchacho y le dijo algo en voz baja. A continuación se alisó la chaqueta y salió. Él cerró la puerta, para lo cual tuvo que darle la espalda a Ball. No se dio prisa. Se volvió lentamente.

Lo siguiente que hizo fue estamparle el puño en la nariz. El golpe hizo chocar la cabeza del otro contra la pared de piedra coralina. Entonces, le pegó en la barriga. El primer golpe hizo auténticos estragos: a Ball le sangraba la nariz a chorros; el segundo no tuvo mayores consecuencias: simplemente lo absorbió. Era una masa de cartílago embutida en un traje. Se abalanzó sobre él con la intención de estrujarlo entre sus brazos. Habría sido el final: podría haberlo dejado sin aire, pero él lo había previsto y se agachó a la vez que se apartaba. Empujó a Ball por detrás haciéndolo chocar con la otra pared.

Su cara rebotó en la pared y él le levantó las piernas por detrás haciéndolo caer de bruces contra el suelo. Luego se dejó caer clavándole la rodilla entre los omoplatos.

Ball chilló. Probablemente le pareciera doloroso. Él pensó que sobre eso habría podido enseñarle un par de cosas: él sí que había visto dolor, y lo había infligido. Lo cogió de la cabeza usando las órbitas de sus ojos como agarraderos y empezó a tirar hacia atrás. Era imposible partirle el cuello: habría sido como hacer un nudo en la trompa de un elefante, así que no le preocupó. Tiró con todas sus fuerzas y, cuando la cara de Ball estuvo a quince centímetros del suelo, la empujó otra vez, oyendo cómo la nariz se le reventaba como una uva.

Se limpió los dedos de sangre con la parte trasera de la chaqueta de Ball. Después se levantó y se quitó el polvo.

—No somos así, Fred —dijo—. Somos mejores. Era lo único que quería decirte.

Ball se estaba moviendo, pero sin intentar levantarse. Él saltó por encima y levantó la vista. Al fondo del pasillo se habían reunido una docena de policías.

Media hora después estaba en el despacho de Beamer, mirando su placa y su pistola al otro lado de la mesa. Beamer no paraba de meterse el inhalador por la nariz. En el cenicero había un Lucky encendido y tenía otro entre los dedos.

—¿Quieres saber por qué estoy tan contento ahora mismo?

—No me había dado cuenta de que lo estuviera.

—Estoy contento porque por fin puedo decirte que te vayas de una puta vez de mi comisaría.

—Muy bien.

—Nunca has encajado. Éste no es tu sitio: no tienes lo que hay que tener, no sabes trabajar en equipo, y podría seguir.

—Siga, siga.

—Para ti esta ciudad sólo es una fuente de ingresos. Sólo por volver ya nos costaste nueve mil dólares.

—Ya, pero no cobré intereses, o sea que en el fondo les salió barato.

—Te preguntaría qué te pasa, pero al menos esta vez lo sabe todo el mundo —dijo Beamer—: te crees que tenías algo con la mujer de Fred.

Él exhaló lentamente, sin moverse, y se imaginó cómo sería hacerle a Beamer lo mismo que acababa de hacerle a Ball.

—No ha sido por eso.

—Ya he hablado con él.

Beamer dio otra calada al cigarrillo. Cuando estaba a punto de tirar la ceniza se dio cuenta de que en el cenicero había otro y lo cogió, dejando el de antes. Miró su inhalador. Saltaba a la vista que tenía ganas de metérselo por la nariz y pegarse un buen chute. Lo cogió, pero al final lo dejó.

—No te va a denunciar. Lo dejará correr por su mujer. La verdad es que a mí me da lo mismo.

—Muy bien.

—Quiero que en treinta segundos te hayas ido. Si tienes algo en tu mesa, ve corriendo a buscarlo o te echo encima un escuadrón.

Él se levantó, salió del despacho y subió las escaleras. Fue a la sala común, abrió el archivador y se puso de rodillas delante de los casos no resueltos. Sacó el fajo de documentos del caso Henry Kimmel Willard y salió con él bajo el brazo.

Su conmemoración del aniversario, en consecuencia, acabó convertida en unas vacaciones. No le cayó del cielo, como no le habían caído del cielo los nueve mil dólares de sueldo atrasado: se lo había ganado, lo había pagado.

Cogió un autobús hasta Waikiki y luego hizo el resto del camino hasta su casa a pie por Kalakaua. Subió a su Jeep y arrancó. Dejó atrás Koko Head para ir al sitio donde el coche de Henry Kimmel Willard había caído al otro lado de la valla. Ya hacía tiempo que el coche no estaba ahí: se había hundido en el mar. Gracias a la guerra, tendría compañía de sobra: millones de toneladas de hierro.

Todo era la misma historia. El coche era una simple nota al pie, perdida en el prólogo.

Takahashi tenía razón: qué distinto habría sido todo si Miyako hubiera llevado hasta el final lo que se proponía...

Siguió conduciendo.

Subió hasta Kahana y se metió por la pista de tierra de Reginald Faithful. Aparcó en el mismo sitio que cuatro años antes. Del cobertizo del asesinato no quedaba nada, lo habían desmontado. La tierra de debajo, blanda y desnuda, había quedado a merced de los enebros. Dio una vuelta. Detrás de él, en los pastos, mugían vacas. Al otro lado de unas zarzas se oía el susurro del arroyo.

Miyako y Sachi eran muy parecidas, por algo eran primas. Él sabía cómo se movía Sachi, y cómo hablaba, y cómo pensaba, sabía cómo sonaban sus gritos. Ya podía visualizar lo ocurrido dentro de la barraca. Se metió por los enebros y, al llegar al sitio exacto, se paró y se sentó en la tierra que había absorbido la sangre de Miyako.

Volvió a la carretera asfaltada. No le preocupaba lo que pudiera suceder. Quizá hubiera perdido la capacidad de preocuparse. Todo saldría bien, o no; en el fondo, daba igual: todo lo importante era pasado.

Más tarde pasó por Hirata & Sons, en King Street, y compró sake y comida. Mientras el señor Hirata hacía la cuenta, conversó con él en inglés. No había vuelto a hablar en japonés desde sus últimos momentos en Tokio. No le preocupaba perder lo que Sachi le había dado. Aún soñaba en el idioma de ella. La voz que narraba sus días era la de Sachi. Le parecía que, con eso, todo iría bien.

Al volver a su casa aparcó el Jeep en la cochera descubierta y lo rodeó para ir a la puerta del jardín. La pared era alta, y la casa estaba tan retirada que sólo se veía la punta del tejado. Cerró la puerta del jardín y fue a la de la casa por el camino de piedras. Se quitó los zapatos en el porche y entró. Justo cuando había acabado de guardar la compra en la nevera, sonó el timbre.

No había mirilla, ni ventana al lado de la puerta. La abrió y se quedó mirando a la mujer que estaba en el umbral. Aún no lloraba, pero saltaba a la vista que sólo necesitaba un empujoncito.

—Joe —dijo.

Él esperó un momento para que la voz no fuera a quebrársele.

—Supongo que debería invitarte a entrar.

—Vale.

La mujer se quitó los zapatos y entró. Él la dejó pasar y cerró la puerta a sus espaldas. Ella olía igual que siempre, a jazmín y *Plumeria*. También su aspecto era el mismo, quizá por el vestido, que reconoció: era el que se había puesto para su último día juntos. Podría haber pasado sin transición desde ese día a este.

Recorrieron la casa con él delante. Aún no había comprado muchos muebles. La mayoría de los que tenía eran bajos. En la sala principal había una mesa con seis cojines a su alrededor. Olía a limpio, a bambú fresco. Sólo hacía un mes que había arrancado los suelos para cambiarlos por tatamis.

Ella se sentó. Él también, en la otra punta.

—Me gustaría que no hubiera pasado lo de hoy —dijo ella.

—¿Está bien?

—Mejorará. Se lo han llevado a Queen’s para arreglarle la nariz. Ahora está en casa, acostado. Le he puesto una bolsa de hielo en los

ojos.

—¿Nada permanente?

Negó con la cabeza.

—No deberías estar enfadado con él —dijo Molly—. Si quieres enfadarte...

—No estoy enfadado contigo, Molly.

—Joe...

—No ha tenido nada que ver contigo.

—O sea, que... —Se calló y se quedó mirando su regazo. Tenía un bolso pequeño en las manos. Lo dejó sobre la mesa—. Bueno, vale, si tú lo dices me lo creo.

—¿Sabes por qué se pone toallas frías en los nudillos cuando llega a casa?

—No se lo he preguntado.

—¿A ti también te pega?

—No, Joe. Nunca me ha puesto la mano encima.

—Algo es algo.

—Ni a nuestro hijo tampoco. —Levantó la vista hacia McGrady. Había empezado a llorar—. Con él se porta de fábula.

—Me alegro.

—¿Te ha dicho qué nombre le puse?

—No.

—Él quería que se llamara Fred —dijo Molly—, pero me negué rotundamente.

—Ya.

—Se llama Joe.

McGrady asintió. No tenía respuesta. Tampoco parecía que ella la esperase.

—Te vio el día en que volviste —dijo.

—Nos tomamos una cerveza.

—A mí me lo escondió —dijo Molly—. No me enteré de que habías vuelto hasta más tarde. Me habría enterado por aquel artículo en el periódico, pero debió de saber que lo publicarían, porque lo recogió de nuestro césped y lo tiró. Sólo me he enterado por el comentario de una amiga, que había guardado el recorte y me lo enseñó. De eso hace dos semanas.

—Molly...

—No sabía qué hacer. No sabía si buscarte y darte explicaciones o si era mejor dejarte en paz.

—No tienes que dar ninguna explicación.

—Yo creo que sí.

—No —dijo McGrady—. No estoy enfadado, ni te reprocho nada. Lamento que pasara, pero ya no tiene remedio.

—¿Y si...?

—Para, Molly. Aquí no hay ningún «y si».

Molly puso una mano encima de la mesa con la palma hacia arriba. Se la tendía a él.

—Pero ¿sí o no? —preguntó. No miraba a McGrady. Se miraba la mano, esperando que él se la cogiera y enlazara sus dedos—. Si lo abandonase, ¿lo harías o no?

Las ventanas estaban abiertas. McGrady oía pájaros en el jardín, y el ruido de las olas detrás del muro.

—Te casaste con él —dijo—, y tenéis un hijo. Es lo que tienes. No puedes deshacerlo.

—Sí que podría.

—Pero no querrías.

—Estás diciendo que no.

Asintió con la cabeza.

—Estoy diciendo que no. Yo no lo haría.

Molly se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se sonó mientras miraba la casa. Él vio que se fijaba en todo mientras digería un trago amargo.

—La casa es bonita —dijo ella—. Se respira paz.

—Necesitaba algo, pero no sé qué. Aún estoy en ello. No estoy muy seguro de lo que intento hacer.

Se levantó para ir a la cocina. Sabía con exactitud lo que intentaba con la casa, pero no le gustaba pensarlo. Encontró una toalla de tela suave y se la llevó a Molly, que se secó la cara.

—La culpa de que lo perdieras todo es mía —dijo ella—. En enero me enteré de que sólo tenías pagado el alquiler hasta diciembre y fui a hablar con tu casero. Me llevé todas tus cosas y las dejé en mi casa.

—No tendrías que haber...

—Me aferraba a ellas. Me aferraba, me aferraba... tenía que cambiar de casa. Mis compañeras se habían marchado y empezaba a ir justa de dinero. Al irme, me lo llevé todo. Pensaba quedármelo para que lo encontraras todo al volver. Estaba decidida a ser la típica novia buena, la que espera y lo guarda todo. Hasta que vino Fred y me enseñó tu nombre en la lista.

—Lo siento tanto, Molly...

—Entonces lo regalé todo...

—No pasa nada.

—... menos lo que cabía en un sombrerero.

—No hacía falta que guardaras nada.

—Tú estabas muerto. No lo hacía por ti. Quería algo a lo que aferrarme. Incluso después de que Fred y yo...

—Vale.

—¿Cómo podía estar tu nombre en la lista? —susurró Molly—. ¿Cómo, Joe? Yo habría esperado. Sabes que habría esperado.

—Molly...

—Tengo la caja en mi coche. Ahora te la doy.

McGrady se levantó para ir a encender el fogón y poner agua a calentar. Se quedó mirando un momento la llama. Sintiéndose observado, dio media vuelta.

—¿Cuándo acabaste la universidad? Ya debes de ser la doctora Molly Radcliffe.

Ella negó con la cabeza. Se había enroscado la toalla en las manos.

—Abandoné el programa. No tengo ningún título, sólo soy la señora Molly Ball. Me quedo en casa, con Joe.

—¿Y el chico, dónde está?

—En casa de su abuela, para que yo pudiera venir. Fred se cree que he salido a comprar aspirinas y whisky. Más vale que no se me olvide.

McGrady no se lo podía creer. Con la trayectoria que llevaba Molly, no debería haber aterrizado donde estaba. Apagó el fogón.

—Iba a hacer té —dijo—, pero creo que al final no me apetece.

—¿No tienes nada más fuerte?

—Whisky.

—¿Tú también te tomarías uno?

—No suena mal.

—Pues sirve dos —dijo Molly—. Voy a buscar la caja. Vuelvo ahora mismo. Ya estaré serena, te lo prometo.

Se secó por última vez la cara con la toalla y salió sola de la casa. Él sacó una botella de bourbon de debajo del fregadero y dos vasos del armario. Sirvió dos dedos en cada uno y los llevó a la mesa. Al cabo de un rato, Molly entró sin llamar. Llevaba una caja redonda en las manos. La dejó sobre la mesa y se la acercó a McGrady. Cogieron sus vasos y brindaron.

McGrady bebió un poco. Ella se acabó el suyo de un trago.

—Ábrela —dijo.

McGrady levantó la tapa y miró.

Dentro estaba su pistola del ejército, la del calibre cuarenta y cinco. Tocó el cañón y se miró el dedo. No la habían limpiado desde el último uso, en 1941. Aún tenía restos de pólvora. La dejó a un lado. Molly había guardado una de sus camisas blancas y una de sus corbatas. Había una bolsa de tela. Al cogerla, supo por el peso que contenía sus medallas del ejército.

También había una foto de nueve por trece centímetros. Salían él y su hermano menor sin camiseta ni zapatos delante de un lago. Él debía de rondar los doce años. La dejó en la mesa y le dio unos golpecitos con el dedo.

—Es mi hermano.

—Me lo imaginaba.

—Había olvidado que no llegaste a verla cuando estábamos juntos. No fuiste nunca a mi habitación.

—No sería por no intentarlo, pero en fin... —dijo ella—. Es la única foto que encontré de ti.

—Tiene gracia —dijo él. Cogió la foto y la miró—. Me acuerdo de que quería contarte algo sobre él justo antes de irme, pero no me acuerdo de qué.

—Puede que te vuelva a la mente.

Negó con la cabeza.

—Ahora da igual, y lo más probable es que entonces también.

Volvió a mirar la caja. Quedaba algo más, un telegrama de la Commercial Pacific Cable Company. No le sonaba. Lo miró por el otro lado. Era su último mensaje a Molly. Se lo había mandado desde Guam.

NO ME HE OLVIDADO NI ME OLVIDARÉ NUNCA YO TAMBIÉN TENGO UNA SORPRESA PERO TENDRÁS QUE ESPERAR HASTA EL 24

TE QUIERO J

Volvió a meterlo todo en la caja y la tapó. El bourbon le estaba dejando la garganta insensible. Lo necesitaba. Tomó unos cuantos sorbos más.

—Cómo llovía, la noche en que te lo envié... —dijo—. De hecho, estuvo lloviendo desde que llegué hasta que me fui.

Se levantó para ir a la cocina, volvió con la botella y le sirvió otro vaso a Molly, que se lo acabó de un trago.

—¿Cuál era la sorpresa? —preguntó ella—. ¿Qué me habrías regalado el 24?

McGrady negó con la cabeza. No pensaba decírselo. No la beneficiaría en nada saberlo, ni a él pensarlo.

—No sé ni si te habría gustado.

—Supongo que nunca lo sabremos.

—No, no lo sabremos. No deberíamos.

—Pues qué lástima.

—Como tantas cosas.

Se acabaron los vasos y se quedaron sentados, escuchando las aves nocturnas y el oleaje. Al cabo de un rato él se levantó y la acompañó a la puerta. Ella se puso los zapatos y lo miró. Estaba pendiente de ver qué hacía; de ver si cuatro años antes, al mandarle un telegrama diciendo que jamás olvidaría nada, lo decía en serio, o si lo que había dicho en serio era lo de antes, lo de que no volvería con ella.

La verdad era que McGrady había dicho las dos cosas en serio.

Él se despidió con un gesto de la cabeza, cerró la puerta y esperó hasta haber oído cómo se abría y se cerraba la puerta del jardín. Entonces cerró la de la casa con llave. Era la primera vez en su vida que lo hacía estando dentro de una casa.

41

Procuraba ceñirse a su rutina, consciente del efecto que estaba teniendo sobre él. La rutina le daba sosiego. Dentro de él iba creciendo el silencio, un vasto espacio negro. Era más fácil dejar que creciera que estar pendiente de él. Si se extendía bastante acabaría borrándolo todo. Por él, perfecto. Sobre todo ese día.

Por la mañana, en consecuencia, se hizo un té y estuvo un buen rato leyendo los periódicos.

Los tenía por pura casualidad. Estaban en una casa vacía de Kaimuki. Un policía le dio el soplo. En la casa no cabía nada más. Su antiguo ocupante acumulaba basura de todo tipo, pero a él lo que le interesaba eran los periódicos. Fue excavando en la basura amontonada hasta sacar los que iban desde diciembre de 1941 hasta agosto de 1945. Los dejó en la cochera, guardados en cajas. Sólo los leía fuera de casa. Apestaban a orines de gato y algunas páginas estaban negras por el moho, pero no pensaba tirarlos. Eran su eslabón con el tiempo que se había perdido.

Iba en orden. De momento había llegado hasta julio de 1943.

De ahí que, justo ese día, se topase con el siguiente titular: APUÑALADO DANIEL O'BRIAN, ALIAS «DANNY BOY». Era del 17 de julio de 1943. El periódico evitaba con sumo cuidado la palabra «chulo». O'Brian especulaba con propiedades. El detective asignado al caso era Fred

Ball, que el día siguiente practicó una detención. El sospechoso era un marine de dieciocho años, de Minesota. Confesó, de modo que no había más que hablar.

Pero había una foto.

Ball llevándolo a la comisaría. El sospechoso parecía asustado. Debió de soltarlo todo en menos de cinco minutos. Seguro que Ball siguió media hora más sólo por el placer del trabajo bien hecho. Él se preguntó qué habría hecho Ball esa noche, después de la paliza. Dobló el papel y lo tiró a la caja.

Se levantó y entró.

Los vasos de whisky aún estaban encima de la mesa. Los lavó. Subió la sombrerera a su cuarto y la dejó en un estante del armario, que estaba casi vacío. La noche pasada le había dicho a Molly que ella no había hecho nada malo, y lo decía en serio.

Él no podía decir lo mismo.

Le había dicho a Molly que no había ningún «y si», pero los había, por supuesto. Siempre los habría. Eran muchas las cosas que él nunca sabría, y muchas las maneras que tendría de no dejar de hacerse las preguntas. Y si... ¿y si lo hubiera hecho mejor?

Durante la primera noche en Yokohama, después de escuchar a Takahashi, podría haberse ido. Podría haber bajado por la misma escalera de acero para reincorporarse a la fila de prisioneros desnudos. A ninguno de los otros hombres del barco le habían dado a elegir: tenían que aceptar lo que decidieran los japos. Él también habría podido aceptarlo. Tal vez hubiera sobrevivido o tal vez no, pero en cualquier caso su nombre no habría aparecido falsamente en ninguna lista de la Cruz Roja. Si le hubieran preguntado por lo sucedido en Japón, habría podido responder con cierta dignidad.

Y todo habría sido distinto.

El muchacho del Kenpeitai estaría vivo. Sachi habría pasado la guerra en las montañas, con el corazón intacto. Fred Ball estaría solo y resentido. Molly Radcliffe sería doctora. Ella lo habría esperado y en esos momentos estaría durmiendo en su cama. Su vida podría haber sido ésa, pero había optado por salir del despacho del comandante por la puerta equivocada.

Limpió la cocina y se planteó dar una vuelta en coche, o preparar el desayuno, o ir a nadar. No era bastante. Necesitaba un régimen con algún tipo de significado, no una rutina vacía. Necesitaba trabajar e ir a algún sitio. Si no lo hacía pronto, acabaría aparcado en el taburete de un bar hasta su funeral. Se sentó a la mesa y se puso a leer los expedientes que había robado. No había nada que no supiera. En su ausencia, la investigación había quedado en manos de Ball y Kondo, pero, después del ataque japonés a Pearl Harbor Beamer, no les había dejado seguir. Cerró el expediente.

¿Que quizá algunas cosas no pudieran saberse? De acuerdo, pero en líneas generales el resto era fácil de averiguar. Cogió su teléfono y marcó el número de la operadora, que tardó muy poco en ponerse.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito un número y una dirección.

—¿Me da el nombre, por favor?

—Kumi Henderson.

Vivía en las afueras, cerca de la carretera de Pali. Él conocía la zona. A Kumi y a su nuevo marido debía de irles bien: en esa zona había casas grandes con mucho terreno alrededor. Llegaban vientos frescos del paso de Nuuanu Pali, y esos vientos, junto con las vistas, eran como un imán para el dinero.

Se afeitó, se puso un traje y salió con su Jeep.

El camino de entrada de la casa era largo, con cinco coches aparcados en fila. Dejó el Jeep detrás del último y bajó. La casa era baja, moderna, con el tejado casi plano. Fue a la puerta principal y llamó al timbre. Dentro, un perrito empezó a ladrar. Lo oyó correr y rascar la puerta. Esperó unos minutos y volvió a llamar.

Justo cuando iba a desistir, oyó risas al fondo y el perrito dejó de ladrar. Un camino de grava rodeaba la casa. Lo siguió hasta un jardín bien mantenido, con piscina y césped. Cuatro mujeres con cartas en las manos estaban sentadas alrededor de una mesa de hierro forjado con la correspondiente sombrilla. Una era japonesa, y las otras tres, blancas. Por casualidad, McGrady acababa de toparse con el club de bridge que se reunía los sábados por la mañana en casa de Kumi Henderson.

Estaba detrás de una esquina de la casa. Aprovechó que aún no lo habían visto para fijarse en la anfitriona, Kumi Henderson, conocida anteriormente como Kumi Takahashi, esposa desaparecida y madre ausente.

Levantó la mano, dio unos golpes en la madera y esperó a que alzaran la vista.

—¿La señora Henderson?

—Soy yo —respondió ella mientras dejaba sus cartas en la mesa, boca abajo. Las demás la imitaron—. ¿Puedo ayudarlo?

Él ya sabía que aquella mujer le recordaría a Sachi, pero no había imaginado que se parecerían tanto. Lo siguiente que hizo fue involuntario, un reflejo, lo que habría hecho con Sachi: pasarse al japonés.

—Tengo que hablar con usted de su sobrina Takahashi Miyako. Preferiría que lo hiciéramos a solas.

Las miradas de las otras mujeres fueron y vinieron de McGrady a su amiga Kumi, que se había quedado boquiabierta. Tardó un segundo en sobreponerse a la sorpresa y acordarse de sus invitadas.

—Perdonadme, es que tengo que hablar con este señor. ¿Os importa esperar?

No aguardó a que contestaran. Se levantó, cruzó el jardín y habló en voz baja.

—¿Quién es usted y quién lo envía?

—Me llamo Joe McGrady. Era policía. Durante la guerra conocí a Takahashi Kansei. No me envía nadie. Él me dijo que usted estaba aquí y he decidido venir por mi cuenta.

Se fijó mejor y, al ver su cambio brusco de expresión, entendió que acababa de reconocerlo.

—Es el investigador. Lo recuerdo del periódico, el último que le mandé a Kansei.

—Exacto.

—¿Qué ha pasado? Fue como si el caso se esfumara.

—Para mí no. ¿Podemos hablar dentro?

—Por supuesto.

Rodearon la casa por el mismo camino. La puerta principal no estaba cerrada con llave. El perro olisqueó un momento sus pies y

luego desapareció. Kumi lo llevó a una sala de estar. Se sentaron frente a frente en sillones acolchados, cerca de un ventanal.

—Habla usted muy bien el japonés.

—Me lo enseñó Sachi.

—¿Vio a Sachi?

Él le contó; no todo, pero casi. Lo bastante para que ella, con toda probabilidad, adivinara el resto. Kumi se había ido de Japón cuando Sachi y Miyako tenían cinco años y desde entonces no había tenido ningún contacto con ellas, así que él no vio ningún motivo para andarse con rodeos. Kumi lo interrumpió antes de que acabara. Detrás de la casa, las señoras del bridge daban muestras de estar impacientándose. Él podía verlas a través de la puerta del comedor. Kumi salió y él observó el lenguaje corporal de las cuatro. Kumi les había pedido que se fueran diciendo que ya programarían otra reunión. Después, preparó té y llevó la tetera y las tazas al comedor en una bandeja. Él retomó su explicación donde la había dejado.

Cuando terminó, Kumi volvió a salir. Él oyó el ruido de una puerta y un grifo. Al reaparecer, ella tenía la cara húmeda.

—Debe de tenerme en mal concepto por haberla abandonado.

—Ni malo ni bueno. Sachi nunca hablaba del tema. Para ella es un hecho, nada más.

—Aun así, me parece que debo disculparme. Takahashi-san es un buen hombre, pero estaba metido en cosas de las que yo no quería saber nada.

—Eso me dijo él mismo.

—Lo detendrán y lo juzgarán por crímenes de guerra. Ya han detenido a su maestro, Togo Shigenori.

—Sí, lo vi en la prensa, pero Takahashi-san no quería la guerra.

—Tampoco hizo nada por evitarla. Miyako fue más valiente.

—Miyako fue valiente, pero Takahashi-san también. Al matarla se pasaron de la raya y él decidió infringir las reglas. Lo admiro por eso.

—No me extraña. Infringió las reglas para ayudarlo a usted. ¿Y yo, McGrady-san, en qué puedo ayudarlo?

McGrady miró la sala. Había un piano y, en el suelo de madera de koa, una alfombra tejida a mano. Sobre la chimenea, en un marco de plata, había una foto de la boda de los Henderson. Al lado de Kumi, Bob Henderson ponía cara de que le hubiera tocado el premio gordo en una máquina tragaperras.

—¿Dónde vivía Miyako?

—En Nuuanu había un edificio, una especie de residencia donde se alojaban todas las empleadas solteras del consulado.

—¿Podría darme la dirección?

—Sí, pero no encontrará nada. Lo ocupó el ejército el día mismo en que empezó la guerra y lo reconvirtió en oficinas.

—Bueno, me la anotaré de todas formas, aunque sólo sea para tenerla.

Kumi salió otra vez y volvió con la dirección escrita en un papel. McGrady se lo guardó en el bolsillo.

—Seguro que al venir ya era consciente de que yo no sabía mucho.

—Tenía que verla igualmente.

—Por Sachi.

—Necesitaba decírselo a alguien: necesitaba decirle a alguien que no pienso rendirme.

—Pues entonces le diré una cosa. No sé si aún es verdad, pero lo era cuando Sachi tenía cinco años. Cuando decía que haría algo,

tarde o temprano lo hacía, inexorablemente.

Kumi cogió su taza y la puso en la bandeja. Él se levantó. Ya se había quedado demasiado tiempo. Había hablado en exceso y recibido poco a cambio. Dio las gracias y salió sin dejarse acompañar.

Era verdad: en la residencia no había nada que ver. Era un edificio de madera de dos plantas rodeado por una valla de metal. En la fachada había un letrero. Era un centro logístico de abastecimiento, con vigilantes en todas las entradas. McGrady dio una vuelta en coche alrededor del edificio. Estaba al borde de Kalihi, a cinco minutos a pie del consulado y diez de la zona de Chinatown por donde se movía Danny Boy. La geografía no le dijo nada. Tampoco sacó nada de provecho de los edificios contiguos. Cafeterías, tintorerías, sastrerías... no era un tipo de manzana que se prestase a ir de puerta en puerta hasta encontrar a la típica cotilla del barrio dispuesta a contar todo lo que recordara de una fecha concreta. De eso ya podía despedirse.

Siguió dando vueltas hasta que se hizo de noche. Sólo entonces volvió a casa.

42

En el buzón había correo: dos paquetes, pero la calle estaba poco iluminada como para verlos bien. Eran una carta y un tubo de cartón. Entró con ellos, dejó su maletín encima de la mesa y pulsó el interruptor de la pared.

Ni el sobre ni el tubo tenían escrito el nombre del remitente. No llevaban sellos ni direcciones. Sacó un cuchillo de un cajón, abrió el sobre y extrajo una sola hoja escrita a mano:

Querido inspector McGrady:

Habría querido enviarle esto hace meses, cuando se acabó la guerra, pero no sabía cómo hacérselo llegar. No me pareció buena idea poner la dirección de la comisaría de Honolulú: no estaba seguro de que lo recibiera y me daba rabia pensar que pudiera acabar en la papelera, con todo lo que hemos tenido que pasar usted y yo para algo tan sencillo como que una hoja de papel pase de mis manos a las suyas.

La última vez que lo vi, en 1941, estaba usted en el embarcadero del ferri, dentro de una jaula, y acababa de darme todo su dinero. Desde ahí fui caminando hasta el pico Victoria. Tenía que corresponderle de algún modo:

tenía que ir a buscar el dibujo. Los soldados que habían matado a mi padre se habían instalado en nuestra casa. En definitiva, tenía usted razón: hice mal en ir. Aun así, después de medianoche me colé en la casa. Lo que pasó dentro... aún no tengo palabras para describirlo.

A pesar de todo, salí con el dibujo. Espero que le ayude a capturar a John Smith y que, cuando lo coja, ese hombre pague un precio tan alto como el que he pagado yo. Y espero que se entere de que yo he tenido algo que ver en eso.

El caso es que hoy ha dado la casualidad de que un viejo amigo de mi padre ha venido a visitarme y me ha comentado que estaba por viajar de Hong Kong a San Francisco. Como es natural, su barco hará escala en Honolulú, y ha accedido a hacer lo posible por que esta carta llegue hasta usted. Es un hombre de recursos, como solían serlo los amigos de mi padre, y me imagino que si sigue usted vivo y se encuentra en Honolulú conseguirá localizarlo.

Atentamente,
Emily

Llenó un vaso de bourbon y se lo llevó a la mesa. A continuación hizo saltar la tapa de hojalata del extremo del tubo de cartón y sacó tres páginas del cuaderno de dibujo de Emily. Se acordó de cuando lo había hojeado en la cafetería del pico Victoria, y del talento de ella para plasmar imágenes de memoria. Aun así, el primer dibujo lo

sorprendió: se estaba viendo a sí mismo detrás de una alambrada, con la mano izquierda en alto y algo escondido entre los dedos. Se acordó del momento y de cómo Emily le había apretado la mano.

El segundo dibujo era de un hombre muerto en una cama: un oficial japonés con un tajo en la camisa del uniforme. Tenía el cuello cortado, las sábanas y la pared estaban salpicadas de sangre. Lo habían atacado brutalmente con un cuchillo.

Puso el tercer dibujo encima de los otros dos y se bebió el resto del bourbon, pero sin tragárselo. Emily había dibujado a John Smith sentado en la coctelería del hidroavión con un número de la revista *Time* alrededor del brazo derecho. La revista parecía diminuta y el vaso que tenía en la mano, un vaso de chupito. Smith estaba inclinado hacia delante y ladeando la cabeza, listo para embestir desde la página. Estudió su cara atentamente durante un buen rato.

Al día siguiente se puso en marcha a primera hora y fue en coche al bungaló donde Henry Kimmel Willard había vivido brevemente, en Pamoa Street, Manoa. De camino se pasaba por la antigua casa de Molly. Frenó un poco para mirarla. Los cubos de basura del otro lado de la calle aún estaban abollados. Recordó que Fred Ball había chocado con ellos el día de Acción de Gracias de 1941. Parecía mentira que algunas cosas tuvieran permitido durar y otras se evaporasen. Pisó el acelerador para alejarse.

No se acordaba del número exacto, pero tampoco era un problema. Reconoció la casa a simple vista. Aparcó y bajó. Si aún hubiera sido policía y le hubieran permitido investigar el caso, habría hecho fotografiar el dibujo de Emily para que lo publicasen en el

Advertiser. Así, los chivatazos habrían empezado a llegar a raudales; pero ya no era posible. No tenía licencia de detective privado y publicar el dibujo por su cuenta le daría problemas. Prefería que Beamer lo dejara en paz. En suma, que le tocaba dar el callo e ir de puerta en puerta preguntando: «¿Alguna vez ha visto a este hombre?»

Era domingo, tan temprano que casi nadie había salido aún ni para ir a la iglesia. Empezó por la casa frente al antiguo bungaló de Henry.

En la mayoría de las casas a las que llamó le abrieron, pero no habló con nadie que hubiera visto a John Smith. Subió a su Jeep y siguió conduciendo.

No tenía sentido probar en el barrio de la residencia de Miyako. Alrededor, todo eran tiendas y negocios, y en domingo cerraban, así que fue a Nuuanu. Cerca del consulado japonés había casas y pequeños bloques de apartamentos. El consulado en sí aún estaba cerrado, pero cabía la posibilidad de que en 1941 John Smith hubiera merodeado por la zona en busca de Miyako, o de que hubiera entrado para encontrarse con sus colaboradores.

No se podía descartar ninguna de las dos cosas. Sin embargo, después de varias horas de ir de puerta en puerta, todavía no había encontrado a nadie que las refrendase.

Se puso a dar vueltas en el Jeep sin rumbo fijo.

Encontró un puesto de comida para llevar donde se pidió un plato combinado. Luego subió a lo más alto del Pali y comió en el mirador. Llovía en Kaneohe, pero encima de su cabeza el cielo estaba despejado. Había subido casi hasta las nubes. Vio desplazarse sus reflejos por el agua, cada vez más cerca. De pronto, a su lado apareció un Packard, no de dos puertas, sino de cuatro, y grande. Dentro había un montón de chicas que hablaban y fumaban cigarrillos. Se estaban pasando una petaca. Lo saludaron con la mano y le mandaron besos. Él arrancó y salió en marcha atrás para ir a Chinatown.

Ver a esas chicas había hecho que se le ocurriera una idea.

Aparcó en Hotel Street y fue caminando hasta el Bowsprit. La tarde acababa de empezar y el bar no estaba lleno. En un rincón había algunos marineros con resaca. La gramola estaba en silencio. Se acercó a la barra, cogió un taburete, dejó un billete de cinco dólares y esperó a que acudiera Tip, el camarero. Estaba como siempre, con la cabeza rapada, cicatrices en las mejillas y ojos como de acabar de recibir un puñetazo en cada uno. Ganaba tanto vendiendo información como sirviendo cerveza. McGrady no había sido cliente asiduo porque le gustara especialmente el local.

—¿Joe? —dijo el barman—. ¿Joe McGrady?

—El mismo. ¿Cómo te va la vida, Tip?

—Como siempre. Hacía tiempo que no venías.

—Bastante.

Desde el 26 de noviembre de 1941, cuando había recibido una llamada de Beamer mientras se disponía a tomarse un whisky en ese

mismo taburete. Todo el mundo sabía que McGrady iba al Bowsprit para hablar con Tip. Esa noche habría hecho mejor en elegir otro bar.

—Vi los periódicos y oí los rumores. ¿Qué te apetece?

—No tener tantos problemas —repuso él.

—Siempre dabas la impresión de necesitar ayuda.

—Pues ahora la verdad es que la necesito.

—Yo de soluciones voy más que servido.

—Vale, pues para empezar: ¿conoces a este tío?

Desenrolló el dibujo de Emily y lo aplanó sobre la barra. Tip se inclinó para mirarlo.

—No, nunca lo he visto, aunque parece un tío fornido.

—Vale, pues entonces necesito información sobre Danny Boy.

—Murió.

—Ya lo sé —dijo él—, pero no sé gran cosa más. Nunca he trabajado en la antivicio.

—Era chulo.

—Eso también lo sé. Lo vi aquí dentro un par de veces y ya sólo por la gorra lo adiviné.

—Pues lo calaste. Un chulo muerto. ¿Qué otra cosa necesitas?

—¿En qué negocios andaba metido?

—Por lo que sé, en varios. Primero que nada, alquilaba casas e instalaba a chicas, todo en negro —explicó Tip.

—Cuando dices «en negro» te refieres a que...

—No eran putas con licencia. De hecho, las putas, en principio, no podían trabajar ni con licencia fuera de Chinatown, pero en fin. El caso es que las suyas no iban a la clínica a hacerse el...

—Ya te entiendo —dijo McGrady—. ¿Y el otro negocio?

—Putas por teléfono: las mandaba en taxi o las llevaba él mismo.

—¿Y qué ha sido de ellas después de que lo apuñalaran?

—¿De las chicas? Muchas se han quedado donde estaban. ¿Por qué se iban a ir si ya estaban instaladas?

—¿Conoces a alguna?

—Yo solía verlo mucho con una rubia, Kate. Aún está en la ciudad.

—¿Dónde?

—Ni idea.

—Venga, hombre —insistió él.

—¿Vas a pedir algo?

—Sí, el número de Kate.

—Si lo tuviera...

—Pues ponte a hacer llamadas y que te devuelvan favores.

—¿Por cuánto?

—Diez dólares.

Tip miró los cinco que ya tenía delante.

—Quince —soltó—. Pon uno de diez encima y vuelve en un par de horas.

—Vale —dijo él—. Pero oye, una cosa: ya no soy poli.

—¿En serio?

—Estoy trabajando por mi cuenta en algo y el dinero que pongo es mío. O sea que no llames a cualquier conocida tuya que sea rubia para pedirle que diga que se llama Kate a cambio de cinco dólares porque me enteraría... y me enfadaría mucho.

Caminó por Hotel Street. Había cambiado mucho desde el cuarenta y uno. Durante los últimos dieciocho meses de guerra, Gabrielson y el

ejército se habían retirado del negocio de los burdeles, quitando licencias y cerrándolo todo. Adiós a las clínicas y a tener a las chicas encerradas en la sala de putas del Territorial Hospital hasta que se les fuera el sarpullido. Las madamas y sus chicas eran libres: podían ir a nadar a la playa de Waikiki, podían irse de Chinatown, establecerse donde quisieran y hacer negocios como les diera la gana. Eso sí, mejor que no las encontrasen el jefe Gabrielson y la brigada antivicio.

En eso, Kate y sus compañeras tenían ventaja: ya se habían movido en el mercado negro cuando estaba permitido trabajar a plena luz del día, y eran expertas en pasar desapercibidas y atraer a la clientela sin focos ni neones. Sabían qué polis corruptos eran peligrosos y cuáles podían echarles una mano. Por todo ello, él supuso que les iba bien.

Se sentó en su taburete de siempre. Tip estaba en la otra punta de la barra, hablando en voz baja con un grupo de hombres y sirviéndoles cerveza. Uno de ellos le dio un billete, Tip se lo metió en el bolsillo y se acercó a McGrady.

—¿Qué te sirvo?

—Una Primo y el número.

—De acuerdo.

Fue a por una jarra de Primo y la dejó en la barra. La espuma se derramaba por un lado. Sacó un papel del bolsillo de su camisa y lo puso al lado de la cerveza.

—El caso es que tienes que llamar entre seis y seis y media —dijo —. Si comunica, ve probando hasta que se ponga.

—Vale.

—Te preguntará de dónde has sacado el número. Dile que te lo ha dado el señor Michaels, del hotel Moana. Toda la clientela del hotel es de alto standing y el tal Michaels es el que la criba.

—Ya lo entiendo.

Sacó la cartera y le pasó a Tip un billete de diez.

—El servicio vale cincuenta —explicó éste—. Los metes en un sobre y no haces ningún comentario, pero por eso y la propina tienes para toda la noche. Si quieres. Lo del dinero te lo habría explicado el señor Michaels, o sea que a ella no se lo preguntes porque pensará que eres poli y te colgará.

Volvió a casa. Eran las cuatro de la tarde. Nadó un poco y se duchó fuera. Después se preparó un bocadillo y se lo comió leyendo el periódico. Ya había empezado a anochecer. Esperó hasta las seis y diez para entrar y llamar por teléfono.

Sonó cuatro veces.

—¿Diga? —contestó una voz a la quinta.

—¿Eres Kate?

—Sí. ¿Tú cómo te llamas?

—Joe.

—¿De dónde llamas?

—De mi casa.

—¿Dónde queda?

—En la playa, cerca de Diamond Head.

—Hablas en voz baja. Me parece verlo: tu mujer está haciendo la cena y te has llevado el teléfono al baño.

Tenía una bonita voz. Su acento era una mezcla de tantos distintos que acababan por neutralizarse. Todo muy alegre e informal, como hablaban las actrices en el cine, como si hubiera nacido en Londres y pasado su infancia en Los Ángeles. Imposible saber si era algo natural o una pose de cara a los clientes.

—Estoy solo. No estoy casado.

—No, Joe, si a mí me parece todo bien. ¿De dónde has sacado mi número?

—Del señor Michaels, del Moana.

—Dime que no eres poli.

—No soy poli.

—¿A qué te dedicas?

—Estoy jubilado...

—Por tu voz andarás por los cuarenta.

—Más o menos. Antes viajaba para A&B y la guerra me pilló en el extranjero. Desde que volví estoy bastante perdido.

—¿Y qué buscas, Joe?

—¿Esta noche o en general?

—Esta noche.

—Un poco de compañía.

—Pues yo estoy libre. Bueno, disponible. Creo que nos llevaremos bien.

—No sé dónde estás.

—En Tantalus Drive.

—Qué arriba.

—No te imaginas las vistas que hay. Te las podría enseñar.

—Por mí, encantado.

—Si vienes en taxi, dile al taxista que suba por Round Top y te deje en el último mirador. Dile que quieres ver las luces y que pasarán unos amigos a buscarte. Cuando se vaya tendrás que caminar un poco.

—Tengo coche propio.

—Pues más fácil aún, puedes venir directamente. Es la tercera entrada a mano izquierda después del mirador.

—¿A qué hora me esperas?

—A la hora que quieras. Te estaré esperando, Joe.

43

Salió de Waikiki por McCully Street y, tras pasar por delante del colegio Punahou, empezó a subir por el Tantalus. Era una carretera estrecha, sin farolas y con muchas curvas, que cerca de la cumbre se convertía en un oscuro túnel de árboles. McGrady conducía atento al mirador. Al pasar de largo empezó a contar entradas. La de Kate, muy empinada, seguía la curva de la ladera. En un lado había un bosque de bambú y en el otro varios banianos enredados. Las luces de la casa estaban todas encendidas. Era una construcción en voladizo apoyada en unas vigas enormes de madera. La gran terraza de madera de secuoya se proyectaba sobre el vacío.

En Waikiki se había parado a comprar una botella de champán. Necesitaba un buen motivo para no acostarse con ella nada más entrar. De lo contrario, tendría que empezar enseguida con las preguntas, y prefería que ella estuviera cómoda antes de darse cuenta de la auténtica razón de la visita.

Llamó al timbre y esperó. Se acercaron unos pasos cortos. Kate llevaba tacones. Abrió la puerta y se apoyó en el marco, volcando a un lado su media melena rubia. Llevaba un vestido rojo oscuro que se le ajustaba tan bien que parecía que se lo hubieran cosido sobre el cuerpo. Justo debajo del escote, muy pronunciado, llevaba un colgante de brillantes.

—Qué rápido.

—¿Kate?

—La misma. —Miró el champán—. Todo un caballero, ¿eh?

—Lo intento.

Abrió la puerta del todo para que él pudiera acabar de mirarla. Daban ganas de gastarse una fortuna, y hasta de endeudarse. Seguro que más de uno lo había hecho.

—Si tienes un sobre puedes dejarlo en la mesita esa de allá.

Él metió la mano en el bolsillo, sacó el sobre y lo dejó al lado de la puerta, en la mesita para el correo. Después alzó la botella de champán.

—Al haberme comentado lo de las vistas, he pensado...

—Me encantaría.

—Copas no traigo, perdona.

—Ya tengo yo.

La siguió a la cocina y ella sacó dos flautas de champán de un armario. McGrady miró la sala de estar. Los muebles eran buenos, de madera noble. Había estanterías empotradas con varias hileras de novelas, una alfombra persa y un mueble bar perfectamente surtido con fregadero. Oyó pasos en el piso de arriba y miró a Kate.

—Vivo con otra chica —dijo ella—. Está librando unas noches, pero no nos molestará.

—Por mí, no hay problema.

Ella se acercó con las copas al revés en una mano. Con la otra, le tocó un lado de la cara y luego la nuca.

—No hace falta que te pongas nervioso, Joe.

—Esperaba que no te dieras cuenta.

—Eres un libro abierto, pero tranquilo, que no muerdo. Aunque...

Él se apartó.

—Antes de ponernos a morder me gustaría conocerte un poco más —dijo.

—Vamos fuera —repuso ella—, así nos tomamos un poco de esto y nos vamos conociendo.

—Está bien.

Cruzaron la sala de estar. Kate abrió la puerta y lo hizo salir a la terraza. Honolulú quedaba mucho más abajo. Se veían luces parpadear desde Diamond Head hasta Pearl Harbor.

Él quitó la cápsula de aluminio del cuello de la botella y retiró el bozal. Luego hizo saltar el tapón derramando algo de espuma en el suelo de la terraza. Kate le aguantó las copas para que sirviera. Finalmente, él dejó la botella en la baranda y brindaron. Kate estaba muy cerca, rozándolo con la cadera. Se apoyaron en la baranda para mirar.

—¿La guerra te pilló en el extranjero?

—Sí.

—¿Te apetece contarme?

—Fue pura mala suerte —explicó él—. Cuando estalló la guerra estaba de negocios en Hong Kong, y los japoneses se me llevaron a Tokio. Tuve que esperar a que el conflicto terminara.

Kate bebió un poco de champán, dejó la copa en la baranda y, volviéndose hacia él, le pasó un dedo por los labios.

—¿Sabes qué me dijo una amiga?

—¿Qué?

—Que la mejor manera de mentir es empezar por la verdad. Así es más fácil controlar el resto. —Había empezado a acariciarle el cuello

con los dedos—. Yo de mentir no sé mucho porque mi trabajo es muy sincero, pero tú mientes muy bien, ¿verdad, Joe?

—No te entiendo.

—Tú no has venido a acostarte conmigo. ¿O sí, inspector?

Miró la cara que se le había puesto y se echó a reír. Fue una risa alegre, sincera. Se puso de puntillas y le dio un beso, tomándolo desprevenido. Tenía los labios frescos por el champán.

—Venga, hombre —soltó—. Paso más tiempo sola de lo que te crees. ¿Qué otro pasatiempo tengo que no sea la lectura? Saliste en primera plana.

—Me...

McGrady se apartó. Ella cogió la botella y rellenó las copas.

—He pensado que te parecías, pero no estaba segura —dijo—. Pero luego, con lo de Hong Kong y Tokio... ¿qué otro hombre puede contar lo mismo en esta ciudad?

Menos mal que estaban fuera y a oscuras, porque a él en su vida lo habían dejado tan deprisa en ridículo. Se le veía en lo rojo de la cara. Al menos, Kate no se ensañó. Él se apoyó en la baranda y se quedó mirando las luces mientras se bebía la mitad de la copa de champán.

—Ya no soy poli. Me echaron. Además, no me iba a aprovechar de ti.

—Si has metido cincuenta dólares en el sobre no sería aprovecharse. ¿Por qué te echaron?

—Por mandar a un compañero al hospital —dijo—. Le había visto hacerle lo mismo a demasiada gente.

—¿Entonces, por qué estás aquí?

—Aún estoy investigando el mismo caso en el que trabajaba antes de la guerra.

—Un asesinato.

—Doble.

—Seguro que no crees que fui yo.

—Claro que no.

—Pero ¿tengo algo que ver?

Se volvió a mirarla.

—¿Te acuerdas de cuando le robaron el coche a Danny Boy, en el cuarenta y uno?

Ella dejó su copa y se apartó dos pasos. Su expresión ya no tenía nada de ligera ni de alegre.

—Yo no lo llamaba nunca Danny Boy. Le daba una rabia... Tenía mucha rabia acumulada.

—Ya.

—Su muerte mejoró las cosas. No sé por qué le dio un navajazo el chico ese, pero le hizo un favor al mundo.

—Me lo imagino.

—Pues sí, sí que me acuerdo de lo del coche. Se enfadó muchísimo.

—Pero no lo denunció.

—No solía denunciar nada a la policía.

—Me lo imaginaba —repuso él—. El asesino le robó el coche. Le quitó las matrículas y tiró los papeles... y lo usó. Tardamos mucho en descubrir quién era el dueño. Si alguien hubiera denunciado su desaparición habría ido todo más deprisa.

—Bueno, ¿y qué más?

—Puede que eligiera el coche de un chulo porque sabía que no lo denunciarían, lo cual significa que conocía a Danny Boy.

—Empiezo a ver por dónde vas.

—Quiero enseñarte algo, un dibujo que he traído.

Kate tomó un último sorbo de champán, dejó la copa y le puso una mano en el hombro.

—Seguro que cualquier otro poli se me habría llevado primero a la cama y luego me habría enseñado la placa y el dibujo y me habría hecho preguntas mientras yo me escondía debajo de la sábana. Y encima, al irse, no habría nada en el sobre.

—Yo no soy así.

—Ya me he dado cuenta.

Estaban otra vez en la cocina para que a Kate no le faltara luz. Él había desenrollado el dibujo de Emily Kam en la encimera. Kate lo estaba mirando sin prisas, muy atentamente. Él supuso que desde 1941 había visto de cerca a muchos hombres.

—No estoy segura —dijo ella—. En esa época estábamos en otra casa, con más chicas, y entraban y salían más hombres.

—Pero ¿te suena de algo o no?

—Un poco. Es muy grande, ¿no? Casi no cabe en la silla.

—Siempre que me han hablado de él... Bueno, sí, era muy alto. Me llevaba una cabeza.

—Yo con él no estuve: me acordaría de un hombre tan grande, pero es posible que estuviera en la casa.

—¿Me estás diciendo que sí, que te suena?

—Te estoy diciendo que podría ser.

McGrady tuvo una punzada de entusiasmo, como al recibir la carta de Emily Kam. Cualquier pequeño impulso era emocionante de por sí.

—¿Quién más podría acordarse?

—Voy a decirle a Michelle que baje. Entonces estaba con nosotras.

—De acuerdo.

—Puede que tarde un minuto. Si te parece que pienso mal de los polis, espera a conocerla. No le va a gustar.

Fueron diez, más que uno.

McGrady la vio subir al piso de arriba y luego oyó sus pasos, pero no su voz. Se puso a mirar por la cocina y la sala de estar. Era una casa de lo más normal; más bonita que la mayoría, pero sin nada que delatase a simple vista la actividad a la que se dedicaban sus ocupantes. Se acercó a la estantería y ladeó la cabeza para leer los lomos de las novelas. Sacó un libro de Fitzgerald y lo hojeó.

Dio media vuelta al oír unos pasos que se acercaban.

Michelle era morena y menuda. Tenía un aire asustadizo, como si fuera a salir corriendo ante cualquier ruido brusco. Llevaba una bata y el pelo mojado. Tenía morados en el cuello.

—Kate ha dicho que me puedo fiar de ti.

—No tengo ninguna intención de daros problemas. Lo más probable es que yo mismo odie a la policía de Hawái más que tú.

—En eso mejor que no compitas —intervino Kate—. No con ella y esta noche. Enséñale el retrato.

Él fue a buscar el dibujo a la cocina y se lo entregó a Michelle. Ella lo miró apoyada en la pared mientras se mordía el labio inferior.

—Sí, lo he visto —aseguró.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—No me acuerdo —repuso—. Cuando aún vivía Danny Boy. Tuvo que ser antes de la guerra. Danny Boy nos tenía en una casa de Waikiki, cerca del parque Kapiolani. Cuando empezó la guerra nos trasladó cerca de Pearl, pero a este hombre yo lo vi en Waikiki.

—¿Era un cliente o sólo lo viste por la casa?

—Sólo lo vi —dijo Michelle—. Estaba con Dorothy. Debió de gustarle porque más adelante llamó para que ella fuera a verlo. Danny Boy se la llevó en coche con dos chicas más, supongo que a su casa.

—Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo puede ser que aún te acuerdes?

—Porque Dorothy estaba muerta de miedo. Nunca había hecho un servicio a domicilio. Es distinto porque estás en casa de los clientes y ellos tienen otra actitud. Es su territorio. Cierran con llave y no tienes ni idea de lo que pasará después.

—Un momento —dijo Kate tocando el dibujo con un dedo—. ¿Fue él quien le hizo aquello a Dorothy?

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo?—preguntó McGrady.

—Sacó un cuchillo y empezó a pasárselo por el cuerpo a la pobre Dorothy —contó Michelle.

—¿Y le hizo algún corte?

—Se lo puso en la barriga mientras se lo montaba con ella diciéndole que si no le gustaba iba a abrirla en canal. Dorothy estuvo una semana sin poder trabajar y Danny Boy se la descontó de su paga.

McGrady miró a Kate.

—¿Tú conocías esa historia?

—Como todas —respondió ella—. Me enteré la noche misma, pero no sabía que hubiera sido él.

—¿Qué tipo de cuchillo era?

—No recuerdo que Dorothy me lo haya descrito —aseguró Michelle.

—Pero ¿lo hizo a la vista de dos chicas más?

—No, no es que las tuviera a las tres para él solo —contestó Michelle—. Estaba a solas con Dorothy. Las otras eran para dos amigos que tenía en la casa. Estaban en cuartos diferentes.

—¿Dos amigos?

—Eso fue lo que Dorothy nos contó.

—¿Sabes por dónde quedaba la casa?

—No, ni idea.

—¿Y Dorothy, sabes dónde está? —preguntó McGrady.

Kate se había acercado a Michelle y miraba el dibujo, como ella.

—Aún anda por ahí —dijo Kate—. Bueno, más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Danny Boy la echó como al año de empezar la guerra —respondió Michelle devolviéndole el dibujo.

—En la época de Danny Boy teníamos que darle a él todo el dinero, propinas incluidas —afirmó—. Él decidía si nos quedábamos con alguna. Total, que se pensó que Dorothy se las estaba quedando y, como ha dicho Kate, la echó. O más bien le pegó una paliza y le tiró todas sus cosas al canal.

—Dorothy fue a Hotel Street y se buscó a una madama que le ofreció un cuarto —dijo Kate—. No tenía otra opción.

—Era la guerra —intervino Michelle—. Kate y yo lo teníamos mucho más fácil, incluso cuando aún estaba Danny Boy: venían

oficiales, uno por noche. No estaba tan mal. La mayoría estaban casados y sabían estar con una chica. Con ellos incluso te podías divertir un poco. —Bajó la vista y se ciñó la bata—. Lo de Dorothy era otra cosa —dijo—. Las chicas de las casas de alterne tenían que estar con cien hombres al día seis días por semana. No había ningún tipo de filtro: mientras vinieran de uniforme y tuvieran tres dólares...

—Muchas se quedaron destrozadas, rotas —aseguró Kate.

—Dorothy está en el Territorial Hospital —señaló Michelle—. La ingresaron por ir hasta arriba de ginebra y marihuana, pero la verdadera causa fue Hotel Street, donde no duró ni cinco meses.

—¿Sigue en el hospital?

Kate miró a Michelle, que fue quien contestó:

—De vez en cuando vamos a ver cómo está. La que sabe hablar con ella es Kate, que es la única que la entiende.

—¿Cuál es su apellido?

—Warwick —respondió Kate—. Se llama Dorothy Warwick. Vino de Los Ángeles y dudo que vuelva por allí.

—¿Habla más o menos coherentemente?

—A ratos.

—¿Conmigo hablaría? No quiero asustarla.

—¿Piensas ir mañana? —preguntó Kate—. Si es así, pasa a buscarme, que te acompañaré.

—¿Lo dices en serio?

—Deberíamos llegar entre las nueve y las diez.

—Por lo que me dijeron la última vez, las horas de visita son después de comer.

—En el caso de Dorothy, no. Está en la unidad de traumatizados y le...

—¿Electros o insulina?

—Insulina. Se le empieza a pasar hacia las nueve. A las diez se la llevan a comer y a las diez y media la hinchan de la cosa esa. A partir de entonces ya está fuera de órbita.

—De acuerdo —dijo McGrady—. Pasaré a buscarte.

Kate lo acompañó a la salida y, antes de que él pudiera abrirla, puso una mano en la puerta. Estaba mirando el sobre de la mesita del correo.

—Podríamos acabarnos el champán. Seguro que tienes anécdotas para contarme.

—Y tú seguro que también.

—No hace falta que te marches.

—Es que tengo que irme.

—Ahora es cuando debería hacerte ojitos, parpadear un par de veces y decirte algo así como: «¿Qué pasa, Joe, que no me quieres? ¿No soy lo bastante guapa?»

—Kate...

Lo interrumpió con una carcajada.

—Tranquilo, que no voy a pedírtelo. Tú nunca lo dirías, pero sé lo que piensas y también qué te lo impide.

Él no contestó.

—Pero ¿te puedo hacer una pregunta en serio?

—Vale.

—Si lo encuentras no podrás detenerlo, ¿qué piensas hacer entonces?

Soltó la puerta para cogerle el brazo.

—Depende de lo que haga él —repuso McGrady—. Y de quién esté observándonos.

—Pongamos que están a solas y que él no quiere acompañarte.
Él se acordó de Takahashi en medio del yermo.
—Entonces será fácil.
—No serías culpable de nada: habrías hecho algo bueno.
—No lo sé.
—Yo sí.
—Suerte que tienes.

44

Llegó a casa de Kate a las nueve menos cuarto de la mañana siguiente y ella apareció enseguida, lista para marcharse. Se había puesto unos pantalones verdes, una blusa blanca y un pañuelo de seda por encima del pelo. Llevaba en las manos un ramo de jengibre y heliconias atado con una cinta rosa. Miró el Jeep descubierto de McGrady.

—Mejor que vayamos en mi coche, que por allá siempre llueve —propuso.

—Vale.

Había un garaje independiente. Él abrió la puerta y esperó a que Kate saliera en marcha atrás. Tenía un DeSoto Custom granate de un modelo antiguo, aunque parecía nuevo, así que no debía de usarlo mucho. Se sentó a su lado y ella arrancó.

—Te lo agradezco —dijo—. No hacía falta.

—Estaba pensando en algo que dije ayer por la noche.

—¿El qué?

—Cuando me burlé de ti por mentir.

—Casi lo he superado.

—No es por eso. Te dije que mi trabajo era sincero.

—Y es verdad.

—A condición de que todas las partes implicadas entiendan las reglas. Si alguien no las entiende, se convierte en un engaño.

—Ya.

—Los hombres, por lo general, las captan: saben cuándo interpreto un papel. Forma parte del trato. Es para lo que pagan. Y yo siempre sé cuándo estoy actuando. Lo que pasa es que puede ser un poco confuso porque, si me gustara alguien de verdad, si tuviera ganas de volver a verlo, y pronto, podría costarme un poco diferenciar entre interpretación y realidad.

—Parece complicado.

—Lo es —respondió Kate—, pero ya lo he diferenciado. Por eso te lo digo, para que sepas que ahora no estoy interpretando y que ayer por la noche tampoco era del todo un papel.

McGrady se la había quedado mirando sin saber qué decir. Se le debía de notar en la cara porque Kate se adelantó.

—No hace falta que contestes. Mejor dicho, no contestes.

—Vale.

—Además, como cita no va a ser gran cosa. ¿Has estado alguna vez en el hospital?

—Más de las que me gustaría, aunque quizá no tantas como tú.

—Pero sabes cómo es.

—No me gustaría estar ingresado, pero no me importaría convertir en paciente a más de uno.

—Empezando por tu ex compañero.

—Y siguiendo por nuestro capitán, y toda la brigada antivicio, y el del dibujo.

—Son todos hombres.

—Sí.

—¿Mujeres no hay ninguna? ¿Alguna que te haya disgustado y a la que no le fuera mal una lobotomía y un buen *electroshock*?

—No, ninguna. En mi lista no hay mujeres.

Donde sí que había mujeres era en las listas de la policía y los tribunales. Entre el aparcamiento y el edificio principal, McGrady y Kate vieron al menos cinco veces más mujeres que hombres: algunas dando vueltas sin rumbo por el jardín, con bata blanca, otras manchándose de baba el regazo en el porche de columnas del hospital y otras por el suelo del vestíbulo, gritando con los puños apretados entre enfermeras que pasaban de largo.

Se acercaron al mostrador. Kate explicó que venía a ver a su hermanastra, y dijo el nombre. El encargado dio una calada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero que tenía al lado.

—¿Sabes el camino?

—Sí, claro.

—¿Y la normativa?

—También.

—Pues que te diviertas.

Kate iba en cabeza. Los suelos estaban pegajosos, y olía a orina y humo de cigarrillo. Fueron por un pasillo que llevaba a la parte trasera del hospital. Kate abrió una puerta de metal por la que salieron de nuevo al exterior, a un camino asfaltado que enlazaba con un pabellón provisional de contrachapado. Al fondo se elevaba el muro verde de los acantilados de Nuuanu Pali. Antes de subir los escalones se paró un momento a mirar a todas partes. McGrady hizo

lo mismo. En principio era bonito, pero en ese momento habría preferido estar en cualquier otro lugar de la isla.

Entraron. Había un mostrador, pero sin nadie al otro lado. Por el centro de la sala se alineaban dos hileras de camas, todas ocupadas. Había mujeres dormidas o en un estado de letargo y estupor. Nadie se fijaba en ellos.

Kate llevó a McGrady a una de las camas del centro, donde una chica con el pelo oscuro dormía boca abajo. Primero le tocó el hombro, después la sacudió un poco y la ayudó a ponerse boca arriba. Era *hapa*, mezcla de japonesa y caucásica, y no aparentaba ni un mes más de veintiún años, lo cual significaba que en el cuarenta y uno debería haber estado en el instituto, no en el Packard de Danny Boy ni trabajando en un burdel de Hotel Street.

La chica miró a su alrededor. Tenía las facciones laxas y los ojos nublados. Entre muñeca y codo, sus delgados brazos eran una sucesión de marcas nuevas de inyecciones que alternaban con otras cicatrices más antiguas.

—¿Dorothy?

Se incorporó un poco frotándose los ojos y miró a su alrededor inexpresivamente.

—Soy Kate. He venido a verte.

—Kate.

Su voz era un susurro. Tenía los labios agrietados.

—¿Te apetece un vaso de agua, corazón? —preguntó Kate.

—Sí.

—Voy a buscarlo —dijo él.

En la entrada había un grifo. Encontró un vaso de hojalata en una estantería. Lo lavó y lo llenó, pero sin prisas: mejor que fuera Kate

quien despertase a Dorothy y llevara la voz cantante. Volvió a la cama. Algunas mujeres se habían despertado a medias, pero la única que enfocaba la vista era Dorothy. McGrady miró su reloj: faltaba media hora para que las enfermeras se la llevaran para darle de comer y ponerle otra inyección de insulina.

Le entregó el vaso a Kate, que se lo pasó a Dorothy.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Kate.

Dorothy bebió un poco de agua. Kate tuvo que aguantarle el vaso.

—Betty me ha robado las únicas bragas que tenía.

—La próxima vez te traigo otras.

—La mataré.

—Bueno, bueno —dijo Kate, luego le acarició la mejilla y le secó el mentón con la manga—, ya lo arreglaremos.

—Si no es que me matan a mí antes... se me llevan, me traen, me hacen tumbarme, me levantan... cualquier día no vuelvo.

—Tranquila, que te vigilamos —dijo Kate—. ¿Ves a mi amigo Joe? Él te vigilará.

—Vale.

—¿Ves lo bien que lo hace?

—¿Ahora lo está haciendo?

—Pues claro, corazón —aseguró Kate—. Los está viendo ahora mismo. Oye, que... tenía que preguntarte algo importante, pero no quiero que te molestes. Si te lo pregunto y no te molestas, luego Joe y yo iremos a darle estas flores a Carolina.

Kate se había puesto de rodillas al lado de la cama y no dejaba de acariciarle los hombros a Dorothy mientras hablaba. Cogió las flores y se las enseñó. A Dorothy se le dulcificó la mirada.

—Le gustarán mucho. Son preciosas.

—¿Verdad que sí? —dijo Kate—. ¿Te apetece olerlas?

—No tengo olfato —susurró Dorothy—: Betty me quitó la nariz, la metió en una caja y la mandó por avión a Shanghái.

—Vale, pues no pasa nada. ¿Qué, te puedo hacer esa pregunta importante o no?

—Vale.

—¿No te molestarás?

—No.

—Es sobre algo que pasó con Danny Boy.

—Vale.

—¿Te acuerdas de que una noche se os llevó a ti y dos chicas a una casa, y que hubo un hombre que te lo hizo pasar fatal asustándote con un cuchillo?

Dorothy se había quedado muy quieta. Era como ver una estatua de cera. De repente apartó la sábana y se subió la bata sobre las caderas y el pecho, blanquísimo, quedándose desnuda frente a ellos. Se puso las manos en la barriga y miró a Kate.

—Me iba a abrir en canal. Era tan malo como Betty, pero ella usa tijeras.

Kate le bajó suavemente la bata y le arregló la sábana.

—Necesitamos saber por dónde quedaba la casa.

—Estaba oscuro.

—Ya lo sé, corazón, fuiste de noche. ¿Te acuerdas de dónde vivíamos entonces?

—No.

—En la casa de Waikiki. ¿Te acuerdas?

—Era amarilla.

—Exacto.

Le acarició el pelo. Dorothy empezó a cerrar los ojos, pero Kate le dio un toquecito con un dedo en la mejilla.

—¿Cómo salió Danny Boy de Waikiki?

—En el coche amarillo.

—Pero ¿en qué dirección?

—Cruzamos el puente.

—¿Y luego?

—Torcimos a la izquierda.

—¿Cuánto tardasteis en torcer a la izquierda desde el puente?

—No sé, bastante.

—¿Y después?

—Danny Boy nos dijo que entráramos.

—¿Cómo era la casa?

—Oscura.

—¿Qué fue lo último que viste en el camino de entrada, lo último que recuerdas?

Dorothy juntó las manos. Tenía las uñas rotas y cicatrices en los nudillos.

—Un restaurante, el Makiki Drive-In.

—¿Estás segura?

—Danny Boy me dijo que no lo mirase, que engordaría sólo de mirarlo.

Kate seguía acariciándole el pelo. No escatimaba esfuerzos para evitar que se asustara o se quedara dormida.

—¿La casa estaba cerca del Makiki?

—Cuando bajamos del coche oí música.

—¿Te acuerdas de algo más?

—Estaba oscuro debajo de los árboles. Al ir hacia la casa se nos llenaron los zapatos de barro. La casa era oscura y... ay. Ay, no. —Dorothy se estaba mirando el regazo, tapado por la manta—. He hecho mal en beber agua, Betty se va a enfadar muchísimo.

Miró a Kate asustada, con los ojos muy abiertos.

—Me cortará algo —dijo.

—Tranquila, que ya lo arreglaremos.

—¿Sí?

—Ya lo arreglo yo.

—¿Lo he hecho bien? ¿Ya puede tener las flores Carolina?

Kate miró a McGrady, que asintió con la cabeza. Más no se podía conseguir.

—Claro que sí, corazón —dijo Kate. Levantó las mantas lo justo para mirar debajo—. Se las vamos a dar. Venga, dame un beso, que Joe saldrá un momento.

Kate se agachó para darle un beso en cada mejilla. Él esperó fuera, en el césped, a que Kate le cambiara la ropa de cama y limpiase a Dorothy. Fue rápido. Salió en pocos minutos, bajó los escalones y apoyó el hombro en la pared dándole la espalda. Tenía la cabeza inclinada y se le movían los hombros al respirar. Al cabo de un rato se dio la vuelta.

—Nos salvamos por los pelos, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Yo sí —dijo—. Yo lo sé.

—¿El qué?

—Todas nos quedábamos una parte de las propinas, y esto podría haberle pasado a cualquiera. Ahora mismo podría ser yo la que

estuviera ahí dentro. Bueno. —Enseñó el ramo—. Vamos a darle las flores a Carolina, que se lo hemos prometido.

Lo llevó al otro lado del recinto hospitalario, a un trozo de hierba que nunca se segaba y donde creían sin control las malas hierbas. Cruzó la valla de madera para ir a una de las esquinas y empezó a escarbar con el pie entre los hierbajos y las hojas caídas de baniano hasta que destapó un rectángulo de piedra gris. Él se agachó a leer la inscripción:

CAROLINA WARWICK

1 DE DICIEMBRE DE 1943-2 DE DICIEMBRE DE 1943

Se incorporó y retrocedió. Kate puso las flores encima de la tumba y despejó el resto de la lápida con la mano. Salieron del pequeño cementerio para regresar a su coche.

—¿Dio a luz aquí? —preguntó McGrady.

—Cuando el juez firmó los papeles de ingreso estaba de un par de meses.

—¿Quién es Betty?

—No creo que exista —repuso Kate—. Al menos eso espero. Con ese asunto de las tijeras, parece salida de una pesadilla. Oye, me sabe mal no haber conseguido más.

—Yo no habría podido llegar tan lejos por nada del mundo. Has estado fabulosa.

—Me estás haciendo la pelota.

—Lo digo en serio —aseguró él—. Ya es más de lo que tenía, y me da un punto de partida para trabajar.

Subieron otra vez al coche, Kate arrancó y salió de la plaza en marcha atrás.

—¿Es lo que vas a hacer ahora, trabajar?

—No tengo ninguna otra distracción.

—Pero ¿tienes que empezar ahora mismo, en serio?

—Bueno, no en este instante.

Paró en un lado de la carretera y se volvió hacia él.

—Pues entonces ¿me haces un favor?

—Si puedo...

—No pido mucho —repuso Kate—. O sí, no sé... conmigo nunca lo hace nadie. Hace años y años que no.

—¿El qué?

Señaló a través del parabrisas.

—Qué día más bonito, ¿verdad?

—Sí.

Era un día precioso. Tenían delante los acantilados y las curvas de la carretera de Pali, que iban subiendo. El cielo estaba casi totalmente despejado. Las pocas nubes que arrastraba el viento se prendían en los afilados dientes de los precipicios.

—Vamos a dar un paseo por alguna parte —propuso ella—. Podríamos ir al parque Kapiolani. Podríamos cruzarlo hasta Waikiki, comer juntos e ir a tomar algo. Podríamos coger un taxi al centro y ver una película.

Él apartó la vista y evocó la cara de Sachi. Sabía lo eficaz que resultaba. No podía soportar que se difuminase, pero no sabía cómo evitarlo.

—Estaría muy bien —dijo—. Me encantaría.

—El resto no hace falta que lo digas —contestó ella—, ya lo sé.

—Porque soy un libro abierto.

—Pues sí, y estás esperando a alguien.

Él la miró sin contestar.

—De todas formas, sí que podríamos pasar el día juntos, ¿no? —insistió ella.

Él le tocó la muñeca y le cogió la mano. Kate tenía razón: podían pasar el día juntos. Podían compartirlo con toda la inocencia que había descrito ella y luego podían volver cada uno a su casa, retomando sus vidas respectivas, retomando cada uno su rutina y los hábitos de los que se alimentaba su aislamiento.

—Trato hecho —dijo.

45

Caminaron por el parque Kapiolani y por la playa. Luego fueron en taxi al centro y comieron con vino en el hotel Alexander Young. Después de caminar unas manzanas por Hotel Street, consultaron la marquesina de la entrada del Hawaii Theatre. Ponían *Recuerda*: era la única película en cartel. Los protagonistas eran Gregory Peck e Ingrid Bergman. McGrady no conocía a ninguno de los dos, pero Kate sí, de modo que hicieron cola en la taquilla y compraron entradas. Después de cruzar el vestíbulo y la galería de las estatuas, entraron en la sala justo cuando levantaban el telón. Un acomodador los llevó a sus butacas. Iban por el pasillo a oscuras cuando empezó a sonar la música introductoria. El acomodador encendió una linterna para que vieran los números de los asientos.

Se sentaron muy cerca. Kate lo cogió del brazo y apoyó la mejilla en su hombro. Estuvo así hasta el final de la película.

Acabados los títulos de crédito salieron de la sala. El sol de la tarde los hizo parpadear. Había llovido, y en los baches de Bethel Street se habían formado charcos en los que se reflejaba el sol. Kate señaló un taxi, él lo paró y volvieron al parque Kapiolani, donde ella tenía su coche. A partir de ahí, condujo Kate, subiendo por el Tantalus.

Llegaron cuando se ponía el sol. El Jeep de McGrady estaba aparcado en un lado, con agua acumulada en los asientos y el capó cubierto de hojas de bambú. La acompañó hasta la puerta. Se miraron.

—Voy a ponérnoslo fácil a los dos y no voy a invitarte a entrar —dijo—, así no tendrás que rechazarme.

—Kate, has...

—No, espera... deja que termine. ¿Estás en el listín telefónico?

—Hace demasiado poco que volví.

—Pues entonces llamaré a la operadora y preguntaré por Joe McGrady. Podríamos repetir lo de hoy.

—Me gustaría.

—Lo enfocaremos como tú quieras.

Kate se puso de puntillas, le pasó los dedos por el cuello y le dio un beso de buenas noches. Él se dio cuenta de que más tarde se flagelaría por ello, pero en el momento mismo dio gracias por cada segundo de conexión entre los dos.

Se puso a trabajar.

Usó el canto de la mano para quitar el agua del asiento del conductor del Jeep. Luego arrancó y bajó por Round Top Drive, que lo llevaba hasta el barrio indicado. Se acordaba del Makiki, aunque ya no estaba: lo habían derribado durante su estancia en Japón, y en su lugar había aparecido un bloque de apartamentos. Fue donde aparcó.

Bajó y se apoyó en el Jeep mirando el edificio nuevo, gris e insulso. Recordaba a la perfección el letrero luminoso, rosa y verde,

del restaurante. Veía a las camareras con falda corta y tacones llevando hamburguesas y batidos a los coches llenos de jóvenes: alumnos de último y penúltimo curso de Punahou y Mid-Pac, soldados con sus citas... todos con las ventanillas abiertas y las radios a tope. El local bailaba al son de la estática de tres emisoras distintas. Dorothy debía de haber oído la música desde dos manzanas, como mínimo.

Se la imaginó en la parte trasera del dos puertas de Danny Boy, mirando por la ventanilla. Seguro que tenía miedo. Probablemente estuviera colocada, pero sobre todo hambrienta. Sólo debía de poder comer con permiso de aquel infeliz.

Miró la calle. La casa tenía que estar cerca. Una casa oscura. Dentro la esperaba John Smith con su cuchillo. McGrady no hacía más que encontrar a víctimas de Smith. Pronto perdería la cuenta.

Fue caminando hasta la esquina y metió las manos en los bolsillos.

Quedaba la luz justa para ver el nombre de la calle. Estaba en el cruce de Wilder y Liholiho. La más concurrida de las dos era Wilder, que encauzaba tráfico desde Manoa hacia Punchbowl y el centro. Sin ser ninguna gran arteria, tenía unas cuantas farolas y comercios. No estaba oscura, Liholiho sí. Fue por donde echó a caminar. Había apartamentos nuevos, pero que ya parecían cutres. Ropa tendida en las ventanas y basura amontonada en los patios. Quizá hubiesen derribado la casa oscura para construir algo nuevo en su lugar. El mundo no había estado esperando a que él llegara.

Entre los bloques nuevos, sin embargo, aún quedaban casas, pequeños bungalós y casitas cuadradas de dos dormitorios con los tejados medio caídos. Se veían cercas de madera y se oían ladridos

de perros. En algunas casas había luces en el porche o al otro lado de las ventanas abiertas.

Se paró de golpe. En la acera de enfrente había una casa envuelta por la sombra impenetrable de unos mangos. Se acercó. Los árboles tenían las copas muy frondosas. Seguro que debajo no crecía la hierba: no había bastante luz. El jardín era todo de tierra, con frutas podridas entre el barro. Olía como a vino. La casa estaba sepultada en hojas y frutas caídas.

Su oscuridad, por otra parte, era total, sin luces en el porche o las ventanas. Era una construcción de principios de siglo. Tres dormitorios, tal vez, dos abajo y uno arriba. En un lado había un garaje. Él se la quedó mirando. Se fijó en el buzón: era el 1547 de Liholiho. Todo encajaba con lo que había dicho Dorothy. Era una casa oscura. Hasta ahí seguro que llegaba el ruido del restaurante. De todas formas, no había gran cosa que hacer. Aunque aún hubiera sido policía, no habría podido echar la puerta abajo y registrar la casa con pruebas tan endebles. Siguió caminando.

Fueron cinco pasos.

Ya había visto qué se conseguía con prudencia, y estaba harto de ella. En Hong Kong podría haberlo zanjado todo en el hotel Empire, pero había decidido seguir el protocolo y desde entonces le había sobrado tiempo para pensar en lo que podría haber sido.

Esperar no daba intereses.

Tras mirar a ambos lados de la calle, cruzó el jardín de la casa oscura hacia la parte de atrás. Había un patio de ladrillo. La puerta trasera estaba cerrada con llave, pero daba igual. A cada lado había una ventana con persiana, ideal para ladrones. Las lamas de cristal sólo se aguantaban en el marco con masilla vieja de sellar. Las fue

sacando una por una y las dejó en el alféizar. Luego entró en la casa y puso las lamas en su sitio. Dio media vuelta y se quedó en silencio, de espaldas contra la pared, contemplando la casa. Apestaba a humo de cigarrillo acumulado durante años, décadas. Veía lo justo para ir a tientas por el pasillo. Encontró la cocina. El piloto de la encimera daba algo de luz. Encendió dos fuegos, que lo bañaron todo con un vago resplandor azul. Gracias a él pudo buscar por la encimera hasta dar con un mechero Zippo.

Apagó el fogón, encendió el Zippo y se orientó.

Desde la cocina se veía la sala de estar. Había una escalera hacia el primer piso. Mejor empezar por lo más alto e ir bajando. Cuando más tiempo pasara dentro de la casa, más aumentarían las probabilidades de que volviera el dueño y, si volvía, mejor que no lo acorralase en el piso de arriba.

Se acercó a la escalera y cerró el Zippo para ahorrar combustible. Subió a oscuras. Al llegar al final volvió a encenderlo. Sólo había una habitación, con ventanas hacia la fachada y la parte trasera. Vio dos camas estrechas con un escritorio entre las dos. Una alfombra en el suelo. Se acercó al escritorio y abrió el cajón de arriba. Estaba lleno de folletos. Leyó los titulares en mayúsculas:

¡LOS BANCOS JUDÍOS APOYAN A ROOSEVELT!

JUERGA DE MEXICANOS EN LOS ÁNGELES,

¡VÍRGENES BLANCAS ULTRAJADAS!

¡EL JUDAÍSMO MUNDIAL A LA FUGA!

Había muchos más: el escritorio estaba repleto de panfletos mal impresos. Vio caricaturas de judíos y negros, y a un Hitler lleno de orgullo en lo alto del globo terráqueo. Había un mapa de Estados Unidos con una esvástica negra grabada a fuego en las llanuras. Al fondo del cajón encontró un objeto de plata. Tenía el tamaño de una placa de policía. Lo sacó y, justo cuando lo orientaba hacia la llama para ver qué era, se iluminó la ventana de la fachada.

Faros: alguien se había metido por el camino de entrada.

Cerró el Zippo y el cajón.

Fuera chirriaron unos muelles viejos. El coche había frenado. El motor se apagó, y los faros también. Él se asomó a la ventana. No estaba hecha con lamas, sino con dos paneles correderos. Quitó el pestillo y la abrió. Mientras pasaba al otro lado, oyó abrirse la puerta principal. Ya estaba fuera, sobre las tejas de asfalto blando del tejado de abajo. Cerró la ventana y se deslizó hasta la esquina del tejado. No era muy alto, a lo sumo tres metros sobre el suelo. Podía saltar. Hasta ahí, sin embargo, llegaba una rama de mango. Haría menos ruido bajando por el árbol. Se subió a la rama y se impulsó con las manos hasta llegar al tronco. Bajó al suelo y se quedó al pie del árbol, en cuclillas.

Se estaban encendiendo las luces de la casa. Él estaba en el jardín lateral. Se acercó con sigilo y fue a la parte delantera, deslizándose por la pared hasta quedarse al pie de las ventanas. Delante se le veía menos. Otro mango. Se escondió y volvió a mirar.

El recién llegado estaba en la cocina, enmarcado por la ventana. Levantó la vista. Quizá le hubiera llamado la atención su reflejo en el cristal. Estaba encendiendo un cigarrillo. Él se aferró con fuerza al árbol. Durante años había dado por supuesto que nunca encontraría

todas las respuestas y que tendría que aprender a vivir entre espacios en blanco, pero todo acababa de cambiar: las encontraría todas. De repente cobraban sentido cosas que no había entendido en cuatro años, y aún le faltaban más por encontrar. Obligaría al hombre a responderlo todo.

En la cocina, el muy hijo de puta dejó el cigarrillo, metió una mano en el bolsillo delantero de su estrecha camisa de uniforme y sacó un inhalador de benzedrina. Se metió el tubo por la nariz y aspiró. Luego dio la espalda a la ventana y desapareció.

Él aprovechó para salir del jardín y cruzar la calle. Iba deprisa por Wilder, con las manos en los bolsillos, volviendo hacia su Jeep. Aún tenía el Zippo del capitán Beamer y la placa de plata que se había llevado del piso de arriba de la casa, pero no pasaba nada. No le preocupaba robarlos. Ya los devolvería. Regresaría muy pronto.

46

Estaba apoyado en la parte trasera de un coche aparcado en Merchant Street, con matrícula de la ciudad. La comisaría quedaba a dos manzanas. Al oeste, el cielo se estaba poniendo violeta y naranja. La noche anterior había vuelto a su casa, lo había consultado con la almohada y se había despertado sabiendo qué hacer. Era la única manera, aunque no le gustase. Se había pasado el día haciendo comprobaciones y preparativos.

Salió un grupo de hombres de la comisaría y se quedó en la esquina, charlando hasta que se separaron. Cuatro fueron a tomar algo al Royal. El quinto se marchó en otra dirección. Normal, porque estaba casado. Era padre. Tenía un hogar esperándolo. Tenía esperándolo a una mujer y un hijo.

McGrady se echó el sombrero hacia atrás. Quería que lo vieran. Puso las manos entre la espalda y el maletero del coche, palpando la cuarenta y cinco que tenía en el cinturón. La última vez que había apretado el gatillo había matado a un hombre. La próxima vez que lo apretase, probablemente matara a otro.

Fred Ball se paró en la acera, a unos tres metros de distancia, y se miraron a los ojos. Los morados que rodeaban los de Ball estaban virando del negro al violeta oscuro. Tenía el blanco de los ojos lleno

de pequeñas venas rotas, y una costra en la frente, además de un trozo de cinta blanca en el puente de la nariz.

—Deberías comprarte gafas oscuras —dijo McGrady.

Ball entrelazó los dedos e hizo chasquear los nudillos. Luego sacudió las manos para destensarse las muñecas.

—No me esperaba una revancha.

—Si quieres que volvamos a empezar, volvemos a empezar; yo sólo quería hablar contigo, pero me parece bien cualquiera de las dos cosas.

—Si hubiera sido una pelea limpia estarías muerto, lo sabe todo el mundo.

McGrady se rió.

—Crees tan poco en las peleas limpias como yo.

—¿Qué quieres?

—Invitarte a una cerveza y contarte una historia. Luego quiero que me ayudes a cargarme a un hombre. Será lo más gordo que hayas hecho en tu vida.

—No te debo ningún favor, McGrady.

—No, tú no, pero conozco a alguien que sí. Alguien que está en deuda con los dos.

—Si tiene algo que ver con Molly, acabarás recogiendo tus dientes en la taza del váter.

—No tiene nada que ver con Molly —dijo McGrady—. Venga, sube al coche, que es mejor que hablemos en otro sitio.

—No es la trampa más astuta que he visto.

—Mira, Fred... cuando empezó todo esto trabajábamos juntos, y es justo que tengas la oportunidad de estar cuando se acabe.

—Pero bueno, McGrady, ¿me estás hablando del caso? ¿Aún no lo has superado?

—¡No es ningún caso, es mi vida, joder! Y la tuya también. Si te vas a tu casa y ella sale a recibirte... seguirá siendo lo mismo. A ninguno de los dos le parecerá nada bien hasta que hayamos terminado.

Ball se lo quedó mirando. Se le habían abultado los músculos de las mandíbulas, como si intentara atravesar un candado con los dientes.

—A mí me parece todo perfecto.

—Sí, claro. —McGrady dejó de apoyarse en el coche para rodearlo, abrir la puerta del copiloto y entrar—. Sube y vámonos.

Fueron a un tugurio de South King. Al fondo había una timba, voces en tres o cuatro idiomas haciendo mucho ruido. En la entrada no había nadie. Ball se sentó en un banco junto a la ventana. McGrady fue a dar palmadas en la barra hasta que salió un hombre por las puertas de vaivén de la cocina. Al momento siguiente estaba llevando dos cervezas al reservado de la ventana. Le dio una a Ball y se sentó delante, deslizando un poco la cuarenta y cinco para tenerla a mano en caso de emergencia: un disparo por debajo de la mesa al regazo de Ball. Confiaba en que el desenlace no fuera ése.

—¿Quieres que empiece desde el principio?

—Vale.

Se lo explicó todo, desde su llegada a la isla de Wake hasta el desembarco del *Missouri*. De quien no habló fue de Sachi. No hacía falta que Ball supiera nada de ella. A continuación le habló del dibujo

de Emily Kam. Saltándose a Kate, de quien tampoco hacía falta que supiese nada Ball, pasó directamente a Dorothy. Explicó cómo había encontrado la casa siguiendo los recuerdos de la chica.

—¿Y entraste así, como si nada?

—¿Qué pasa, que vas a detenerme?

—¿La casa de quién es? ¿De John Smith?

McGrady metió la mano en el bolsillo y sacó la placa de plata. Encima del escudo había un águila con las alas abiertas, y sobre el escudo unas estrellas y unas barras. Lo único no estadounidense al cien por cien eran el símbolo del sello en relieve y el texto en alemán que lo rodeaba. La deslizó por la mesa hacia Ball.

—De alguien a quien le va este rollo.

Ball lo miró y levantó las cejas.

—Coño, pero si es una esvástica nazi.

—Es la primera vez que veo una placa así. He tenido que investigar. Esta tarde me la he llevado a Schofield, pensando que habría alguien que sabría de estas cosas.

—¿Y?

—Es del German-American Bund. El dueño de esta placa está muy bien situado en la organización.

—¿De quién me hablas?

—De tu jefe.

—¿Qué?

—Yo siempre le había visto algo raro —dijo McGrady—. De entrada ya planteó fatal el caso. Entonces pensé que era porque se le resistía, pero era por algo peor.

—Me estás hablando de Beamer. Me estás diciendo que el tío en cuestión es el capitán Beamer.

—Exacto.

—Beamer no vive en Liholiho. Vive a un par de manzanas de mi casa. Yo en la suya he estado.

—Quizá no sea donde vive, pero es suya, la casa —dijo McGrady —. Esta mañana he ido al registro justo cuando abrían y he consultado el archivo. La compró en el 35, sin hipoteca, cargas ni nada. Todo en efectivo. Un cuartel general para su otra vida.

Ball dio vueltas a la placa con sus manos gigantes, pasando el pulgar sobre la esvástica en relieve.

—Sólo por esto ya lo expulsan del cuerpo —dijo—. ¿Y dentro de la casa hay más cosas así?

—A montones.

—Pues entonces da igual que el resto sea verdad o no. El Bund es ilegal.

—No es sólo el Bund. El resto también es verdad. Fue uno de los cómplices.

—Explícate.

—Nazis y japos trabajando juntos por una causa común. Mataron al chico y la chica para que no se destapara lo de Yamamoto. Lo que era bueno para los japos era bueno para Alemania.

—Madre de Dios...

—Te podrías pasar muchas noches en vela pensando en cómo podrían haber ido las cosas.

Ball miró otra vez la placa antes de sopesarla y devolvérsela a McGrady. Ya iban por la segunda ronda de cervezas. Ball levantó su vaso.

—Tengo que reconocer que... me alegro de que sea Beamer —dijo —. Enano fascista de mierda... ¿y sabes qué más te digo?

—¿Qué?

—Que voy a disfrutar hasta el último segundo.

—Por eso te he traído, para que me enseñes cómo se hace.

Ball apuró la cerveza y se señaló los ojos morados.

—Creía que supuestamente éramos mejores.

—Supongo que no.

—¿Entonces? ¿Vas a disculparte?

—No.

—Si quieres que te diga la verdad, si lo hicieras te tendría en peor concepto que ahora, que ya es decir.

Encontraron una ferretería que aún estaba abierta, City Mill, cerca del Pier 38, y entraron justo antes de que cerrase. Compraron tres metros de cuerda de cáñamo de media pulgada. Ball llevaba encima su navaja. En caso de necesidad podían cortar la cuerda en trozos más pequeños. Al volver al coche, Ball abrió su guantera. Dentro había una porra de plomo, un puño americano y una monotiro calibre veintidós muy gastada, probablemente su arma de emergencia.

—¿A qué vino la noche pasada? —preguntó—. ¿A ver si había correo?

—Me imagino que sí. No debe de que querer que se le acumule, y menos el tipo de cartas que llegan a esa casa.

Fueron hasta el 1547 de Liholiho. El coche de Beamer estaba en la entrada, pero había demasiados testigos. En la casa de al lado había una reunión, con diez o quince personas apretujadas en el porche. Así era imposible.

—Vamos a dar una vuelta en coche —dijo Ball—, y cuando se las hayan pirado nos ponemos en acción.

—¿Y si se ha ido?

—Iremos a buscarlo a su otra casa.

—Prefiero hacerlo aquí.

Ball siguió conduciendo. Bajaron por Wilder y dieron una vuelta por Punchbowl. McGrady vio el Tantalus. En casa de Kate estaban todas las luces encendidas. Era un solo punto luminoso en medio de cientos de hectáreas de selva. Kate le había dejado la puerta tan abierta que era imposible abrirla más. Apartó la vista. Ball estaba frenando en el arcén. En la esquina había un teléfono de pago.

—Espera un momento, que tengo que llamar para decirle que llegaré tarde —dijo.

—Vale.

Salió, fue al teléfono y metió una moneda. McGrady vio que hablaba. Abrió la guantera y sacó el puño americano, sólo por tener algo en la mano, algo que estrujar. Ball volvió y se pusieron otra vez en marcha. Después de matar un cuarto de hora regresaron.

Liholiho Street estaba como le correspondía estar, oscura y despoblada. Los del porche habían entrado en casa, o se habían ido en sus coches. El de Beamer seguía donde antes. Ball aparcó dos casas más allá y salió con McGrady. Se acercaron a la casa. Había luces encendidas, y se oía una radio. Cuando llegaron a la puerta, Ball llamó al timbre. McGrady se hizo a un lado.

Oyó los pasos de Beamer, y el ruido de la cerradura. Estaba abriendo la puerta.

Una pausa, mientras reaccionaba a la presencia de Ball. En esa puerta.

—¿Qué hace aquí, inspector?

—Hay una novedad en el caso Lake, y quería saber qué le parece.

—Lake... ¿de qué me habla? ¿Y cómo ha...?

—Veronica Lake. Está en la ciudad, y hay una serie de problemas.

McGrady oyó que Beamer abría del todo la puerta.

—Veron...

Un puñetazo cortó en seco el resto de la frase. McGrady se acercó a la puerta y ayudó a Ball a meter al capitán en su casa antes de que se derrumbase en el umbral. Le dieron la vuelta y lo pusieron de cara a la pared. McGrady le sujetó las manos en la espalda, mientras Ball daba un portazo con el pie.

—¿Dónde le has pegado? —preguntó McGrady.

—Nada, un toquecito en la barriga.

—Pues no le ha gustado.

—Se ve que no.

A Beamer se le había quedado todo el cuerpo flojo, y le costaba respirar. Le sonaba el pecho como un fuelle roto. Estaba de uniforme, pero se había quitado el cinturón cruzado. Al darle la vuelta se le había abierto la camisa. Ball lo sostenía en pie con una mano en la nuca. McGrady vio un cigarrillo encendido en el suelo, que estaba dejando una marca negra en la madera. Lo aplastó con el talón. Arrastraron a Beamer hasta la cocina, cogiéndolo por las axilas.

Ball señaló con la barbilla una silla de madera.

—Servirá.

Tenía reposabrazos. Sería perfecta. Dieron la vuelta a Beamer y lo dejaron caer en la silla. McGrady le sujetó los brazos. Ball tenía dos esposas. Usó una para cada muñeca, dejando a Beamer encadenado

a los brazos de la silla. A continuación, McGrady aguantó los pies de Beamer mientras Ball le ataba los tobillos a las patas.

Ball se puso detrás de la silla y la echó hacia atrás para darle la vuelta y arrastrarla por la cocina. Las patas traseras de la silla dejaban arañazos paralelos en el suelo. Le dio otra vez la vuelta, poniendo a Beamer delante de la mesa de su comedor. Beamer estaba recuperando el aliento y las fuerzas, pero daba igual, porque estaba firmemente atado a la silla.

—Siéntate y habla con él —dijo Ball—, que yo quiero echar un vistazo. Quiero ver toda la mierda nazi que tiene.

—Busca en el piso de arriba.

Ball miró a su alrededor hasta que localizó la escalera y fue hacia ella. McGrady cogió una silla y se sentó, apoyando los codos en la mesa. Beamer intentaba mostrarse severo y confiado. Sus labios formaban una mueca de desprecio.

—No me lo trago —dijo McGrady—. Estás cagado de miedo. Se huele.

Beamer no contestó. McGrady metió una mano en el bolsillo y sacó la placa del Bund, pero sin enseñarla. Se la quedó en la mano, cerrando un poco los dedos.

—Ya lo sé prácticamente todo —dijo—. Si me ayudas a llenar las lagunas no te echaré encima a Ball.

A Beamer se le ensancharon las aletas de la nariz, y se le pronunció tanto la mueca de desprecio que McGrady vio sus dientes amarillos. En el piso de arriba se oyó la voz de Fred Ball.

—Joder, Joe —dijo—, a este tío lo ahorcan seguro.

McGrady habló sin levantar la voz.

—Pues eso, lo que te iba diciendo: a finales de noviembre de 1941 llamaste a Danny Boy O'Brian y te hiciste mandar a tres chicas. Tenías que entretener a unos invitados. Eres muy buen anfitrión, ¿verdad?

En vista de que Beamer no hacía otra cosa que mirarlo, McGrady continuó.

—Estábamos en la autopsia. El coronel y yo estiramos a Miyako Takahashi para que él pudiera abrirla, y tú te desmayaste. No fue sólo por lo impresionable que eres, ¿verdad? Fue por ver de cerca lo que habías ayudado a hacer.

McGrady no esperaba una respuesta. Tampoco la hubo. Lo que oyó fueron pasos en la escalera. Ball apareció con una tela roja doblada.

—Eh, Joe —dijo—, mira qué he encontrado.

La desdobló y la levantó. Era una bandera nazi. Beamer no la miró, ni tampoco a McGrady.

—¿Sabes lo que quiere decir?

—Me lo puedo imaginar.

Ball y McGrady hablaban mirándose entre ellos e ignorando a Beamer, pero a quien se dirigían era a él. Los tres sabían cómo funcionaba.

—A partir de ahora todo vale —dijo Ball—. Cuando vean lo que hay aquí arriba, les importará una puta mierda lo que le hayamos hecho. ¿Ya ha empezado a hablar?

—Nada, ni pío.

—Pues déjame probar a mí.

—Vale.

Hacía media hora que se hacía el sordo a los ruidos que se oían en el comedor. Estaba dejando toda la casa patas arriba. En esos momentos estaba en el dormitorio, donde había más folletos. Encontró un ejemplar de *Mein Kampf* y un fajo de recortes de prensa. Los gustos de Beamer estaban claros: le gustaban las matanzas de judíos, las victorias alemanas y las fotos de gente muriéndose de hambre detrás de alambradas.

Aunque pareciera imposible, faltaba lo peor. En el armario había una colección de libros guarros. Los hojeó. Eran de confección casera. Debía de haberlos hecho el propio Beamer cuando estaba en la brigada antivicio. Sus compañeros y él no habían parado. Redadas de chicas y a la comisaría. Fotos desnudas, posando, en pleno acto sexual... en muchas imágenes salía Beamer. Se estaba divirtiendo.

En ese momento no se divertía tanto. Estaba al fondo del pasillo, gimiendo como un perro herido. Ball no abría la boca. Lo que usaba eran las manos, con las que era capaz de transmitir cualquier argumento. Beamer los pillaba todos. A McGrady no le molestaba en absoluto.

Se acercó a la cama. Debajo de la almohada había una treinta y ocho, y en la mesita de noche, una cuarenta y cuatro. Antes ya había encontrado una Luger alemana en la cocina, y junto al váter, al fondo de una caja, una pistola pequeña, tobillera, del veintidós. Tantos preparativos por si venía alguien, y Ball lo había dejado fuera de juego con un golpecito de nada en la barriga.

Dio la vuelta al colchón de la cama y levantó el somier. La funda, de tela fina, tenía un corte. Lo ensanchó al máximo y buscó entre los muelles hasta encontrar un cuaderno de formato de bolsillo. Estaba escrito de principio a fin con la letra nerviosa de Beamer.

En el comedor, Ball dijo algo que McGrady no entendió, pero Beamer seguro que sí, porque se puso a gritar. No duró mucho. Ball había encontrado la manera de cortarlo en seco. McGrady cerró la puerta y se sentó en el suelo para leer el cuaderno.

Había nombres y números de teléfono. No vio nada claramente relacionado con John Smith. El agente especial Shivers podría volverse loco todo un año. Era el tiempo que se podía tardar en separar las pistas útiles de las que no llevaban a ninguna parte.

Oyó un golpe en la puerta del dormitorio y se levantó, guardándose el cuaderno en el bolsillo. Cruzó la habitación y abrió la puerta. Era Ball. Se había quitado la chaqueta, y estaba arremangado, pasándose una toalla húmeda por los nudillos.

—Ya está para hablar.

—¿Ah, sí?

—Estoy casi seguro.

Volvieron al comedor. Beamer estaba en la silla, con la bandera en la boca. Ball se la había metido casi toda. La parte que colgaba por fuera tenía el tamaño de un pañuelo.

—Le he dicho: «Mira, ya que no vas a hablar, podrías hacer algo útil, como quitarnos de encima esta bandera nazi.»

Beamer tenía la cara morada y los ojos medio salidos de las órbitas. Sus mofletes estaban inflados como un globo, y su cuello no daba más de sí.

—Lo que pasa es que no ha podido tragársela entera —dijo Ball—, así que le he preguntado: «¿Estás dispuesto a hablar con Joe?»

—¿Y?

—No se ha visto muy claro —dijo Ball—. Puede que haya asentido.

—Podría ser.

Ball cogió el trozo de bandera que le colgaba a Beamer de la boca y lo estiró. Fue como ver un truco de magia: los quince centímetros de tela roja se convirtieron en treinta, y los treinta en sesenta, y los sesenta en casi un metro. La última parte dejó paso a un chorro de vómito que aterrizó en el regazo de Beamer. Se dobló sobre sí, medio asfixiado.

—No, si en el fondo le va bien —dijo Ball—. Seguro que nunca había estado tanto tiempo sin fumar.

McGrady se sentó otra vez, viendo cómo recuperaba Beamer el aliento, y esperó. No tenía prisa. No tenía ningún otro sitio adonde ir, ni lo esperaba nadie en casa.

—Contesta sí o no —dijo—. Tenías un contacto del German-American Bund en tierra firme que de vez en cuando te mandaba instrucciones.

Al intentar tragar, Beamer tuvo una arcada y escupió un poco más de bilis.

—He dicho sí o no —dijo McGrady.

Beamer asintió.

—En noviembre del cuarenta y uno se puso en contacto contigo, te dijo que vendrían dos amigos y te pidió que los ayudaras. Esta casa, aparte de tu caprichito personal, es un refugio, un punto de reunión del Bund. El dinero para comprarla lo pusieron ellos. ¿Sí o no?

Beamer vaciló. Ball le dio un revés en los dientes. McGrady esperó a que se recuperase.

—¿Es verdad lo que acabo de decir?

Beamer movió la boca, pero no se oyó nada. Luego se puso a llorar, de dolor o humillación, y levantó la mano derecha lo máximo

que pudo, tensando las esposas. Se señaló el cuello, negó con la cabeza e hizo el gesto de escribir.

—Quiere un bolígrafo —dijo Ball—. Nos lo va a poner por escrito.

Beamer asintió y soltó el bolígrafo imaginario. Acto seguido extendió el índice y el anular, con un centímetro de separación entre sus uñas amarillas. Al principio McGrady pensó que pedía unas tijeras, pero luego lo pilló: el muy cabrón quería fumar. Ball también lo entendió.

—Ve a ver si encuentras papel y un bolígrafo —dijo—. Y tráele el paquete de Lucky que hay en la cocina. Si hay cerveza fría, tráela también, que me apetece una. Puede que aún tardemos bastante en irnos.

Se sacó del bolsillo la llave de las esposas y se puso de rodillas junto a Beamer. McGrady se fue a la cocina. Al lado del teléfono encontró un bloc de notas. Había un tarro de mermelada con bolígrafos y lápices. Cogió el paquete de Lucky y miró dentro de la nevera. Había cerveza, pero no la cogió.

Volvió al comedor. Beamer estaba de pie, cerca de la mesa, con la mano derecha sin esposar. McGrady hizo salir un cigarrillo del paquete, se lo puso entre los labios y, después de encenderlo con el Zippo de Beamer, se lo dio. También le puso delante el bloc de notas y un bolígrafo. Beamer dio una calada, pero se atragantó al intentar tragarse el humo y se le cayó el cigarrillo, primero al regazo y luego entre los muslos. Cuando quiso cogerlo se interpuso Ball, que le sujetó la mano libre.

—Me vendiste, ¿verdad? —dijo McGrady—. Como no podías arriesgarte a dejar que pillara a John Smith, le mandaste un

telegrama avisando de mi llegada, y lo informaste de que tenía una testigo, una tal Emily Kam.

Beamer se retorcía en la silla, intentando quitarse de encima el cigarrillo.

—Le mandaste un telegrama —dijo McGrady.

Beamer asintió con la cabeza. Ball le soltó la mano. Entonces Beamer la metió entre las piernas, sacó el cigarrillo y lo dejó en una esquina de la mesa.

—Voy a decirte lo que quiero —dijo McGrady—. Para empezar, el nombre de John Smith.

A Beamer le temblaba la mano. Empezó a escribir con letras inclinadas y pequeñas. McGrady tuvo que agacharse para ver qué había puesto.

Nunca me dijeron su verdadero nombre.

Era lo previsible, pero en fin, había valido la pena probar.

—¿Era alemán? —preguntó Ball.

Beamer no se molestó en escribir. Se limitó a asentir con la cabeza. Fuera empezó a ladrar un perro. Ball se acercó a la ventana, metió un dedo dentro de la cortina y se asomó.

—Te dejó una dirección para escribirle —dijo McGrady—. Un sitio donde se le podría contactar.

Beamer asintió otra vez.

—Apúntalo.

Cogió el bolígrafo y lo acercó al papel, pero sin escribir nada. Quizá estuviera pensando, tratando de acordarse.

—¿Sale en este libro? —preguntó McGrady, dejando el libro negro encima de la mesa.

Beamer se delató por la cara que puso. El libro era una mala noticia. Lo hundiría. Aun así, negó con la cabeza. Seguía con el bolígrafo apoyado en el papel. Escribió algo:

Aquí no sale. Tengo que pensar.

—Piensa deprisa —dijo McGrady.

—McGrady —dijo Ball—, ven un momento.

McGrady pasó por detrás de Beamer para ir a la ventana. Ball le dejó sitio. Se asomaron los dos a la vez. Al otro lado de la calle había un coche patrulla. Estaba aparcado y con las luces encendidas, pero sin nadie dentro. El perro seguía ladrando.

—¿Qué te parece? —susurró Ball.

—Puede que sólo...

McGrady oyó un clic: acero elástico deslizándose por una superficie de metal. Se volvió rápidamente.

Aún no había terminado de dar la vuelta y ya tenía en la mano su pistola del cuarenta y cinco. Beamer estaba sacando un revólver de debajo de la mesa, y lo estaba levantando hacia la espalda de Ball. McGrady vio los ángulos, y su oportunidad. Apretó el gatillo. De momento, todas las balas de ese cargador habían dado en el blanco. Ésa no fue ninguna excepción.

Le pegó a Beamer un tiro en la frente.

Ball también se volvió, pero sin su pistola en la mano, ni haciendo el gesto de desenfundarla. Sus ojos hacían instantáneas muy seguidas, como obturadores. Hizo una de Beamer, caído de bruces

en la mesa. Le faltaba casi toda la parte trasera de la cabeza. La herida de salida. Miró el aparador de la vajilla, salpicado de sangre y materia gris. También se fijó en la mano de Beamer, que se había quedado colgando, sin soltar la pistola. Una del treinta y ocho.

Los labios de Ball se movían. Al principio McGrady no le oía.

—Debía de tenerla fijada con una agarradera debajo de la mesa —dijo—. Tenía pistolas por toda la casa.

—Mierda.

Ball se estaba hurgando en las orejas.

El comedor era pequeño, sin alfombra, y las paredes, lisas. La detonación había sido comparable a la de un cartucho de dinamita.

—Te iba a disparar por la espalda.

Ball lo asimiló. Le temblaban un poco las piernas. Rodeó la mesa y tuvo que apoyarse en una esquina mientras él y McGrady miraban a Beamer. Justo entonces se soltó la treinta y ocho de los dedos del muerto y chocó con el suelo. McGrady se puso de rodillas y miró debajo de la mesa. Había una abrazadera fijada con tornillos.

—Eres consciente de lo que parece, ¿no?

McGrady se levantó. Era consciente, sí. Había un hombre mayor esposado y atado a una silla. Le habían pegado una paliza, le habían roto los meñiques, lo habían asfixiado y al final lo habían ejecutado. Sería difícil de explicar, y existía la posibilidad de que tuvieran que hacerlo en un plazo de treinta segundos, en caso de que el poli estacionado enfrente hubiera oído el disparo.

—¿Fuera qué pasa? —preguntó McGrady.

Ball se acercó a la ventana y volvió a abrir la cortina. Miró hacia el exterior, haciendo pantalla con las manos. Ladraban más perros que antes. Siempre había perros ladrando en algún sitio.

—Yo no veo nada. Un momento...

McGrady fue a mirar. Vieron que de la casa de enfrente salía un policía uniformado que recorría el camino de entrada y se metía en su coche patrulla. Estuvo un rato sentado, escribiendo algo, hasta que arrancó y se fue.

—Ya está —dijo McGrady.

—Tengo que sentarme.

Había una silla justo al lado, pero la manera de recuperarse no era sentarse delante de la mesa, mirando a Beamer. Fueron a la cocina.

Primero Ball se apoyó en la encimera, y luego se sentó en el suelo.

—Mierda —dijo.

—No le des más vueltas.

—Le he dado la espalda.

—Yo también. Es lo que estaba esperando. Seguro que lo de no poder hablar era un truco. Sólo quería que le quitáramos la esposa y lo acercáramos un poco más a la mesa.

—Necesito pensar.

Ball se puso un pulgar en cada sien. McGrady se acercó al fregadero, abrió la nevera y sacó dos de las cervezas de Beamer. Al volver le dio una a Ball.

—Joder, McGrady...

—Lo has dicho tú antes.

—¿El qué?

—Que te apetecía.

Ball bebió. El sabor le provocó una mueca, pero se acabó la botella y la dejó en el suelo. Levantó otra vez la vista hacia McGrady.

—Vale —dijo—, ya estoy bien. Hemos acabado.

—¿Cómo lo ves? ¿Ahora qué hacemos?

—Tú vete, desaparece. ¿Has dejado huellas?

—Lo he limpiado todo después de tocarlo.

—Más te vale —dijo Ball—. Yo me quedaré esperando y, cuando haya pasado una hora, llamaré a Gabrielson a su casa. Le diré que he pasado a consultarle algo sobre un caso a Beamer, que al encontrar la puerta abierta he entrado por si le pasaba algo, y que tiene toda la pinta de que Beamer se ha peleado con sus amigos nazis.

—Querrán saber cómo te habías enterado de lo de esta casa. Más vale que te inventes algo.

—Hace un par de años me llamó desde aquí. Tenía el coche averiado, y me pidió que lo llevara a la comisaría.

—Supongo que servirá. Al menos queda como que nunca habías entrado.

—¿Te das cuenta de que si en el cuaderno no sale lo que necesitas no podremos seguir? Más ya no conseguiremos.

—Ya veremos.

—Venga, vete —dijo Ball—, y no pares un taxi hasta que hayas caminado tres kilómetros. Preguntarán en las paradas qué carreras han hecho por la zona de Makiki.

—Puede ser —dijo McGrady—, aunque igual es lo que has dicho tú: cuando encuentren toda la porquería nazi les parecerá mejor hacer como si no hubiera pasado nada.

Ball se levantó. Cruzaron la casa hasta la puerta principal. Justo cuando McGrady iba a salir, Ball le puso una mano en el hombro para que se diera la vuelta.

—Joe...

—¿Qué?

—Me imagino que al enterarte de lo de Beamer te hiciste la pregunta de por qué te puso a trabajar conmigo —dijo Ball—. ¿Cómo sabías que yo no bailaba a su son?

—No lo sabía.

—¿Qué?

—Supuse que trayéndote a esta casa no tardaría mucho en averiguarlo. Partía del supuesto de que sería el más rápido de los tres en disparar.

Ball se pasó una mano por el pelo, muy corto y con canas.

—No me has traído porque me necesitaras.

—No. ¿Y sabes qué te digo? —contestó McGrady—. Que has tenido suerte de que Beamer te apuntara a ti. Si hubiera empezado por mí, lo más probable es que os hubiera matado yo a los dos.

Ball se lo pensó un buen rato.

—Menudo hijo de puta estás hecho, Joe.

—Ni la mitad que tú.

—Habríamos trabajado bien juntos. Me gustaría que hubieran salido las cosas de otra manera.

—A mí también.

Ball tendió la mano. Se dieron un apretón y McGrady se fue caminando.

47

No durmió. Estuvo leyendo el libro negro de Beamer en una tetería de Chinatown que no cerraba en toda la noche. Había demasiados nombres, demasiados números. Para estudiarlo a fondo habrían hecho falta varios escuadrones de inspectores, y él estaba solo; no tenía autoridad, ni llegaría muy lejos a base de mentiras y sobornos. Desistió de seguir mirando el libro y se imaginó a Beamer durante la primera semana de diciembre de 1941. Debía de haber asistido a más de una reunión en el despacho de Kincaid, junto con el almirante Kimmel, el jefe Gabrielson y Bob Shivers. Al llegar de Guam el telegrama en el que McGrady pedía la dirección de Emily Kam, Beamer debía de haber empezado a preocuparse: seguro que McGrady había encontrado algo, un asidero que quizá le sirviera para forzar la puerta, en cuyo caso, si pillaba a John Smith y no lo mataba en el acto, podían salir a relucir determinados nombres. Había que tomar medidas.

Cerró los ojos y se lo imaginó saliendo del edificio de Alexander & Baldwin. Lo vio palpándose los bolsillos en Bishop Street, con los nervios de punta hasta el siguiente chute de benzedrina. La opción más próxima para mandar un telegrama eran las oficinas de la Commercial Pacific Cable, en el edificio Alexander Young. Quedaba a pocas manzanas, en la propia Bishop Street. Seguro que se había

resistido a mandar el telegrama desde ahí, sabedor de que estaba cometiendo un delito de traición. El bar y el restaurante del hotel estaban llenos de inspectores y hombres de negocios, muchos de ellos conocidos suyos, que se acordarían de haberlo visto. Sin embargo, se le acababa el tiempo. No le quedaban días, sino horas. Cuando llegara McGrady a Hong Kong podía pasar de todo. Tendría que sopesar los riesgos. Seguro que había decidido no ser muy concreto en el mensaje. Los telegramas no tienen nada de privados: los leen los administrativos de uno y otro lado, y guardan copias.

McGrady pagó la cuenta y salió a caminar sin rumbo fijo. En Chinatown, al alba, no había nadie. Las únicas que le hacían compañía mientras despuntaba el sol eran las ratas.

A las ocho entró en las oficinas de la Commercial Pacific. En su momento había mandado muchos telegramas, y sabía cómo funcionaba: se trataba de ir al mostrador, coger un impreso, rellenarlo con un bolígrafo atado a una cadena y llevárselo a la encargada, que contaba las palabras y calculaba el precio. Ella, luego, arrancaba la copia de papel carbón, la pegaba a un expediente y ponía el original en una bandeja destinada a la sala de telegrafía.

Fue al mostrador y miró a la encargada. Era el primer cliente del día. Cuando entró él, se estaba maquillando. No había nadie más. Mejor.

—Estoy investigando un caso antiguo, y vengo por si puede ayudarme —dijo.

—¿Su nombre, por favor?

—Soy el inspector McGrady, de la policía de Hawái.

En el secreter de Beamer había encontrado un buen puñado de estrellas doradas del cuerpo. Beamer no tenía derecho a acumularlas. Tampoco había ninguna excusa legal para que cogiera una McGrady y la usara en su provecho. Después de mostrársela a la empleada se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

Señaló el archivador metálico que tenía ella al lado.

—Las copias de carbón de los mensajes las separan y las guardan allá dentro, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y luego qué hacen con ellas?

—Cuando se llena el archivador las metemos en una caja y la mandamos al almacén de abajo.

—¿Para cuánto tiempo?

—¿Oficialmente?

—Sí, claro.

—Dos años. Luego se trituran.

—¿Y extraoficialmente?

—Hace bastante que no las trituramos. Al principio de la guerra vino un hombre del FBI. Parece que le preocupaban los espías. Nos explicó qué buscar, para que pudiéramos avisarlo, sobre agentes secretos, por ejemplo, y también nos pidió que lo guardáramos todo sin triturar, por si tenían que volver más tarde a buscar pruebas.

—¿O sea, que los archivos no los han purgado desde antes de la guerra?

—No.

—Supongo que estará en otro edificio. Me refiero al almacén.

—No, aquí mismo, en el sótano, a cal y canto.

—Pero la llave seguro que la tiene, ¿no?

Se encontraba en su elemento: un sótano con poca luz, repleto de expedientes carcomidos. Estaba muy bien atar a un hombre a una silla y sacarle respuestas a base de mamporros, pero donde se resolvían las investigaciones era en salas así. Los mensajes estaban guardados en cajas de cartón prensado, cada una con una horquilla de fechas escrita en la parte delantera. Quedaba tan poco espacio libre que para circular entre las cajas había que caminar de lado. Casi todas tenían manchas negras de moho, salvo las más recientes. Antes de haber llegado al fondo ya le lloraban los ojos.

Podía recitar las fechas sin tener que consultar sus notas. Había aterrizado en Guam el 5 de diciembre, y esa misma noche, poco después de su llegada, le había pedido ayuda a Kincaid por telegrama para conseguir la dirección de Emily Kam. Teniendo en cuenta que en Guam era un día más tarde, Beamer podía haberse enterado del telegrama la propia mañana del 5, y seguro que había aprovechado la primera ocasión para mandar el aviso.

Se abrió paso hacia el fondo de la sala. Las pilas de cajas seguían cierto orden. Encontró la que buscaba y se la llevó para poder sentarse en el suelo, aprovechando la bombilla que le quedaba más cerca. Abrió la caja y se puso a leer.

La mitad de los mensajes estaban escritos a mano, probablemente sobre el mostrador de arriba, y el resto a máquina. Los segundos se los saltó. Beamer no escribía nunca a máquina, y seguro que no lo había delegado en ninguna de las secretarias de la comisaría.

Seguro que había venido personalmente y lo había escrito de su puño y letra.

Estuvo leyendo mensajes de amor, telegramas de negocios y pedidos comerciales. Fue testigo de cómo una mujer rompía con su pareja y se retractaba al cabo de dos horas. Leyó palabras de madres preocupadas por el estallido inminente de la guerra, y de hijos que fingían que no pasaba nada. Lo encontró hacia la mitad de la caja. La letra de Beamer era tan temblorosa como de costumbre. El mensaje en sí lo había escrito en mayúsculas.

> PARA: JOHN SMITH
>
> C/O GOLDEN PHOENIX TRANSSHIPPING
>
> SHEUNG WAN, CPDB5 SSS HONG KONG
>
> JOE MCGRADY UNO DE MIS HOMBRES DE CAMINO A KOWLOON HOTEL PENINSULA STOP LLEGA 7 DICIEMBRE STOP HA ENVIADO TELEGRAMA DESDE GUAM PREGUNTANDO POR PASAJERA DEL CLIPPER EMILY KAM STOP INVÍTALO A UN CONCIERTO PERO CUIDADO QUE TIENE INSTRUMENTO COMO EL TUYO Y LO TOCA IGUAL DE BIEN

Se guardó el resguardo en el bolsillo y dejó la caja donde la había encontrado. Luego apagó la luz, cerró y subió a devolverle la llave a la encargada.

Antes de irse del centro pasó por su banco, pagó la hipoteca de enero y sacó efectivo para un mes, según sus cálculos, al menos. Acto seguido fue a su casa y empezó a hacer llamadas. Los vuelos

de Pan Am ya no cruzaban el Pacífico. La oferta se reducía a los del ejército, gestionados por el ATC, el Air Transport Command. Llamó al aeródromo de Hickam, a la oficina de logística del ATC, identificándose como un capitán retirado, y empezó a soltar todos los nombres que se le ocurrían: el almirante Kimmel, el mayor Devereux, Bob Shivers... Si quedaban asientos libres para Oriente, que le reservasen uno. El teniente que lo atendió por teléfono le dijo que lo consultaría y le pidió que volviera a llamar en una hora.

En cuanto colgó el teléfono volvió a sonar. Se puso.

—¿Joe McGrady?

Había pensado que podía ser Kate, pero era una voz de hombre que no reconoció.

—¿Quién es?

—John Carroll, del *Advertiser*.

—Sí, ya me acuerdo.

—He empezado a escribir el artículo, y estoy llamando a todos los que podrían hacer alguna observación.

—¿Sobre qué?

—¿No se ha enterado?

—¿De qué tengo que haberme enterado?

—De que esta noche se han cargado a Beamer.

—No, no me lo había dicho nadie —contestó McGrady sin faltar a la verdad. No hacía falta que nadie le dijera nada—. No he pisado la comisaría desde el 7 de diciembre.

—¿Lo ha dejado?

—Sin comentarios.

—¿Y Beamer qué? —preguntó Carroll.

—¿Qué de qué? Pregúnteselo a alguien que sepa algo, como el jefe Gabrielson, por ejemplo.

—¿Y Fred Ball?

—A Fred puede preguntarle lo que quiera —dijo McGrady—, pero le aconsejo que lo haga por teléfono, porque así, como máximo, le gritará.

—Lo vi hace un par de días.

—Felicidades.

—¿Sabe qué le ha pasado?

—Sobre eso tampoco tengo comentarios.

—Parecía que le hubieran roto un bate de béisbol en la cara.

—Así no se tratan los bates.

—¿En qué tipo de casos estaban trabajando él y Beamer?

—Ni idea.

—¿Es verdad que Beamer pertenecía al German-American Bund?

—No tengo la menor idea.

—Si fuera verdad, ¿sería un problema para el departamento?

—Dígamelo usted, que sabe más del tema —contestó McGrady.

—¿No piensa hacer ningún comentario? ¿En serio?

—No.

—A mí lo que me han dicho es que lo ataron a una silla y lo torturaron, quizá un par de horas. Después lo ejecutaron. ¿Tenía enemigos?

—Sería raro que le hicieran eso unos amigos.

—¿A usted quién lo echó, Beamer o Gabrielson?

—Ha sido un placer, John.

Colgó y miró su reloj. Parecía buena hora para irse de la ciudad.

48

El mismo viaje que en 1941 había durado cinco días, en aquel año duró sólo dos, pero con una diferencia abismal de comodidad: en vez de hacer varios tramos cortos en la suite nupcial de un hidroavión de la Pan Am, viajó encajado en el suelo de un C-54 sin calefacción, detrás de la cubierta de vuelo. El resto del avión iba cargado de penicilina. El vuelo directo a Guam duraba veinte horas. Al llegar se desentumeció las piernas por la pista, mientras repostaban, y volvió a subir con una tripulación distinta a para el vuelo de ocho horas a Manila. Era lo más lejos que podía llevarlo el Air Transport Command.

Había dado por supuesto que para recorrer los últimos mil cien kilómetros hasta Hong Kong tendría que comprar un billete de barco, pero el ingeniero de vuelo del segundo tramo lo remitió a un hangar del fondo del aeródromo Nielson, donde tenía su sede en Manila un servicio incipiente de correo aéreo. Consiguió negociar un sitio en un avión postal que iba hasta Shanghái con escalas en Hong Kong y Taipéi. El billete era barato. Le cobraron por peso. Llegó a su destino la mañana siguiente a modo de paquete enviado por correo aéreo.

Esta vez, los inspectores de aduanas no se lo tomaron tan a la ligera. Le hicieron poner la maleta en una mesa y le pidieron que la abriese. Un agente hurgó con un pequeño palo negro entre la ropa y los papeles. No había nada que ver en especial. La cuarenta y cinco la llevaba metida por detrás de los pantalones. Cuando el funcionario de inmigración le selló su nuevo pasaporte, franqueándole la entrada al territorio de la corona británica, el cuchillo de trinchera estaba dentro de su funda, en el bolsillo interior de la chaqueta.

Fue a pie desde el aeropuerto de Kai Tak hasta el Peninsula, siguiendo la costa de Kowloon entre hordas de conductores de *rickshaw* y repartidores que le obligaban a coger folletos impresos a mano de burdeles y espectáculos de chicas. El puerto era un auténtico hervidero: barcos de vapor, juncos, taxis acuáticos, cañoneras británicas de alta potencia... La bandera del Reino Unido ondeaba en todas partes. Los británicos no querían que a nadie le pasara por alto su regreso.

Levantó la vista hacia el Peninsula Hotel desde la acera opuesta de Salisbury Road. En el último piso se veían dos hileras de balazos. Habían cambiado los cristales, y habían pintado por encima de los agujeros, pero era un simple apaño que no podía esconder la historia. El hotel había sido ametrallado. Cruzó la calle y subió hasta la entrada. Unos porteros con chistera y chaqueta de faldones lo hicieron pasar al vestíbulo.

El hecho de no tener reserva no supuso ningún inconveniente. Pagó en efectivo y anotó su nombre en el libro de registro. De paso cambió cien dólares estadounidenses a dólares de Hong Kong. El recepcionista le entregó sus llaves y el dinero, deseándole una feliz estancia.

—¿Tiene un listín de teléfonos?

—Sí.

—¿Podría buscarme un número?

—Por supuesto.

—Es una empresa. Se llama Golden Phoenix Transshipping, y en principio tiene las oficinas en Sheung Wan.

—Ahora mismo lo miro, señor.

El recepcionista fue en busca del listín y, después de hojearlo un poco, deslizó un dedo por el papel de periódico. Acto seguido lo trajo y se lo puso a McGrady delante.

—Tendría que estar justo aquí —dijo.

—Igual es que no sale en el listín.

—¿Quiere que se lo pregunte por teléfono a la operadora?

—Sí, por favor.

Descolgó el teléfono, marcó y se puso a hablar en cantonés. Pronunció dos veces el nombre de la empresa, primero en inglés y luego en cantonés, y se quedó a la espera. Finalmente negó con la cabeza y colgó.

—Lo siento. Puede que sea una empresa sin servicio telefónico.

—O que no haya sobrevivido a la guerra.

—Como tantas cosas.

Un mozo quiso llevarle la maleta hasta el ascensor, pero McGrady le hizo el gesto de que no y subió por su cuenta. Bajó en el tercer piso y recorrió el pasillo hacia su suite. Si ya no existía Golden Phoenix, el viaje sería aún más inútil que su anterior visita. Al menos sería más corto.

Entró con su llave. La distribución era la misma que la otra vez: un pasillo de entrada, y al fondo un salón con jarrones chinos, muebles

de madera lacada y un escritorio al pie de la ventana principal. Descorrió las cortinas. La ventana daba al puerto y la isla de Hong Kong. La ciudad no había crecido tanto como Honolulú. La guerra había hecho estragos, pero la montaña seguía tan hermosa como siempre, verde y salpicada de mansiones. Se preguntó cuál era la de Emily Kam. No le había mandado un telegrama para informarla sobre su llegada. De hecho, en Honolulú nadie estaba al corriente de su partida.

Miró el surtido de papeles y sobres del escritorio. El adorno de los formularios para telegramas era un galeón con todas sus velas desplegadas. La empresa de telegrafía local se llamaba Cable & Wireless. Puso enseguida manos a la obra.

Llevaba cuatro años de retraso, y estaba harto de esperar.

Cable & Wireless tenía sus oficinas al otro lado del puerto, en Hong Kong. Cogió el ferri de la Star y caminó, pasando junto al muelle de donde había zarpado su barco rumbo a Yokohama. Había ferris cargando pasajeros para Macao. La oficina de telégrafos estaba enfrente.

Cruzó la calle y entró en el edificio por una doble puerta con cromados. Había un vestíbulo central y una recepcionista.

—Dígame.

—Quiero ver al encargado —dijo McGrady—, o al supervisor, o como llamen al que manda.

—Si viene en representación de alguna agencia...

—No, no vendo nada. Es por un tema personal.

—¿Personal?

Se acercó un poco más al mostrador y se inclinó, bajando la voz.

—Durante la guerra le perdí la pista a un muy buen amigo. Tengo la esperanza de que esté bien. Las probabilidades son muy bajas, pero lo último que he podido encontrar es un telegrama que llegó a su oficina.

—¿Es...?

—No será una pérdida de tiempo muy grande para nadie.

Tenía las manos en el mostrador. Aún no había sacado dinero, pero estaba dispuesto a hacerlo. La mayoría de los recepcionistas se mostraban receptivos a uno o dos dólares. La mujer, sin embargo, descolgó el teléfono, marcó un número y habló protegiendo el auricular con la mano. Después de escuchar durante un rato, con la cabeza ladeada, levantó la vista hacia McGrady.

—¿Su nombre, por favor?

—Joe McGrady.

Lo repitió por el teléfono y colgó.

—Puede subir en ascensor a la segunda planta —dijo.

Cuando salió del ascensor se encontró con una mujer al otro lado de la puerta.

—¿El señor McGrady?

—Sí, soy yo.

—En este momento el señor Renders está libre, pero espero que no tarde usted mucho.

—Será un momento.

Ya habían empezado a cruzar la sala de telegramas. Cientos de operadoras, en sus mesas, recibían los mensajes salidos de los

teletipos y cortaban las cintas con tijeras para pegarlas a postales de la Cable & Wireless. Por la sala circulaba una mujer con un carrito, recogiendo los mensajes de las bandejas de las operadoras. El ambiente era caluroso y ensordecedor. El edificio recibía tanta electricidad que el aire olía a ozono.

—Su despacho está al fondo.

Era un despacho con una puerta de caoba y una ventana de cristal esmerilado. El nombre del jefe de planta estaba escrito en letras doradas: John Renders.

La mujer dio unos golpecitos en la puerta y la abrió.

—Ya está aquí el señor McGrady.

—Que pase.

McGrady entró y cerró la puerta, atenuando un poco el ruido. El despacho estaba lleno de piezas de maquinaria y rollos de cable. Renders aparentaba unos sesenta años. Era un hombre delgado, con un traje marrón. El aire del despacho, desprovisto de ventanas, estaba cargado de humo de pipa.

—¿En qué puedo ayudarlo?

McGrady tendió la mano y estrechó la de Renders por encima de la mesa. Después cogió la silla para las visitas y se sentó.

—Estoy buscando una empresa. Se llama Golden Phoenix Transshipping, y debería estar en Sheung Wan.

Renders se lo quedó mirando inexpresivamente. El único movimiento que hizo fue una mirada de reojo al teléfono de encima de la mesa.

—Creía que a quien buscaba era a un amigo, alguien a quien perdió en la guerra.

—Así es —dijo McGrady, preguntándose qué nota le habría puesto de momento Kate a su interpretación. Había empezado por la verdad —. Me han llegado noticias de que podría encontrarlo en la empresa a la que me refiero. Es donde trabajaba justo antes de la guerra. Lo que ocurre es que no tienen teléfono y, como me consta que han recibido telegramas, se me ha ocurrido...

—Si es una empresa de transporte, lo normal sería que mandasen muchos telegramas, ¿no?

—Parecería que sí.

—O sea, que deberían tener cuenta con nosotros. Podría consultarlo.

—Es lo que esperaba.

—Se lo preguntaré al departamento de cobros. —Renders se levantó, pero le hizo señas a McGrady de que se quedara sentado—. ¿Puede esperar un momento?

—Sí, no se preocupe.

Dejó la puerta del despacho abierta. McGrady se levantó para asomarse a ver cómo escupían cinta las máquinas, entre un repiqueteo constante. De una de ellas había salido en 1941 el mensaje de Beamer. Una mujer, tal vez alguna de las que tenía delante, había troceado la cinta y la había pegado en una postal. Otra había recogido la tarjeta de un cesto para hacérsela llegar al departamento de mensajería. Una tercera persona, finalmente, había cruzado la ciudad en bicicleta en dirección a Golden Phoenix Transshipping para entregar un mensaje cuya sombra había cubierto todos los días transcurridos desde entonces.

Era la ruta que se disponía a rastrear McGrady, aunque seguro que al final no esperaba John Smith. Lo previsible era que hubiera

pasado a otros menesteres, siguiendo instrucciones de sus jefes en Berlín. Si se confirmaba que era un fiel soldado a las órdenes del Reich alemán, lo más probable, con mucha diferencia, era que hubiera muerto. Si llegaban a encontrarse, McGrady no le pediría nada más que eso: morirse. Claro que no dejaría de ser una injusticia que la bala responsable de su muerte se la hubiera disparado otro... Siguió mirando cómo se desenrollaban los mensajes en las máquinas, a miles de letras por minuto. Cuántas voces, y cuántas conexiones a lo largo y ancho del planeta... y él, mientras tanto, solo en el despacho.

De pronto no lo estaba. Renders acababa de volver con un papel doblado entre el índice y el anular.

—Parece que es usted un hombre de suerte, señor McGrady.

—¿Ha encontrado alguna dirección?

—Sí, pero eso ya lo daba por sentado —dijo Renders—. Como me ha dicho que antes de la guerra podía contactar con su amigo en esta empresa, he supuesto... pero claro, en unos años pueden pasar muchas cosas, ¿verdad?

—¿Hay algo más, aparte de la dirección?

—Sí, es una cuenta activa, que paga cada mes, y no poco, por cierto. Mucho ir y venir de telegramas, en definitiva, como le he dicho antes. Hasta hoy mismo.

Le tendió el papel a McGrady, que lo cogió y lo desdobló para leer lo que había escrito Renders.

LORD NELSON HOUSE, APARTAMENTO 1C

CONNAUGHT ROAD

KLARA WEBER / D. RICHTER

—¿Qué son estos nombres?

—Los de los dos titulares de la cuenta —dijo Renders—. ¿Alguno de ellos no será su amigo?

—En eso no ha habido suerte —contestó McGrady—, pero siempre podría preguntar. ¿Sabría decirme dónde queda Lord Nelson House?

—Bastante cerca de aquí, al lado del Western Market.

—En el mercado he estado.

—Desde aquí son sólo dos o tres puertas.

McGrady se planteó pedirle más información a Renders. Tenía dinero en efectivo para cualquier cosa que estuviera dispuesto a vender. Habría valido la pena gastarse todo lo que llevaba encima para conseguir las copias en papel carbón de los telegramas del último mes. Sin embargo, era demasiado arriesgado. Con un arresto en Hong Kong tenía bastante.

—Se lo agradezco, señor Renders —dijo—. Me ha ayudado mucho.

Le dio otro apretón de manos y se fue.

Cuando llegó al mercado ya estaba anocheciendo. En su última visita al barrio había observado la entrada del hotel Empire desde la oscuridad de la acera de enfrente. El hotel seguía en su sitio, aunque el edificio había sufrido destrozos durante la guerra. Se veían agujeros de proyectiles tapados de cualquier manera con ladrillos descoloridos. En los cruces había partes del pavimento rellenadas con grava gruesa, donde se habían quemado barricadas de coches, pero por lo demás la zona estaba intacta, y el Empire, en funcionamiento. Había hombres que buscaban clientela a pie de calle para prostíbulos en pisos. Todo empezaba a encajar.

Al desembarcar del Clipper de la Pan Am, Smith ya había matado a tres personas en su travesía del Pacífico. Una vez en Hong Kong se había escondido en el hotel más próximo a Golden Phoenix Transshipping y le había explicado a Beamer cómo contactarlo. La ubicación era importante. Le había servido a Smith para asentarse en Hong Kong, y sería el trampolín que llevaría a McGrady hasta Smith.

Echó a caminar por Connaught Road, hasta que encontró una calle estrecha. Al pasar de largo se fijó en la fachada del primer edificio. Las letras grabadas en la piedra lo identificaban como Yardley House. Reanudó su camino. Al tercer edificio tuvo suerte: en la esquina, por encima de la base de piedra, había una placa de latón fijada a los ladrillos donde se anunciaba el nombre.

THE LORD NELSON HOUSE, 1895

Era un bloque de ladrillo de una sola planta que no le hacía justicia al personaje en cuyo honor lo habían bautizado. Lo que no había rematado la guerra lo remataría el clima. Entre los ladrillos, alineados sin rigor, crecían helechos y plantas trepadoras. El 1A estaba ocupado por una sastrería, y el 1B, en reformas. De momento habían tirado abajo la pared de delante, y dentro no había nada, solamente ladrillos y cemento. El techo se aguantaba con andamios de bambú. Siguió caminando. Ya veía la puerta del apartamento 1C. El despacho del otro lado tenía que ser diminuto, aproximadamente la mitad de un garaje para un solo coche. En la puerta, de acero pintado de negro, únicamente constaba el número. Tenía un candado por fuera, uno grande, dorado, que se ceñía con fuerza a

un pasador fijado con pernos al muro de ladrillo. También había un timbre y una ranura para el correo. Siguió caminando.

Entre Lord Nelson House y el siguiente edificio había otra callejuela por la que se metió. El lateral del Lord Nelson no tenía ventanas. Siguió hasta ver que el edificio estaba adosado al de detrás con sólo unos centímetros de separación, señal de que el apartamento 1C no tenía puerta trasera. Tampoco había visto ningún paso lateral al 1B, el que estaba en reformas. Podía haber túneles, claro, pero eso no estaba en sus manos. Sí lo estaba vigilar la puerta principal.

Dio media vuelta y salió otra vez a Connaught Road, desde donde fue al hotel Empire, esquivando *rickshaws* y Rolls Royces. El recepcionista no era el mismo de la otra vez; a éste no le faltaba ningún dedo, ni llevaba anillos, pero era igual de receptivo a cinco dólares. Al consultar el libro de huéspedes, McGrady no encontró a ningún John Smith, pero tampoco le preocupó. Si Smith había pasado la guerra en Hong Kong, seguro que había encontrado algún lugar más agradable donde alojarse. Los japoneses le debían un favor.

Devolvió el libro y volvió a sacar su fajo de billetes.

—Quiero una habitación que dé a la calle.

—¿Para cuántas noches?

—De momento una.

—Si viene con alguna acompañante tendrá que pagar por ella.

—No, estoy solo.

Antes de subir a la habitación salió otra vez a la calle. No había comido nada desde Manila. Lo solucionó la carretilla de un vendedor ambulante. En el estanco de la esquina se compró una lata de cerveza y un abrelatas.

Lo siguiente que hizo fue subir sus cosas. El colchón estaba hundido, y las bombillas, quemadas, pero daba igual; lo importante era la ventana, que daba a Connaught Road, y desde donde se veía la puerta principal de Golden Phoenix Transshipping. Cada vez que pasaban unos faros, barriendo la fachada, se veía el candado. Puso la silla de madera junto a la ventana y comió vigilando la calle. Le daba igual el tiempo que tuviera que esperar. No tenía que ir a ningún sitio, ni le faltaba dinero para quedarse sentado todas las noches que hiciera falta.

A medianoche no quedaba apenas tráfico, sólo algún *rickshaw* cada pocos minutos. Ya no pasaban tranvías. Una hora después, cuando dejaron de hacer ruido los de la habitación de al lado, le entraron ganas de poder prepararse una buena cafetera. Fue dando sorbitos a la lata de cerveza caliente, hasta que le pudo el cansancio del viaje y se quedó dormido, sujetando la lata sobre la rodilla.

Lo despertó de sopetón una bocina. Soltó la lata sin querer, pero salió de su sopor a tiempo para evitar que se cayera al suelo. Se había vuelto a caer la cortina sobre la ventana. La apartó. Había un camión que le tapaba la vista de la puerta de Golden Phoenix. Esperó a que se moviera. Aún estaba el candado. No podía saber si se había perdido algo durante la noche. Podía haber entrado y salido alguien, pero tampoco había que pedir milagros: estaba solo, y la

única manera de montar guardia a todas horas habría sido dormir en la entrada misma de Golden Phoenix.

En el pasillo había un cuarto de baño compartido. Usó el váter y volvió a su habitación con una palangana de agua. Sentado junto a la ventana, se cepilló los dientes, se lavó con una toalla y se afeitó. En el 1C no se paraba nadie. Ni siquiera se fijaba nadie en la entrada, una simple puerta negra perdida en el anonimato.

Salió a la calle hacia las ocho y compró provisiones para el resto del día, sin perder de vista el Golden Phoenix: unas botellas de soda y un xiaolongbao muy caliente en una cesta de bambú trenzado.

Volvió a su observatorio, a esperar y vigilar.

La habitación apestaba a sudor, humo de cigarrillo y cópulas desesperadas. Supuso que durante la guerra había dado cobijo a más de un soldado, a menos que los japoneses la hubieran convertido en una de sus «puestos de consuelo». McGrady no tenía ninguna necesidad de hacer lo que estaba haciendo. No había un solo motivo para estar donde estaba, ni para seguir con esa lucha. La guerra se había acabado. Lo perdido, perdido estaba. Sin apartar la vista del Golden Phoenix, acercó una mano a la espalda y sacó su cuchillo de la funda de cuero.

Era el segundo cuchillo de trinchera que tenía. El primero se lo habían quitado al otro lado del puerto, en el hotel Peninsula. Éste lo había comprado por correo a finales de octubre. Cuchilla de doble hoja y puño con púas. Se quitó el cinturón, le dio la vuelta y usó el cuero sin pulir para afilar la hoja hasta poder afeitarse con ella.

Llamaron a la puerta. Cruzó la habitación con el cuchillo contra la cadera. Tres pasos. La puerta no tenía mirilla ni cadena. Al abrirla se encontró con una niña de doce años que repartía folletos de un prostíbulo. Dentro de un año estaría trabajando en él.

Estaba de pie, pegado a la ventana, con la silla encajada bajo el pomo de la puerta. La niña lo había puesto nervioso. La otra vez, Smith había recibido un chivatazo de Beamer. Esta vez nadie estaba al corriente de la presencia de McGrady. Bueno, casi nadie. Probablemente lo supieran cuatro miembros del Air Transport Command, las dos tripulaciones de cuatro hombres que lo habían traído desde el otro lado del Pacífico y un administrativo y dos pilotos del hangar para el correo aéreo. También en el Peninsula tenían constancia de que se había registrado. Sin olvidar a Renders, el de la compañía de telegramas. En total, diecisiete personas, y sólo había estado pensando un minuto.

El problema era que no sabía hasta dónde tendía Smith sus redes. Teniendo en cuenta que se habían enroscado en Beamer, la respuesta era que bastante lejos. Era difícil buscar a alguien sin hablar con nadie. Eran actividades que no se podían emprender sin correr riesgos. Claro que podía decirse lo mismo sobre cualquier cosa...

Se oyeron pasos en la escalera. Miró la puerta y vio sombras a través de la rendija. Pasaron de largo en dirección al cuarto piso. Con el sol en alto empezaba a volver el calor. Se quitó la chaqueta y la tiró en la cama.

Cuando volvió a mirar la calle había una bicicleta aparcada delante del 1C, y un hombre joven, con el uniforme caqui de la Cable & Wireless, agachándose para meter una tarjeta en la ranura del buzón. El chico pulsó el timbre, montó en su bicicleta y se marchó. En total fueron cinco segundos. McGrady se lo habría perdido sólo con atarse los cordones.

El siguiente paso era decidir qué hacer. Si no venía nadie a recoger el mensaje podría esperar hasta que se hiciera de noche, bajar con una percha y un trozo de chicle y sacar la tarjeta por la ranura. Quizá entonces...

En ese momento se abrió la puerta de la sastrería y salió con paso firme un chico. Catorce o quince años, chino, con el pelo corto, camisa de buen lino y pantalones nuevos. Iba buscando en un mazo de llaves. Se paró ante el 1C y abrió la puerta con llave, pero no entró; se limitó a recoger el mensaje del suelo. Mientras se incorporaba, y cerraba con llave, McGrady ya estaba fuera de su habitación.

Bajó a toda prisa: cuatro pisos en veinte segundos. Le tomó tres segundos más cruzar la recepción y el pasillo de entrada. Había hecho mal en no pedir habitación en la primera planta, pagándole al recepcionista para que echara a alguien si no había más remedio.

Salió corriendo a la acera, bajo la raída marquesina de tela del hotel. El chico no estaba volviendo a la sastrería, sino cruzando la calle. Iba derecho hacia él, fijándose sólo en el tráfico. Él sacó de su bolsillo el folleto del burdel y fingió estar muy interesado en descifrar el texto en chino.

Al llegar a la acera, el chico torció a la derecha pasando a poco más de un palmo. Olía a almidón para planchar. La camisa que

llevaba estaba a medio hacer, todavía con alfileres en las mangas. Sus órdenes, fueran las que fuesen, eran importantes, porque había interrumpido todo lo demás.

Entró en el estanco. McGrady deambuló por la acera con el folleto ante los ojos hasta que pudo mirar por el escaparate. Reconoció al muchacho entre cajas de puros y botellas de baijiu. Estaba en el mostrador. El estanquero le había pasado el teléfono. Estaba esperando a que la operadora estableciese la llamada. Sacó la tarjeta y le hizo una señal al estanquero, que se retiró a la trastienda. Entonces el muchacho puso la tarjeta sobre el mostrador y la leyó en voz alta, inclinándose mucho hacia ella.

McGrady tuvo que reconocer que el sistema de John Smith no estaba nada mal. Aunque alguien siguiera la pista de los telegramas que llegaban, el despacho de Golden Phoenix Transshipping era un simple buzón. Los mensajes los leía el hijo de un sastre por el teléfono de un estanco, y a partir de ahí... a saber qué pasaba. Si el sistema tenía algún punto débil, se pondría de manifiesto en los siguientes diez segundos.

El muchacho colgó el auricular, se metió la tarjeta en el bolsillo derecho y salió del estanco. Cuando pasó por delante de McGrady, éste seguía enfrascado en el folleto, de espaldas contra la pared. A simple vista, el paso que dio era por simple distracción, pero había calculado el momento con sumo cuidado. Le hizo la zancadilla al chico y, para asegurarse de que se cayera, añadió un empujón en la espalda.

—¡Perdón! —dijo. El muchacho se estaba dando la vuelta para incorporarse—. No te he visto. Mierda. Lo siento. ¿Estás bien?

Pillado por sorpresa, su única reacción fue mirar a McGrady, que no supo si lo había entendido. Se inclinó para cogerlo por el bíceps y ayudarlo a levantarse. Luego le alisó la camisa, pasándole las manos por los lados.

—Me sabe fatal —dijo.

El chico se apartó y se fue a toda prisa por Connaught Road. McGrady esperó a que se interpusiera un autobús para entrar en el vestíbulo del hotel Empire.

No se sacó la tarjeta del bolsillo hasta haber vuelto a su habitación.

49

Dos horas más tarde estaba otra vez en el Peninsula, sentado en el bar del vestíbulo y contemplando la espuma que se deslizaba por un vaso de cerveza. Tenía la tarjeta del mensaje en el bolsillo. La habilidad con que se la había quitado al muchacho, antes de despacharlo, era digna de un carterista de Manila. Sin embargo, no había servido de nada. John Smith no se había tomado tantas molestias para que quien le escribía los mensajes lo hiciera en inglés, o en chino, o en alemán.

El mensaje de la tarjeta estaba en clave. Sólo había equis y os. Se entendía que el muchacho se hubiera inclinado tanto para leerlo por teléfono. McGrady no era criptógrafo. Había estudiado morse en el ejército, y, aunque lo tuviera bastante olvidado, le había bastado con mirar la tarjeta unos segundos para comprobar que no era en lo que estaba escrita. En suma, que volvía a tener las manos vacías. ¿Qué podía hacer? ¿Volver a la sastrería e interrogar al muchacho? Le explotaría en la cara, como en 1941. En cuanto se marchara, el chico buscaría un teléfono. De hecho, cabía la posibilidad de que ya estuviera buscándolo, porque seguro que al volver a la sastrería de sus padres se había dado cuenta de que no llevaba la tarjeta.

Miró la estantería escalonada de botellas de detrás de la barra: ginebra, vodka, whisky. Como se acabara ahí el camino, no sabría

qué hacer. Mientras trabajase, podría mantenerse en orden, pero el día en que reconociera que había llegado a un callejón sin salida ya no tendría motivos para continuar, ni razones para comportarse. Pidió un chupito de whisky para acompañar la cerveza. No le gustaba especialmente, pero era fuerte y ayudaba a que no se cayeran las paredes.

Las paredes doradas del hotel: clase y poder. Miró a su alrededor. Había sillones de orejas, y mesas bajas de mármol donde los camareros servían té con pastas. Era donde había quedado con Emily Kam, para tomarse un Darjeeling y que ella le diese el dibujo. Luego McGrady habría acudido a la policía de Hong Kong y John Smith no habría tenido escapatoria. Un plan perfecto, de no habérseles adelantado John Smith y el ejército imperial japonés.

Pensó en Emily Kam, tan perjudicada por los acontecimientos como él mismo, y todo por culpa de John Smith. Una persona más a quien fallar. Otro acto de justicia malogrado. Justo cuando se acercaba el vaso a los labios se acordó de algo que le había dicho Emily sobre el día en que John Smith había llegado a su casa con los soldados que acabarían por matar a su padre. Emily, escondida en el bosque, había oído su voz.

Hablaba en japonés.

Se sacó la tarjeta del bolsillo y la desplegó sobre la barra húmeda. Desde su llegada a Honolulú a bordo del *Missouri* había tenido que esforzarse para mantener con vida el rostro de Sachi en su memoria, pero de repente volvía a estar con ella. Era el 9 de marzo de 1945 por la noche. Casi no había fuego en el hogar. Sachi había juntado sus cojines y tenía la cabeza apoyada en su hombro. Olía a crisantemos. El libro de fotos estaba a caballo de sus regazos. Ella le

había deslizado la punta del índice por la muñeca hasta encontrar la parte más blanda y estaba alternando roces y golpes.

Golpe, roce, golpe, golpe.

Punto, raya, punto, punto.

Miró la tarjeta de Cable & Wireless. Estaba en dos sitios a la vez: Tokio y un taburete de Hong Kong, con el dedo de Sachi en su muñeca. *Golpe, roce.* Desgranó las sílabas en *katakana*. Sachi podría haberlo descifrado en menos de diez segundos y haberlo traducido luego a cuatro idiomas.

Él tardó diez minutos en traducirlo al inglés.

Se quedó sentado mirando lo que había escrito. Al cabo de un rato apartó su cerveza sin habérsela acabado y le hizo señas al barman.

—Sírvame un café y tráigame el teléfono —pidió.

A las tres estaba sobrio, recién lavado y con su traje limpio. Se había sentado en un banco de teca, a proa del ferri de la Star que hacía la travesía entre Kowloon y la isla de Hong Kong. Al fondo se veía fácilmente su destino: el consulado de Estados Unidos, en la primera planta de la sede del Hong Kong and Shanghai Bank. Lo único más alto era el pico Victoria.

Una vez en tierra cruzó a pie la ciudad con un paraguas en la mano, cortesía del portero del Peninsula. Soplaba un viento cálido, con chaparrones intermitentes. Cada pocas manzanas caía otro aguacero del que se resguardaba en algún pasaje cubierto. Fue abriéndose camino a través del gentío más cosmopolita que hubiera visto nunca. Había boticarios chinos y comerciantes indios que pregonaban su mercancía junto a transportistas africanos, y rusos de

expresión solemne que montaban guardia junto a puertas con luz roja.

Llegó a la sede del banco y subió los escalones de piedra hasta la puerta cromada, por la que accedió al vestíbulo. Era la primera vez que entraba en un edificio con aire acondicionado, pero no se paró a disfrutar del fresco, tan prodigioso como tonificante. Fue directo a la escalera principal y subió rápidamente a la primera planta. Desde el rellano divisó la entrada del consulado general, de roble con apliques de latón.

Entró. Se esperaba medidas de seguridad, pero sólo encontró a una joven morena que estaba leyendo una revista, y que al oírlo levantó la cabeza.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó.

—Hemos hablado por teléfono —dijo él. Dejó el paraguas en un paragüero y cruzó el recibidor hasta acordarse en el mostrador—. Me ha dicho que hoy está aquí Nathan De Vries, ¿verdad?

—Ha colgado muy deprisa —dijo ella—. ¿Está citado?

—Es por algo que teníamos pendiente —contestó McGrady—, un tema de conversación que se cortó a causa de la guerra.

—¿Lo está esperando?

—En absoluto.

—¿Le parece si se sienta un momento?

—Así estoy muy bien.

La recepcionista lo miró. McGrady se había puesto su mejor traje, y había acabado de apurar su afeitado con el cuchillo de trinchera. Estaba inmaculado. Se había echado un buen chorro de la esencia de malagueta que regalaban en el Peninsula. Retrocedió unos pasos para que la chica estuviera más cómoda. En su último encuentro con

Nathan De Vries le habría gustado retorcerle el cuello. Esta vez, en cambio, necesitaba un favor.

—Un momento.

Se esperaba una llamada por la centralita del despacho, pero lo que hizo la joven fue levantarse y salir por una puerta de seguridad. La espera no fue larga. Cuando se abrió otra vez la puerta, a la joven la seguía De Vries. Llevaba el pelo más corto que la última vez que se habían visto, con algunas canas en las sienes.

—¿El señor McGrady? —dijo sin dar muestras de reconocerlo—. Tengo la tarde muy cargada, pero siempre encontramos un hueco para conocer a un compatriota. Soy Nathan De Vries, cónsul general en funciones.

Se dieron la mano. De Vries se apartó para dejar pasar a McGrady por la puerta abierta, que daba a un pasillo con paneles de roble en las paredes.

—La verdad es que ya nos conocíamos —dijo McGrady.

—¿Ah, sí?

—Fue hace tiempo, no sé si se acordará. En circunstancias bastante peculiares.

—Estos últimos años han sido una montaña rusa. ¿Fue en el servicio?

De Vries lo llevó por el codo hasta un despacho. Había dos ventanas altas con vistas al ayuntamiento y el puerto. El techo era alto, y aún lo parecía más por estar revestido de una madera más clara que la de las paredes. El centro de la sala estaba ocupado por la mesa de De Vries, larga, ancha y vacía. McGrady se sentó.

—El primer día de la guerra. En la esquina de Hollywood Road y Old Bailey.

De Vries, que se estaba palpando los bolsillos en busca de la pitillera, paró y se fijó otra vez en él.

—Es el inspector, el de Honolulú.

—Exacto.

—Lo habían detenido por violación.

—Era una trampa.

—Entonces me dijo lo mismo.

—Era verdad en el cuarenta y uno y sigue siéndolo.

—Me ofreció dinero —dijo apartando la vista. Encontró los cigarrillos, sacó uno y lo encendió con una cerilla que había sacado del cajón de su mesa—. Me dio miedo aceptarlo. ¿Cómo consiguió salir?

—Esperé a que se acabara la guerra y me llevaron a casa en el *Missouri*.

—Desde la bahía de Tokio.

—Exacto —dijo McGrady—. A usted en principio tenían que evacuarlo. ¿Cómo fue?

—No salió como estaba planeado. —De Vries se apoyó en el respaldo y dio una calada al cigarrillo—. Los japoneses abatieron nuestro avión antes de que llegara a recogernos, y no pudimos organizar que viniera otro, así que cuando cayó la ciudad seguíamos aquí. El cónsul entregó las llaves de estas oficinas al general Sakai, y a partir de entonces fuimos prisioneros suyos.

—¿Durante toda la guerra?

Dejó caer un poco de ceniza y negó con la cabeza.

—Nuestro gobierno organizó un intercambio, ofreciendo a toda la delegación japonesa en Estados Unidos. El intercambio fue en Maputo, en el África Oriental portuguesa.

—O sea, que volvió... ¿sobre el cuarenta y dos?

—Sí, a finales.

—Ha hablado del servicio.

—Me di de baja como funcionario y me alisté. Vi un poco de Italia, mucho de Francia y otro poco de Alemania. Sólo hace dos meses que he vuelto.

—Dicho así, parece que pasó una buena guerra.

Se rió, pero sin alegría.

—Yo no diría tanto —contestó—. Es algo que no debería decir nadie. De todas formas, que sepa que en Francia hice un montón de cosas muchísimo más difíciles de lo que habría sido aceptar sus quinientos dólares y sacarlo de la celda. Me arrepiento de no haberlo hecho.

Sus palabras tomaron por sorpresa a McGrady, que no había venido en busca de una disculpa.

—Probablemente haya sido lo mejor —dijo—. El dinero se lo di a otra persona, y por lo que dice usted los japoneses me habrían pillado de todas formas.

—Sí —contestó De Vries.

Se apoyó en el respaldo, alisando una arruga de la chaqueta. McGrady no le dio prisas.

—Pero bueno, no ha hecho el viaje hasta Hong Kong sólo para verme y hacer las paces.

—No.

—¿Algún caso nuevo?

Esta vez fue McGrady quien negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—En el cuarenta y uno vine buscando a un tipo: un espía alemán.

—Pero hombre, por Dios, que han pasado cuatro años...

—Aún está aquí.

—¿Cómo narices lo sabe?

McGrady se lo explicó todo. Lo único que se guardó fue que lo habían expulsado de la policía de Honolulú. Le habló del telegrama por el que había vuelto a Hong Kong, y de la vigilancia del Golden Phoenix. Justo cuando estaba describiendo al chico de la sastrería llamaron a la puerta. Era la secretaria de De Vries, con el té en una bandeja. Sirvió para los dos, y a De Vries le puso dos terrones de azúcar. Cuando se marchó, De Vries bebió un poco y habló por primera vez en un buen rato.

—¿Con los británicos ya ha hablado?

—A la policía de Hong Kong no quiero verla ni en pintura. Usted es el primero con quien hablo.

De Vries asintió.

—Ha dicho algo que encaja de una manera que seguramente no sepa ni usted —dijo.

—¿El qué?

—Klara Weber —dijo De Vries—, la primera firmante de la cuenta de Golden Phoenix.

—¿La conoce?

—Los británicos que lo arrestaron no le dijeron nada, ¿verdad? Yo, en cambio, sí que recibí el informe de la policía, y la denunciante, la mujer que lo señaló en la rueda de identificación... se llamaba Klara.

Al principio McGrady se quedó callado. Estaba haciendo memoria. La mujer había entrado por una puerta lateral. Rubia, con buen cuerpo. Hecha polvo, y con una chaqueta de policía encima de los hombros.

—¿Está seguro?

De Vries asintió con la cabeza.

—Si me lo hubiera preguntado hace una hora no me habría acordado, pero me ha vuelto a la cabeza al oír el nombre de su boca. Klara, con ka.

—Supongo que el informe se ha perdido —dijo McGrady—. Debía de constar alguna dirección. Habría sido una pista.

—Se ha perdido todo.

McGrady dejó la taza y el platillo en la mesita, sacó de su bolsillo la tarjeta de Cable & Wireless y se la acercó por el escritorio a De Vries, que abrió un cajón, sacó unas gafas de lectura y, cuando las tuvo puestas, se inclinó hacia el mensaje.

—No es morse —dijo al cabo de un buen rato—. No sé qué es.

—Yo al principio tampoco lo sabía —dijo McGrady—, hasta que probé con el *Wabun*.

Tuvo la impresión de ver en los ojos de De Vries un respeto que hasta entonces no habían reflejado, a menos que fueran imaginaciones suyas.

—¿Está en japonés?

—Un *katakana* telegráfico.

—¿Sabe leerlo?

—Me cuesta, pero sí.

—No perdió el tiempo en Tokio —dijo De Vries—. ¿Qué pone?

McGrady lo había ensayado de camino. No pensaba comunicarle el mensaje sin más a De Vries. El último paso tendría que darlo el cónsul por su cuenta; así se implicaría, y una vez implicado correría riesgos; porque los había, vaya si los había.

—Esto va más allá de John Smith —dijo.

—No entiendo. ¿Qué pone en el mensaje?

—Smith está organizando huidas —dijo McGrady—. Está preparando los itinerarios y reuniendo la documentación. Entre los implicados hay peces muy gordos. ¿No le gustaría tener otra oportunidad para cargárselos?

De Vries se había quedado callado, siguiendo con el dedo los renglones de texto en clave pegados a la tarjeta.

—Oiga, por Dios, que estamos en el consulado, y la guerra se ha acabado. No somos espías.

—No, claro que no.

McGrady lo dejó ahí.

—¿Qué quiere?

—Yo sólo he venido a por Smith. El resto se lo dejo a usted. Si quiere, deje que se vayan. Puede que vivan para bien... o no.

De Vries volvió a coger la tarjeta y se la quedó mirando.

—¿Qué quiere de mí?

—Dispone de recursos que yo no tengo. Si estuviera en Honolulú podría investigar de quién es el edificio, el Lord Nelson House. Así averiguaría quién tiene alquilado el 1C. Si tuviera que sacar al dueño de la cama a medianoche, lo haría sin dudarlo.

—Es muy posible que el dueño en cuestión esté en Londres.

—Ustedes en Londres tienen gente. Tienen gente en todas partes.

De Vries se guardó la tarjeta en el bolsillo y se levantó.

—Veré qué puedo hacer —dijo, yendo hacia la puerta. McGrady se levantó para seguirlo—. No le prometo nada. Tenemos en plantilla a un hombre, creo que holandés, pero de madre británica, que... en fin, que lleva en Hong Kong desde siempre. No es funcionario. Lo

cogimos hace un par de meses como trabajador local. Vino por su propio pie para pedir trabajo, y ahora lo usamos para todo.

Estaban volviendo por el pasillo de roble.

—Le daré la dirección —dijo De Vries— y lo investigará. Que yo sepa, el único idioma que no habla es el japonés, o sea, que en eso le lleva usted ventaja, pero puede conseguir expedientes. En eso no habrá problema.

—De acuerdo —dijo McGrady—, pero no le dé nada más. —Se paró y le puso una mano en el hombro a De Vries para que se volviera y pudiera mirarlo—. La dirección. No le diremos por qué se lo pedimos. Tampoco hablará con el dueño, ni con nadie. Como se sepa algo de esto estaremos perdidos. A la gente a la que me refiero la persiguen, y ellos lo saben. No se les pasa nada por alto.

—No se sabrá —dijo De Vries—. Bueno, vamos a ver si aún está Jan o ya se ha ido a su casa.

Llegaron al fondo del pasillo. Había una puerta alta. De Vries puso la mano en el pomo y la abrió.

Era un archivo. Moho no había, gracias al aire acondicionado, pero olía a papel viejo y al rastro químico de la cinta de máquina de escribir desintegrándose. Las luces del techo estaban encendidas. En algún lugar del fondo había otra luz, la de una lámpara con tinte verde. McGrady vio que en el centro de la larga sala se alineaban estantes de metal, y lo asaltó la emoción de siempre. Era una de esas salas donde se cerraban casos, de esas donde se ajustaban cuentas.

—¿Estás aquí, Jan?

—Al fondo.

Era una voz grave, con el acento ligeramente impreciso de todos los holandeses. Se metieron por un pasillo estrecho entre expedientes apilados. McGrady vio moverse una sombra. Se oyó el ruido de un libro grueso al cerrarse, y de unos expedientes al caer en una bolsa.

—Tengo un proyecto para ti —dijo De Vries.

—Espero que sea bueno.

—Ya veremos.

Llegaron al final de los montones de expedientes. A la derecha había una mesa pequeña, donde estaba la lámpara. Detrás de la mesa había un hombre inmenso, que se levantó. La pantalla de cristal teñía su cara de verde.

—Te presento a mi amigo Joe —dijo De Vries—, un ciudadano al que tenemos en muy buen concepto. Y a nuestros conciudadanos siempre los ayudamos.

McGrady no retrocedió. Tampoco cogió a De Vries y lo sacó a la fuerza de la sala. Tuvo ganas de hacer las dos cosas, pero no las hizo. Sentía la presión de la cuarenta y cinco en la cintura, pero habría dado lo mismo que la tuviera en Honolulú, en el sombrerero de Molly. Había llegado el momento y no podía moverse. Conocía la cara del hombre que estaba detrás de la lámpara verde. Había dedicado horas a estudiarla. Emily Kam lo había calado: había dibujado a John Smith a la perfección.

John Smith rodeó la mesa y le tendió la mano. Si la hubiera cerrado, su puño habría tenido el tamaño de un melón. Lo que tendía, sin embargo, era una palma abierta. McGrady vio subir su propia mano, que tomó la de Smith y la estrechó.

—Mucho gusto —dijo Smith mirando a De Vries sin soltar la mano de McGrady—. ¿Joe, has dicho?

—McGrady —contestó De Vries—. Joe, te presento a Jan Van Dijk. Jan, necesitamos que encuentres al dueño de un edificio.

50

El hombre que se hacía llamar Jan Van Dijk no había reaccionado de ninguna manera al oír el apellido McGrady. Le soltó la mano y le dio una palmada en el hombro a De Vries. Un gigante bondadoso, un holandés en Hong Kong contento de cobrar por ayudar a sus amigos estadounidenses. Regresó a su mesa y volvió a sentarse. No por sentarse parecía menos alto.

McGrady estaba pensando: «Nunca me ha visto la cara. Se cree que estoy muerto.» Y también: «Aunque puede que me equivoque.»

Se había equivocado en tantas cosas... En ir al Bowsprit a tomarse un whisky en vísperas de Acción de Gracias. En coger la llamada de Beamer. En acceder sin pensárselo a ir en avión a Hong Kong. Entonces sabía perfectamente que se avecinaba una tormenta, aunque nadie hubiera podido adivinar su gravedad.

—A ver, ¿cuál es la dirección? —preguntó Van Dijk, que había cogido un bolígrafo y un trozo de papel.

McGrady carraspeó. Ya no podía echarse atrás. Si pretendía cancelarlo todo, y Jan Van Dijk era John Smith, de todos modos Smith se enteraría.

—Lord Nelson House —dijo McGrady—, apartamento 1C. Es un edificio pequeño de ladrillo que se cae de viejo, a un par de números del Western Market, en Connaught Road. ¿Lo conoce?

—Así, de buenas a primeras, no.

—En Connaught Road hay muchos edificios que se caen de viejos —dijo De Vries.

—¿Qué hay en el 1C? —preguntó Van Dijk, que estaba escribiendo en el papel.

McGrady podía leerlo al revés: «Lord Nelson House, Connaught Road.» Van Dijk no se estaba delatando lo más mínimo. Era de piedra.

—No estamos seguros —contestó De Vries, ciñéndose al guión.

Sólo le darían a Van Dijk la dirección. Eso McGrady lo había dejado muy claro.

—Yo algo sé —dijo McGrady—. Se supone que es una especie de agencia de transporte, Golden Phoenix Transshipping.

Si De Vries lo miró de reojo, McGrady no lo vio. Estaba mirando cómo se apuntaba Van Dijk la nueva información. Nada, como antes. Ninguna reacción. Van Dijk volvió a dejar el bolígrafo en su soporte, dobló el papel en forma de cuadrado y se lo guardó en el bolsillo. A continuación sacó un reloj y miró la hora. Un acto inocente, tal vez. A De Vries se lo parecería. Sin embargo, no lo hacía para De Vries, sino para McGrady. Un examen. Lo cerró y lo dejó sobre la mesa.

—Ahora el registro está cerrado —dijo—. ¿Puede volver por la mañana?

—Ningún problema.

—A las once debería tenerlo —dijo Van Dijk—. ¿O prefiere que se lo lleve a su hotel?

Cogió el reloj y lo acarició con los dedos como un jugador acariciando una moneda de oro. McGrady vio la caja por delante y por detrás y se le despejó cualquier duda. Era un reloj Waltham de

trinchera. Debían de quedar unos cuantos millones en funcionamiento. La compañía los había fabricado a gran escala para equipar a los muchachos de camino a Francia. En el catálogo de venta por correo donde había comprado McGrady su cuchillo se ofrecían por dos dólares.

—No, ya vendré —dijo—. De todas formas tengo que reunirme con Nathan.

—Pues entonces lo haremos aquí.

—Gracias, Jan —dijo De Vries.

McGrady se resistía a dar la espalda a Van Dijk, pero era la única manera de salir. Dejó que lo hiciera primero De Vries. No servía de nada dejar que se interpusiera entre ellos dos, y sería una pena que les disparasen a ambos por la espalda. No era la causa de De Vries. Se metieron por el pasillo estrecho, alejándose del círculo de luz para internarse por la oscuridad. De Vries tendió una mano hacia la puerta y la abrió. Un resquicio de luz convertido en un rectángulo gigante. McGrady se aguantó las ganas de correr. Salió y volvió con De Vries a la puerta principal del consulado.

—Hasta mañana a las once, ¿no? —dijo De Vries.

—De acuerdo.

Bajó al vestíbulo del banco sin soltar la barandilla, para que no le fallaran las piernas. Hacía frío, pero estaba sudando. Desde las copas en el Peninsula habían pasado varias horas. Aun así, notó que el whisky intentaba salir por donde había entrado, e hizo un esfuerzo para contenerlo. Miró a su alrededor. Estaban cerrando el edificio

hasta el día siguiente. Todas las puertas estaban cerradas por dentro menos una, donde había un vigilante.

Cuando pasó McGrady por su lado, el vigilante le dio las buenas noches, pero no recibió ninguna respuesta.

Fuera casi era de noche. En contraste con el aire acondicionado, el calor era asfixiante. Era tan grande la humedad del aire, espeso y lánguido, que parecía que en cualquier momento pudiera caer una tormenta. Frente al banco se extendía una gran plaza a la que se accedía por unos escalones de mármol. Los bajó uno a uno y apretó el paso para internarse por la multitud. A algo más de quince metros había un macetero de piedra con un banco a cada lado. En el centro crecía un baniano con las raíces al aire. Se sentó de cara al banco.

Debería haber tenido un periódico, y un sombrero de paja para bajárselo sobre la cara.

No tenía nada. Nunca había tenido nada, y aun así había llegado tan lejos como para encontrar al hombre a quien buscaba. Daba igual que se hubiera topado de bruces con John Smith, y que casi hubiera tropezado con él antes de reconocerlo. Había salido vivo del edificio, y tenía tiempo de pensar. Algo se le ocurriría, siempre y cuando el corazón no siguiera empeñado en salírsele del pecho. Se llenó los pulmones y aguantó la respiración, cerrando un momento los ojos. Su previsión había sido morir aferrado a promesas no cumplidas, y aún podía ser así. Suponiendo que hubiera un cincuenta por ciento de probabilidades de que Smith lo hiciera picadillo y esparciera sus vísceras por una callejuela, uno de los dos saldría vencedor, y el otro, perdedor. En el peor de los casos, al menos él habría estado cerca. Al menos ya no habría incertidumbre.

Espiró por la boca. Se le había asentado el estómago, y ya no le latía tan deprisa el corazón.

Al fin y al cabo, quizá no fuera tan sorprendente que Smith se hubiera reinventado como Jan Van Dijk y hubiera llamado al despacho del cónsul general. McGrady no estaba al corriente de todo lo que había hecho Smith, ni antes ni a lo largo de la guerra, pero al haber leído el telegrama en clave tenía una idea bastante clara de lo que estaba haciendo en esos momentos. Trabajar en el consulado general era una mina de oro, debido a una razón muy simple: el cónsul general tenía carta blanca para emitir pasaportes temporales y los medios necesarios para imprimirlos. No eran lo mismo que los de verdad, pero bastaban para que alguien volviera a su país. O para que cruzase una docena de fronteras y acabara desapareciendo.

Seguro que entre los conocidos de John Smith había muchos que necesitaban desaparecer, y que no escatimaban esfuerzos para encubrir sus verdaderos nombres, sus antiguos rangos y sus actos al servicio del Reich. Se había abierto la veda contra ellos. Ya estaba todo listo en el patíbulo, y cualquier día empezarían a abrirse las trampillas. Al ejército no le faltaba soga, ni tampoco hombres dispuestos a subir los trece peldaños y accionar la palanca.

John Smith no estaría entre los que cayeran.

Cuando Smith cruzó la puerta principal del banco ya había anochecido del todo. Él se había trasladado al otro lado de la plaza, donde podía mezclarse con la multitud de la parada de tranvía de Des Voeux Road. Estaba demasiado lejos para verle la cara, pero no

le hacía falta. Seguro que del edificio no saldría otro hombre de su corpulencia.

Smith se quedó un momento al lado de la puerta, mirando algo que se había sacado del bolsillo, quizá el reloj Waltham. Llevaba sombrero y un maletín en la misma mano que un paraguas cerrado. Empezó a bajar en diagonal y, al llegar al pie de la escalera, torció a la izquierda.

Él se separó de la multitud para seguirlo. No hacía falta acercarse demasiado: era imposible perder a Smith de vista entre la gente porque le llevaba como medio metro a todo el mundo. Caminó al lado del banco hasta cruzar Queen's Road. No iba deprisa, iba a paso normal, pero tampoco se paraba en los escaparates. En Queen's Road había tranvías, y unos cuantos taxis entre los omnipresentes *rickshaws*. Un *rickshaw* no sería ningún problema, pero si cogía un taxi o un tranvía, él se vería obligado a tomar una decisión muy deprisa.

Smith siguió a pie sin cambios de rumbo ni paradas. La multitud se abría y se cerraba a su paso y él le iba siempre detrás. En un momento dado dobló por una calle más estrecha, Ice House Street. Estaba bordeada por bloques de viviendas de cinco o seis pisos construidos muy juntos, con tiendas y restaurantes en la planta baja. Los peatones circulaban por el mismo sitio que el resto del tráfico. McGrady rodeó a una mujer que estaba limpiando verdura sobre la reja de la alcantarilla. En un momento dado se interpuso entre él y Smith una carretilla con jaulas de gallinas, pero cuando él la esquivó Smith seguía a la vista, subiendo por la cuesta sin mirar a los lados ni hacia atrás, como un barco que no se desvía de su curso por grandes que sean las olas.

Al final de la cuesta, Ice House confluía con una calle más ancha. No consiguió ver el letrero con el nombre. Ya no se orientaba. Estaban alejándose del puerto por el laberinto de calles que subían por la falda del pico Victoria. Los edificios eran más elegantes, de ladrillo, con adornos de piedra y ventanas de cristal emplomado tras las que brillaban lámparas de araña.

Siguieron subiendo. Cada vez había menos peatones y más separación entre los edificios. Tuvo que seguir a Smith desde más lejos. Los banianos que crecían a ambos lados de la calle se juntaban por encima. El suelo era una alfombra de higos aplastados que llenaban el aire con su aroma seco y peculiar.

La inclinación de la calle hacía ir más despacio a John Smith, que se perdió de vista al cruzar la verja de un muro de piedra.

Él se detuvo. Que ya no viera a Smith no significaba que hubiera seguido caminando. Podía estar preparando una emboscada o volviendo sin ser visto por otro camino. No había manera de adivinarlo, así que no tenía sentido detenerse. Sacó su pistola y se la escondió bajo la chaqueta mientras caminaba hasta la verja.

Delante había un camino de grava blanca que pasaba junto a una casa a oscuras. Columnas blancas, majestuosas, y paredes de mármol, pero sin tejado, y sin cristales en las ventanas. Probablemente en el suelo del salón hubiera un cráter de tres metros de anchura.

Donde sí había luz era en el jardín trasero, que era adonde llevaba el camino. Lo siguió con la pistola en alto por el césped sin segar, para no hacer ruido al pisar grava con sus zapatos de suela lisa. Ya estaba cubierto por la sombra del lado de la casa. De repente se movió algo sobre él. Giró rápidamente sobre sus talones y, cuando

estaba a punto de apretar el gatillo, se dio cuenta de que no era nada. La mansión destrozada estaba llena de nidos de palomas.

Siguió acercándose a la luz, hasta que se parapetó en un árbol y se asomó con cautela por detrás del tronco. Al lado de la tapia del fondo del jardín había una casita, para el portero o el servicio. Tenía todas las luces encendidas, y la puerta estaba abierta. John Smith se había descalzado antes de entrar, dejando los zapatos al lado de la puerta, en un estante.

A continuación, John Smith se había sentado en una silla tapizada que él mismo había cambiado de sitio para ponerla al fondo de la sala, donde quedaba enmarcado por la puerta. Tenía el tobillo derecho apoyado en la rodilla izquierda y las manos juntas en el regazo. A su lado había una mesa de centro con una botella y dos vasos.

Él no sabía si lo había visto, pero al ver que llenaba el primer vaso hasta dos o tres centímetros de altura, y luego el segundo con la misma cantidad, supuso que probablemente sí. Smith dejó la botella en la mesa, cogió el segundo vaso y se levantó. Él lo perdió un momento de vista. Cuando volvió, ya no tenía el vaso en la mano. No parecía que se lo hubiera dado a ningún invitado: el invitado era él.

Se escudó un rato más en el árbol, respirando el aire de la noche. Olía a flores nocturnas. «Saboréalo», se dijo, «porque uno de los dos lo ganará todo y el otro lo perderá todo; no hay empate posible. Y, salga como salga, tendrás ganas de haber alargado este momento. Ya no falta mucho, sólo unos minutos.»

Se metió otra vez la pistola en la cintura. Si entraba por la puerta con una cuarenta y cinco en la mano, a John Smith podía parecerle

necesario resolver el duelo sin mayor dilación, y tal como estaba, cruzado de piernas y de manos, daba la impresión de que quería hablar.

En consecuencia, él salió de detrás del árbol para recorrer los últimos quince o veinte metros del camino. Subió al pequeño porche por tres escalones de madera y se quedó un momento en el umbral antes de entrar.

51

Smith lo tenía todo preparado: había otra silla tapizada a juego y otra mesa de centro a la derecha de la primera. Su vaso estaba esperándolo allí. Miró la sala. Detrás de la silla que Smith le había preparado no había nada, mientras que él tendría a la vista el resto de la casa, sin contar con que no podrían verlo a través de la ventana. En consecuencia, se sentó. Lo hizo con la espalda recta y el cuerpo un poco inclinado hacia delante, sin nada que pudiera obstruir el camino entre la mano y la pistola.

Era muy consciente de que la postura de John Smith, situado a dos metros y medio de él, era idéntica. En el consulado, Smith había cogido el bolígrafo con la mano derecha, que esos momentos escondía bajo la izquierda justo encima de la hebilla del cinturón. Su mesa de centro estaba a la izquierda; así podría distraerlo cogiendo el vaso con la mano izquierda mientras desenfundaba con la derecha. El largo camino a pie desde el consulado le había dado tiempo de sobra para acomodarlo todo a su conveniencia.

—¿Seguimos fingiendo? —preguntó.

—No hace falta.

—Con De Vries delante ha estado muy compuesto.

—Iba a decirle lo mismo.

—Le habría gustado pegarme un tiro, pero no podía estar seguro de qué haría De Vries. Yo he tenido el mismo dilema, como comprenderá.

A McGrady le llegó el olor de albaricoque del aguardiente de su vaso: schnapps, dulce y fuerte a la vez. La sala estaba bien mantenida y amueblada, con una alfombra, una chimenea encalada y varias estanterías.

—No —repuso—, su dilema era otro, porque no le habría importado matar a De Vries. El problema era que matarlo ahí le habría puesto difícil volver al consulado, y espera visita dentro de tres días, y sus visitantes confían en que les entregue ciertos documentos que, si no me equivoco, hoy se ha quedado hasta tarde para terminar.

Smith sonrió. Tenía los dientes blancos como el azúcar y anchos como mangos de cuchara.

—Siento decir que ha desperdiciado usted su talento en la policía de Honolulú —dijo—. Con lo que habría podido brillar en algún otro campo mejor que ése...

—Como el suyo.

—Exacto, como el mío.

—¿Que era cuál, por cierto?

Smith desplazó la vista hacia su vaso e hizo el gesto de cogerlo con la mano izquierda. Era una manera más de ponerlo a prueba, pero él no mordió el anzuelo. Smith cogió el vaso, bebió un poco y lo dejó en la mesa.

—Qué cerca ha estado... no ha aprovechado que tenía la mano ocupada para pegarme un tiro. Quería escuchar mi respuesta.

—¿Quién dice que llevo una pistola?

—Por favor.

—Respóndame, pues.

—La Abwehr. ¿La conoce?

—La inteligencia alemana.

—La inteligencia militar alemana, no una rama política.

—De modo que era usted oficial.

—Lo era o lo soy, como prefiera formularlo. El almirante Canaris me envió a Nueva York en 1936, antes de la chapuza de Duquesne y mucho antes de que encargaran la operación Pastorius a una sarta de incompetentes. Supongo que ha estado usted bastante tiempo fuera de circulación. ¿Le dicen algo todos esos nombres?

—Me he puesto al día. Además, lo de Duquesne lo desbarataron antes de que me marchase.

—Es verdad. Bueno, ya que he contestado a su pregunta, ahora puede responder usted a la mía. ¿Le parece justo?

—Depende de la pregunta.

—Todo depende de algo —sentenció Smith—. He sabido quién era en cuanto De Vries ha dicho su nombre. Si no lo hubiera dicho, lo habría sabido al oír la dirección. Usted, en cambio, me ha reconocido en cuanto me he levantado. ¿De dónde conocía mi cara, si yo no conocía la suya?

Sus manos estaban completamente inmóviles, aunque no quería decir nada: también las serpientes tenían el don de la inmovilidad.

—Lo dicho, soy un desaprovechado. Por cierto, Beamer me expulsó. ¡Qué alivio! Lo cual no me impidió averiguar quién era, ni matarlo.

—Muy bien, pero no ha contestado a mi pregunta —dijo Smith con otra sonrisa que hizo brillar sus dientes anchos—. Su silencio me

dice que protege a alguien, lo cual tiene su lógica. A un hombre sensato, y estoy seguro de que usted lo es, le preocuparía no salir vivo de esta casa.

—Sí que he contestado a su pregunta.

—Claro que si la persona en cuestión no estuviese a mi alcance no se molestaría usted en protegerla... —dijo Smith—. Evidente: se trata de la chica. Un momento, que ahora me vendrá su nombre.

Tamborileó con la mano izquierda en el dorso de la otra, fingiéndose sumido en hondas reflexiones. Todos sus movimientos eran una distracción, un juego para irlo tensando a él hasta que algo se rompiera en su interior.

—¡Ya lo tengo! —dijo levantando la mano izquierda para chasquear los dedos—. ¡Se llamaba Emily! Emily Kam, que también vivía en la montaña, pero a una altura que yo nunca alcanzaré. Dibujaba muy bien, ¿verdad?

—Da igual.

—De todas formas, en caso de perder, quien más se juega es usted.

—No he venido a perder.

—Yo tampoco, inspector McGrady. —Extendió lentamente la mano izquierda y bebió un poco más sin mover un milímetro la derecha—. Lo cual me lleva a lo que quería decirle y a la razón de que estemos hablando tan tranquilamente.

—No hace falta que siga. Mi respuesta es que no.

—Sígame un poco la corriente, Joe. Ninguno de los dos quiere perder, y no podemos ganar los dos... a menos que hagamos un pacto.

—Tampoco he venido a hacer ningún pacto.

—Me temía que iba a decir eso —contestó Smith—. De todas formas, voy a darle la oportunidad de cambiar de postura. Piense un poco. Es usted un hombre inteligente, como yo. Somos personas de recursos que saben moverse sin trabas por el mundo.

—Usted es un nazi.

—Ésa es sólo una palabra. Es política, una manera de dividir a la gente.

—Esta división es muy grande.

Smith negó con la cabeza y bajó la vista hacia sus piernas durante un segundo. Otra prueba... y otra oportunidad perdida para él.

—El almirante Canaris fue mi mentor y un íntimo amigo mío —aseguró Smith—. Herr Hitler lo mandó ahorcar en un campo de concentración después de hacerlo caminar desnudo delante de sus subordinados. Dicen que fue uno de los responsables de la conspiración del 20 de julio. No sé si es verdad pero, si lo es, lo aplaudo. De haber estado en Alemania, posiblemente me habrían ahorcado a mí también.

—Ahora es fácil de decir —contestó McGrady—. Y difícil de creer. Hace menos de un minuto ha amenazado con matar a Emily Kam.

Smith volvió a coger su vaso.

—Sí, y cuando la mate será como destripar pescado.

Cuando Smith le lanzó el vaso, McGrady estaba prevenido. Se tiró de la silla a la vez que levantaba la pistola. Vio aparecer la mano derecha de Smith, una mancha negra y un fogonazo. Quizá hubieran apretado el gatillo al mismo tiempo. Era difícil saberlo, porque la pistola de Smith funcionó y la suya se encasquilló.

Se alejó rodando por el suelo. El aire se había llenado de algodón blanco. Era el relleno de la silla: Smith había agujereado el respaldo.

Él se puso de rodillas y le arrojó la pistola a Smith, que la desvió al vuelo con la mano izquierda mientras levantaba la suya. Rió mientras le apuntaba. Él aún estaba de rodillas, con las manos levantadas. Smith no estaba a su alcance.

—Le daré recuerdos a Emily —dijo.

Él volvió a ver una película de animación fotograma a fotograma, una distracción barata de salón recreativo: la flexión del dedo de Smith, su sonrisa ensanchándose... mientras los pensamientos se sucedían en el cerebro como destellos en el campo de batalla: las flores nocturnas, Sachi en sus brazos...

Lo devolvió a la realidad un grito que no había brotado de la boca de Smith ni de la suya.

—¡Jan!

Smith disparó al tiempo que se volvía, apartándose de él. La bala alcanzó en el costado a Nathan De Vries, que había aparecido en la puerta. Giró sobre sí mismo y se cayó detrás de una de las mesas de centro. Para el siguiente disparo, Smith tendría que rodearla. No le dejaba mucho margen, pero era una oportunidad que no se repetiría. Sacó su cuchillo con la mano izquierda, agarró a Smith por la muñeca haciéndolo disparar al techo y le clavó el cuchillo de trinchera, hasta la empuñadura, en el abdomen.

Smith se quedó muy quieto.

Él sintió cómo la mano se le cubría de sangre caliente. Hizo caminar de espaldas a Smith hasta pegarlo a la pared de la casita. Por el camino soltó la pistola, que se cayó al suelo. Lo había apuñalado muy por debajo del ombligo, pero no había dejado quieta la cuchilla. Había ido tirando hacia arriba, y estaba afilada como una hoja de afeitar nueva. Smith no podía hacer otra cosa que mirar.

Mientras se iba cayendo hacia el suelo, él le acercó la boca a la oreja.

—No tiene nada que ver con Emily —susurró—. Me manda Takahashi Kansei. Asesinaste a su sobrina, por si no te suena el nombre. A él no se le ha olvidado. Ha vivido esperando este momento, igual que el almirante Kimmel. El chico al que mataste era sobrino suyo. —Dio un empujón muy fuerte al cuchillo, arrancándole un gruñido ronco al moribundo—. Pero bueno, cuando vea a Emily le transmitiré tus palabras, y le diré que he sido yo quien te ha destripado a ti como a un pescado usando tu cuchillo favorito.

Ya había llegado al esternón. Les estaba ahorrando mucho trabajo a los de la autopsia. A Smith se le abrían y cerraban los ojos. De su boca, muy abierta, brotaban ruidos cada vez más tenues. Si tenía algo que decir, no le salió, y a él le daba igual.

Sacó la cuchilla y lo soltó. Smith se quedó desparramado por el suelo, medio dentro y medio fuera de la chimenea: una montaña de carne sin vida, o con muy poca.

McGrady recogió las dos pistolas y cruzó la sala hacia De Vries, que había conseguido arrastrarse hacia atrás hasta sentarse con la espalda contra la pared. Había mucha sangre en el suelo, en la pared y por todo el cuerpo de De Vries, pero no era fácil saber dónde había recibido el balazo.

—¿Está bien?

De Vries negó con la cabeza, parpadeó y asintió. McGrady dejó las pistolas en el suelo para quitarle con cuidado la chaqueta dejando a la vista el agujero en la camisa blanca.

—Es en el hombro. Se curará.

—Lo sé: ya he pasado por esto.

—¿Sí?

—En Francia recibí un balazo —contó De Vries. La pistola de Smith estaba a su lado, en el suelo. La miró—. De una mierda de Walther alemana igual que ésta, pero en el otro hombro.

—Déjeme que lo ayude.

Lo puso de pie y lo llevó hasta la silla.

—Traeré unas toallas y, cuando se las haya puesto, mejor que nos vayamos. Hay un teléfono. ¿Conoce a alguien de confianza que tenga coche?

Necesitaban uno. Ni hablar de ir por la calle. Él estaba aún más manchado de sangre que De Vries.

—Sí, sí, conozco a alguien.

Él se fue al cuarto de baño, donde encontró un par de toallas blancas limpias. Volvió con ellas y le arrancó la manga de la camisa de De Vries. A continuación desgarró la costura del hombro hasta el cuello y usó la manga para limpiarle la sangre.

—Ha entrado por delante y ha salido por detrás —dijo apretando las toallas—. ¿Cuánto tiempo llevaba usted aquí fuera?

—Bastante.

—¿Por qué ha venido?

De Vries estuvo tosiendo un buen rato con fuerza hasta que contestó con los dientes apretados. Él presionaba con fuerza para cortar la hemorragia, seguro que dolía.

—Había un incendio en el despacho: era una papelera pero, como no sabía qué era lo que se estaba quemando, he mirado un poco en todas partes, y Van Dijk, o como se llame... ¡joder, cómo duele! Había vaciado su mesa.

—Y ha venido a mirar.

—Sí.

—Ha entrado sin pistola cuando Smith ya había empezado a disparar.

—¿Bueno, qué? ¿Piensa decirme qué pone en el telegrama?

—Más tarde —repuso él—. Lo primero es que hable por teléfono, y mejor que lo haga ahora, antes de que se desmaye.

52

McGrady salió del consulado estadounidense. Hacía una hora que se había puesto el sol. 25 de diciembre, Navidad. Smith llevaba diecinueve horas muerto.

Él no sabía adónde iría por la noche. Por la mañana, en cambio, sí: a las siete partía un avión correo que hacía escala en Taipéi antes de salir para Shanghái la mañana siguiente. Gracias a una carta del consulado, McGrady podría subir a un C-47 del Air Transport Command que partiría de Shanghái el 28 de diciembre. Lo había organizado De Vries desde el hospital.

Pasó al lado de la comisaría central, y del banco donde había estado prisionero. Fue hasta el final de Pottinger Street y la recorrió en sentido contrario, deambulando en busca de una copa. Cerca de la estación de Garden Street vio un pub abierto. Dejó su maleta en un taburete vacío, se sentó en el de al lado y pidió dos dedos de whisky escocés del bueno, el de la isla de Skye. Desde el último que había tomado se habían encarecido. La diferencia era que ya no podía cotejar su precio con las horas que tardaba en ganárselo. El barman le puso el whisky delante con un cubito de hielo y él vio cómo se

derretía sin que nadie fuera a interrumpirlo: no había nadie en el mundo que supiera dónde estaba.

Se acabó el whisky, dejó unas monedas en la barra y salió.

Fue con la maleta a la parada del tranvía, pagó un asiento de tercera clase y cruzó el andén para abordar el funicular, que estaba esperando. Se cerraron las puertas y empezó a subir. Miró por la ventana y vio las farolas de gas de la ciudad y las luces de navegación de los barcos del puerto. Un poco más arriba, vio el resplandor de Kowloon. Bajó en la última parada y, al salir de la estación, reconoció el café donde se había sentado con Emily Kam y se había tomado una botella de agua mineral fría.

Emily vivía en el número 8 de Old Peak Road. Él nunca había tenido que buscar su casa porque ella había ido a recogerlo a la estación. Esta vez, ella no estaba al corriente de su llegada. Era una noche fresca, el cielo estaba tapado. Desde aquel día, todo había cambiado, pero ahí estaba él otra vez.

Encontró la casa después de media hora de vagar por calles sin identificar, rodeó el acceso para vehículos y subió por el empinado camino de entrada. Había una rotonda con una fuente donde murmuraba el agua. Vio terrazas en los pisos altos y columnas estriadas.

Se acercó a la puerta, buscó el timbre y llamó. No esperaba que acudiese Emily, sino un criado, o su madre.

Cuando se abrió la puerta, sin embargo, era ella, Emily Kam, a quien tenía delante. Su pelo oscuro estaba algo más largo, llevaba una bata de seda estampada y unas zapatillas. Lo miró. Él no se sorprendió de que lo reconociera: tenía mirada de artista. Había que recordar muy bien las caras para poder dibujarlas de memoria.

El primero en hablar fue él:

—Soy consciente de que es de mala educación presentarse así, sin avisar, y más en Navidad.

—No se preocupe, no pasa nada.

—Me ha parecido que querría saberlo.

—Lo ha conseguido, ¿verdad?

—Ayer por la noche, aquí, en Hong Kong.

—¿Él había estado todo el tiempo aquí? ¿Lo ha detenido?

—Ya no está.

—¿Se ha escapado?

—No pasó de ayer.

—¿Le apetece entrar?

—Sí, un ratito.

Estaban en la terraza de la planta alta. Se habían apoyado en la baranda, con la ciudad llena de luces a sus pies. La madre de Emily vivía en Macao, donde había conocido a un hombre. Su abuela había fallecido. El servicio tenía el día libre. No había nadie más que ella en toda la casa. Aún llevaba bata.

Habían estado hablando de algunas de las cosas que habían ocurrido desde su último encuentro, pero en ese momento se limitaban a mirar las luces. Entonces, él se dirigió a ella:

—Si Vincent Russo no hubiera llamado a su ventana aquella noche, no habría conocido a Smith —le dijo.

—¿John Smith era su verdadero nombre?

—No tengo ni idea —respondió él—, y dudo que lo sepamos alguna vez, pero me refería a lo curioso que resulta por dónde

acaban yendo las cosas.

Ella asintió y se apartó de la baranda para secarse los ojos con la parte posterior de los dedos.

—Hay tantas cosas curiosas... —dijo—. Estaba segura de que ya había llorado todo lo que podía llorar. Lo lógico sería que ya no me quedara ni una lágrima para Vincent, pero...

—No pasa nada.

—¿Usted nunca llora?

—Más de lo que me gustaría admitir.

—Un momento... esta mañana ha pasado un amigo de mi padre y me ha dejado una botella de champán. Aún no la he abierto, ¿le gustaría que lo compartiéramos?

—Sí, claro.

—Además, quiero enseñarle algo.

Ella se marchó un momento y él se apoyó en la baranda y se quedó mirando las luces de la ciudad. Se había vuelto un gran experto en no pensar en nada, y para eso iba muy bien apoyarse en una baranda y mirar luces. Al cabo de un rato volvió Emily. Llevaba en las manos la prometida botella de champán y dos copas y, bajo el brazo, una espada japonesa en su funda. Dejó la botella y las copas sobre la baranda y le tendió la espada, que él desenvainó. Contempló la hoja: más que un trozo de acero, parecía una piedra preciosa. Pasó la punta de un dedo por el filo.

—Me envió un dibujo: el del soldado muerto.

—Tenía ganas de contárselo. Se lo quería contar a alguien, pero no podía ponerlo por escrito.

—¿Usó esto?

—Era de él.

—Fue cuando subió a buscar el dibujo.

Emily asintió y se puso de espaldas contra la baranda, mirándolo.

—El cuaderno estaba en mi dormitorio. Entré descalza, sin hacer nada de ruido. Él estaba durmiendo en mi cama. Podría haberme llevado lo que quería y haberme ido sin despertarlo, pero lo reconocí: era el que hablaba con John Smith mientras sus hombres pasaban a mi padre por la bayoneta.

Él volvió a observar la hoja. Las luces de Kowloon se reflejaban en el filo. Era una espada pesada, de acero de Yasukuni, hecha por un artista, pero su belleza era ilusoria: la habían hecho para matar.

—Estaba al lado de él —dijo Emily—. La cogí, la saqué de la funda y le puse la punta en el cuello. Si le hubiera cortado la garganta mientras dormía, ni se habría enterado.

—Pero no pudo.

—No, tiene razón: no pude. Me alivió, pero también me dio vergüenza. Había visto cómo daba la orden de matar a mi padre, y pudiendo vengarme no me vengué. Justo cuando empezaba a alejarme se despertó, se incorporó en la cama y se volvió hacia mí. Tenía algo en la mano, algo pequeño y negro. Estuve segura de que era una pistola. Además, no podía dejar que gritara.

—La casa estaba llena de soldados. No tenía alternativa.

—En ese momento no pensaba. Lo maté sin pensar en mi padre, ni en lo que le habían hecho a mi madre, ni en nada. Sólo tenía miedo, como los animales. Intentaba salvarme a mí misma. Podría haber sido cualquier otro hombre. No fue por mi padre.

Se mecía suavemente con el torso entre los brazos. Él se acordó de la primera vez que le había dirigido la palabra. Entonces ella acababa de cumplir veintidós años; la vida era un juego al que jugar,

y ella siempre lo había hecho pensando en la victoria. Sólo habían pasado cuatro años. Ya había recuperado su casa y su dinero, pero nada volvería a ser igual.

—Era un libro de oraciones —dijo.

—¿Qué?

—Lo que tenía en la mano —contestó—. No era una pistola, sino un libro de oraciones.

—Usted quiso darle un sentido al dibujo —dijo McGrady—, para que hubiera valido la pena.

Ella lo miró y dejó de balancearse.

—¿La ha valido?

—Sin el dibujo nunca habría llegado hasta Smith —dijo él—. Ni por asomo. Y le aseguro que ha pagado por sus actos.

Envainó la espada y quiso devolvérsela, pero ella se resistía a cogerla.

—Mire la tela atada debajo de la guarda —dijo—. ¿Entiende lo que pone? Siempre he querido saberlo; lo que pasa es que no quería preguntar, pero ya que usted estuvo tanto tiempo en Tokio... a menos que sea una impertinencia.

Empezó a descorchar el champán mientras él desenrollaba la tira de tela roja sobre la baranda y se inclinaba a mirar la caligrafía. Se esperaba un poema, tal vez algo en japonés clásico, el idioma que había usado el emperador en el momento de la rendición, pero el texto era muy simple:

Padre: cumple tu deber y vuelve a casa con nosotros.
Detendremos el mundo hasta que vuelvas.

Lo habían firmado las hijas del oficial, que eran cuatro. Él se incorporó y miró a Emily, que le tendía una copa de champán. La cogió.

—No acabo de entenderlo —comentó—. Creo que es algo sobre la gloria, el imperio, la conquista y esas cosas.

Emily hizo chocar sus copas.

—No hace falta que se invente nada —dijo—. Entiendo bastante para saber que no es eso lo que pone.

—Está bien.

—Sólo quiero saberlo. Si usted lo sabe, dígamelo.

Él le explicó lo que ponía de verdad. Después de escucharlo, ella bebió un poco de champán. Él le habló del adolescente al que había matado y del miedo, que aún lo despertaba por las noches, de haberlo metido con vida en la fosa séptica. Ella le apretó la mano, él hizo lo mismo. Luego se soltaron y ella rellenó las copas.

—Vamos a repetirlo —dijo—: necesitamos otro brindis.

—Vale.

—Es el mismo que Vincent llevó a mi ventana —dijo enseñando la botella—: Brut Impérial. No quería compartirlo con alguien que no lo entendiera.

Hizo chocar las copas por segunda vez.

—Pero usted sí lo entiende, ¿verdad, Joe?

—Eso espero.

—Pues entonces, por todo lo que no hemos perdido.

Se volvieron los dos hacia la vista y se bebieron el champán. El filo de la balanza en la que estaban era tan sutil como el de la espada que se había quedado en la baranda, entre los dos. Se mantuvieron mucho tiempo en equilibrio, hasta que Emily rompió el silencio.

—Ha traído una maleta.

—Sí, es que por la mañana cogeré un avión.

—Vuelve a su casa.

—Antes tengo que hacer algo.

Se acabó la copa y la puso sobre la baranda. No lo había comprendido hasta el día anterior, mientras acompañaba las sílabas en *katakana* de la clave de Smith con golpecitos y fricciones en la muñeca. Había entendido mucho más que el mensaje de Smith. No podía volver a su casa, porque no tenía ninguna.

Emily le tocó el hombro.

—¿El qué? ¿Qué tiene que hacer?

—Caminar. Necesito pensar.

—¿Y estará toda la noche caminando?

—No sería la primera vez.

53

El avión correo con salida de Hong Kong era un bimotor Mitsubishi reaprovechado. Aún se veía el símbolo de la Compañía Aérea de Manchuria bajo una fina capa de pintura gris. McGrady se sentó de copiloto. El piloto que se puso a su lado tenía las manos negras de grasa de motor, y su mono olía a gasolina. Despegó, dio una vuelta sobre la ciudad y puso rumbo al noroeste sin haber dicho una sola palabra.

—McGrady, ¿verdad?

—Exacto.

—Anders.

—Vale.

—¿Te has traído la comida?

—No.

—Bueno, da igual.

Anders no tenía nada más que decirle. Por la radio hablaba en inglés, cantonés y mandarín mientras sostenía un cigarrillo, que subía y bajaba, entre los labios. Al palparse el bolsillo del pecho en busca de un mechero sacó un fajo de billetes del grosor del Nuevo Testamento. Detrás de los asientos había carga. No estaba claro que fuera correo. Cuando encontraron turbulencias, oyó ruido de botellas chocando unas con otras. Olía a grasa de fusil y algún animal vivo

arañaba el interior de una caja de madera. Aterrizaron en las afueras de Taipéi. La pista estaba rodeada de arrozales, marrones y embarrados en diciembre. Nadie se había molestado aún en rellenar los cráteres de las bombas.

Anders fue rodando hasta el hangar y apagó los motores. Luego señaló la puerta del hangar a través del parabrisas.

—Mañana, al alba —dijo.

—Aquí estaré.

—Podrías probar cerca del templo de Lungshan. Por lo que cuesta un cuenco de sopa tienes una.

—¿Una qué?

—Una chica.

—No es lo que vengo buscando.

Se abrieron paso por el cargamento hasta la puerta trasera del avión, por la que bajaron a la pista, cubierta de polvo. El piloto desapareció en el hangar. McGrady caminó hasta encontrar la salida del aeródromo. Una vez en la calle encontró un taxi y habló con el taxista, que, tras escuchar lo que buscaba, lo llevó a Hsimenting. Una vez allí, estuvo caminando por varias callejuelas. El barrio estaba cerca de la orilla del Danshui, y la brisa apestaba a aguas residuales sin tratar. Compró lo que pudo. De Vries ya le había avisado de que tendría que llevarse comida a la zona ocupada, así que hizo acopio de latas: anguilas, sardinas, arroz, fideos secos... También encontró una chaqueta ligera de lona y unos pantalones militares gruesos.

Al alba fue otra vez al hangar. Anders ya estaba en la cabina, con los motores en marcha. McGrady corrió hasta el avión y subió por la puerta trasera, que estaba abierta. En la zona de carga sólo había

una caja. Cerró la puerta y fue a sentarse en la cabina. No se dijeron nada en todo el vuelo hasta Shanghái.

Se alojó en el Bund. Después de ir al consulado y enseñar su carta, fue en busca de provisiones y ropa de abrigo. Encontró unos calcetines de lana muy usados, y una bufanda blanca de algodón. Guantes no vendía nadie, ni gorros tampoco. Tendría que ir con sus zapatos de calle.

Por la mañana le tocó otro vuelo del Air Transport Command, esta vez un C-47. Iba rodeado de hombres de uniforme, altos mandos del ejército y unos cuantos diplomáticos y periodistas. Un recluta muy joven iba repartiendo café y bocadillos. A las tres de la tarde estaba en Tokio. Un grupo de policías militares se acercaron al avión y empezaron a controlar pasaportes, credenciales y pases de prensa. Él sacó su carta del cónsul de Hong Kong. Esperaba encontrar alguna traba, pero no las hubo. Daba la impresión de saber lo que hacía, y con eso se conformaban.

En Tokio no se podía comprar ropa; ni ropa ni casi nada, en realidad. Lo que había era gente haciendo cola en los campamentos metodistas de la zona del aeródromo de Haneda, donde los misioneros repartían leche condensada y latas de pescado. Pasó de largo. La temperatura era de apenas un grado, y llovía. Consiguió que lo llevara un médico del ejército que había volado con él desde Shanghái, y que lo dejó en la ciudad, en la estación central.

Hasta la mañana siguiente no salían trenes para Nagano. En el hotel de la estación, repleto de altos mandos estadounidenses, no quedaba una sola habitación libre. Pasó la mitad de la noche en el andén, dando vueltas cuando no podía soportar el frío.

Por la mañana fue a Nagano. Eran doscientos cuarenta kilómetros, y se tardaba todo el día. La locomotora se averió dos veces. Tuvieron que esperar varias horas en un apartadero para que pudieran pasar trenes con material militar estadounidense. Cuando llegó a Nagano ya había salido el último tren hacia el norte con destino a Togari. Se puso a caminar alrededor de la estación, buscando una posada, y encontró una habitación en casa de una familia. Pagó con una lata de sardinas y una bolsa de cacahuetes sin tostar, compradas en Taipéi. Por la mañana volvió caminando a la estación. En el andén había un tren esperando, con las ventanas blancas por la escarcha.

Lo llevó al norte, a un paisaje nevado.

Iba en el vagón de segunda, sentado en un banco de mimbre medio hundido junto a la ventana. En el asiento de al lado no había nadie. Al tren le estaba costando subir por una cuesta. El cristal de la ventana estaba helado, con dedos de hielo como plumas que se habían ido extendiendo desde el borde hasta el centro. Echó vaho a un trozo de cristal para desempañarlo, le pasó la manga y miró hacia fuera.

Árboles nevados, terraplenes rocosos con una capa blanca, pueblos sepultados en la nieve... Pasaron al lado de una catarata congelada y de un grupo de macacos cubiertos de nieve apiñados en la boca de un túnel ferroviario.

Estaba claro que no llevaba la ropa adecuada. Lo sabía de buen principio, pero no tenía remedio.

La estación de Togari era una simple cabaña de madera al lado del andén. Del tejado, muy inclinado, y con casi un metro de nieve, colgaban carámbanos. Entró y se quedó un momento tiritando al lado de la estufa de carbón. Luego se acercó a la taquilla.

—¿Me podría decir cómo llegar a Nazawaonsen?

El jefe de estación se lo quedó mirando. Un estadounidense alto, poco abrigado y hablando japonés. Una vez superada la sorpresa inicial salió de detrás de la taquilla. Llevaba una gorra forrada de piel y unos guantes de cuero. Salió al andén y señaló.

—Es por ahí. Hay que cruzar el río. Serán seis o siete kilómetros.

—¿Hay algún autobús o un taxi?

—No, ni autobús ni taxi. Cruce el río por el puente y siga recto.

—¿Y posada, hay alguna?

—Estarán todas llenas. ¿Para qué quiere ir allí?

—Estoy buscando a una persona.

—Pues debe de tener muchas ganas de encontrarla. Puede que alguien lo lleve.

No lo llevó nadie. Iba dando tumbos contra el viento por la carretera helada. Encontró el puente. El río se había congelado: era hielo de un verde negruzco bajo el cual se veía pasar la corriente. Él siguió por un campo nevado. Delante había casas, una aldea. Cuando llegó, ya no se notaba los pies, y sólo había recorrido medio kilómetro desde la estación. Se iba cambiando la maleta de mano para calentarse una en el bolsillo mientras la otra se le convertía en una garra helada y adolorida.

Siguió caminando cuesta arriba. Tenía pinchazos en las mejillas y parecía que las orejas se le fueran a congelar y partir. Los últimos tres kilómetros los hizo medio corriendo, arrojando vaho.

El pueblo de Nozawaonsen era muy pequeño, con casas de cedro sin pintar y mucha nieve en los tejados. Olía a humo de leña con un toque de azufre. Miró las montañas que lo rodeaban. Los árboles estaban completamente blancos, con cintas de niebla enroscándose en los troncos. Oía romperse el hielo a cada ráfaga de viento: parecían pasos por un campo cubierto de cristales rotos.

Encontró una tetería abierta, tan pequeña que incluso sin clientes se cabía a duras penas. Era como dos cabinas telefónicas juntas. Entró, dejó la maleta en el suelo y se acercó tiritando al mostrador. Salió el dueño, apartando una cortina.

—*Bienvenido* —dijo, pero al verlo se detuvo.

—*Un té caliente, por favor. Puedo pagar en dólares estadounidenses o en arroz, lo que prefiera.*

—*¿Se encuentra bien?*

—*Si me tomo un poco de té me pondré bien enseguida.*

El dueño de la tetería se fue y volvió con toda una tetera. Le sirvió una taza. Cuando él la tocó, le quemó los dedos congelados. Aun así, la cogió y bebió, notando cómo se le derretía hielo en las cejas.

—*¿Es estadounidense?*

—*Sí, pero no del ejército.*

—*¿Busca alojamiento? Tengo una habitación.*

—*Estoy buscando a una familia. Son amigos míos. Viven aquí.*

—*¿Y la familia de la que habla es japonesa?*

—*Se llaman Takahashi Kansei y Takahashi Sachi. Viven en Tokio, en Yanaka, pero son de aquí, de Nozawaonsen.*

El viejo asintió con la cabeza y le sirvió más té.

—Supongo que los conoció en el extranjero, porque el viceministro Takahashi ha viajado tanto...

—¿Usted los conoce?

—El viceministro y yo crecimos juntos. No he vuelto a verlo desde antes de la guerra, pero a Sachi-san la vi la semana pasada.

McGrady apretó la taza. Sachi estaba en el pueblo, a un simple paseo, lo cual no significaba que no fuera a cerrarle la puerta en las narices. Eso tenía que decidirlo ella. Lo único que podía hacer él era darle a elegir.

—¿Sabe dónde vive?

—¿Lo mandan los estadounidenses? ¿Es usted policía?

—He venido por mi cuenta. Nunca les haría nada malo. Nunca le haría nada malo a Sachi. Se lo prometí a su padre.

El posadero lo miró y estuvo pensando un buen rato. Él se acabó el té que quedaba en la taza.

—Siga por esta carretera y, cuando llegue al manantial de aguas calientes, tuerza a la izquierda y siga hasta el final del camino. La casa de los Takahashi es la única que hay.

—¿Queda lejos?

—A unos quince kilómetros, aunque esta noche ha nevado mucho y no sé cómo estará la carretera.

Él no sabía si podría caminar quince kilómetros más. Con lo que le habían costado los últimos seis... El posadero se lo vio en la cara.

—Debería beber más té y comer algo, si es que trae comida, y luego conseguir otra ropa y unas botas, o esperar a que se derrita un poco la nieve. No es una carretera donde convenga dar un paso en falso. Además, ya es tarde.

Al oírlo, él acabó de decidirse.

Se tomó el resto de té de la tetera, pagó y se fue. No pensaba esperar, y menos habiendo llegado tan cerca. Sin embargo, no era sólo eso: si esperaba a que todo fuera más fácil no demostraría nada. Necesitaba poder mirarla a los ojos.

Empezaba a oscurecer, pero el sol bajaba en un ángulo tan inclinado que el crepúsculo duraría mucho tiempo. Él apretó el paso por la carretera. Pasó al lado de casas y de pequeñas tiendas. Había poca gente por la calle, pero cada vez que alguien se inclinaba para saludarlo, él dejaba la maleta en el suelo y respondía con otra inclinación.

El manantial público de aguas termales estaba en la plaza principal, entre dos piscinas revestidas de piedra. Se bajaba por una escalera de madera con barandas. El vapor, además de desprenderse del agua, salía por rendijas en la calle. Encontró el giro a la izquierda. El camino subía entre los árboles. Era estrecho y no lo habían despejado en todo el invierno. Si Sachi lo había usado para ir y volver tenía que haber usado esquís o raquetas. Él no tenía ni lo uno ni lo otro, pero tampoco tenía elección.

Empezó a subir. El primer kilómetro no le planteó dificultades: la nieve era compacta y sólo le llegaba a los tobillos. Los árboles absorbían casi todo el viento. A medida que la carretera iba subiendo, sin embargo, la nieve se iba haciendo más profunda y ya le llegaba a las rodillas. En algunas partes, las más frescas, incluso a la cintura. Sus pantalones no eran impermeables, ni tampoco los zapatos, ni los calcetines, pero continuó. Las partes más hondas intentaba cruzarlas corriendo. Era un poco como nadar. En algunos tramos especialmente empinados del camino tenía que agarrarse a

la nieve con las manos, o tiraba la maleta por delante y se subía a ella.

Avanzaba, pero despacio. Ya era de noche. Sobre las ramas, con su encaje de hielo, brillaban estrellas. La temperatura bajaba por momentos. No llevaba ni una hora y ya empezaba a tener ideas raras, letales. Se imaginaba acurrucándose a dormir dentro de un banco de nieve. La nieve era mullida y esponjosa. Se estaría tan caliente debajo... Poco después se imaginó que el camino dibujaba una curva muy cerrada y que podía atajar por el bosque.

Siguió a la fuerza, centrando toda su atención en el camino. Al final estaba ella. Eso era lo único importante.

La primera vez que se cayó fue en un tramo cuesta abajo. Aterrizó de cara y resbaló hasta chocar con un montón de nieve blanca que le cubrió todo el cuerpo. Le costó bastante volver a salir. Había perdido la maleta. O la había dejado atrás o se había enterrado con él. Comida para cinco días, su pistola de servicio y todo el dinero que le quedaba.

Siguió sin ella.

Se le había metido nieve por el cuello y las mangas, y al derretirse parcialmente se había vuelto a congelar sobre su piel. Estaba revestido de hielo. Era como si le dieran hachazos en los dedos de los pies. Apretó los labios para no gritar y se le quedaron pegados. Dolía tanto que le hacía perder el equilibrio, con el resultado de que la primera caída fue el preludio de otras muchas. No paraba de caerse de rodillas y de espaldas.

Se estaba quedando congelado. Estaba perdiendo el control. Se dio cuenta de lo que podía pasar y que probablemente pasaría, pero estaba seguro de que ya iba por más de la mitad. Tenía más sentido seguir avanzando que retroceder. Por otro lado, no había alternativa. Si retroceder hubiera sido una opción, lo habría hecho tiempo atrás.

Al ver la luz, supuso que estaba soñando. No quiso albergar falsas esperanzas.

Pinta de sueño tenía: borroso y roto en cien prismas. Tenía hielo en las pestañas. Se abrió paso por los últimos cien metros y, tras pasar por debajo de un portón de madera, entró dando tumbos en el patio. Tenía la casa delante, era la que había visto en las fotos. Dentro había luces, salía humo por la chimenea. Cayó de rodillas enfrente de la puerta. Estaba llegando a su umbral exactamente como la primera vez, desesperado y con las manos vacías. No había timbre. No estaba claro si tendría fuerzas para llamar. Golpeó la madera con los nudillos, pero estaba helada y no produjo ningún ruido. Era como dar golpes a una roca. Llamó otra vez y se quedó esperando, agitando los brazos delante de la puerta. Hacía tanto ruido como un ratón en busca de comida.

Al final se abrió un resquicio, y él notó una mínima exhalación de calor escapando por la puerta. Y ahí estaba. Era ella, con un kimono grueso y blanco, y el pelo recogido con dos palillos negros. Él intentó decir su nombre, pero tenía los labios pegados. La lengua se le había hinchado hasta adherírsele al paladar. No podía pronunciar palabra.

Ni siquiera estaba seguro de que lo reconociese. Ella, sin embargo, abrió mucho los ojos. En su mirada había reconocimiento, y luego miedo, pero no de él. Salió de la casa cerrando la puerta a sus espaldas.

—*Joe... Joe...*

Lo cogió y lo ayudó a levantarse. Él pensó que se lo llevaría dentro de la casa, pero no fue así. Estaban yendo por el lado. Había un camino hecho con pala. Se adentraron por él. Estaba bordeado por faroles de piedra encendidos. Sachi le daba prisa. Se estaban metiendo otra vez entre los árboles. Si ella no estuviera para sostenerlo, ya se habría caído cinco veces. O entraba pronto o se moriría; se desplomaría junto a ella y moriría a sus pies. Intentó apartarse y correr hacia la casa, pero Sachi seguía arrastrándolo. En ese momento era más fuerte que él. No podía sacudírsela de encima.

—*Confía en mí, Joe. Tienes que confiar en mí.*

Cruzaron otra puerta y bajaron por varios peldaños de madera. Los habían rascado y les habían echado sal. Había una pérgola de madera y debajo, un banco. Desde ahí, por unos escalones de piedra negra, se bajaba a una alberca de agua opalescente. La superficie desprendía nubes de vapor. La escalera desaparecía en el borde.

Sachi le quitó la chaqueta del ejército y la dejó en el banco. Luego le desabrochó la camisa, se puso de rodillas y lo descalzó. Para quitarle los calcetines tuvo que partir bloques de hielo. Lo siguiente que hizo fue sacarle el pantalón. Él no podía ayudarla: no le respondían los dedos. Estaba tan helado que no tenía más frío sin ropa que con ella. Se quedó desnudo, temblando. Ella se desató la

faja del quimono dejando caer las dos batas en el banco. Sacó los pies de las zapatillas y se quitó los calcetines, de dedos separados. Después sostuvo a McGrady por un brazo y lo ayudó a bajar los escalones y entrar en el agua caliente.

El agua le quemó los dedos de los pies y los tobillos. Estaba casi hirviendo. Viendo que titubeaba, y que intentaba salir, Sachi le puso las manos en los hombros.

—*No pasa nada, entra. Te dolerá, pero luego estarás bien.*

Bajó con él por la escalera, metiéndose en el agua, y lo sumergió del todo. Él sentía agujas clavándosele por todo el cuerpo, agujas que pasaban del frío gélido a un calor como de hierro de marcar. Sachi se sentó en un escalón de piedra que quedaba por debajo de la superficie. El agua le llegaba hasta los hombros. Lo rodeó con sus brazos y no se lo despegó del pecho ni un momento durante los espasmos.

A él le estaba bajando toda la sangre de la cabeza. Era como si le hubieran destapado un desagüe en la base del cráneo. De pronto se apagó el dolor y se encendieron las estrellas. Brillaban demasiado como para mirarlas. Eran focos que giraban cambiando de posición. Se perfilaron nuevas constelaciones. Estaba a punto de desmayarse. Se resistía, pero sabía que tenía las de perder.

No tenía miedo: Sachi estaba con él. No le había dado la espalda. Lo abrazaría todo el rato. No dejaría que se ahogase. Ella se puso agua en el cuenco de la mano y la usó para quitarle el hielo del pelo.

Él cerró los ojos y perdió la noción del tiempo.

Se despertó de golpe. Ella lo mantuvo acostado, susurrándole, y se abrazó a él hasta que volvió a dormirse. McGrady notaba cómo

daba vueltas el mundo. Oía cómo iba bajando desde el polo el viento ártico, en remolinos.

Abrió los ojos. Tenía el cielo delante.

Estaba despejado. La nieve que el viento arrastraba venía de otro sitio, de entre los árboles: grandes copos que bajaban dando vueltas, parpadeando entre la luz de las estrellas y la oscuridad. Uno le cayó en la cara, otro fue a parar al pelo de Sachi. Él sacó una mano del agua para tocarlo, ella le cogió los dedos y volvió a meter su mano y la de él en el calor del agua.

No estaba seguro de poder hablar, pero tampoco quería intentarlo: había que evitar a toda costa que algo saliera mal. Halló el antebrazo de Sachi bajo el agua. Deslizó un dedo por la parte interior de su muñeca hasta encontrar la piel más delicada. Entonces empezó a hacer chocar y resbalar el dedo en los huesos menudos que llevaban a la palma.

Quería que supiera tantas cosas... Sin embargo, empezó por la más importante. Empezó por el principio básico, el fundamento, el cimiento sobre el que edificarían todo lo demás si ella permitía que siguiesen adelante.

Agradecimientos

Mi abuelo John Grundmann y mi tío abuelo Henry Grundmann eran como muchos otros hombres de su generación: humildes, reservados y callados. Eran granjeros en Oklahoma. Criaban ganado, segaban heno y plantaban pecanes. No se jactaban de lo que habían hecho entre el 7 de diciembre de 1941 y el 2 de septiembre de 1945 por la simple razón de que era lo mismo que había hecho el resto de los colegas con los que habían crecido, pero si conseguías acorralarlos y sonsacarles anécdotas, te las contaban. Esta novela contiene algunas de ellas, pero ya no puedo mostrársela. Sólo me queda dedicarla a su memoria.

Este libro tampoco se habría podido escribir sin la ayuda de muchos otros amigos. En Hawái, algunos de los hombres más generosos y con mejores contactos del estado me invitaron a sentarme a su mesa y a beber unas cuantas copas mientras me contaban un montón de historias. Bert Kobayashi, Alan Goda, Walter Dods y Warren Luke resucitaron el Honolulú de otros tiempos en el bar del Waialae Country Club, fingieron no ver que se me derramaban los martinis y me hablaron de los Clippers de la Pan Am, de los manapua que solían vender por los barrios y de cómo se vivía detrás de las alambradas de los campos de prisioneros para estadounidenses de origen japonés.

Por su parte, Yasuki Takano, Shoji Fukuta, Yoshiko Saito, Shimpei Ogata, Kazuto Uzuhashi y Yuichiro Nishi me brindaron su hospitalidad en Japón durante cinco viajes y me abrieron puertas a las que no habría sabido ni llamar si hubiera sido un simple extranjero deambulando con su guía por las calles de Tokio. Muy poco queda de la Tokio de antes de los bombardeos del 9 y 10 de marzo de 1945: quedó reducida a cenizas que se llevó el viento. Quedan, sin embargo, retazos de memoria, y ellos me enseñaron dónde había que buscarlos.

Ian Childs, que en su día formó parte del Real Cuerpo de Policía de Hong Kong, me ayudó a esquivar manifestaciones y gases lacrimógenos durante una salida nocturna para ver las carreras de caballos de Happy Valley. Yo estaba escribiendo sobre un oscuro punto de inflexión en la historia de ese territorio mientras lo observaba con el prisma de otro oscuro punto de inflexión en la historia de ese territorio. Espero poder hacerle otra visita a Ian y a la ciudad, aunque me temo que no será muy pronto.

Steve Silver, el mejor traductor al japonés de Hawái, me ha ayudado enormemente, y gracias a Dios sin facturas de por medio. También me hizo el favor de formar un grupo de expertos con Yuko Funaki y Glen Melchinger para resolver una cuestión concreta: en los años cuarenta, ¿cuál era la orden para calar las bayonetas a los fusiles? Se leyó dos veces el manuscrito y me orientó por los detalles de la etiqueta japonesa, además de enseñarme a leer el *hiragana* y el *katakana*, gracias a lo cual, sumando los restos de mandarín que conservo por haber vivido cuatro años en Taiwán, al menos puedo hacerme una idea de lo que dicen las cartas de los restaurantes japoneses. Y eso sin contar que, después de esos estudios, puedo

afirmar sin duda que cualquier hombre que se encierre durante cuatro años con una mujer guapa que habla japonés terminará por dominar el idioma.

En lo que respecta a las cuestiones militares, debo agradecer su ayuda a Dallan Reese y Russell Reese, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y a Ray Waid y Mike Wright, veteranos de la Marina. El doctor Nathaniel Boyer lleva años respondiendo a mis consultas sobre lesiones y autopsias; otro ya me habría denunciado al FBI. Y lo mismo digo de Tom Yee, que a lo largo de siete novelas me ha explicado tantas cosas sobre las armas de fuego que tendría que ser yo quien lo denunciara a él.

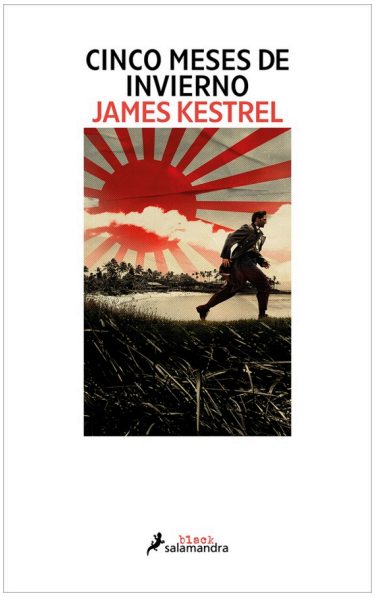
Mi más profunda gratitud a los primeros lectores de este manuscrito, cuya desaforada extensión inicial era de setecientas páginas: Bruce Nakamura, Thomas Cooney, Elizabeth Moore y J. Strother Moore. Todos ellos se tiraron del trampolín para ayudarme a repensar algunas de las primeras versiones. Mi mujer, Maria, siempre me ha apoyado en lo que escribo y me ha ayudado a encontrar tiempo para trabajar incluso cuando nuestros hijos hacían estragos por la casa, las escuelas cerraban sus puertas y el mundo entero estaba en llamas. No puedo devolverle el tiempo, pero espero, como mínimo, poder ofrecerle una buena novela.

Para acabar, hay dos personas que merecen que se les atribuya más que a nadie el mérito de ayudar a dar a luz este relato: mi agente, Alice Martell, se ha leído todas las versiones y ha prestado en todo momento su respaldo a la historia al tiempo que me instaba a recortar casi sesenta mil palabras. Sin su empeño y sus ánimos, este libro no existiría, así de sencillo. Charles Ardai, el impulsor de la editorial Hard Case Crime, ha apoyado este libro de todas las

maneras posibles y en un momento en que yo no creía que nadie tuviera el arrojo de arriesgarse por una obra de ficción. Que Hard Case Crime publique un libro mío es un honor que nunca olvidaré.

«Una memorable epopeya criminal.»

Dennis Lehane



Diciembre de 1941. Mientras los nazis siembran el caos en Europa y Estados Unidos intenta mantenerse al margen del conflicto, en Honolulú la apacible vida del inspector Joe McGrady, de la policía de Hawái, da un vuelco cuando le encargan esclarecer la muerte del joven Henry Kimmel Willard, sobrino del almirante de la marina estadounidense destinado en la zona, y de una chica japonesa, ambos asesinados con una crueldad inimaginable en la granja de un hacendado local.

La compleja investigación obliga a McGrady a recorrer el Pacífico, desde Hawái hasta Hong Kong y otros enclaves remotos de la región, mientras la flota japonesa avanza en secreto hacia Pearl Harbor, dispuesta a lanzar el primer golpe de la confrontación militar

más cruenta de la historia. Sin embargo, ni siquiera la guerra podrá detener al solitario y sensible McGrady en su implacable búsqueda de una verdad devastadora.

Elogiada por autores de la talla de Stephen King, Dennis Lehane o Lee Child, *Cinco meses de invierno* es mucho más que una apasionante novela policíaca: es un fresco épico de los años de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico y sus consecuencias visibles e invisibles, así como una profunda meditación sobre el choque de dos mundos y una desgarradora historia de traición, amor, supervivencia y búsqueda de la propia identidad.

La crítica ha dicho:

«Misterio, suspense y novela negra con la guerra del Pacífico como telón de fondo. Una gran historia.»
Stephen King

«Una de las grandes novelas policíacas estadounidenses que hay que leer, a la altura de las de Don Winslow o *L.A. Confidential* de James Ellroy.»
Krimibestenliste

«Un relato palpitante, que destaca por su perfecto detallismo y sobre todo por su inolvidable evocación de un momento histórico. [...] Un descubrimiento.»
Pico Iyer

«Lírico, violento, inteligente y sobrecogedor.»
The Wall Street Journal

«Guerra, encarcelamientos, torturas y amor. [...] La novela tiene una estructura casi operística y una prosa preciosa.»
The New York Times

«Un relato excepcional, lleno de emoción, sorprendente y con la furia necesaria como para satisfacer al lector más ávido de sangre.»
Library Journal

«Absolutamente inolvidable.»
Publishers Weekly

«Una magnífica historia de amor y un *thriller* apasionante, que funciona de manera soberbia. Los hilos de la trama se unen de manera exquisita en un final estremecedor.»
Booklist

James Kestrel ha sido propietario de un bar, investigador criminalista y profesor de inglés, y en la actualidad ejerce como abogado en toda la zona del Pacífico. Navegante y viajero por todo el mundo, ha vivido en Taiwán, Nueva Orleans y un pueblo fantasma del oeste de Texas. *Cinco meses de invierno*, una novela de culto traducida a más de una decena de idiomas, obtuvo los prestigiosos premios Edgar y Barry a la mejor novela negra, así como el Deutscher Krimipreis, y fue finalista del Hammett. Reside en Honolulú con su esposa Zhongyun.



Título original: *Five Decembers*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2021, James Kestrel
Publicado por acuerdo con The Martell Agency a través
de Yáñez, parte de International Editors' Co.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de Zero Media GmbH
Imágenes de la cubierta: © CollaborationJS / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19851-14-7

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice de contenido

Cinco meses de invierno

Primera parte. Cuchillos y cicatrices

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Segunda parte. Chakken

- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Tercera parte. Casa franca
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre James Kestrel
Créditos